



Condiciones nerviosas

Tsitsi Dangarembga



colección ficción
Universidad Veracruzana



Condiciones nerviosas

Tsitsi Dangarembga



colección ficción
Universidad Veracruzana

CONDICIONES NERVIOSAS

TSITSI DANGAREMBGA

Nair María Anaya Ferreira
(traducción)



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

Autor: Dangarembga, Tsitsi
Título: Condiciones nerviosas : novela / Tsitsi Dangarembga ; Nair María Anaya Ferreira (traductora)
Edición: Primera edición.
Xalapa, Veracruz, México : Universidad Veracruzana, 2017.
Serie: (Ficción)
ISBN: 978607502
Materia: Novela zimbabwense--Siglo XX. Mujeres--Zimbabwe--Novela. Zimbabwe--Condiciones sociales--Novela.
Autor relacionado: Anaya Ferreira, Nair María.

Primera edición, 2015
D. R. © Universidad Veracruzana
Dirección Editorial
Hidalgo núm. 9, Centro, CP 91000
Xalapa, Veracruz, México
Apartado postal 97
diredit@uv.mx
<http://www.uv.mx/editorial/>
Tel./fax (01228) 8185980; 8181388

ISBN: 978-607-502-595-7

Versión de ePub: 2.1
Maquetación digital: Aída Pozos Villanueva; cuidado de la edición: Patricia Maldonado Rosales.

Prólogo

Desde su publicación en 1988, la magistral novela de Tsitsi Dangarembga, *CONDICIONES NERVIOSAS*, ha ocupado un lugar predominante en el canon de la literatura africana escrita en inglés. Su tema, inscrito en el género del *bildungsroman* poscolonial, ofrece innumerables oportunidades para reflexionar no sólo sobre las problemáticas que surgen de crecer y vivir en un contexto colonial, sino sobre las complejas relaciones sociales que enfrentan las mujeres en un entorno cambiante en el que la lucha por la independencia de una nación no necesariamente produce un desmantelamiento de las prácticas patriarcales que perpetúan la inequidad entre los géneros. La autobiografía ficcional de una adolescente marginada, que se esfuerza por tener una educación formal en la Rhodesia de fines de la década de 1960 y principios de 1970, abre una ventana a los efectos del colonialismo en una sociedad que vive un rápido proceso de transición hacia la modernidad, pero en la que el racismo y la discriminación generan contradicciones insalvables en la población local.

La posibilidad de escribir historias propias, que permitan hablar a hombres y mujeres de las diferentes regiones de África, es una preocupación manifestada por los autores africanos de expresión inglesa en décadas recientes. Como apunta el crítico Simon Gikandi, es posible aseverar que la literatura africana –en especial el género de la novela– ha tenido una función primordial como instrumento que permite “forjar nuevas realidades e imaginar configuraciones alternativas de las ‘historias reales’, bien sea para afirmarlas o trascenderlas”. Para pensar la literatura como elemento capaz de “reinventar las culturas africanas” modernas es indispensable tomar en cuenta el proyecto colonialista europeo y, al hacerlo, cuestionar “su visión, sus ideologías, sus pretensiones históricas y su teoría sobre los africanos”.^[1] Desde los escritores de la llamada primera generación, que empezaron a publicar en las décadas de 1950 y 1960 –Amos Tutuola, Chinua Achebe, Wole Soyinka, Ngugi wa Thiong’o, Flora Nwapa, Bessie Head o Ama Ata Aidoo–, hasta los más jóvenes, como Yvonne Vera, Chimamanda Ngozi Adichie, Taiye Selasi, Chris Abani o NoViolet Bulawayo, la literatura africana anglófona ha confrontado las repercusiones de la colonización haciendo hincapié en las formas en las que dicho fenómeno afectó (y continúa afectando) a los individuos y sus comunidades inmediatas.

Dangarembga deja atrás la necesidad inicial de realizar una especie de “arqueología” literaria^[2] que recreaba, en inglés, los hábitos, las tradiciones e incluso la oralidad de las etnias originarias que caracterizó la obra de Achebe, Nwapa o Ngugi. Tampoco muestra, como escritora, la ambivalencia moral que agobiaba a los autores de la primera generación en cuanto a escribir su obra creativa en la lengua impuesta por el colonizador. Se concentra, en cambio, en representar la vida cotidiana de una comunidad que atraviesa la difícil transición entre una vida rural –posterior a la dislocación sufrida por las comunidades locales a manos de los colonos ingleses, pero que todavía mantiene tradiciones y prácticas ancestrales– y un proceso de urbanización “oficial” que, en un afán modernizador y civilizador, destruye el entorno natural al mismo tiempo que va minando los valores y los lazos que vinculaban a las familias y a la sociedad en general. La autora construye, así, varias temporalidades que ejemplifican los procesos de marginación que han caracterizado a diversas sociedades del “tercer mundo”.

Es importante resaltar que Dangarembga escribe la novela en los años posteriores a la independencia de Rhodesia, la cual tuvo lugar en 1980, es decir, casi veinte años después de que la mayoría de los países africanos lograron la suya, durante la década de 1960. Sin embargo, la trama se lleva a cabo a fines de los sesenta y principios de los setenta, cuando Rhodesia vivía un periodo de efervescencia política en el que se entremezclaba la pasión nacionalista-independentista de la población gobernante blanca bajo la dirección de Ian Smith, con la lucha de la población negra –de origen shona y ndelebe– que vivía en un *apartheid* de facto y buscaba que se reconocieran sus derechos. Un rasgo notable de la novela es que hay pocas referencias directas a los acontecimientos políticos contemporáneos, aunque, como bien señala Lyn Innes, la atmósfera de violencia se filtra en la dicción misma de la obra,^[3] además de que las tensiones sociales se perciben a lo largo de la trama. Conocer un poco de la historia de Zimbabwe ayuda a entender mejor las condiciones de vida que sustentan la acción de la novela.

De acuerdo con el historiador Piers Brendon, en *Decadencia y caída del Imperio Británico, 1781-1997*, los territorios concedidos por la Corona británica a la Compañía Británica de Sudáfrica de Cecil Rhodes a partir de 1889, y que ocupaban la enorme región entre los ríos Zambesi y Limpopo, se convirtieron en las colonias autónomas de asentamiento Rhodesia del Sur en 1923 y Rhodesia del Norte en 1924. El establecimiento de los colonos blancos se logró después de diversas rebeliones de los shona y los ndebele, así como de acciones que incluían quemar los asentamientos tribales, con todo y las reservas de grano –por lo que generaban hambrunas–, secuestrar y asesinar a mujeres y niños, y torturar y asesinar a los rebeldes.

En Rhodesia del Sur, las tierras agrícolas cultivables quedaron en manos de los colonos blancos, mientras que la población africana fue relegada a lugares inhóspitos, erosionados, además de que tenía que pagar impuestos altos tanto por la tenencia como por la producción. Quienes trabajaban en las minas lo hacían en condiciones brutales con una tasa de mortalidad muy elevada. A partir de 1930, después de la aprobación de diversas leyes, se restringió la movilidad en las ciudades de la población africana la cual, además, quedó confinada a vivir en cantones. Para contrarrestar una posible hegemonía blanca en la región sureste de África -la cual crearía un potencial conflicto con las "colonias negras" de África occidental-, Gran Bretaña insistió en crear en 1953 la Federación de África Central, con Nyasalandia y las dos Rhodesias. La Federación tuvo problemas desde el principio: en 1964, Rhodesia del Norte se convirtió en Zambia independiente y Nyasalandia en Malawi, mientras que en Rhodesia del Sur, Ian Smith emitió en 1965 la Declaración Unilateral de Independencia. A pesar de que, paradójicamente, en dicha declaración Smith había ratificado su lealtad a la Corona británica e incluso había hecho tocar el himno inglés, tanto la Gran Bretaña como el resto de la comunidad internacional -salvo el gobierno portugués de Mozambique y la República de Sudáfrica- desconocieron su legitimidad. La presión para que Smith aceptara que su país debía abrirse a procesos democráticos y a sufragios universales que incluyeran el voto negro se tornó más radical y Harold Wilson, primer ministro británico, impuso sanciones económicas que, a final de cuentas, tuvieron un efecto mínimo, pues otros gobiernos o grandes corporaciones las eludieron a gran escala: Grecia, Japón, Francia, Israel e incluso el Vaticano, así como grupos o compañías de Alemania, Estados Unidos y la misma Gran Bretaña contribuyeron a que la economía de Rhodesia floreciera por varios años más. A partir de 1972 se intensificó la *chimurenga*, una violenta guerra de guerrillas -apoyada por los gobiernos comunistas de China y Rusia- que a la vez que intentaba destruir la infraestructura y las granjas de los blancos, luchaba también por tener, por la fuerza, la colaboración de la población nativa. Arrinconado por la *chimurenga* y por la abierta intervención estadounidense, en la persona de Henry Kissinger, Ian Smith aprobó una nueva constitución en la que aceptaba la participación negra en el parlamento, si bien el poder judicial, la policía, el servicio civil y las fuerzas armadas seguían en manos de la población de origen europeo. En las elecciones de 1979, el obispo Abel Muzorewa fue elegido primer ministro del nuevo estado de Zimbabwe-Rhodesia, cargo que resultó interino pues, al final, su gobierno -y el mismo Ian Smith- tuvo que aceptar la realización de nuevos comicios. El 17 de abril de 1980 surgió la república independiente de Zimbabwe, al mando de Robert Mugabe, quien se ha mantenido en el poder, virtual o efectivamente, desde entonces. Dicen que Margaret Thatcher, *la dama de hierro*, lloró y se lamentó al reconocer que el Imperio británico había perdido, durante el reinado de Isabel II,^[4] la mayor parte de sus colonias.

La novela de Dangarembga transmite la atmósfera de incertidumbre y violencia de ese periodo y, al emplear un epígrafe que alude a la obra de Frantz Fanon, inscribe su texto en dos ámbitos de interpretación más amplios: por un lado, el del análisis de los conflictos que surgen en los individuos africanos colonizados entre la imagen estereotipada creada por el discurso y el imaginario colonial, y la búsqueda de un "ser que afirma una subjetividad y una identidad individual"^[5] y, por el otro, el del proyecto descolonizador planteado por el escritor de Martinica. Desde esta perspectiva, prácticamente todos los personajes que interactúan con Tambudzai, la protagonista, muestran uno o varios de los síntomas de las neurosis que padecen los colonizados, y sus diversos comportamientos encuentran una explicación en la ruptura psíquica, social, económica, religiosa y cultural que resultó del proceso colonizador. Dangarembga recrea esta situación con inteligencia y sentido del humor, pues a pesar de que la novela está escrita de un modo realista, la forma en que los hechos son presentados por la narración sesgada de Tambu genera múltiples ironías que cuestionan y desdibujan los valores patriarcales de la región y relativizan, de paso, algunos de los estereotipos asociados con el discurso colonial.

Si bien en un nivel el desarrollo de la trama es lineal, pues vemos el crecimiento de Tambudzai desde la pubertad hasta que casi se convierte en adulta, la narración en sí misma depende de la posición de una Tambu adulta que constantemente matiza, silencia e incluso contradice las impresiones de la Tambu niña, de tal forma que el proceso de lectura conlleva también una constante reconstrucción, más que de la trama misma, de las percepciones y juicios de valor de la protagonista en relación con su entorno y, sobre todo, con los personajes que la rodean y que tienen la capacidad de decidir su futuro. En los intersticios que se forman entre la Tambu narradora y la Tambu que siente, percibe, observa, idealiza, se escandaliza, reflexiona, aprende y lucha por construir una identidad independiente, va surgiendo el retrato vívido y minucioso de una sociedad condicionada en forma profunda tanto por los usos y costumbres tradicionales y patriarcales como por los hábitos y valores impuestos por la colonización.

CONDICIONES NERVIOSAS suele ser considerada como una novela "feminista" por la crítica. Sin embargo, Dangarembga -al igual que otras escritoras africanas- ha insistido en deslindar su postura de las formulaciones expresadas en la teoría feminista occidental. En un sentido amplio, como queda asentado en una entrevista con Rosemary M. George y Helen Scott, para ella "feminismo" se refiere a "la conciencia" que cada mujer debe tener para "definir su posición en términos de cuánto poder tienen o no las mujeres en la sociedad."^[6] Entonces, aunque es cierto que la caracterización de los personajes femeninos y el papel que desempeñan en la trama están ineludiblemente vinculados a las tradiciones patriarcales y, por lo tanto, a los personajes masculinos, Dangarembga ha reiterado que su intención no es bifurcar o dividir el mundo en

términos de género, como si éste fuera una dimensión única y pura. El logro de la novela radica, en mi opinión, precisamente en que Dangarembga es capaz de hacernos “tomar mucha más conciencia de [otro tipo de] interacciones y de señalar los diversos componentes” que tienen repercusiones en la vida de las mujeres.^[2] Entonces, la trama entreteje con sutileza las expectativas de los miembros de la familia Sigauke, así como las dificultades que surgen de interacciones fallidas ocasionadas tanto por sus debilidades humanas como por el constante proceso de transformación social y cultural. Por supuesto, la fuerza de la primera oración de la novela y la posterior caracterización de Nhamo, el hermano de Tambu, conjugan la textura hiperbólica de la escritura con el desmantelamiento radical de cada una de las premisas que sustentan el comportamiento y las decisiones de los personajes. A partir de la categórica y hasta cierto punto escandalosa declaración inicial de Tambu –que es grito de afirmación personal y oportunidad para narrar la historia de su vida y la de las mujeres cercanas–, Dangarembga presenta una visión panorámica de las limitaciones, los retos y las aspiraciones de las mujeres en cada una de las etapas del pasado reciente de Rhodesia y, al mismo tiempo, de las fuerzas externas que tienen que enfrentar.

En este sentido, el cándido empeño de Tambu por tener una educación –a costa, sobre todo, de la inopia y la mezquindad espiritual de sus padres– se complementa con la punzante postura crítica de su precoz prima Nyasha quien, consciente de las repercusiones materiales y psicológicas del proceso de colonización, en especial de la dislocación psíquica ocasionada por una educación británica, desafía las rígidas reglas de conducta impuestas por su padre, Babamukuru. Así, en un nivel simbólico, Tambu y Nyasha representan a las mujeres jóvenes que tienen que encontrar un camino en una Rhodesia que tiene niveles diferentes de desarrollo: Tambu buscando salir de las condiciones de pobreza y marginación de su entorno rural y Nyasha enfrentando una modernidad que no corresponde a la realidad social y económica de la mayoría negra, en la cual predomina aún la discriminación y una doble moralidad conservadora. La relación entre las primas ofrece vislumbres de posibles identidades femeninas independientes una vez que se logre equilibrar la amalgama de tradiciones africanas y occidentales que la nación misma busca en su conformación.^[3] Sin embargo, y en esto Dangarembga no muestra concesiones simplistas, esa utopía dista mucho de ser alcanzada, por lo que la evolución de cada una de las primas permanece inconclusa y ambigua.

La generación que las antecede vive una situación todavía más ambivalente, pues si bien parece no tener alternativas para romper con las ataduras que les imponen las convenciones sociales, tampoco tienen la capacidad –y en ocasiones parecería que ni la voluntad– de realizar acciones independientes que las conduzcan a una condición mejor. Mainini, la madre de Tambu, encarna la triple sumisión de ser mujer, negra y pobre, por lo que lo único que puede enseñar a sus hijos es resignación y resistencia. Sólo en contadas ocasiones muestra iniciativa y algo de vigor para desafiar las ataduras patriarcales, pero cuando lo hace –como cuando impide que Jeremiah, su marido, se oponga arbitrariamente a que Tambu venda sus elotes– es para confirmar su falta total de esperanza en cualquier tipo de superación. A final de cuentas, su amargura y rencor la convierten en un personaje poco amable, y la narración de Tambu no puede disfrazar su ambivalencia ante el torrente de pesimismo, desesperanza y mezquindad que amenazan con avasallar su futuro. La esposa de Babamukuru, Maiguru, por su lado, con todo y que estudió en Inglaterra, enseña en la misión y lleva una vida relativamente cómoda, no ha logrado independizarse pues debe entregar todo su sueldo para el sustento de la familia extendida de su marido y padece un permanente acoso psicológico por parte de éste. En los dos casos, el acceso a la modernidad europea es un arma de doble filo: parece abrir los horizontes para una vida mejor, pero también constituye el principal elemento para romper con las tradiciones autóctonas y con la comunicación entre los miembros de la comunidad.

Si la forma en que Tambu adulta va caracterizando a su madre y a su tía deja ver una solidaridad básica con ellas por ser mujeres, la construcción de la figura de su padre, Jeremiah, y el hermano mayor de éste, Babamukuru, se torna cada vez más irónica, incluso satírica, conforme avanza la narración. Si la aparente ingenuidad de Tambu niña muestra una adoración absoluta por la autoridad de su tío y una tolerancia pícaro por la pereza y avidez de su padre, la minuciosa caracterización de éstos por parte de Tambu adulta, con todos sus gestos, muletillas y no tan sutiles actos de opresión, genera un retrato mordaz y profundamente negativo de los dos varones centrales en la trama, quienes padecen, aunque no tomen conciencia de ello, lo que algunos críticos han denominado “melancolía colonial”.^[4] Así, aunque podrían parecer casi estereotipos, Jeremiah y Babamukuru encarnan la enajenación colonial que ha ocasionado una profunda ruptura ontológica y epistemológica en los habitantes de la región. Las actitudes de Jeremiah, por ejemplo, pueden encontrar cierta justificación en el hecho de que la pobreza y la falta de alternativas sociales y económicas lo llevan a la parálisis, al grado de que, para él, la única forma de demostrar su hombría es tratando de quebrantar el espíritu de las mujeres que dependen de él (en especial el de su esposa). Babamukuru, en cambio, vive paralizado por la doble carga que le imponen tanto la autoridad patriarcal tribal como el liderazgo adquirido por su educación británica y, sobre todo, por su posición como director de la escuela de la misión cristiana. La sumisión y el silencio que avasallan a su familia inmediata – y que toma la engañosa forma de un respeto por sus “nervios”– no son más que la manifestación del alto costo de querer pertenecer a una clase social que, a final de cuentas, le resulta ajena. La vigilancia obsesiva del comportamiento de Nyasha y el puritanismo que rige las relaciones con su familia inmediata y con su familia extendida tiene menos que ver, como afirma Carolyn Shaw, con los valores shona que con su

educación británica y las supuestas virtudes cristianas que le sirven de excusa para promover su posición en el sistema colonial.^[10]

Es precisamente la falta de conciencia de su situación como hombres colonizados lo que abre las grietas – al evidenciar sus contradicciones– en las convenciones patriarcales por las que mujeres como Lucia, Tambu y, en menor medida, Nyasha y Maiguru, pueden cuestionar su autoridad, siempre desde dentro de los parámetros patriarcales, como señala Hena Ahmad.^[11] Lo anterior queda de manifiesto en los actos de resistencia de Tambu, cuando decide enfrentar a su padre y logra vender los elotes para pagar su inscripción en la escuela, o bien en la escena en la que Jeremiah y Takesure acusan a Lucia de ser bruja para justificar sus propios avances sexuales ante ella y en la que la supuesta potestad de Babamukuru pierde dignidad y es desplazada por la fuerza vital de esta mujer, quien puede ser considerada como el epítome de la preocupación feminista de Dangarembga. Lucia representa la resistencia al sexismo a través de la individualidad, pero sobre todo personifica la integridad personal y el empoderamiento de las mujeres a través de la voz y de la acción. Representa, sobre todo, a la generación de mujeres que vincula a Tambu y Nyasha con las mujeres del pasado, las cuales, como la abuela que ofrece una versión alternativa de la historia colonial, sembraron en su resistencia las semillas de la emancipación.

Al igual que otros autores anglófonos, Dangarembga juega con las estrategias de apropiación y de abrogación^[12] que han caracterizado a la llamada literatura poscolonial. Si, por un lado, la autora muestra una enorme capacidad para apropiarse y reconstituir la lengua metropolitana, por el otro se niega a ratificar las categorías de la cultura imperial y obliga, mediante el empleo sutilmente irónico de ciertos términos en la narración, a revalorar la capacidad que tiene la lengua para articular constructos sociales y, sobre todo, para clasificar al “otro” con el fin de marginarlo. He procurado, como traductora, tratar de mantener el tono y la dicción que caracterizan el relato de Tambu, en especial en lo que se relaciona con el empleo de ciertos términos en inglés que resultaron representativos del complejo proceso de colonización y, posteriormente, de segregación racial. En tanto que la configuración geográfica y urbana de Rhodesia fue un constructo británico, no he traducido las medidas inglesas ni aquellos términos derogatorios que empleaban los blancos para referirse a la población negra (como *munt* y *piccanin*). Mantengo la grafía inglesa de Rhodesia, pues su epónimo es precisamente Cecil Rhodes, el colonizador por excelencia. He decidido dejar en inglés también el término *homestead*, que no tiene un referente exacto en español pues, más que un asentamiento o una granja, es indicativo de la tradición africana de construir un grupo de casas dentro de un espacio compartido para albergar a las familias extendidas y, en sus inicios, poligámicas. De igual manera, dado que es, quizás, la estrategia lingüística más evidente empleada por los autores poscoloniales, quedan en shona todas las palabras que Dangarembga utiliza en la lengua local, con los diferentes recursos que permiten en unas ocasiones, glosar su significado y, en otras, inferirlo por el contexto. De éstos, considero pertinente aclarar que los nombres de algunos personajes son, de hecho, títulos que describen tanto el parentesco como la relación jerárquica en el ámbito patriarcal. Así, Babamukuru es el título dado al miembro más importante de la línea patrilineal, mientras que Maiguru significa “gran madre” y Mainini “pequeña madre”, términos con los que estas mujeres quedan ubicadas – sin que ellas tengan capacidad de decisión– dentro de la jerarquía familiar. El hecho de que estos tres personajes no tengan un nombre propio marca, en cierta forma, su destino. Babamukuru no puede escapar de su papel de cabeza y proveedor del engranaje familiar y parece quedar atrapado en una dinámica tribal de la que quisiera escapar. La mamá de Tambu y la de Nyasha, por su lado, adquieren su identidad a partir del rol que les corresponde como madres, aunque quizás sí hay indicios de la actitud con la que enfrentaron dicha condición. Mientras que los hijos de Babamukuru y Maiguru tienen nombres cuyo significado denota que eran bienvenidos y apreciados (Chido, niño amado; Nyasha, gracia de dios), los de Jeremiah y Mainini cargan con el peso del pesimismo y la desesperación: Shingayi, el primogénito, muerto en la infancia (determinado a superar la miseria); Nhamo (mala fortuna, desastre); Tambudzai (traerás problemas y preocupaciones); Netsai (encontrarás defectos ¿y culpas?); y Rambanai (separación).^[13]

Para finalizar, el título mismo de la novela es un ejemplo del tipo de manipulación creativa que distingue la trama e incluso la sintaxis de la narración. Dangarembga toma el título del prefacio que Jean Paul Sartre escribió para la primera edición de *Los condenados de la tierra*, de Frantz Fanon, en la que afirma, en francés, que “Le indigénat est un névrose introduite et maintenue par le colon chez les colonisés avec leur consentement”.^[14] El epígrafe, por lo tanto, genera un marco intertextual con la obra del psicoanalista y luchador martinico y, aunque estrictamente hablando no proviene de ésta, ofrece sin duda el vínculo entre la psicología individual y la política colonial que constituye el tema de análisis de Fanon y que sirve como subtexto de las preocupaciones de Dangarembga. Conocer la versión original en francés ofrece también un ejemplo de las sutiles transformaciones textuales y conceptuales que van surgiendo de la traducción y que, con el tiempo, llevan a cambios más radicales en las configuraciones generadas por la globalización (por ejemplo, el uso de la palabra “native/nativo” como sustantivo para designar a las poblaciones autóctonas de una región). Dangarembga juega quizás con la versión en inglés publicada en 1963 y traducida por Constance Farrington (“The status of ‘native’ is a nervous condition introduced and maintained by the settler among colonized people with their consent”^[15]), pero mantiene, por un lado, el sustantivo en plural para indicar que cada personaje tiene un padecimiento y cada mujer encarna varias “condiciones”

(mujer/negra/pobre/colonizada) y, por el otro, la plurivalencia de *condition* para abarcar tanto el “estado” permanente del ser colonizado como las resonancias implícitas de aspectos relacionados con la enfermedad, en especial, con problemas psicológicos. Emplear la versión en español de la misma cita realizada por Julieta Campos (“La condición del indígena es una neurosis introducida y mantenida por el colono entre los colonizados, con su consentimiento”^[16]), si bien es quizás más exacta en lo que se refiere a la neurosis como el trastorno psicológico del cual hablan Sartre y Fanon, pierde la insistente ironía con la que Dangarembga construye su obra. Queda, entonces, CONDICIONES NERVIOSAS como metáfora de este *bildungsroman* poscolonial y el sentido de incompletud que surge del habitar los paradójicos universos creados por la colonización.

-
1. Simon Gikandi, *Reading Chinua Achebe. Language and Ideology in Fiction*, James Currey, Londres, 1991, pp. 2-4.
 2. *Ibid.*
 3. C. L. Innes, *The Cambridge Introduction to Postcolonial Literatures in English*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007, p. 149.
 4. Piers Brendon, *The Decline and Fall of the British Empire, 1781-1997*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2008, pp. 575-604.
 5. Innes, *op. cit.*, p. 58.
 6. Rosemary M. George y Helen Scott, "An interview with Tsitsi Dangarembga", *Novel: A Forum on Fiction*, African Literature Issue, vol. 26, núm. 3 (primavera), 1993, pp. 309-319, <http://www.jstor.org/stable/1345839>, 5 de junio de 2015, p. 315.
 7. *Ibid.*, p. 313.
 8. Innes, *op. cit.*, p. 150.
 9. Supriya Nair, "Melancholic Women: The Intellectual Hysterical(s) in *Nervous Conditions*", *Research in African Literatures*, vol. 26, núm. 2 (verano), pp. 130-139, Indiana University Press, 1995, <http://www.jstor.org/stable/3820276>, 5 de junio de 2015, p. 131.
 10. Carolyn Martin Shaw, "You had a daughter, but I Am Becoming a Woman": Sexuality, Feminism and Postcoloniality in Tsitsi Dangarembga's *Nervous Conditions* and *She No Longer Weeps*, *Research in African Literatures*, vol. 38, núm. 4 (invierno), pp. 7-27, Indiana University Press, 2007, <http://www.jstor.org/stable/20109535>, 5 de junio de 2015, p. 10.
 11. Hena Ahmad, *Postnational Feminisms. Postcolonial Identities and Cosmopolitanism in the Works of Kamala Markandaya, Tsitsi Dangarembga, Ama Ata Aidoo, and Anita Desai*, Peter Lang, Nueva York, 2010, p. 58.
 12. Véase Bill Ashcroft, Gareth Griffiths y Helen Tiffin, *The Empire Writes Back. Theory and Practice in Post-colonial Literature*, 2a. ed., Routledge, Londres y Nueva York, 2002, pp. 37-77.
 13. Shaw, *op. cit.*, pp. 12 y 23.
 14. Jean Paul Sartre, "Préface" (1961), Frantz Fanon, *Les damnés de la terre*, La Découverte Editions, París, 2002, p. 27.
 15. Jean Paul Sartre "Prefacio", Frantz Fanon, *The Wretched of the Earth*, trad. al inglés de Constance Farrington Nueva York, Grove Press, 1963, p. 20.
 16. Jean Paul Sartre, "Prefacio", Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, trad. al español de Julieta Campos, Colección Popular 47, FCE, México, 1963/1983, p. 19.

Uno

No lamenté la muerte de mi hermano. Ni tampoco me estoy disculpando por mi insensibilidad –como pueden llamarle–, por mi falta de sentimientos. No se trata para nada de eso. En estos días siento muchas cosas, muchas más de las que era capaz de sentir cuando era niña y murió mi hermano, y hay más razones para esto que la simple consecuencia de la edad. Por lo tanto, no voy a disculparme; sólo comenzaré por recordar, tal y como me acuerdo de ellos, los hechos que culminaron con la muerte de mi hermano, los sucesos que me colocaron en la posición de escribir este relato. Pues aunque no es posible separar el suceso del fallecimiento de mi hermano y los sucesos de mi historia, mi relato no es, después de todo, sobre la muerte; es sobre mi escape y el de Lucia, sobre el aprisionamiento de mi madre y el de Maiguru, y sobre la rebelión de Nyasha. Nyasha, la hija de mi tío, siempre aislada y radical, cuya rebelión, a final de cuentas, quizás no haya sido exitosa.

Yo tenía trece años cuando murió mi hermano. Fue en 1968. Había terminado el trimestre y esperábamos que regresara a casa en el autobús vespertino que pasaba por nuestra aldea a las tres. Mi hermano asistía a la escuela de la misión en donde mi tío fungía como director, la cual se localizaba a unas veinte millas de la aldea, al poniente, en dirección de la ciudad de Umtali. En algunas ocasiones, cuando mi tío no estaba muy ocupado con las boletas de calificaciones y con los asuntos administrativos de fin de trimestre, podía escaparse de su oficina a las tres y sacrificar el resto de la tarde para traer a Nhamo a casa. Eso era lo que Nhamo prefería. No le gustaba viajar por autobús pues, decía, era muy lento. Además, las mujeres despedían insalubres olores reproductivos, los niños tenían la propensión a evacuar en el piso sus intestinos trastornados y los hombres emitían los penetrantes aromas de la faena productiva. No le gustaba compartir el vehículo con diversos tipos de productos agrícolas en etapas sospechosas de frescura, ni con gallinas asustadas, ni con el ocasional chivo de olor suculento.

—Deberíamos tener un autobús especial –se quejaba– como el que tienen para los estudiantes que viven en Fort Victoria y Salisbury –aunque se le olvidaba que esas eran ciudades, centros urbanos autónomos, mientras que nuestra casa estaba en las tierras comunitarias que circundan Umtali y, como se consideraba que la misión de mi tío estaba en ese lugar, no había necesidad de alquilar un autobús para transportarlo a él y a los demás alumnos que vivían en nuestra zona.

Aun así, alquilar un autobús no habría hecho que el final del trimestre fuera lo suficientemente cómodo para mi hermano. La terminal de autobuses –que es también el mercado, con descoloridos y sucios tendajones, oscuros e inmundos en el interior, a los que llamamos *magrosas* y con mujeres sentadas bajo árboles *msasa*, vendiendo huevos duros, verduras, fruta de la estación, pollo cocido a veces con curry y a veces no, y cualquier otra cosa que los aldeanos o los viajeros quieran comprar– queda al menos a dos millas de nuestro *homestead*. Se hubiera o no alquilado un autobús, mi hermano aún habría tenido que caminar dos millas a casa. Esta caminata era otro aspecto de su regreso que mi hermano prefería no tener que soportar.

Yo, que no había tenido que hacer ese recorrido con regularidad al terminar cada trimestre y al comenzar uno nuevo, no podía comprender por qué a mi hermano le disgustaba tanto, sobre todo después de estar apretujado en un autobús sin aire durante tanto tiempo: el trayecto en autobús desde la misión duraba casi una hora. Además del alivio que se sentía al poder estirar las piernas después de una travesía tan larga, ir a casa caminando desde la terminal no resultaba tan pesado cuando no se tenía ningún lugar al que se ansiara llegar. El camino serpenteaba por los campos donde siempre había alguien con quien pasar diez minutos del día, preguntándole sobre su salud y la salud de su familia, admirando la abundancia de las enormes hojas del maíz cuando la cosecha era buena, prediciendo cuántos sacos iba a producir el maizal o preguntando si las plantas habían echado espiguillas demasiado temprano o muy tarde. Y aunque el tramo de camino entre los campos y la terminal estaba expuesto al sol y era, de septiembre a abril, excepto cuando llovía, tan duro y candente que el fulgor deslumbrante de la arena rasguñaba los ojos, siempre había sombra al lado de los campos, en donde habían quedado de pie, a propósito, grupos de árboles para protegernos cuando comiéramos nuestros alimentos o descansáramos entre las franjas cultivadas de la tierra.

Desde los campos, los arbustos y los árboles hacían que el camino tuviera cada vez más sombras. Las acacias, las lantanas, las *msasa* y los *mopanis* se amontonaban a cada lado. Si una tenía tiempo, podía salirse corriendo del camino hacia las áreas boscosas para buscar *matamba* y *matunduru*. Dulce y agrio. Deliciosos. A partir de esta sección boscosa, el camino culebreaba hacia una hondonada poco profunda, el valle de un río con rocas aplanadas cuidadosamente dispuestas por todo el suelo, las cuales conformaban un equipo excitante para desarrollar todo tipo de juegos infantiles. A través y alrededor de las rocas más

bajas, el río apenas fluía en la época de secas pero, cuando llovía con fuerza, llegaba a ser tan profundo en algunos lugares que podía tapan la cabeza de un niño y cubrirme hasta los pezones. Aprendimos a evitar esos lugares cuando el río corría con violencia, pero en casi todas las estaciones fluía con tal placidez que nos permitía bañarnos a casi todo lo largo. Por ser niñas no se nos limitaba y podíamos jugar donde quisiéramos. Pero las mujeres tenían un lugar propio para bañarse y los hombres también. Donde las mujeres lavaban, el río era poco profundo y muy rara vez me llegaba a las rodillas; las rocas eran más bajas y más planas que en los otros puntos y cubrían casi todo el lecho. A las mujeres les gustaba este lugar porque había sido sensatamente diseñado para lavar la ropa. Pero nosotras nos sentíamos aprensivas de crecer tanto que nos tendríamos que bañar ahí con las mujeres y ya no podríamos nadar en los pozos más profundos, más frescos y más interesantes.

El río, los árboles, la fruta, los campos. Así era todo al principio. Así es como lo recuerdo en mis primeras memorias, pero no permaneció así. Cuando todavía era pequeña, con el objeto de facilitar la administración de nuestra área, el gobierno mandó construir viviendas municipales a menos de una milla de los lugares en donde nos bañábamos. Por lo tanto, fue necesario que todos los habitantes de la docena de *homesteads* que constituían nuestra aldea cruzáramos el Nyamarira, como se llama nuestro río, cada vez que íbamos a resolver algún asunto en las viviendas municipales. No pasó mucho tiempo antes de que los más emprendedores de nosotros, al darse cuenta de que siempre había más gente reunida en las viviendas municipales que en cualquier otro lugar de la aldea (a excepción de los domingos en la iglesia y de los otros días en los lugares donde se bebía cerveza), construyeran tendajones para vender los abarrotes que necesitábamos -pan, té, azúcar, mermelada, sal, aceite de cocina, cerillos, velas, parafina y jabón- justo a un lado de las casas del municipio. No recuerdo la secuencia exacta de este proceso, si el lugar se convirtió en terminal de autobuses antes o después de que se levantaran las barracas, pero muy pronto los autobuses se detenían ahí también. Ociosos, los jóvenes menos diligentes de la aldea comenzaron a vagar por los estanquillos, disparándose mutuamente, cuando tenían con qué (lo que no sucedía muy a menudo), una Fanta, una Coca-Cola o un perfume barato que olía a esencia de vainilla y que costaba un *tickey* la botella. Aprovechando esto, el emprendedor dueño de uno de los tendajones puso una rocola en su tienda para que los jóvenes pudieran entretenerse oyendo música y bailando. Ponían la nueva rumba que, como lo hará siempre la música popular, apuntaba de manera poco sistemática a las condiciones de la época: "Te voy a dar una tunda si me sigues pidiendo que te pague", "Padre, no tengo trabajo, dame lana para comprar roora", "Amor mío, ¿por qué has desposado una segunda esposa?" Las caderas y los pies se sacudían al ritmo de estos acontecimientos sociales. Había solidaridad. Las autoridades se alarmaron. Al ver que nuestra comunidad había sido tan emprendedora, recompensaron nuestros esfuerzos construyendo una cervecería, pintada de azul oscuro como las viviendas municipales, en donde cada día de la semana se vendía a bajo precio "cerveza nativa" y "cerveza clara". Así que los lugares en donde nos bañábamos se convirtieron en caminos de paso para la gente que iba a la *magrosa* por todo tipo de razones. En aras de la decencia, bañarse quedó relegado río arriba. Sin embargo, cuando me sentía intrépida, antes de que me crecieran demasiado los pechos, escuchaba con cuidado desde la punta de la cañada y, cuando estaba segura de haber sentido que nadie se acercaba, corría hacia el río, me quitaba el vestido, que por lo general era lo único que llevaba puesto, y nadaba dichosamente en los viejos y profundos pozos tanto tiempo como osaba arriesgarme.

¡Y esta era la caminata que mi hermano detestaba! De veras, podría seguir describiendo sin cesar las posibilidades que había en esa caminata, así que no podía comprender porque él la resentía tanto. Pero, de que la resentía, la resentía y las más de las veces se las arreglaba para librarse de ella, quedándose con cualquier pretexto en la misión cuando terminaba el curso, hasta que mi tío, que es el hermano de mi padre y el mayor de la familia, decidía que nos iba a hacer una visita. Mi tío nos visitaba con frecuencia.

La idea de que Nhamo asistiera a la escuela de la misión había sido de mi tío. Según él, si se le daba la oportunidad, Nhamo iba a sobresalir académicamente, al menos lo necesario para iniciarse en una profesión decente. Ganando dinero así, decía mi tío, Nhamo iba a sacar a nuestra rama de la familia de la miseria en la que vivíamos. Así que el gesto de mi tío era oceánico y mi padre, a quien le gustaban las hipérboles, no necesitó que lo persuadieran demasiado para ver conveniencia de este plan. Después de apenas el más leve de los titubeos de cortesía, cuando le recordó a mi tío que la partida de Nhamo iba a ocasionar que hubiera más trabajo en el *homestead* para el resto de nosotros, estuvo de acuerdo con dejar que mi hermano se fuera. Esto sucedió cuando mi hermano estaba en tercero de primaria, en 1965, el año en que mi tío regresó de Inglaterra. Para esa época, a fines de 1965, mi hermano ya había empezado a sobresalir pues había obtenido el primer lugar de su clase en sus primeros dos años de primaria y había permanecido en los primeros cinco de ahí en adelante. Era esta tendencia la que mi tío, entusiasmado, quería desarrollar.

—Si yo tuviera tu cabeza -solía decirle mi padre a Nhamo a manera de aliento durante los primeros años escolares de mi hermano, sus años de formación- ya sería maestro. O quizás incluso doctor. ¡Sí! Quizás incluso doctor. ¿Crees que viviríamos como vivimos? ¡No! Tendríamos una casa de ladrillo con agua corriente, fría y caliente, y luces, igual que Mukoma. Qué bien estaríamos, si sólo hubiera tenido cabeza.

Nhamo, que creía en la obediencia filial, solía convenir con mi padre en que efectivamente estaríamos

muy bien y lo tranquilizaba diciéndole que no haría mal uso de la inteligencia con la que había sido bendecido. Yo era diferente. Quería descubrir la verdad. ¿Quería decir mi padre que Babamukuru era perspicaz en sus lecciones?, pregunté un día que escuché por casualidad una de estas conversaciones.

—No exactamente —contestó mi padre—, no diría que Mukoma era perspicaz. No. No era precisamente perspicaz. Pero cómo leía. ¡Ah! Cómo leía Mukoma. Devoraba todo, así era. *I-i-i-h*. Cómo leía Mukoma —concluyó, abriendo la boca en una enorme mueca y arrugando la frente en reverente tributo a la perseverancia de mi tío. Y después, dándose cuenta de la trampa que él solo se había tendido y en la que había caído, se veía forzado a disculparse—. Pero Mukoma tuvo suerte. Tuvo la oportunidad. Fue a la misión desde muy chico. Los misioneros lo cuidaron tan bien, sabes, que los libros, a-a-h, los libros llegaron naturalmente.

Fuera Babamukuru sagaz, industrial o sólo suertudo, Nhamo lograba, por lo general, convencer a su tío de que lo llevara a casa en el auto. Para mí era un misterio saber cómo se las arreglaba Nhamo para lograr esto, pues Babamukuru nunca ha sido el tipo de persona a quien se puede engatusar con facilidad. Sin embargo, por lo general, Nhamo se las arreglaba. Pero en esta ocasión, este fin de curso en particular al cual me refiero, en noviembre de 1968, cuando Nhamo acababa de concluir el sexto grado y por lo tanto había terminado antes que de costumbre, Babamukuru asistía a una junta en la ciudad. Nhamo se vio forzado a tomar el autobús. En realidad, creo que Babamukuru había decidido que sería bueno que Nhamo tomara el autobús, para variar. Creo que mi tío había empezado a preocuparse por la forma en que mi hermano estaba cambiando. Ciertamente, en la familia, todos los que teníamos edad para preocuparnos, es decir, todos excepto mi padre, habíamos comenzado a preocuparnos por la transformación de Nhamo.

Poco después de haberse ido a la misión, mi hermano dejó de venir a casa a pasar las vacaciones cortas. Aunque de vez en cuando sí nos visitaba con mi tío, sólo venía a quedarse una vez al año, cuando terminaba el año lectivo y comenzaba el año del maíz. Durante las vacaciones de abril y agosto, Nhamo se rehusaba a venir a casa, pues decía que necesitaba leer sus libros sin descanso para aprobar sus exámenes de fin de año. Era un buen argumento, pues le permitía eludir las desagradables faenas de arrancar y apilar el maíz y deshojar las mazorcas. Al finalizar cada día durante la cosecha del maíz, teníamos una comezón endemoniada y de los campos salíamos corriendo al río para quitárnosla de encima. No nos sorprendía que a Nhamo no le gustara la cosecha. Para nadie era una tarea agradable. Era una de esas cosas que se tienen que hacer. Septiembre y octubre eran diferentes. En este tiempo, se preparaba la tierra para el nuevo cultivo. Al principio, la gente acostumbraba remover la tierra con azadones, un trabajo duro pero no incómodo y que por lo tanto no resultaba desagradable. Después, justo antes de que Babamukuru se fuera a Inglaterra en 1960, le compró a mi padre un arado y un buey, así que para cuando yo ya tuve edad para ayudar en el campo, el trabajo se limitaba a plantar el maíz en los años en que mi padre o cualquier pariente varón, que estuviera de visita y tuviera fuerza suficiente, encontraba tiempo para usar el arado. En los años en que no tenían tiempo, cavábamos y plantábamos como siempre. Después de plantar y de que las semillas habían germinado, durante toda la época de lluvias y hasta que las plantas estaban altas y robustas, nos dedicábamos a desyerbar con las manos y los azadones. Algunas veces no sólo cultivábamos maíz; también teníamos *mhunga* y *rukweza*. El inicio de la temporada de siembra era un periodo agitado. Mi tío insistía en que Nhamo estuviera en casa con el argumento de que no había exámenes pendientes que justificaran que se quedara en la misión. Así que, una vez al año, Nhamo tenía que regresar a fuerzas a su miserable *homestead*, en donde se aseaba con agua fría en una palangana de peltre o en un río corriente y no en una tina con grifos de los que brotaba agua caliente y fría; en donde regularmente comía *sadza* con los dedos, rara vez carne y nunca con cuchillo y tenedor; en donde no había más luz que el amarillo vacilante de las velas y de las lámparas de parafina hechas en casa, que le permitiera escaparse a sus libros cuando el resto de nosotros nos hubiéramos ido a dormir.

Después de que se fue a la misión toda esta pobreza comenzó a ofenderlo, o al menos a avergonzarlo, como no lo había hecho con anterioridad. Antes de irse, habíamos sido capaces de concordar en que a pesar de que nuestra miseria era brutal, era inexorablemente nuestra y que, en consecuencia, la carga de disiparla era también nuestra. No obstante, algo que vio en la misión lo llevó a pensar que nuestro *homestead* ya no ejercía ningún derecho sobre él, así que cuando regresaba a casa de vacaciones, era como si no hubiera venido: no era muy sociable. Ayudar en el campo o con el ganado o la leña, cualquiera de las tareas que acostumbraba realizar de buena gana antes de irse a la misión, se convirtieron en una broma de mal gusto. Cuando las lluvias se adelantaron, al final de su primer año en la misión, señaló que ya se había hecho la mayor parte del trabajo y que nos la habíamos arreglado muy bien; cuando las lluvias se atrasaron, como al final de su segundo año, nos recordó que habíamos salido adelante sin él el año anterior. Las únicas ocasiones en que gastaba un poco de energía para ayudar en el *homestead* era cuando Babamukuru avisaba que vendría a visitarnos. Esos días, Nhamo se levantaba al amanecer con el resto de nosotros y trabajaba tan duro que la mugre se le incrustaba en la piel de las manos y el sudor corría por su espalda desnuda, por lo que ante los demás terminaba con el olor y la apariencia de un jornalero arquetípico. Su estrategia era perfecta. Nunca regresaba al *homestead*, sin importar lo tedioso y pesado de las tareas pendientes, sino hasta que Babamukuru, después de pasar por la casa y encontrarla vacía, llegaba manejando a los campos.

Algunas veces Babamukuru usaba bermudas cuando venía de visita. En ese caso, si estábamos todos en el

campo tomaba un azadón y se ponía a trabajar con nosotros por un rato antes de regresar al *homestead* con mi padre y Nhamo, y de escuchar el informe que mi padre le daba acerca de lo atrasados que íbamos con el sembrado, el cultivo o la cosecha; cómo el ganado de los vecinos saqueaba nuestro campo; cómo Babamukuru debería proporcionarnos una cerca de alambre de púas para mantener alejados a los mandriles y al ganado. Cuando él no llevaba bermudas regresaba al *homestead* de inmediato. Mi madre, con los labios apretados, amarraba más fuerte a la pequeña Rambanai a su espalda y continuaba sus tareas en silencio. El feroz vaivén de sus brazos al agarrar y arrancar un tallo de maíz hacía que Netsai y yo nos contuviéramos de expresar el más leve murmullo de rebelión. Imaginábamos que los feroces movimientos del brazo de nuestra madre pasaban silbando por nuestras piernas y esta simple imagen nos hacía muy diligentes. Cada vez que mi madre se callaba, feroz, Netsai liberaba lo que para mí era una cantidad excesiva de vapor y hasta me habría aventajado por un número indecente de yardas, por una proporción embarazosamente alta de mazorcas, si no me hubiera dado vergüenza quedar mal al dejar que mi hermana menor trabajara más que yo. Cuando el sol comenzaba a ponerse seguíamos las huellas del auto de mi tío y al mismo tiempo conducíamos al ganado a su *kraal*, pues aparte de Nhamo no había ningún otro muchacho en nuestra familia que hiciera esta tarea. Caminábamos tan rápido como podíamos para no retrasarnos en preparar la merienda. En lo personal, no me gustaba ver a Babamukuru en bermudas, pues cuando traía puesta la ropa de la misión se veía imponente y así era como me gustaba imaginármelo.

Los días en que Babamukuru venía a visitarnos matábamos un gallo. O, mejor dicho, lo matábamos cuando sobraba uno, porque si no sólo matábamos una gallina. También matábamos un ave cuando Nhamo venía a casa, ya fuera con Babamukuru o solo. Netsai y yo acorralábamos al ave y por fin la atrapábamos después de la frustración de agarrar aire y plumas, alentadas en la caza por los gozosos chillidos de la pequeña Rambanai, quien a menudo terminaba llorando cuando ésta volaba hacia su cara después de que se nos escapaba.

Esta particular tarde de noviembre en que esperábamos que Nhamo llegara a casa, mi madre decidió regar las verduras -nabo, *covo*, jitomates, *derere* y cebollas- que cultivaba en un lote que había sido de mi abuela, muy cerca del *homestead* aunque de todas formas quedaba a un cuarto de hora caminando. Mi madre y yo regresamos del campo caminando juntas, con el ganado, hasta llegar al huerto de verduras; ahí nos separamos, ella a regar y yo al *homestead*, con el látigo para el ganado en la mano, pero sin usarlo, pues los animales ansiaban llegar a casa tanto como yo. Nuestras sombras ya se habían alargado en tiras delgadas hacia el oriente, pues el sol se hundía detrás de las colinas. Pasaba de las seis. Como era tan tarde, estaba segura de que al llegar a casa encontraría a Nhamo, pero cuando dejé atrás el *kraal* del ganado sólo vi a Tambanai y a Netsai jugando en el arenoso patio alrededor de la cocina. Estaban jugando *nhodo*, o mejor dicho Netsai jugaba y Rambanai, cuando le tocaba, sólo aventaba la piedra al aire y protestaba a gritos cuando Netsai volvía a tomar su turno. Rambanai era muy pequeña para lanzar una piedra al aire, recoger otras del piso y cachar la primera cuando venía cayendo. Netsai se daba perfectamente cuenta pero de todas formas disfrutaba ganarle.

En cuanto Rambanai me vio se dirigió hacia mí corriendo y quejándose con vehemencia sobre la injusticia de Netsai en su lenguaje ininteligible, así que sólo por la expresión de su rostro pude adivinar lo que me decía.

—Ya, ya, sssshh -la calmé, alzándola en mis brazos y acomodándomela a horcajadas en la cadera-. Yo voy a jugar *nhodo* contigo. Tendremos un buen juego. ¿Te mandó Nhamo a recoger su equipaje? -le pregunté a Netsai.

—No Sisi Tambu -me respondió- *Mukoma* Nhamo todavía no llega.

—¿Todavía no llega? -no me preocupé porque con frecuencia el autobús de las tres llegaba a las cuatro o a las cinco. También sentí un alivio, pues no tendría que matar al gallo-. Quizás llegue mañana, cuando Babamukuru le dé un aventón.

Conociendo a Nhamo, yo sabía que a esas horas no vendría a pie, pues eso supondría que él solo cargara su equipaje. Y no era que tuviera mucho, pues dejaba su baúl en casa de Babamukuru. Por lo general, no traía más que un morralito con sus libros y uno o dos viejos *shorts* color caqui, la única ropa que no le daba miedo echar a perder al usarla en casa. Algunas veces también traía una bolsa de plástico con cosas diversas como azúcar y té, jabón, cepillo y pasta de dientes. Casi siempre el azúcar y el té eran un regalo de mi tía para mi madre, aunque Nhamo se los quedaba. Mientras él leía sus libros, y nosotros cumplíamos con nuestras obligaciones, bebía su dulce té negro. A mi madre esto le causaba gracia. Cuando lo sorprendía, lo regañaba y lo mandaba a pastorear el rebaño, pero se reía cuando relataba lo sucedido.

—¡Ese muchacho y sus libros! Un día de estos se convertirá en un buen maestro, con todo lo que lee.

En todo caso, el equipaje de Nhamo nunca era tan engorroso que no lo pudiera cargar, pero aun así, nunca lo cargaba completo. En cambio, siempre dejaba algo, unos cuantos libros o una bolsa de plástico, lo que fuera, en las tiendas de la terminal de autobuses (pues se llevaba bien con todo el mundo) para poder mandar a Netsai a que lo recogiera en cuanto él llegara a casa. Cuando se sentía benevolente, se ofrecía a cuidar a Rambanai, quien apenas caminaba, mientras Netsai le hacía el mandado. Cuando se portaba como él mismo, decía con afectación que cuidar niños no era cosa de hombres y Netsai -que no era más que una niña, aunque grande para su edad- se amarraba a la bebé a la espalda para traer el equipaje. En una o dos

ocasiones la acompañé, pues ella no podía con todo. Como yo sabía que Nhamo no necesitaba ayuda y que sólo quería demostrarnos y demostrarse que tenía el poder, la autoridad para obligarnos a hacerle cosas, yo odiaba traerle el equipaje. Debido a que yo era casi tan alta como él y cuando estaba enojada podía sacar un leño del fuego y aventárselo a la cara, no me intimidaba demasiado, pero Netsai pagaba por todo cada vez que yo me salía con la mía. Nhamo disfrutaba amenazarla con un palo por la más mínima excusa. Para mantener la calma, cuando Netsai necesitaba ayuda yo la acompañaba y todo el camino a las tiendas refunfuñábamos y echábamos pestes de la pereza de nuestro hermano. Podrán preguntarse por qué no defendía a mi hermana y le decía a mi hermano que él solo cargara su equipaje. La primera vez que él la mandó a hacerle el mandado, sí la defendí. Él aceptó ir por sus cosas, pero cuando entré de nuevo a la cocina, él se llevó a Netsai a donde no los pudiera oír y le dio una buena tunda en las piernas con una varita de durazno. ¡Pobre de Netsai! Me dijo que se fue corriendo sin parar a las tiendas. ¡Y después me preguntó que por qué no la había dejado ir desde el principio! Primero creí que la paliza era lo que la hacía preguntar cosas tan tontas, pero luego me di cuenta de que en realidad no le importaba cargar el equipaje de Nhamo si no era demasiado. Netsai era una niña muy dulce, de las que se convierten en esposas dulces y tristes. Y en cuanto a Nhamo, era muy capaz de convencerse él mismo de que Netsai no le cargaría el equipaje si le resultaba excesivo. Así que no me importó ayudarla cuando fuera necesario.

Esto no era todo lo que resultaba desagradable de mi hermano. Ese Nhamo nuestro tenía cientos de ideas descabelladas. Incluso después de todos estos años sigo pensando que el ambiente de nuestra casa era más sano cuando él estaba fuera. Ciertamente, eso era lo que yo pensaba entonces. Recuerdo que esa tarde de noviembre sentí un enorme alivio, puesto que ya no tenía que matar un gallo para cocinarlo, ahora sólo tenía que preparar las verduras y la *sadza*, lo que no era gran cosa y me daba la oportunidad de regresar al huerto a ayudar a mi madre. Pensar en ella trabajando tanto y tan sola siempre me afligía, pero a final de cuentas decidí cocinar la merienda para que ella pudiera descansar cuando regresara. Yo sabía que si todavía quedaba trabajo pendiente cuando ella terminara de regar, se esforzaría hasta el cansancio para concluirlo.

—¿Qué pasa, Sisi Tambu? -me preguntó Netsai, sacándome de mis pensamientos. Al cambiar a Rambanai a mi cadera izquierda me di cuenta de que mi rodilla derecha se había atorado.

—¿Pasa Si' Tam? -preguntó Rambanai.

Era típico de Netsai preguntarme algo que yo no podía contestar. No podía informarle fríamente a mis hermanas que había estado pensando lo mal que me caía nuestro hermano. Me sentí culpable. Por ser nuestro hermano, nos debería caer bien, así que sentir desagrado por él se tornaba aun más difícil. ¡Que con todo y esto me desagradara significaba que en verdad debía caerme muy mal!

—Todo estará bien -comenté, en un intento por convencerme yo misma- cuando *Mukoma* Nhamo llegue a casa.

—¿Por qué? -preguntó intrigada Netsai-. ¿Qué hará?

—¿'ará? -dijo Rambanai, haciendo eco, lo que me permitió reirme de ella y me salvó de responder. La bajé al piso y me dirigí a la *dara* para llenar de agua la palangana de peltre y llevar las ollas y platos que necesitaría para cocinar. La *dara* era deprimente. Las termitas ya habían devorado con determinación toda una pata, por lo que permanecía ladeada en un ángulo insolente, haciendo que todas las cosas se cayeran a cada rato. Como si no fuera suficiente, varias de las correas hechas de corteza y que mantenían amarrados los travesaños estaban podridas. Los tablones se habían movido, dejando enormes huecos entre ellos, así que cuando las cosas no se caían de la *dara*, se caían a través de ella.

Hay que arreglarla; debo arreglarla, pensé como lo había hecho una docena de veces antes y me prometí que encontraría tiempo para hacerlo. Me agaché para sacar de debajo de la *dara* el cilindro de diez galones que utilizábamos para almacenar agua, esperando con fervor que hubiera suficiente para la noche.

Netsai me observaba.

—Está lleno -me sonrió-. Usamos las latas. Sólo tuvimos que dar tres vueltas al río.

—Fuimos río -asintió Rambanai.

—Qué bien trabajas -le dije a mi hermana, enternecida por su interés. Su lindo rostro se iluminó desde adentro. Nos sonreímos y Rambanai soltó una carcajada.

El *covo* estaba fresco y tenía las hojas grandes, por lo que no fue necesario lavarlo demasiado. Todas las ollas estaban limpias, una prueba más del carácter considerado de Netsai. Disfruté cocinar la merienda cuando los aspectos que causaban más molestias ya habían sido resueltos. Canturreé mientras picaba el *covo* para meterlo en la olla y me dio gusto que los pollos picotearan los pedazos que se habían caído, limpiando el piso sin la amenaza de que los atraparan para ser cocinados. Cómo aborrecía todo el proceso de solicitar la ayuda de Netsai para cortarles el paso cuando trataban de escapar, al tiempo que crecía mi irritación cuando me abalanzaba sobre las alas y sólo agarraba el aire hueco hasta que por fin atrapaba al pollo, que protestaba y cacareaba con voz estridente hasta que, al percibir lo inevitable, se quedaba callado. Tampoco podía tolerar el olor de la sangre que amenazaba con asfixiarme cuando le vaciaba agua hirviendo al ave decapitada para aflojarle las plumas. La próxima vez, pensaba con ingenuidad, Nhamo deberá de atraparlo él mismo. Si quiere comer pollo, él mismo tendrá que atraparlo y matarlo. Yo lo desplumaré y lo cocinaré. Parecía una división del trabajo justa.

¡Qué ingenuidad! La tunda que recibió Netsai por el asunto del equipaje me debería haber dejado muy claro que a Nhamo no le interesaba ser justo. Quizás con otras personas, pero con certeza no con sus hermanas, sus hermanas más pequeñas para el caso. Tal vez soy injusta con él y le estoy echando toda la culpa de forma póstuma, cuando ya no se puede defender y cuando he visto lo suficiente para saber que la culpa no viene en paquetes embalados a la perfección. Quizás estoy haciendo que parezca como si Nhamo simplemente hubiera decidido ser aborrecible y hubiera resultado ser bueno en eso, cuando en realidad ese no fue el caso; cuando en realidad no había hecho más que comportarse, quizás en forma extrema, como se esperaba de él. Las necesidades y sensibilidades de las mujeres en mi familia no eran consideradas una prioridad, ni siquiera algo legítimo. Por eso es que yo iba en tercero de primaria el año en que Nhamo murió, en lugar de ir en quinto como correspondía a mi edad. En esos días, sentía lo injusto de mi situación cada vez que pensaba en ello, algo que no podía dejar de hacer con frecuencia, pues los niños siempre andan hablando de su edad. Pensando en ello, sintiendo lo injusto de la situación, fue como llegué a aborrecer a mi hermano, y no sólo a mi hermano: también a mi padre y a mi madre... a todos, de hecho.

Dos

Nhamo comenzó a ir a la escuela cuando cumplió siete años, la edad en la que el gobierno había declarado que los niños africanos tenían un desarrollo cognoscitivo suficiente para comprender las abstracciones de números y letras: $1 + 1 = 2$; *k-i-t-s-i = kitsi*. Nhamo era de los alumnos más pequeños de su clase. Es probable que los otros padres, creyendo que en verdad éramos retrasados, hayan pensado que era mejor dejar que las habilidades de sus hijos maduraran un poco antes de exponerlos a los rigores de la educación formal. Y, por supuesto, estaba el asunto de las colegiaturas. Fuera por la razón que fuera, muchos de nosotros no empezábamos a ir a la escuela sino hasta que cumplíamos ocho o incluso nueve años, pero en nuestra familia, el precedente de ingresar temprano había sido impuesto por Babamukuru, quien había obtenido el título de licenciado en Sudáfrica y, en consecuencia, sabía mucho sobre educación.

—Deben empezar temprano -le dijo Babamukuru a mi padre-, mientras sus mentes todavía están maleables.

Por lo tanto, fue inevitable que Nhamo ingresara a la escuela el año en que cumplió siete y que yo siguiera, pues era un año más chica que él.

Ahora bien, por alguna razón que no recuerdo haber comprendido, pues ese año las lluvias fueron buenas, cuando ingresé a la escuela nuestras cosechas fueron malas. Aunque habíamos recolectado suficiente maíz para no morirnos de hambre, no sobró nada para vender, por lo que no había dinero en la casa. Y la falta de dinero significaba que no había colegiaturas. Y la falta de colegiaturas quería decir que no había escuela. Tampoco había esperanzas de conseguir dinero pues Babamukuru había dejado la misión para irse a Inglaterra a estudiar más sobre educación.

Yo sólo tenía cinco años cuando Babamukuru se fue a Inglaterra. En consecuencia, todo lo que puedo recordar sobre las circunstancias que rodearon su partida es que todos estaban muy emocionados y muy impresionados por el suceso. Desde entonces, con el objeto de averiguar qué fue lo que en verdad pasó en esa época para comprender lo que siguió, le he pedido a mucha gente -a Maiguru y a Babamukuru, a mi padre, a mi madre, a Nyasha y a Chido- que me cuenten lo que recuerden. He descubierto, y no es sorprendente, que el viaje había estado envuelto en disputas, conflictos y tensiones de los que no podría haberme percatado por ser tan pequeña.

Babamukuru no quería dejar la misión. No quería alejarse de su terruño pues ya había abandonado una vez a su madre para ir a Sudáfrica, y cuando regresó no le había alcanzado el tiempo para garantizar que en su vejez ella tuviera estabilidad y bienestar. Además, ahora tenía una familia propia. A pesar de que los misioneros que le habían ofrecido la beca para estudiar en Inglaterra también le habían ofrecido una beca a Maiguru (tan ansiosos estaban de que la joven pareja, inteligente y disciplinada, recibiera una buena preparación para ser útil a su propia gente), existía el problema de los niños. Las disputas y las tensiones que rodearon la partida de Babamukuru no se centraron tanto en el asunto de su viaje, sino más bien en qué hacer con los niños. Babamukuru apreciaba la oportunidad que le habían ofrecido, además de que declinarla habría sido una especie de suicidio. Los misioneros se habrían molestado por su ingratitud. Habría caído de su gracia y en su lugar ellos habrían tomado bajo su protección a otro africano joven y promisorio. Como no le era posible obtener los títulos necesarios en su tierra, no le quedaba otra alternativa más que desarraigarse por un periodo de cinco años para conservar la posición que le permitiría, a su debido tiempo, librarse y librar a sus dos familias de la merced de la naturaleza y de los caritativos misioneros. Mi abuela pensaba que los niños estarían mucho mejor en casa, pues nuestras costumbres les eran familiares y se sentirían a gusto en el ambiente familiar. Pero Babamukuru, al recordar lo difícil que era la vida en el *homestead*, no quería que sus hijos padecieran las carencias y las penurias que había vivido cuando era niño. Además, prefería que los niños estuvieran con él para supervisar cosas esenciales como su educación y su desarrollo. Por lo tanto, se llevaron a Chido y a Nyasha a Inglaterra. Mi padre, por supuesto, pensando que cinco años sin un hermano que lo mantuviera era un periodo muy largo en el que se vería obligado a sostenerse él mismo, se consoló con la certeza de que cuando Babamukuru regresara con sus elevados títulos, lo mantendría con mayor abundancia que antes. Mi madre tenía la esperanza de que por fin mi padre se volviera responsable.

Recuerdo haber hablado del fenómeno de la educación de Babamukuru con Nhamo. Nhamo estaba muy impresionado por la cantidad tan enorme de educación que era posible adquirir. Me dijo que el tipo de educación que Babamukuru había ido a obtener debía haber sido sumamente importante para hacerlo viajar tan lejos.

—Inglaterra -me dijo con ponderada autoridad- está muy lejos. Mucho más lejos que Sudáfrica -¿Cómo sabía?

Nhamo sabía muchas cosas en esa época. Sabía más en esos días que cuando murió. Por ejemplo, sabía que cuando creciera iba a estudiar para tener muchos títulos y ser director como Babamukuru. Sabía que de él dependería asegurar que sus hermanas más pequeñas recibiéramos una educación, o cuidarnos si no la recibíamos, de la misma forma que Babamukuru lo había hecho y lo estaba haciendo por sus propios hermanos y por su hermana. Sabía que tenía que ayudar en el campo y con el ganado y ser agradable con la gente. Sobre todo, sabía que tenía que esforzarse mucho en la escuela y mantener el primer lugar de la clase. Esto último lo hizo con diligencia en preprimaria A y en preprimaria B. Con el resultado de preprimaria B se sintió particularmente satisfecho porque le había ganado por dos puntos al niño que más se le acercaba. Entonces, después de ir tan bien, se le dijo que ya no podría seguir yendo a la escuela porque no había dinero para las colegiaturas. Lloró.

Por fortuna, mi madre mostró determinación ese año. Comenzó a hervir huevos y a llevarlos a la terminal de autobuses para venderlos a los pasajeros que pasaban por ahí. (Lo que significaba que nosotros no podíamos comerlos.) También llevaba verduras -nabo, cebollas y jitomates- y extendió su huerto para que hubiera más para vender. El negocio era razonable y bueno en los días festivos, cuando los visitantes que venían de lugares tan distantes como Salisbury, Fort Victoria, Mount Darwin y Wankie se sentían tentados a comprar algo extra para llevarlo a casa. De esta forma mi madre juntaba a duras penas lo suficiente para mantener a mi hermano en la escuela. Yo comprendí que vender verduras no era un negocio lucrativo. Comprendí que no había suficiente dinero para mis colegiaturas. Sí, comprendí por qué yo no podía regresar a la escuela, pero a mí me encantaba ir a la escuela y era muy aplicada. Por lo tanto, mis circunstancias me afectaron enormemente.

—Mi padre pensaba que no me deberían importar.

—¿Vale la pena preocuparse por eso? Ah-h-h- no es nada -me tranquilizaba, con su habilidad usual para brincar a donde fuera más fácil-. ¿Puedes cocinar libros y dárselos de comer a tu esposo? Quédate en casa con tu madre. Aprende a cocinar y a limpiar. Cultiva verduras.

Su intención era consolarme con palabras sensatas y reconfortantes, pero yo no les encontraba sentido. Esto sucedía a menudo cuando mi padre hablaba, pero hasta ese momento no había habido una causa concreta para cuestionar sus teorías. Sin embargo, en esta ocasión yo tenía pruebas. Maiguru era una persona educada, ¿y le servía a Babamukuru libros para merendar? Descubrí para mi infeliz alivio que mi padre no era sensato.

—Me quejé con mi madre.

—Baba dice que no necesito recibir una educación -le dije despectivamente-. Dice que debo aprender a ser una buena esposa. Mira a Maiguru -continué, sin percatarme de mi perversidad- ¡es mejor esposa que tú!

—Mi madre tenía edad suficiente como para molestarse por mis sandeces infantiles. Trató de diluirlas un poco diciéndome muchas cosas, explicándome que mi padre tenía razón porque incluso Maiguru sabía cocinar y lavar y cultivar verduras.

—El asunto de ser mujer es una carga pesada -dijo-. ¿Y cómo no iba a serlo? ¿No somos nosotras las que parimos hijos? Cuando es así una no puede sólo decidir hoy quiero hacer esto, mañana quiero hacer lo otro, al día siguiente quiero ser una persona educada. Cuando hay que sacrificarse por algo, a una le toca. Y estas cosas no son fáciles; una tiene que irse aprendiendo desde el principio, desde una edad muy temprana. Entre más pronto mejor, para que sea fácil después. ¡Fácil! Como si llegara a ser fácil. Y en estos días es peor, con la pobreza de ser negra por un lado y el peso de ser mujer por el otro. ¡Aiwa! Lo que te podrá ayudar, hija mía, será aprender a soportar tus cargas con fuerza.

Reflexioné sobre esto durante varios días y comencé a temer que no era tan inteligente como mi desempeño en preprimaria A me había llevado a creer pues, como me sucedía con mi padre, no pude seguir el sentido de las palabras de mi madre. Ella dijo que ser negro era una carga porque te hacía pobre, pero Babamukuru no era pobre. Dijo también que ser mujer era una carga porque una tenía que parir hijos y cuidarlos y atender al marido. Pero yo no pensaba que eso fuera cierto. Maiguru estaba bien atendida por Babamukuru, en una enorme casa en la misión, la cual yo no había visto pero de la que había oído rumores sobre su inmensidad y elegancia. A Maiguru la transportaban en auto y siempre se veía fresca, bien arreglada y limpia. En suma, era una mujer diferente de mi madre. Decidí que era mejor ser como Maiguru, que no era pobre y no había sido aplastada por el peso de ser mujer.

—Volveré a ir a la escuela -les anuncié a mis padres.

—Mi padre se dirigió a mí con severidad, pues creía que yo esperaba que él consiguiera el dinero de algún modo, quizás trabajando.

—¡Ya vas a empezar con tus estupideces! Lo puedo adivinar. ¡Ya sabes que tu Babamukuru no regresará en un buen tiempo!

—Yo me voy a ganar lo de la colegiatura -lo tranquilicé, exponiéndole mi plan como lo había dispuesto en mi cabeza-. Si me das unas cuantas semillas, yo limpiaré mi propia parcela y cultivaré mi propio maíz. No mucho. Sólo lo suficiente para la colegiatura.

Esto le causó mucha gracia a mi padre. Me molestó muchísimo que se riera a carcajadas, sin parar, de una forma desagradablemente adulta.

—¡Sólo lo suficiente para la colegiatura! ¿Puedes verla ahí? —se rio con mi madre—. ¡Apenas un arbusto y ya está haciendo planes consumados! Puedes decirle a tu hija, Ma'Shingayi, que no hay dinero. No hay dinero y punto.

Mi madre, por supuesto, me conocía mejor.

—¿Y te pidió dinero? —inquirió—. Escucha a tu hija. Te está pidiendo semillas. Eso sí le podemos dar. Déjala intentarlo. Deja que ella misma se dé cuenta de que algunas cosas no se pueden.

Mi padre estuvo de acuerdo. Una semillita no era un precio muy alto para mantenerme callada. Comencé mi proyecto al día siguiente, un día en diciembre de 1962. Al siguiente enero mi hermano entró al primer grado de primaria. Yo trabajé en el *homestead*, en los campos de la familia y en mi propia parcela. ¡Cómo susurré respetuosas y fervientes oraciones a mi abuela en esos primeros días de mi huerto! A mi abuela, que había sido una inexorable cultivadora de la tierra, plantadora de semillas y recolectora de cosechas hasta, literalmente hasta, su último momento. Cuando yo era tan pequeña que no era más que un estorbo en los campos de la familia solía pasar muchas horas productivas trabajando con mi abuela en la parcela que ella llamaba su jardín. Una al lado de la otra, con el azadón limpiábamos franjas de tierra definidas por la fila de plantas de maíz: yo insistía con obstinación en que podía aguantarle el paso y ella, para que yo lo lograra, escardaba tres franjas por una de las mías. Al elogiar mi predisposición hacia el trabajo, lo consolidó en mí como un hábito deseable.

También me dio lecciones de historia. La historia que no podía encontrarse en los libros de texto; un rato en el campo y un descanso, el inicio del relato, una pausa.

—¿Qué pasó después, *Mbuya*, qué pasó?

—Trabaja más, hija mía, antes de escuchar más relatos —lenta, metódicamente, durante el día, el campo era cultivado mientras se ensartaban de principio a fin los episodios de la propia porción de historia de mi abuela.

—Tu familia no siempre vivió aquí, sólo se mudó a este lugar después de la época en que me casé con tu abuelo. Vivíamos en Chipinge, donde el suelo es pródigo y tu abuelo era un hombre rico en la moneda de esos días, pues tenía muchos y muy gordos rebaños, enormes campos y cuatro esposas que trabajaban duro para producir generosas cosechas. Todo esto lo podía cambiar por telas, cuentas, hachas y un fusil, incluso un fusil, con los mercaderes. En esos días no llegaban para quedarse; pasaban por ahí y se marchaban. Tu bisabuelo tenía suficientes hijos para llenar un *kraal*, todos hombres grandes, fuertes y trabajadores. Y yo, en esos días yo era bella —sus ojos me parpadeaban de tal forma que me sentí avergonzada de estarla examinando tan cerca para encontrar a la mujer que me describía. ¿Por qué me contaba esto? Ahora ya no era bella, pero yo la quería, así que me sentía avergonzada de que me viera buscar la belleza perdida—. No siempre fui vieja como ahora, con arrugas y canas, sin dientes. En una época yo era pequeña y hermosa y rolliza como tú, y cuando me convertí en mujer fui una mujer bonita con el cabello tan largo que podías hacer una sola trenza a la mitad de mi cabeza. Tenía caderas fuertes y anchas —aquí es donde solía terminar el primer episodio. Yo me quedaba en ascuas. La princesa y el príncipe. ¿Qué pasó? ¿Qué pasó?

Hechiceros versados en magia negra y perfidia llegaron del sur y expulsaron a la gente de su tierra. En burro, a pie, a caballo, en carretas tiradas por bueyes, la gente buscó un lugar donde vivir. Pero los hechiceros eran avariciosos y mezquinos; cada vez había menos y menos tierra para la gente. Por fin la gente encontró el suelo gris y arenoso del *homestead*, tan pedregoso y árido que los hechiceros no lo querían. Ahí construyeron un hogar. Pero el tercer hijo, mi abuelo, seducido por los cuchicheos de los hechiceros que le prometían riquezas y lujos, y expulsado por los rigores del *homestead*, se fue con su familia a una de las granjas de los hechiceros. ¡*Yuwi!* Sólo para descubrir que los habían engatusado para convertirlos en esclavos. Pero un día mi abuelo logró escapar a las refulgentes minas de oro del sur, en donde se decía que los hombres buenos se hacía ricos con rapidez. El hechicero blanco no requería de las mujeres y los niños. Expulsó de la granja a mi abuela y a sus hijos. Desamparados, regresaron al *homestead*, en donde mi bisabuelo, aunque no había recuperado su antiguo nivel de vida, sí había logrado mantener unida a la familia. Y entonces mi bisabuelo murió y la familia se desintegró y resultó que mi abuelo no había sido un buen hombre, pues murió en las minas y mi abuela quedó con seis niños que mantener. Y entonces escuchó que seres de apariencia similar a los hechiceros pero que no formaban parte de ellos, pues estos eran santos, habían establecido una misión no muy lejos del *homestead*. Ella caminó con mi tío, Babamukuru, que tenía nueve años y usaba taparrabo, hasta la misión, donde los santos hechiceros lo acogieron. Durante el día lo pusieron a trabajar en su finca. Durante la noche lo educaron en su hechicería. Pues mi abuela, que era sagaz y previsora, les había rogado que lo prepararan para la vida en su mundo.

A mis oídos, este era un relato verdaderamente romántico, un cuento de hadas de recompensa y castigo, de causa y efecto. También tenía una moraleja, una tentadora moraleja que aumentaba las aspiraciones de una, aunque sin rebasar un nivel razonable.

Mi tío no le tenía miedo al trabajo duro, pues se había acostumbrado a trabajar en la finca y en el *homestead* desde muy pequeño. Su excepcional desempeño en la escuela sorprendió a los misioneros, a pesar de que trabajaba el día completo en la granja. Era diligente, era industrioso, era respetuoso. Pensaron que era un buen muchacho, cultivable, como la tierra, para producir cosechas que sustenten al

cultivador. Cuando acabó sus grados básicos en la misión, arreglaron que entrara a la secundaria. Esto sólo fue posible cuando se construyó una secundaria para gente como mi tío, lo que significó que tuvo que esperar algunos años entre un nivel y otro. Durante este tiempo y durante sus años de secundaria, le dieron trabajos esporádicos en la misión para que pudiera pagar las colegiaturas y ayudar a su familia. Después el gobierno se hizo cargo y le dio una beca para que se fuera a Sudáfrica. Mi tío se tornó próspero y respetado, con un salario suficiente para reducir un poco la penuria de la existencia de su familia. Esto indicaba que se podía vivir la vida con una pizca de dignidad en cualquier circunstancia, si uno trabajaba lo suficiente y obedecía las reglas. Sí, era un relato romántico del modo en que mi abuela lo contaba. No se minimizaba el sufrimiento, pero el mensaje era claro: aguanta y obedece, pues no queda de otra. Estaba muy orgullosa de su hijo mayor, que había hecho justo eso.

Cuando murió, lo que hizo apaciblemente al tomar un descanso de una de sus faenas un día en que yo no estaba con ella, mi madre se encargó de la parcela y la convirtió en su huerto. Era una parcela grande. Mi madre no la necesitaba toda, así que medio acre permanecía en barbecho. Ese fue el terreno que escogí para mi lote.

Ese año maduré y crecí más fuerte y más robusta de lo que puede crecer provechosamente cualquier niño de ocho años. Las más de las veces, me despertaba antes del amanecer; barría ya el patio cuando se empezaba a disipar la oscuridad. Antes de clarear yo ya había caminado al río y había regresado por el sendero entre los árboles a través de otras granjas, en donde las mujeres apenas iban despertando, con el cilindro de agua balancéandose en mi cabeza sobre el rodete hecho de hojas y ramitas verdes, aunque éste no iba completamente lleno pues cuando lo estaba pesaba demasiado y no podía subírmelo a la cabeza sin ayuda. Mientras los gallos cantaban y las gallinas sacudían el sueño de sus plumas, yo prendía el fuego, barría la cocina y hervía agua para asearnos y para el té. Para cuando el sol se levantaba, yo ya estaba en mi parcela, limpiándola y desbrozándola con el azadón en los primeros días; después haciendo agujeros con una separación de treinta pulgadas con un sólo movimiento del azadón, como nos habían enseñado en nuestras clases de jardinería en la escuela; luego colocando las semillas en su interior, dos o tres a la vez, y poniendo tierra con el pie una o dos veces, para cubrirlas; posteriormente, esperando que las semillas germinaran y cuidándolas y esperando que creciera la cizaña y cultivando de nuevo. Como a las diez de la mañana, lo que yo calculaba por la altura y el calor del sol, me iba a los campos de la familia para trabajar con mi madre, algunas veces con mi padre y, en las tardes después de la escuela, con mi hermano.

Creo que mi madre admiraba mi tenacidad y por eso mismo me tenía lástima. Comenzó a prepararme para la desilusión mucho antes de que yo me viera obligada a enfrentarme a ella. Para prevenirme empezó a desalentarme.

—¿Y te crees que eres tan diferente, tan superior al resto de nosotros? Acepta tu destino y disfruta lo que puedas de él. No queda otra alternativa.

Yo quería apoyo, quería aliento; quizás advertencias, si fueran necesarias, pero constructivas. El día en que se pasó de la raya decidí que ella había estado escuchando con demasiada devoción a mi padre. Dejé de prestarle atención y busqué la solidaridad de Nhamo, pero él tampoco podía ayudarme, pues iba a la escuela.

—¿Para qué te molestas? -me preguntó él con ojos que tintineaban maliciosos-. ¿Acaso no sabes que yo soy el que tiene que ir a la escuela?

—Tú dijiste que ibas a cuidarme, a ayudarme en mi parcela.

—¿Cómo puedes pedirme eso si ves que estoy tan ocupado?

Era verdad. Con el rebaño que tenía que permanecer en el *kraal* hasta que Nhamo regresara de la escuela en la tarde para sacarlo a pastar y a beber agua antes de reunirse con nosotros en los campos; con lo que tenía que ordeñar antes y después de la escuela, cuando una vaca estaba dando leche; con sus libros; con mi padre en las épocas más atareadas cuando insistía en que Nhamo nos ayudara todo el tiempo, de tal forma que llegaba a faltar a la escuela hasta una semana; con todas estas tareas y ocupaciones por doquier estaba muy ocupado. Abrí la boca para decirle que yo me encargaría de la ordeña y del pastoreo, pero mi instinto de conservación fue más fuerte que la compasión. Cerré la boca sin pronunciar palabra. Aun así, tenía que hacer algo acerca de la agobiante situación de mi hermano.

—¿Logrará concentrarse si está tan ocupado? -le pregunté a mi padre.

—¿Por qué no, si quiere hacerlo?

Mi madre tenía razón. No era posible hacer ciertas cosas.

Nhamo se rio cuando le conté mi historia.

—¡Y qué! no me importa lo que diga -respondió levantando los hombros y haciendo que yo me escandalizara al escuchar ese lenguaje irrespetuoso que no había oído antes-. Estoy en la escuela, ¿o no? No me preocupa lo que diga de mí. Así que, ¿cuál es tu problema? Ni siquiera te afecta a ti.

—Pero no puedes estudiar.

—¿Quién dice? Yo soy el que debe saberlo. Yo voy a la escuela, mientras que tú no vas a ningún lado.

—Pero yo quiero ir a la escuela.

—Querer no basta.

—¿Por qué no?

Dudó, y después alzó los hombros.

—Es lo mismo en todas partes. Porque eres mujer —había a florado el asunto—. Eso es lo que dijo Baba, ¿te acuerdas? —yo ya no lo escuchaba. Mi preocupación por mi hermano pasó a mejor vida discretamente.

Para febrero mi maíz estaba de color verde oscuro, más alto que yo y seguía creciendo. Al inspeccionar mi cosecha, me pavoneaba por la parcela como si fuera la dueña de una granja de cien hectáreas. Además, no me sentía excesivamente fatigada en esos días, pues los campos ya no necesitaban tanta atención. Era un sentimiento agradable. Y un buen cultivo. Todo lo que quedaba era esperar por la cosecha: labrar una o dos veces pero, en realidad, esperar para recolectar mi pequeña y buena siega. Mi pequeña y buena siega. Tenía que ser cuidadosa al pensar acerca de la cosecha, por si me desanimaba. Tenía que alejar la conciencia de que no podría sacar mucho de ella.

Unas cuantas semanas más tarde, cuando las mazorcas estaban listas para comerse, empezaron a desaparecer.

—¿Qué esperabas? —me dijo Nhamo—. ¿De veras pensabas que te podías mandar tú sola a la escuela?

El domingo después de que los elotes empezaron a desaparecer, decidí ir a la iglesia. Era muy raro que los domingos fueran un día de descanso para nosotros y aún más raro que fueran un día de culto. Con frecuencia, mi madre, no atreviéndose a pecar de modo tan grotesco como para ir al campo, trabajaba de todas formas los domingos en su huerto. O si el trabajo era tan poco que le permitía quedarse en casa con la conciencia tranquila, estaba demasiado cansada para asearse y caminar las dos millas y media a la iglesia. Durante el año en que yo asistí a la escuela descubrí que iba cada vez más a la iglesia, pues el lunes azotaban a los niños que no habían ido a la Escuela Dominical, o bien se les obligaba a trabajar en los huertos del maestro. Sin la perspectiva de los azotes para inducirme, apenas había asistido a la iglesia desde que salí de la escuela. Pero este domingo en particular, el domingo después de que mis elotes comenzaron a desaparecer, sentí un vehemente deseo de participar en los juegos de la Escuela Dominical. Ansiaba con desesperación la risa, la alegría y la camaradería. Fui al río, me lavé con mucho cuidado y me puse el vestido que estaba en buenas condiciones, el que no tenía agujeros más que en las axilas y ahí sólo porque yo había crecido demasiado. Me unté mucha vaselina en las piernas, los brazos, la cara y el pelo, y después me arrepentí del desperdicio, pues esto significaba que me iba a empolverar muy rápido. Para cuando llegué a la Escuela Rutivi, mi vieja escuela, en donde se llevaban a cabo los servicios religiosos, los juegos ya habían empezado. Las niñas jugaban *pada* en el camino, en donde marcaban con un palo los cuadros en el polvo, y los niños pateaban desesperadamente una pelota de fútbol hecha de plástico y periódicos en la cancha que apenas tenía pasto. A las niñas les dio gusto verme, tenerme de nuevo entre ellas. Era como en los viejos tiempos. De inmediato me tocó mi turno.

—Nos acordamos de ti —me dijo Nyari, quien había sido mi mejor amiga, al tiempo que yo lanzaba mi *pada*—. Sobre todo cuando Nhamo nos regala elotes —dijo con un suspiro—. Es divertido asarlos después de clase. Si tan sólo tú estuvieras aquí.

La sangre me punzó bajo la piel. Brinqué inciertamente hacia el cuadro número ocho.

—Perdiste —dijo Chitsva—. No pateaste el *pada*.

—¿Nhamo te dio elotes? —le pregunté parada en una sola pierna sobre el cuadro ocho.

—Muchas veces —asintió Nyari.

Me contaron que salí disparada del juego de *pada* como perro tras un gamo. Recuerdo que en un momento estaba jugando *pada* y al siguiente Nhamo y yo rodábamos en la mugre de la cancha de fútbol, con un grupo de compañeros incitándonos. Dicen que fui derecho por mi hermano y lo tiré de un solo golpe. El elemento de sorpresa estaba de mi lado. Me senté arriba de él, azoté su cabeza contra el piso, grité, pataleé y maldije. Nhamo luchó por levantarse. Me caí. Me mantuvo clavada al piso, sin pegarme, sólo deteniéndome ahí, mientras sus ojos destellaban maliciosamente de nuevo.

—¿Qué te pasa? —profirió con parsimonia—. ¿Te has vuelto loca? —la multitud se rio.

—¿Para qué hablar? —gritó uno de los futbolistas—. Sólo túndetela. Eso es lo que entienden.

Resoplé, escupí, grité, maldije; pataleé, me liberé y retrocedí hacia la multitud, que se abrió paso. Embestí de nuevo, esta vez con la intención de matar, pero me encontré luchando en el aire, en el extremo del brazo de un adulto.

El señor Matimba estaba muy molesto con todos.

—Estoy avergonzado de ustedes —gritó por encima de mis chillidos—, de todos ustedes. Nhamo, si vas a pelear con tu hermana, ¿quién la va a cuidar? Y tú, Tambudzai, también debes portarte mejor. Los demás, todos ustedes ahí parados aplaudiendo como si estuvieran en un partido de fútbol. ¿Qué les pasa?

—Ella comenzó —dijo Nhamo indolente, alerta.

—Sí —exclamaron todos al unísono—. Ella embistió. Nosotros la vimos. Lo embistió sin ninguna razón.

Yo grité mis razones a voz en cuello.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Nyari seria—. ¿Que quiere elotes?

—Si vuelvo a presenciar algo así —continuó el señor Matimba— los voy a apalea, a todos y cada uno de ustedes. Voy a romper una vara en las piernas de cada uno. Ahora váyanse, váyanse todos. Se acabó la Escuela Dominical. Se dispersaron; el señor Matimba tenía fama de no hablar en vano. Y tú, niña —dijo severamente—, ¿qué crees que hacías para ocasionar una escena como ésta?

Un líquido tibio escurrió por mi pierna. Podría haberme orinado, pero era rojo y pegajoso, y escurría por la parte externa de la pierna, no incoloro y acuoso por la interna. No podía sentir la cortada. Lágrimas de impotente rabia amenazaban con hacerme perder la compostura. Me aguanté y le conté al señor Matimba que Nhamo se había robado mis elotes.

—¿De qué elotes hablas? —me preguntó con paciencia, aunque intrigado. Y le platicué toda la historia, cómo iba a regresar a la escuela el año siguiente, cómo iba a ganar dinero vendiendo mi cosecha. El señor Matimba escuchó con atención. En algún momento durante mi alocución, que era muy larga porque no era muy coherente y el señor Matimba tenía que hacerme muchas preguntas, empezamos a caminar alrededor de la cancha de fútbol. El señor Matimba escuchaba intensamente, inclinando todo su cuerpo hacia mí y yo le hablaba como si fuera cualquier otra persona y no un adulto y un maestro. Sentí que me volvía a conectar.

—Sería mejor que los vendieras verdes —me sugirió el señor Matimba cuando terminé—. Te harían ganar más dinero.

—Pero todo mundo tiene maíz verde para comer —objeté—. ¡O-o-o-h! ¿Me está usted diciendo que debería ir a la terminal de autobuses?

—Eso es posible —contestó el señor Matimba—, pero más bien estaba pensando en que deberías venderle a los blancos. Cuando las mazorcas están gordas y pesadas, ellos compran cada una hasta por seis peniques.

No le creía. Nadie, ni siquiera Babamukuru, tenía todo ese dinero.

—Si llevaras tus elotes verdes a la ciudad —continuó el señor Matimba— conseguirías suficiente para pagar las colegiaturas de dos trimestres. Después de eso ya veríamos.

—Pero no puedo ir a la ciudad —le indiqué, alzando los hombros—. Llevaré mis elotes a la *magrosa*.

—Quizás no tengas que hacerlo —comentó el señor Matimba, sonriendo confabulador—. Los martes voy a la ciudad en el camión de la escuela para arreglar algunos asuntos. Si llegas a mi casa a las once de la mañana el próximo martes, te llevaré y te mostraré lo que se puede hacer. Pero asegúrate de pedirle permiso a tu padre.

Mi padre dijo que el señor Matimba se comportaba de modo irresponsable y que interfería en asuntos que no le incumbían.

—¿Se cree que es tu padre? —inquirió—. Cree que porque ha masticado más letras que yo puede hacerse cargo de mis hijos. Y tú, tú crees que es mejor que yo. Él quiere que todos trabajen en su huerto, eso es lo que quiere. Te prohíbo que vayas.

—Pero debo vender mi maíz —insistí.

—Así que todo este tiempo tenías la intención de venderlo en la ciudad, ¿eh? ¿Acaso es eso? —preguntó mi padre con sarcasmo, hiriente—. Ma'Shingayi —le ordenó a mi madre— dile a tu hija que no puede ir a la ciudad con ese hombre.

—¿Y por qué le debo decir tal cosa? —preguntó mi madre—. La niña debe tener una oportunidad de hacer algo por ella misma, de fracasar ella sola. ¿Tú crees que no le he dicho que sus esfuerzos no llegarán a nada? Ya conoces a tu hija. Es terca y testaruda. No me hace caso. Estoy cansada de que no preste atención a lo que le digo —gimoteó—. Debe pasar por esto en carne propia. Si le prohíbes ir, siempre pensará que tú evitaste que ella se ayudara a sí misma —continuó, recobrando su sentido de dirección—. Nunca lo olvidará, nunca te lo perdonará.

Palabras como “siempre” y “nunca” tenían mucho significado para mi padre, quien pensaba en términos absolutos y cuya mente, en consecuencia, daba enormes brincos en direcciones opuestas cuando acaso llegaba a brincar.

—Entonces déjala ir —dijo.

Así fue como ese martes llevé a cabo mi cita con el señor Matimba. Me trepé en el camión escolar junto a él. Llevaba mi canasta de maíz en el regazo, tapada cuidadosamente con papel de estraza. Los demás niños, que ya habían terminado sus lecciones, me observaban, y como tenían la envidia tan marcada en el rostro, supe que había logrado un triunfo importante incluso si no vendía mi maíz.

—Adiós —me despedí con la mano al arrancar—. ¡El próximo año no podré ir a la ciudad porque estaré con ustedes atrás del pupitre! —el señor Matimba se reía de modo mucho más agradable de lo que pueden hacerlo la mayoría de los adultos. Yo también reí, porque su risa era contagiosa y porque estaba emocionada por el viaje y contenta con él y contenta conmigo.

Nunca antes me había subido a un vehículo de motor. Me inundaban nuevas sensaciones: el suave asiento de plástico que me hacía sudar y me pegaba el vestido a las nalgas; los baches en el camino eran peores que cuando pasaba sobre ellos la carreta del padre de Nyari. Le pregunté al señor Matimba sobre esto:

—¿Por qué son tan dispares los caminos para los autos? Los caminos para las carretas no están tan mal.

—Los caminos tienen los mismos baches —me explicó—. Pero un coche se mueve con más rapidez que una carreta, así que sentimos más los brincos cuando estamos en un auto.

¡Así que los baches eran los mismos! ¿De veras?

Me preocupé cuando llegamos al río.

—¿Cómo podrá nadar el coche?

—Las llantas se moverán en el fondo del río —me explicó el señor Matimba con afabilidad.

—Es igual que cruzar caminando cuando el río no es muy profundo -todas estas nuevas ideas me intrigaban.

El camino de asfalto con las rayas blancas a la mitad era otra maravilla que merecía una explicación.

—¿Por qué va usted de un solo lado cuando tiene toda la carretera? -le pregunté al señor Matimba. Un camión de leche se acercó y nos pasó con estrépito en sentido contrario-. Ya sé por qué, ya sé -dije sin esperar su respuesta-. Los autos que van a la ciudad usan este carril. Los que vienen de la ciudad usan el otro lado, para no chocar. El señor Matimba me felicitó. Dijo que yo era perspicaz. Yo sentía que sí lo era, pero no lo dije.

—Umtali está del otro lado de estas montañas -me dijo el señor Matimba conforme nos acercábamos a la intersección de la autopista a Inyanga y el camino a Umtali-. Las montañas de esta región son algunas de las más altas de Rhodesia. Todas las montañas altas se encuentran aquí en la región oriente del país. Estas son las cosas que aprenderás cuando regreses a la escuela.

El camino comenzó a ascender por la ladera de la colina. El camión vaciló, su voz cambió y se movió más despacio.

—Los blancos deben ser muy fuertes para construir una carretera tan ancha en un lugar tan alto -comenté.

El señor Matimba no estuvo de acuerdo.

—Nosotros fuimos los que la construimos -me aclaró-. Fue un trabajo terrible. Realizamos muchos trabajos terribles. Ahora nos estamos acercando a la cima de Paso de Navidad -me dijo, cambiando el tema-. Si ves hacia abajo cuando llegemos al otro lado verás algo que vale la pena.

Miré y vi, situada claramente debajo de nosotros, una ciudad muy pequeña con filas de casitas que se hacían más y más pequeñas conforme se extendían al norponiente.

—Esa es Umtali -dijo el señor Matimba-, la tercera ciudad de Rhodesia. Sólo Salisbury, que es la capital, y Bulawayo son mayores que Umtali. Estas son otras cosas que vas a aprender. Un día te traeré aquí de noche. Verás que es muy bonito, pues las luces de la ciudad son como cientos de estrellas que están abajo de ti y no arriba.

¡Estrellas abajo en lugar de arriba! Quería verlas en ese instante. Rogué por un milagro, por que el sol se pusiera.

Cruzamos el paso, retumbando. Ahora había muchos más autos de diferentes formas, tamaños y colores, algunos enfrente de nosotros, algunos atrás y algunos a los lados. Unos iban a la ciudad como nosotros, otros regresaban, subiendo por el paso. Después la carretera se dividió, ramificándose en todas direcciones, y los autos también iban y venían en todas direcciones. Temí que uno de ellos se moviera en dirección equivocada y se estrellara contra nosotros, pero el señor Matimba estaba muy relajado. ¡Qué listo era al hacer que el coche se moviera hacia donde él quería cuando el coche podía tomar uno de tantos caminos confusos!

—Iremos a un lugar en donde hay muchas tiendas grandes y en donde los blancos dejan sus autos -me dijo mientras avanzábamos con lentitud por la carretera-. Me quedaré un momentito contigo para enseñarte qué hacer, después te dejaré un rato mientras atiendo mis propios asuntos -habría tenido miedo de quedarme sola, de haberlo pensado antes.

Avanzamos por la calle ancha que curiosamente estaba custodiada por luces colocadas sobre un poste. Cuando la luz de arriba se encendía, todos los carros se detenían. Cuando la luz de abajo se prendía, ¡todos nos movíamos de nuevo! Me preguntaba cómo era que las luces sabían cuándo prenderse y apagarse.

—Están controladas por máquinas -me informó el señor Matimba, con menos precisión de la que había tenido al contestar mis preguntas hasta ahora-. Aprenderás sobre ellas en el primer grado cuando leas sobre Ben y Betty en la ciudad y el campo.

Me quedó claro que no tenía otra alternativa más que vender mis elotes y regresar a la escuela.

El señor Matimba detuvo el camión en la esquina de la calle que estaba adelante de las luces. Nos bajamos y caminamos al costado de una enorme tienda hecha principalmente de vidrio.

—Arrímate bien contra el muro para que no te metas en el camino de alguien -me aleccionó el señor Matimba-. Mira -continuó-, procura que tus elotes se vean apetitosos. Quítales el papel de estraza.

Hice lo que me dijo y me animé a sacar media docena de mazorcas. Las acomodé alrededor de la canasta, sosteniéndolas en la orilla.

—Disculpe, señora -dijo en inglés el señor Matimba, con la voz más suave y aterciopelada con que lo había escuchado hablar, dirigiéndose a una anciana blanca que iba del brazo de su esposo-. Disculpe, señora, estamos vendiendo elotes verdes, muy suaves, muy frescos y muy dulces.

Sonriendo alegremente, yo sostenía con los brazos extendidos dos mazorcas, al tiempo que en mi estómago se hacía un nudo nervioso y apretado. No me gustó la apariencia de la pareja, pues la piel les colgaba de los huesos en pliegues delgados como papel, tenían manchas café que parecían malignas en las manos, y un dulce olor mohoso, a polvo, envolvía a la mujer como una bruma. Asegurándome de no fruncir la nariz, porque esta era la gente que tenía el dinero que yo necesitaba para regresar a la escuela, sonreí aún más abiertamente, mostrando todos los dientes, y dije:

—Bonito maíz, buen maíz. Bueno, bonito -repetí, porque no tenía más adjetivos en inglés para describir mi

producto.

La anciana me miró, sacudiendo la cabeza.

—¡Ts-ts-ts-ts! -chasqueó.

—Vamos, Doris -le dijo el hombre, tomándola del codo con ansiedad-. No necesitamos elotes.

—Qué vergüenza, simplemente vergonzoso -protestó Doris-. George, si pasara de largo y no dijera nada me sentiría indignada. ¡Oiga, joven, sí, usted! -dijo, alzando la voz para dirigirse al señor Matimba-. ¿Es su hijita? -sin esperar una respuesta, le dijo lo que pensaba-. Trabajo infantil. ¡Esclavitud! Eso es lo que es. Y estoy segura de que usted no necesita poner a trabajar a la pobrecita desdichada. Usted anda muy prendidito, pero vea a la criatura, toda harapienta y andrajosa.

Avergonzado y molesto, el esposo de Doris arqueó hacia abajo la comisura de los labios, como para disculparse con el señor Matimba.

—Vamos, ya, Doris. No nos incumbe.

Esta pareció ser la opinión de los otros blancos en la calle, que preferían cruzarla antes de llegar a donde nosotros estábamos. Algunos sí pasaron enfrente, pero creo que no hablaban inglés; de hecho, ninguno habló para nada, excepto un joven fornido.

—¿Qué pasa, señora? ¿La *munt* está siendo impertinente?

Un grupo de negros se acercó.

—¿Qué les pasa a los viejos? -preguntó un joven con lentes oscuros y una cachucha de *tweed* colocada irreprimiblemente sobre un ojo. Clavó ojos vigilantes en el joven fornido. Me vi obligada a decirle que no sabía porque yo no hablaba inglés. Pero, le aseguré, iba a aprender inglés cuando fuera a la escuela.

Doris no se callaba.

—La niña debería estar en la escuela, aprendiendo las tablas de multiplicar y sin meterse en líos -se quejó-. No me diga que no hay escuelas, joven, porque yo sé que el gobernador está haciendo mucho por los nativos para que se eduquen.

—Son cafres -intervino el joven-. No quieren aprender nada. Les costaría mucho trabajo.

—Diga algo a su favor ahora mismo -le ordenó Doris al señor Matimba.

El señor Matimba sí habló a su favor. Habló con sumo pesar, suplicante. Doris se ensombreció como camaleón. El dinero cambió de manos, papel moneda de las manos de Doris a las del señor Matimba. El joven fornido estaba asqueado.

—¡Eso es más que dos huacales de *shumba*! ¡Desperdiciados en una cafre! -Doris permitió que su esposo la alejara. Yo le ofrecí mi canasta, repitiendo mi estribillo, para que escogiera las mazorcas más grandes. Me dio unas palmaditas en la cabeza y me dijo que era una *piccanin* con agallas.

Algunos negros de la multitud vitorearon, comentando que era más humana que la mayoría de las de su clase. Otros murmuraron que los blancos podían darse el lujo de ser generosos, que deberían serlo, de hecho.

—Lo bueno no se regala -advirtió el hombre de la cachucha-. ¿Qué hará ella cuando se le acabe el dinero? ¿Buscar a otra anciana blanca? -escupió en el pavimento. Yo no sabía por qué estaba tan enojado, pero el señor Matimba sonreía confabulador, así que supe que todo marchaba bien.

—No hay razón para quedarse -me dijo-. Guarda el maíz y nos vamos -hice lo que me dijo, aunque estaba preocupada porque no habíamos vendido ningún elote. En el camión el señor Matimba me explicó lo que había sucedido, cómo Doris lo había acusado de ponerme a trabajar en lugar de mandarme a la escuela y cómo él le había contado que yo era huérfana y que el hermano de mi padre me había acogido pero que, al ser la decimotercera boca bajo su techo, no me habían podido mandar a la escuela porque no había para las colegiaturas. Le había platicado que yo era muy lista, muy trabajadora y que con su ayuda estaba vendiendo elotes para juntar dinero para mi colegiatura. Me contó que Doris lo había elogiado por intentar ayudarme y que había donado diez libras para mis colegiaturas. Me mostró el dinero, el billete limpio y nuevito. Diez libras. En casa ni siquiera hablábamos de esa enorme cantidad de dinero, nunca. ¡Ahora aquí estaba yo sosteniéndolo en mis manos! El dinero, el dinero, ni quien pensara en el método.

—Es mucho dinero -asintió el señor Matimba-. ¿Qué vas a hacer con él?

—Me lo llevaré a casa para guardarlo y después lo usaré para pagar mis colegiaturas, el año que entra, el siguiente y el siguiente.

El señor Matimba no estaba tan seguro.

—El dinero es una cosa muy difícil de conservar, especialmente cuando escasea. Debemos hacer algún arreglo. Creo que le darás el dinero al director. Él te dará un recibo y yo te lo guardaré; después a partir del primer trimestre del próximo año deducirá el monto de tus colegiaturas, hasta que se acabe.

Eso fue lo que sucedió. Mis padres no me creyeron cuando les conté cuánto dinero tenía en la custodia del director. Ni tampoco mi hermano. Creyó que lo estaba inventando.

—Mentir no te llevará a la escuela -me dijo, burlándose.

La desaprobación de mi padre fue más contundente aunque, por supuesto, yo no sabía por qué no lo aprobaba. Fue a ver al director, quien confirmó mi historia.

—Entonces usted ha tomado mi dinero -le dijo mi padre al director-. Ese dinero me pertenece. Tambudzai es mi hija, ¿o no? ¿Así que no es este mi dinero? -este era un problema difícil para el director, quien era un

hombre honrado. Finalmente, le mostró el recibo a mi padre.

—No he robado su dinero -le dijo-. Ve usted, el nombre de su hija está en el recibo. El dinero es de ella, no mío. La escuela sólo se lo está guardando.

La discusión se acaloró tanto, que mandaron llamar al señor Matimba a dar evidencia y a ser enjuiciado.

—Él es el verdadero ladrón -dijo mi padre-. Él es quien influyó en mi hija para que le pagara el dinero a usted.

—Usted se olvida -le recordó el señor Matimba- que fue a mí a quien la mujer blanca le dio el dinero, y que me lo dio con el objeto de que se pudieran cubrir las colegiaturas de su hija. Si usted no comprende esto, entonces el *Sabhuku* es quien tiene que arreglar este asunto -mi padre se sintió intimidado, pero no se aplacó-. Estamos peleándonos por sólo diez libras -continuó el señor Matimba-. ¿De qué le pueden servir además de mojarse la garganta con unos cuantos jarros de *masese*? Pero un día, cuando Tambudzai haya tenido éxito en sus estudios, ella ganará más de diez libras al mes.

—¿Ha oído usted alguna vez de una mujer que permanezca en casa de su padre? -gruñó mi padre-. Ella conocerá a un muchacho y yo habré perdido todo.

A pesar de todo, el recibo permaneció en la oficina del director. Ese año hubo muchísimos elotes verdes para hervir, asar y comer cuando se nos antojara.

El año siguiente regresé a la escuela, aunque tuve que volver a empezar en preprimaria A. Ese año saqué primer lugar, pero la gente dijo que había sido porque había estado repitiendo, lo que podría haber sido cierto. De nuevo fui la mejor de mi clase el año siguiente, en preprimaria B. Esa vez la gente dijo que era porque era la mayor. Mi hermano se empeñó en señalármelo, pues ese año, cuando él iba en tercer grado, apenas había conseguido sacar el cuarto lugar. A pesar de su indiferencia, yo sabía que estaba molesto, así que le recordé que cuarto lugar era una posición muy buena.

Babamukuru y su familia regresaron de Inglaterra cuando yo iba en preprimaria B, el año en que mi hermano quedó en cuarto lugar en tercer grado de primaria. Mi padre siempre intentaba congraciarse en presencia de Babamukuru. Aun así, el espectáculo que escenificó con motivo del regreso de mi tío fue espléndido según la opinión de todo mundo. Consiguió dinero, supongo que mendigando, pues era algo para lo que mi padre había desarrollado una aptitud especial, pues tenía que hacerlo con frecuencia. Para ese entonces, ya era bastante bueno en eso.

—*Vakomana, vakomana* -debe de haber dicho, sosteniendo la cabeza en las manos y sacudiéndola, quizás incluso golpeándose la frente con la palma extendida-. ¿Acaso viste alguna vez que pasaran cosas como las que están pasando aquí en tu casa? Yo mismo nunca las habría creído posibles. ¡Que Mukoma pudiera efectivamente empacar sus cosas y dejar la misión para cruzar los mares y quedarse allá durante cinco años y regresar con un título, con un título, para no encontrar nada, ni siquiera un chivo, a su regreso! ¡*Tcha-a-a!* ¡No creí que pudiera suceder! Me avergüenza en verdad me avergüenza.

“Mira, observa cómo está tu casa. Impresionamos a la gente de los alrededores. ¿Quién construyó la primera casa con ladrillos cocidos en el área? ¿Quién tiene un techo de lámina corrugada tan brillante que se ve centellando hasta la carretera principal? ¡*Mukoma!* Déjame decirte, *Mukoma* hizo esto por nosotros. Impresionamos a la gente gracias a *Mukoma*. Y no podemos ni siquiera matar un chivo en su honor. Mira, *hama dzangu*, cómo nos degrada la pobreza. Nos impide darle la bienvenida a los que son de nuestra propia sangre. ¡*Ts-hm-m!* -debe de haber suspirado nasalmente- no podemos organizar festejos y *Mukoma* llegará a un aeropuerto vacío, pues ni siquiera tengo para el pasaje de autobús a Salisbury -entonces habría habido una pausa-. *Hama dzangu*, ¿no puedes ayudarme? Me he olvidado del chivo, pero cinco chelines, ¿sólo cinco chelines para el autobús? *Mukoma* te pagará tu dinero cuando llegue -mi padre es el tipo de persona a quien los demás deciden no prestarle dinero sólo después de que ya lo han hecho. Puedo imaginármelos hurgando en viejos colchones, destapando furtivamente agujeritos en los muros de adobe a la luz de la luna, desenterrando latas de café escondidas a poca profundidad al anochecer, como resultado de su alocución. Como quiera que haya sido, se consiguió el dinero. Babamukuru iba a ser recibido en el aeropuerto.

Mi hermano iba a acompañar a mi padre en el viaje y en mi beneficio exageró sus expectativas del suceso preguntando retóricamente cosas muy tontas en mi presencia. ¿Era el rugido de un aeroplano tan fuerte que podía ensordecer? ¿Era de hecho un rugido leonino o sonaba más como un abejorro gigante? ¿Cómo agitaba las alas un aeroplano cuando estaba cerca del piso? Por supuesto, yo no contestaba.

Iban a tomar el tren de Umtali a Salisbury, viajando, incómodos, en quinta clase. Aunque era el más práctico, pues no había dónde quedarse en Salisbury, este itinerario aumentaba un día completo de viaje. El problema era llegar a tiempo a la estación del ferrocarril para la salida del tren, lo que sucedía entre las ocho y las nueve de la noche. Esto no debería haber causado problemas, pero los autobuses que iban a la ciudad pasaban por la aldea con irregularidad y seguían un horario impredecible. En consecuencia, los viajes se tenían que planear de día en día, en lugar de hacerlo por hora. Por estas razones, mi padre y Nhamo decidieron viajar a Umtali en el autobús de la madrugada, que estaba programado para hacer parada en nuestra terminal, aunque no lo hacía con frecuencia, a las seis y media de la mañana. Cuando sí llegaba, lo hacía aleatoriamente una hora antes o después de lo programado, e incluso entonces era probable que viniera atascado: uno podía adivinarlo porque el interior se veía negro incluso desde una distancia, digamos, de veinte yardas. Por lo tanto, la logística del viaje tenía que ser planeada con mucho

cuidado. Hubo un debate largo y desordenado sobre si deberían pasar la noche en casa, lo que requería partir muy temprano en la mañana, o bien dormir en el *homestead* de mi tía, pues ella vivía más cerca de la terminal. Por supuesto, Baba y Nhamo estaban a favor del segundo arreglo, pero mi madre señaló irracionalmente que aunque mi tía los podría alimentar bien mientras estuvieran en su *homestead*, no se podría esperar que ella los abasteciera con la generosidad con la que mi madre lo haría. No podían culparla, dijo mi madre, si dormían en el *homestead* de mi tía sólo para morir de hambre en el tren. Entendieron el punto. Mi padre y Nhamo decidieron acampar en donde mi tía la noche anterior a su partida y que yo les llevara las provisiones que mi madre habría preparado en la mañana. Estuvieron de acuerdo en que yo debería llevar las provisiones a la terminal en lugar de llevarlas a casa de mi tía, en caso de que me demorara en el camino y llegara después de que se hubieran marchado.

A mi madre le falló el cálculo. Había esperado que al aparentar disuadirlos de que pasaran una noche extra fuera de casa, habría garantizado que sí lo hicieran y así habría estado libre de ellos por un poco más de tiempo. Había logrado esto último, pero también le había caído encima la agotadora e impracticable tarea de conseguir las provisiones. Ellos querían pan de maíz -porque el pan blanco de las tiendas no duraba tanto en el estómago, mientras que la *sadza* de ayer permanecía demasiado tiempo-, camotes y pollo. Mi madre se molestó, ofendida.

—Estos hombres no piensan -se quejó-. Saben perfectamente bien que no plantamos nada de maíz ¿así que de dónde esperan que salga la harina? ¡Y los camotes, si apenas los acabé de plantar ayer, pues lo hice yo sola! Y en cuanto a su pollo, si en verdad lo quieren, ¿qué le prepararán a Babamukuru cuando llegue?

La crisis se resolvió como siempre. Traje la harina de casa de mi tía, aunque primero había ido con los vecinos, que no tenían, pero cuando les expliqué por qué se necesitaba la harina me dieron cacahuates en su lugar. Los camotes no maduraron a tiempo, pero el día antes del viaje nos llegó la noticia por teléfono, a través de las viviendas municipales, que Babamukuru había mandado dinero para un chivo. Así que, en efecto, Baba y Nhamo pudieron tener su pollo y comérselo.

El viaje que iban a emprender mi padre y Nhamo era muy complicado. Complicado y, por lo tanto, emocionante. Yo quería ser parte de él. También quería hacer malabares con los horarios. También quería comer pan de maíz fresco, cenizos cacahuates asados y pollo hervido salado en el tren a medianoche. Sobre todo, quería quedar tan ensordecida como todos por el rugido y el zumbido (¿era un rugido o un zumbido?) de los aeroplanos. Mi anhelo de ir debe de haber sido obvio, quizás en mi rostro, cuando los escuchaba haciendo planes y deshaciéndolos y haciéndolos de nuevo, porque mi padre me llamó aparte para implorarme que controlara mis inclinaciones poco naturales: lo natural era que yo me quedara en casa para preparar el recibimiento.

La idea que tenía mi padre acerca de lo que era natural había comenzado a irritarme desde hacía mucho tiempo, desde el periodo en que había tenido que dejar la escuela. Solía intentar evitar que me lo explicara manteniendo un silencio malhumorado, el cual, según mi padre, tampoco era natural:

—Ahora que la boca está cerrada, el corazón se siente orgulloso -luego me amenazaba con pegarme pero, como prefería la flojera, nunca se tomaba la molestia de alcanzarme cuando yo salía corriendo.

Yo tenía la fortuna de que mi padre fuera tan obviamente contradictorio, pues de otro modo habría quedado desconcertada. Bajo las circunstancias, la situación era clara: no había forma de agradar a mi padre, ni tampoco ninguna razón para hacerlo. Sintíéndome aliviada, comencé a hacer lo que a mí me agradaba y esto lo contrariaba aún más. No le gustaba verme completamente enfrascada en mis actividades intelectuales. Se perturbó mucho después de que varias veces me encontró leyendo la hoja del periódico en la que venía envuelto el pan de la *magrosa*, mientras esperaba que espesara la *sadza*. Pensaba que estaba emulando a mi hermano, que las cosas que yo leía iban a llenar mi cabeza de ideas poco prácticas y que iban a hacer que yo fuera por completo inútil para las verdaderas tareas de la vida femenina. Para él fue un periodo difícil, pues el señor Matimba le había demostrado que, en términos de dinero en efectivo, mi educación era una inversión, aunque en términos de ganado también lo era el que yo me amoldara. En su frustración, recurrió a los absolutos. Haciendo caso omiso de la llegada inminente de Babamukuru, amenazó con sacarme de nuevo de la escuela. Era una amenaza irreflexiva: ¿cómo podría haberlo hecho? Al no tener poder, me dejó en paz. Coexistimos en una indiferencia pacífica.

Tres

Babamukuru llegó a casa en medio de un desfile de vehículos de motor, avistado por tres jubilosos pares de ojos desde la carretera a una distancia de cuatro millas. Netsai y yo y la pequeña Shupikai, cuya madre era una de las parientes reunidas para celebrar la ocasión del retorno de Babamukuru, veíamos cómo avanzaba la caravana con acongojada lentitud, ya desapareciendo tras grupos de árboles, ya reapareciendo horas después, o así nos parecía, no más de unas cien yardas más cerca. La vigilia duró veinte minutos. Observamos desde una roca en la colina detrás del *homestead* hasta que los autos desaparecieron por última vez al acercarse a la recta final. Entonces nos volvimos locas. Descendimos de la roca, despellejándonos los codos y las rodillas al deslizarnos, franqueamos sin pensar los arbustos que nos raspaban las piernas, salimos disparadas a la carretera y corrimos sin parar. “¡Ba-ba-mu-ku-ru! ¡Ba-ba-mu-ku-ru!” cantamos, corriendo, brincando y agitando al mismo tiempo nuestros flacuchos brazos con las faldas que revoloteaban y las nalgas que se proyectaban con nuestras cabriolas. Shupikai, que se había quedado varias yardas atrás, comenzó a llorar, todavía tambaleándose y cantando entre los sollozos, porque nos habíamos adelantado y porque estaba emocionada. Su crisis era por demás inconveniente. Consideré no hacerle caso, pero no era posible. Regresé por ella, la levanté arrancándola del piso y me la acomodé a horcajadas en la cadera, para seguir con la loca bienvenida.

Mi tía Gladys, la que es hermana de vientre de mi padre, y es mayor que él pero menor que Babamukuru, llegó primero, acompañada de su marido quien iba al volante de un vistoso aunque destartado y viejo Austin. Tocaron el claxon largo y tendido. Nosotros gritamos, agitamos los brazos y bailamos. Después llegó Babamukuru en su enorme e impresionante auto, de brillante metal y un verde oscuro bruñido. Era demasiado para mí. Podría haberme trepado al cofre, pero con Shupi en brazos tuve que conformarme con cantar: “¡*Mauya, mauya. Mauya, mauya. Mauya*, Babamukuru!” Netsai pescó la melodía. Con nuestras cuerdas vocales resonando vibrantes a través de anchos arcos, hicimos un escándalo increíble. Cantando y bailando escoltamos a Babamukuru al *homestead*, casi sin prestar atención a Babamunini Thomas, quien cerraba el desfile, y sin hacerle nada de caso a Mainini Patience, que iba con él.

Con lentitud, la caravana avanzó por el patio, repleto ya de parientes que mostraban su regocijo. Mi padre se bajó de un brinco del coche de Babamukuru y, blandiendo un bastón como si fuera una lanza de la victoria, se aventó al camino lleno de baches, saltando en el aire y aterrizando sobre una rodilla, para después ponerse de pie, volver a brincar y posar como guerrero que asesta una herida mortal.

—¡*Hezvo!* -gritó-. ¿Lo ven? Nuestro príncipe está de regreso. ¿Lo ven? Obsérvenlo bien. Ha vuelto. ¡Nuestro padre y benefactor ha vuelto apaciguado, después de devorar las letras inglesas con un apetito voraz! ¿Creyeron ustedes que no era posible digerir los títulos? De ser así, observen a mi hermano. ¡Los ha digerido bien! Si quieren ver a un hombre educado, vean a mi hermano, al hermano mayor de todos nosotros -la lanza se movía hacia arriba y hacia abajo, arremetía a la derecha y a la izquierda. La conquista fue total.

Los autos avanzaron hasta detenerse bajo los árboles de mango. Tete Gladys desembarcó con dificultad, a trompicones y resoplidos; puesto que era enorme, no nos quedaba claro cómo había conseguido introducirse en el coche en primer lugar. Pero su mole no era frívola. Tenía una presencia tan solemne que cualquier situación -incluso sus intentos por sacar su cuerpo del auto- se tornaba seria y ponderosa. No nos reímos, ni se nos ocurrió. Por fin de pie, Tete se enderezó y se plantó con firmeza en el polvo, a horcajadas. Con los puños cerrados sobre las caderas y los codos que se proyectaban agresivamente, desafió cualquier contradicción del panegírico de mi padre.

—¿Escuchan -preguntó- lo que dice Jeremiah? Si no han escuchado, pongan atención. ¡Dice la verdad! ¡En verdad nuestro príncipe ha regresado hoy! Pleno de saber. Del conocimiento que nos beneficiará a todos. ¡*Purururu!* -ululó, moviéndose con gracia para abrazar a mi madre-. ¡*Purururu!* -ulularon los demás-. Ha vuelto. ¡Nuestro príncipe ha vuelto!

Babamukuru se bajó del auto, haciendo una pausa atrás de la puerta abierta para quitarse el sombrero y sonreírnos a todos con alegría y amabilidad. En verdad, mi Babamukuru había regresado. Lo vi sólo por un instante. Al minuto siguiente lo ahogaba ya un mar de cuerpos que pertenecían a tíos, tías y sobrinos; abuelas, abuelos y sobrinas; hermanos y hermanas, del mismo vientre o no. El clan se había reunido para darle la bienvenida a su héroe, que había vuelto. Su mano fue estrechada; su cabeza, frotada; sus piernas, abrazadas. Yo también estaba ahí, con el deseo de tocar a Babamukuru, de hablarle y decirle qué contenta estaba por su regreso. Babamukuru intentó expandir lo más posible su corpulenta figura, extendiendo los brazos e inclinándose mucho para poder abrazarnos a todos y que todos lo pudiéramos abrazar. Estaba contento. Sonreía.

—Sí, sí -repetía una y otra vez-. Qué bien, qué bien -caminamos a la casa, danzando, ululando y levantando una tormenta de polvo fino con nuestros saltos.

Babamukuru entró, seguido de un séquito de abuelos, tíos y hermanos. Varias tías paternas, que podían acompañarlos en virtud de su estatus patriarcal y a quienes no les avergonzaba hacerlo, se mezclaron con los hombres. Detrás de ellas bailaban las parientes que provenían de los estratos inferiores. Maiguru entró hasta el final, y sola, excepto por sus dos hijos, sonriendo en silencio y con discreción. Como llevaba zapatos bajos de color café y un vestido tableado de poliéster muy parecido al que Babamukuru le había comprado a mi mamá, la Navidad antes de partir, no parecía que hubiera estado en Inglaterra. Por otra parte, era obvio que mi prima Nyasha, la bonita e inteligente Nyasha, sí había estado ahí. No había otra explicación para el diminuto vestido que llevaba puesto y que apenas le cubría los muslos. No obstante, se veía cohibida: a cada rato se agarraba las manos por atrás para que no se le subiera la falda y observaba a todo mundo con ojos alertas y velados para tratar de descubrir qué pensábamos. Al descubrir que yo la examinaba, esbozó una leve sonrisa y se encogió de hombros. “No debí habérmela puesto” -parecían decirme sus ojos. Desafortunadamente, sí se la había puesto y yo no podía condonar su falta de decoro. No iba a dar mi aprobación, así que me volteé.

Recuerdo que ese día tampoco aprobé a mi primo Chido, quien iba elegante aunque inofensivamente vestido de pantaloncillos cortos, zapatos y calcetines, aunque no sé por qué lo censuré. Creo que no tenía nada contra él como persona, sino con el hecho de que era el hermano de Nyasha. En cuanto a mi propio hermano, me producía una enorme aversión. Nhamo salió a mi padre en la forma en que podía mostrarse efusivo ante cualquier cosa que fuera necesaria o ante muchas cosas al mismo tiempo si fuera necesario. Por lo tanto, no me sorprendió cuando de repente dejó de brincar en las regiones centrales del territorio de Babamukuru para reclamar la atención de nuestros primos limpios y bien arreglados. Él tenía muchísimo que decirles, pero yo estaba segura de que pronunciaba mal el inglés. Quizás esta fue la razón por la que sus intentos por hacerles plática no funcionaron. Aunque no lo desairaba por completo, la niña no le contestaba y en intervalos lanzaba miradas inquisitivas a la reunión, incluyendo a mi hermano en su inspección. Chido intentó sonreír, pero la sonrisa resultó demasiado estrecha y no pudo disipar el recelo de sus ojos. Aparte de asentir en ocasiones con la cabeza, él fue incapaz de establecer cualquier otro tipo de comunicación que tuviera algún significado. Cada vez que Chido le sonreía, Nhamo me sonreía con escarnio y conseguía, como era su intención, irritarme intensamente.

Sí, yo estaba muy irritable en esa ocasión, la ocasión en que regresó mi tío y que debió haber sido para mí, como lo fue para todos los demás, una ocasión sublime. Me la echaron a perder porque yo no podía dejar de pensar en que si me lo hubieran permitido, si hubiera podido ir a recibir a Babamukuru al aeropuerto, yo también habría estado ahí, con Nhamo y mis primos, regocijándome, volviendo a establecer la relación que había sido interrumpida cuando mis primos se marcharon. No ir al aeropuerto, no poder reanudar mis relaciones con mis primos, fueron sucesos que se aglutinaron sin forma en mi mente hasta que me hicieron comprender de modo incipiente las cargas de las que me había hablado mi madre. Mientras que antes había creído con una confianza infantil que las cargas eran sólo cargas en la medida en que una escogiera soportarlas, ahora comencé a percibir que los decepcionantes sucesos que rodearon el regreso de Babamukuru eran consecuencias serias de las mismas leyes generales que casi habían hecho que mi educación llegara a un final abrupto y predecible. Era aterrador, pues yo no quería que dichas relaciones inadecuadas marcaran mi vida. Decidí que no debería permitir que esto sucediera. Frunciendo los labios hacia Nhamo y mis primos, me salí de la casa airada y decididamente para dirigirme a la cocina. Ahí aventé con tal furia un leño al fogón que la olla de tres patas -que durante los días normales contenía *sadza* pero hoy estaba llena de carne- salpicó la mitad de sus jugos sobre las brasas.

También se cayó un pedazo de carne. Lo recogí de las cenizas y me lo comí, aunque después me dio asco porque todavía estaba pensando en Nhamo y los primos, y estaba enfadada con él por haberme excluido de su círculo, aunque yo no aceptaba a ninguno de ellos. Deliberé sobre la situación. ¿Había aceptado a mis primos antes de que se fueran a Inglaterra? Definitivamente sí; los amaba. Cuando visitaban el *homestead* jugábamos juegos largos y emocionantes. ¿Por qué ya no me caían bien? No podía estar segura. ¿Le tenía afecto a alguien? ¿Y a Babamukuru? ¿El cambio tenía que ver conmigo o con ellos? Estaba removiendo pensamientos complejos y peligrosos, de los que no se pueden sopesar sin riesgo y se tornan autónomos y malignos si una los deja. De continuar así, pronto iba a estar ansiosa por darle una tunda a Nhamo pues sus burlas me habían puesto como agua para chocolate. Pero no podía tener la satisfacción de ceder a mi frustración de ese modo. Nhamo y yo habíamos dejado de pegarnos hacía mucho tiempo, en la época en que yo regresé a la escuela, más porque nuestro desarrollo había sido tan diferente que ya no teníamos un terreno común en el que pelear, que por sentir respeto o afecto mutuo. Además, aunque de mala gana, estaba consciente de que pegarle a Nhamo ya no ayudaría en nada: mi insatisfacción surgía de algo más que de los fastidiosos modales de mi hermano. Como podía intuir que resultaba insensato pensar demasiado sobre estos asuntos, pues podría meterme en un callejón sin salida al final del cual tendría que confrontar temas inconfrontables, me ocupé con el quehacer.

Cuando no era forzoso realizar el quehacer, este era agradable. Hoy, debido a la llegada de Babamukuru, había tantas tías, sobrinas y primas jóvenes que yo podía decidir si cocinar o no. Por lo tanto, me esmeré

con el guisado: dejé sofreír suavemente la carne en su propia grasa hasta que alcanzó un dorado delicioso y agregué bastante jitomate y cebolla picados para hacer una succulenta salsa. Olía bien. Me sentía complacida con mis esfuerzos, aunque éstos no me habían tomado más de media hora. Para matar más el tiempo hice unas salchichas con la tripa y el intestino delgado del chivo de Babamukuru. Cuando terminé, cocí las verduras.

Las mujeres estaban contentas conmigo cuando llegaron a preparar la cena.

—Qué buena trabajadora eres —me dijeron—. Sólo nos queda preparar la *sadza* —sus elogios me hicieron sentir mejor. Me hicieron sentir bien. Regresó mi confianza: estaba segura de que Nyasha no sería capaz de preparar un estofado tan sabroso, ciertamente no en un fogón abierto. Esta idea me hizo sentir tan superior, tan saludable y natural —como el pan de maíz hecho en casa en lugar de las hogazas incorpóreas que una compra en las tiendas— que también ayudé a cocinar la *sadza*. La hicimos afuera, en enormes peroles y con palos tan gruesos como mi brazo para menearla. El hecho de platicar con mis tías y primas mientras esperábamos que la *sadza* espesara, para agregarle la harina de maíz cuando estaba lista, hizo que dejara de sentirme excluida y, puesto que ya no los necesitaba, mis sentimientos de superioridad también desaparecieron. En esa época, para mí, la exclusión albergaba horrores espantosos, pues sugería superfluidad. La exclusión me susurraba que mi existencia no era necesaria y me convertía en algo menos que un desafortunado residuo de algún proceso natural inexorable. O bien se mofaba y sugería que el proceso había salido mal y me había producido a mí, en lugar de producir a otro Nhamo, a otro Chido, a otro futuro Babamukuru. En esos días, con frecuencia sentía que estaba de más, pero ahí, en la camaradería de la cocina, era reconfortante ocupar el rincón que ese mismo proceso natural había tallado para mí. Era reconfortante reconocermé como mi yo sólido y utilitario.

Cocinamos dos tambores de cinco galones de una rica y suave *sadza*, utilizando *mutwiwa* finamente molida, muy bien despajada y cernida, pero no había arroz y eso era grave. En ocasiones como ésta, deberíamos haber tenido arroz. Pero como Babamukuru no había estado ahí para abastecerlo, no había arroz. Maiguru había tenido la precaución de traer unos cuantos paquetes, pero unos cuantos paquetes no eran suficientes para alimentar a las multitudes, así que mi madre estaba preparando el arroz de Maiguru en la estufa Dover que también era de Maiguru, atrás de la casa, con el objeto de garantizar que se reservara para la gente apropiada. Cuando estuvo listo, mi madre bajó a ayudarnos a servir la comida: montículos de *sadza* hirviendo en unos platos, enormes trozos de carne nadando en salsa en otros, verduras en unos terceros. Los platos se llevaron a la casa, donde mi madre ya había dispuesto el arroz.

Yo tenía una tarea especial. Tenía que cargar el recipiente con agua, en el cual la gente se lavaría las manos. No me gustaba hacer esto porque una tenía que estar por completo segura de la jerarquía, dentro de la familia, de todos los presentes, pues de otro modo era fácil equivocarse, sobre todo porque había tanta gente. Hoy era doblemente difícil pues, aunque Babamukuru era el invitado de honor, estaban presentes parientes varones que tenían un mayor estatus. Tomando una decisión considerada y quizás parcial, me arrodillé primero frente a Babamukuru, lo que fue un error, pues él quería que yo dejara que se lavara primero su tío Isaiah, nuestro abuelo sobreviviente más viejo. Me arrodillé, me levanté, me arrodillé y me levanté frente a mis familiares varones en un orden descendente de primacía y posteriormente frente a mis abuelas y tías, ofreciéndoles el recipiente y la toalla. La situación empeoró después de que mis abuelos y Babamuku se habían lavado, pues las jerarquías ya no eran tan claras. Este tío era el *tezvara* de aquel otro en virtud de su matrimonio con la hermana de este último, pero era también su hermano porque sus madres eran hermanas, aunque no del mismo vientre. Cuando esto sucedía, cada una de las partes insistía que la otra era superior y por tanto debía asearse primero. Todo era muy complicado y confuso. Cometí más equivocaciones, lo que ocasionó que las personas se rieran y me preguntaran por qué no sabía cómo estábamos relacionados todos. Hubo un momento en el que, después de arrodillarme durante varios minutos frente a un tío que declinaba su posición, me cansé y dejé que el agua se derramara y le mojara los pies (al tiempo que me disculpaba profusamente) para alentarle a lavarse sin mayor debate. Nyasha me mostró su solidaridad con el dejo de una sonrisa y un guiño, que yo tomé como insultos, por lo que no le hice caso. Por fin, la última tía, la más joven, se lavó las manos y yo me levanté para salir, pero mi padre me preguntó por qué no había tenido la atención de ofrecerle el agua a Chido, así que me arrodillé frente a él. Naturalmente, Chido aprovechó la situación y también se lavó las manos. Después tuve que dejar que Nyasha también se lavara. Sintíéndome encrespada porque habían abusado de mí, pues consideraba que los tres deberían haber estado comiendo con nosotros en la cocina, le ofrecí el agua a Nyasha. Después de que Babamukuru bendijo los alimentos, la comida dio inicio con muchos aplausos y alabanzas a los dioses por su providencia y a nosotros por nuestro arduo trabajo.

En la cocina vaciamos lo que quedaba en las ollas para nosotros y los niños. En su alegría por el regreso de Babamukuru, mi tía Mavis, la madre de Shupikai, no se había controlado al servir la carne para los de la casa, así que no quedó suficiente en la olla para los que no íbamos a comer ahí. Por lo tanto, los más jóvenes sólo pudimos acompañar nuestra *sadza* con salsa y verduras. Pero la salsa estaba sabrosa y había mucha. Nosotros, que casi nunca comíamos carne, no tuvimos razones para quejarnos.

Cuando se acabó la comida y regresamos a la casa a recoger los platos, los ancianos deliraban de felicidad. Resultaba verdaderamente extraordinario verlos tan extasiados sin haber siquiera bebido entre

todos una jarra de *masese* que los incitara a olvidarse de sí mismos. Mi padre disfrutaba de su *masese*, igual que la mayoría de mis familiares varones, mis abuelas y mis tías más viejas, pero Babamukuru era estrictamente abstemio y de una sobriedad tan intransigente, que podía detectar el alcohol de tu aliento a cinco yardas si soplaban un viento fuerte. En consecuencia, la cerveza fue tabú en esta reunión y la comitiva se tuvo que conformar con *mahewu*, al que habían dejado reposar el mayor tiempo posible sin dejar que la malta fermentara. Por supuesto, había murmullos de descontento, en particular de los tíos jóvenes que no eran parientes cercanos de Babamukuru y por lo tanto no apreciaban de manera apropiada su autoridad. A pesar de la ausencia de cualquier cosa más vivificante que el *mahewu*, no había disminuido el regocijo de la reunión. Tete Gladys, balanceando los brazos, el vestido revoloteando, estaba de pie y giraba vertiginosamente a derecha e izquierda al tiempo del *Amazing Grace*, haciendo una exuberante reverencia hasta abajo al final de cada compás: “¡*Da-a-i* (reverencia) *ndi-i-ne* (reverencia) *ma-pa-aa-piro* (reverencia), *Nda-a-i* (reverencia) *Bhu-u-ru* (reverencia) *-ru-ka* (reverencia)!” Mientras tanto, las tías, los tíos y los primos improvisaban con mucho ruido lo que habrían hecho por el regreso de Babamukuru si tan sólo hubieran tenido con qué.

En el patio, los tíos, las tías y los primos solteros comenzaron a tocar los tambores y los *hoshos* bailando y cantando en un círculo mientras otros individuos se movían con libertad en el centro. Era casi como una boda en la que la música y el movimiento latían durante toda la noche para hacer que la piel hormigueara y vibrara, que las axilas punzaran y el cuerpo se mostrara impaciente por estar de pie, queriendo mantener el ritmo. Mi primera infancia había sido un periodo extraordinario para el baile. En ese entonces, acostumbraba divertir a todo mundo, al dejar de lado mi docta seriedad para girar y aplaudir casi al compás de la música. Conforme crecí, la música comenzó a hablarme con mayor claridad y mis movimientos se tornaron más fuertes, más rítmicos y lujuriosos; pero la gente ya no lo encontraba gracioso y al final me di cuenta de que el modo en que yo disfrutaba el ritmo sugería cosas malas. Mi modo de bailar se comprimió en gestos rígidos y tentativos. No dejé de hacerlo por completo, pero las reuniones se tornaron mucho menos divertidas, lo que me hizo sentir terriblemente cohibida.

—Estamos bailando -invité a Nyasha, que se tardó mucho en entenderme.

—Ya no entienden muy bien el shona -me explicó su madre-. Como sólo han hablado inglés por tanto tiempo, ya casi se les olvidó el shona.

Lo que me dijo Maiguru era desconcertante, desconcertante y ofensivo. Yo no había esperado que mis primos cambiaran, ciertamente no de modo tan radical, sólo porque habían estado fuera una temporada. Además, el shona era nuestra lengua. ¿Qué quería decir la gente cuando lo olvidaba? De pie, tratando de digerir esas ideas, recordé que antes de que se fueran yo hablaba con mis primos con libertad y fluidez, que comíamos frutas silvestres, que hacíamos ollas de barro y nadábamos en el Nyamarira. Ahora eran unos extraños. Dejé de estar ofendida para sentirme triste.

—Pregúntales, Maiguru -insistí-. Incluso si no comprenden, no se rehusarían ¿o sí? Cosas como ésta -continué de forma vaga pero intensa- harían que la lengua les regresara más rápido -los cantantes estaban cada vez más inspirados y los tambores más y más animados. Podía ver que Nyasha estaba escuchando, que golpeteaba sus rodillas cruzadas con los dedos, al compás de los tambores. Habló vehementemente con su madre en un inglés cuyo acento era tan extraño que no pude entender ni una palabra e instó a Chido a participar en la conversación, expresándose en tonos definitivos. Yo estaba segura de que mis primos querían unirse al jolgorio, pero que Maiguru no los alentaba. Pude deducirlo por su voz, que se oía apagada y pasiva, y por una que otra palabra que pude captar, como “sucio” y “sueño”. Era extraño que Maiguru prefiriera que sus hijos no bailaran. Si no podían divertirse con nosotros, no tenía caso que hubieran regresado a casa. Creo que Nyasha le decía cosas parecidas a Maiguru, porque al final su irritación fue tan obvia que mis tías dejaron de platicar animadamente para saber qué pasaba.

—¿Cuál es el problema, Maiguru? -preguntó Tete Gladys-. ¿No les estás prohibiendo a tus hijos que se unan a los demás, o sí?

—¿Por qué habría de hacer eso, Tete? -contestó Maiguru con ecuanimidad-. Sólo les estoy diciendo que deberían descansar. Volar es muy cansado ¿sabes? Pero si dices que deben bailar, así lo harán. Tete dice que se vayan a bailar -les informó a sus hijos con una voz carente de inflexión.

Chido declinó cortésmente (“Está bien, mamá, de cualquier modo estoy muy cansado”). Nyasha chasqueó la lengua con desprecio y se desconectó. Lo hizo de una forma muy abrupta. En un minuto estaba asimilando todo lo que pasaba y al siguiente no hubiera escuchado incluso si una le hubiera hablado. Salí de la casa, tratando intensamente de que el episodio no arruinara el resto de la noche, aunque era muy difícil. Había esperado con impaciencia que mis primos regresaran para que la vida fuera divertida, amigable y cálida como había sido en los viejos tiempos, pero no estaba sucediendo así. Mi desilusión fue tan profunda que no me sentí reconfortada cuando Nhamo, atraído por nuestras voces desafortunadas y el latir de los tambores, salió a unírseos. Pensé que era un caprichoso, que quería comerse la gallina y tener los huevos al mismo tiempo.

En esa ocasión, la de su regreso, Babamukuru sólo se quedó una noche con nosotros porque iba a asumir de inmediato sus viejas obligaciones como director de la escuela de la misión y las nuevas como director académico de la Región de Manicalandia. No había mucho tiempo para discutir todas las cosas que debían

haber sido discutidas antes pero que habían tenido que esperar mientras él estaba fuera, así que Babamukuru y sus hermanos y hermana hablaron entre ellos hasta altas horas de la noche y las primeras horas de la madrugada. A Babamukuru le preocupaba la forma en que la familia estaba evolucionando y señaló que como individuo él había hecho lo que podía por el estatus de la familia al obtener su maestría; que esperaba que sus hijos hicieran lo mismo, si no es que más; que estaba satisfecho por estar en una posición que le permitiría ofrecerle a sus hijos un buen comienzo en esa dirección. Su rama de la familia podía tener la cabeza erguida en cualquier tipo de compañía pero, indicó con certeza, no se podía decir lo mismo de todas las demás ramas. Llegó a la conclusión –basándose en las noticias que había recibido de Jeremiah y de los demás mientras él estaba en Inglaterra– de que el futuro no parecía muy cómodo para toda la familia. Ahora que había regresado, dijo, era tiempo de que los miembros juntaran sus cabezas para pensar la forma de asegurar la prosperidad de cada rama de la familia.

Cuando Babamukuru arengaba, lo que como cabeza de la familia tenía que hacer a menudo, lo hacía de un modo suave y calmado y tan sensato, que mientras que una lo escuchaba no podía evitar sentirse abrumada por la sensatez de sus palabras y decidía hacer exactamente lo que sugería, sin importar lo que fuera. Babamukuru infundía inspiración. Inspiraba confianza y obediencia. Portaba un aura de la que emanaba sabiduría y previsión. Con suspiros se reconocían las dificultades de la familia y con murmullos se aceptaba el análisis de Babamukuru.

—Ummm... lo que veo –dijo Babamukuru, carraspeando y limpiándose los pedacitos de carne que se le habían atorado entre los dientes con la hoja delgada de su navaja multiusos– es que hay que hacer lo siguiente –se recargó hacia atrás en su silla en la cabecera de la mesa del comedor–: Necesitamos asegurarnos de que al menos se eduque un miembro de cada familia, al menos hasta tercero de secundaria. Aunque esto no significa que, de ser posible, por supuesto, no dejaría de ser bueno que este individuo continuara hasta el sexto grado de preparatoria e incluso después a la universidad.

—Sería muy bueno –asintió Tete Gladys–. ¡Un titulado en cada familia! ¡Qué orgullosos estaríamos!

—No sólo uno –agregó mi padre–. ¿Por qué no todos titulados? ¿Por qué no?

—Jeremiah –lo reprendió Babamukuru– esa no es una contribución útil. Debemos buscar soluciones útiles. No podemos darnos el lujo de soñar.

—Tienes razón, *Mukoma*, tienes razón –asintió mi padre afablemente–. ¿Quién puede darse el lujo de soñar en estos tiempos? ¡*Aiwa!* ¡No se puede soñar! ¡No se puede soñar!

—Viendo cómo está la familia ahora –continuó Babamukuru– me doy cuenta de que el problema principal es Jeremiah. Tete, aquí, está bien, pues su esposo puede cuidarla a ella y a sus hijos. Thomas tampoco tiene problemas; quizás no tenga un título, pero su formación como maestro le da una sólida preparación. La familia no padece hambre. Viven en una casa cómoda. Usan ropa decente. Cuando los niños tengan edad para ir a la escuela, podrán hacerlo. Los niños que puedan asistir a la escuela hoy son los que tendrán familias prósperas mañana. Así que la rama de Tete y la de Thomas están bien provistas. Tu rama es mi verdadera preocupación, Jeremiah –Tete frunció los labios y asintió con pesar. Babamunini Thomas, agachando la cabeza con modestia, no dijo nada por deferencia a su desafortunado hermano mayor.

—Recuerdo –continuó Babamukuru– que un año después de que mi familia y yo llegamos a Inglaterra nos escribiste, Jeremiah... no, debe haber sido dos años después de nuestra llegada. Sí, dos años después, porque llegamos ahí en 1960 y tú escribiste esta carta en particular, a la que me estoy refiriendo, en 1962. Tenía fecha del 16 de noviembre de 1962. La recuerdo muy bien porque acostumbraba leerla cada vez que me sentía cansado, descorazonado y abatido. La leí muchísimas veces. Esa carta me hizo darme cuenta de que incluso más que yo mismo, era mi familia la que necesitaba mi título. Así fue como pude seguir adelante, incluso cuando las cosas iban muy mal. Esa carta me hizo decirme a mí mismo: “Pase lo que pase, tendré éxito”. Sí, Jeremiah, recuerdo que recibimos noticias tuyas y que nos decías que no había dinero para las colegiaturas. Te enviamos lo que pudimos. Sabíamos que no era mucho, pero nos sentimos muy complacidos cuando supimos que de nuevo habías podido enviar a los dos niños a la escuela con el dinero que te habíamos mandado.

—Las cosas estaban duras, *Mukoma*, las cosas estaban duras –reconoció mi padre, gesticulando penosamente para demostrar qué tan duras–. ¿Habríamos sobrevivido si no fuera por ti? *Aiwa*, no habríamos podido hacerlo. ¡Nunca!

—Es verdad, *Mukoma* –confirmó Tete–. Nuestro Jeremiah podría haber muerto. Él y toda su familia. Tan mal estaban las cosas. En verdad, *muera bongá*, realizaste un gran acto.

—Un gran acto, verdaderamente un gran acto –murmuró Babamunini Thomas.

—Mi esposa y yo nos sorprendimos mucho –dijo Babamukuru– de que las cosechas no se hubieran dado, porque otras personas nos contaban que habían sido buenas. De cualquier modo, eso es otro asunto. Cuando oímos que *Nhamo* y ummm.. esta niña... ummm... *Tambudzai*... habían regresado a la escuela, nos sentimos muy complacidos de que hubieras empleado el dinero con sensatez, Jeremiah –Babamukuru puso su navaja a un lado y se sentó erguido en la silla. Su presencia se tornó grave y pesada. Como si cedieran bajo su peso, mi padre, Babamunini Thomas y Tete se inclinaron hacia su hermano, poniendo atención.

—Lo que he estado pensando... –Babamukuru volvió a hablar después de una prolongada pausa, lo que demostraba que en verdad había estado reflexionando profunda y efectivamente sobre el asunto en

cuestión-. Lo que he estado pensando es lo siguiente: dar dinero para las colegiaturas es bueno, pero no es todo lo que se necesita para asegurar que un niño tenga éxito en la escuela. Se le debe también proporcionar una atmósfera adecuada que favorezca el desarrollo de su mente cuando no esté en el salón de clases.

—Es verdad, *Mukoma*, dices la verdad –suspiró mi padre, después de calibrar y aprobar en qué dirección iba el discurso de Babamukuru-. Ve a nuestro Nhamo. Nunca he visto a un niño que ame tanto sus libros como nuestro Nhamo. ¿Pero cómo puede estudiar cuando no hay electricidad? ¿Cómo puede leer cuando no hay libros? Incluso para ir a la escuela, ¿cómo puede ir todos los días cuando hay tanto trabajo que hacer en el *homestead*? Yo siento lástima por el muchacho pero... ¿acaso se queja? No. No dice nada y trabaja duro aquí y en la escuela. Recibí una bendición cuando me dieron a ese hijo. En verdad, es una bendición –sacudió la cabeza en señal de tristeza y compasión por el sufrimiento de su hijo.

—Tienes razón, Jeremiah. He observado que Nhamo es un estudiante prometedor –Babamukuru estuvo de acuerdo-. Lo que debemos hacer es dejar que Nhamo se quede con nosotros en la misión, que asista allá a la escuela. Debe venir de inmediato, porque entre más rápido se le dé lo mejor, más rápido recibirá lo mejor. Está terminando el tercer grado de primaria, así que no tendrá problemas con la transferencia. Vendré a recogerlo unos cuantos días antes de que comience el nuevo año lectivo. Mientras tanto, lo inscribiré en el cuarto grado en la misión.

Mi tía se levantó antes de que Babamukuru terminara de hablar.

—¡*Pururu!* –exclamó con estridencia al mismo tiempo que la última palabra de Babamukuru caía con benevolencia en el cuarto-. Gracias, *muera bonga*. *Muera bonga*, te lo agradecemos. ¿Podríamos acaso vivir sin ti? Verdaderamente, no podríamos hacerlo. ¡Jeremiah! –ordenó, dirigiéndose a mi padre- dime con sinceridad. ¿Podrías sobrevivir sin nuestro hermano? Por un día, sólo por un día, ¿podrías? ¡Arrodíllate! ¡Arrodíllate como se debe! Gracias a Dios que nos ha dado un santo por hermano. Agradece a tus ancestros, Jeremiah, agrádeceles por haberte dado un hermano que te cuida tan bien –se hundió en el piso frente a Babamukuru, aplaudiendo. *Bo-bo-bo-bo-bo*-. Qué gran acto se ha realizado, *muera bonga* –*Bo-bo-bo-bo-bo*-. De verdad, has hecho un gran acto –mi padre y el tío Thomas exageraron las alabanzas de Tete con sus propios encomios y mi padre se hincó sobre una rodilla para rendirle homenaje. Babamukuru eructó magnánimamente.

—¡No me den las gracias, no me den las gracias! –declinó con modestia-. No hay nada de qué sorprenderse. Cuando hay que cumplir un deber, hay que cumplirlo, eso es todo.

El día siguiente, después de que se fue Babamukuru, mi padre le informó a Nhamo acerca de las novedades. Permanecieron encerrados durante una hora en la casa, en la recámara de mis padres, lo cual sólo fue posible porque la mayoría de los invitados, que vivían cerca y por lo tanto podían caer en cualquier momento, ya habían partido. Tete Gladys y Babamunini Thomas se quedaron con nosotros una semana porque vivían lejos, en Mtoko y Selukwe, y no nos visitaban muy seguido.

Nhamo estaba jubiloso, tan inflado con su propia importancia que ésta le resultaba incómoda, por lo que sintió necesidad de desahogarse sin demora. Incapaz de esperar a que yo regresara a casa para comenzar a fanfarronear, me fue a buscar al huerto y ahí se sentó en un tronco a congratularse mientras yo desviaba uno de los tributarios más pequeños del Nyamarira hacia los lechos de cebolla y nabo. Por su forma de contarla, era una historia pródiga, mucho más promisorio de lo que Babamukuru realmente había sugerido.

—¿Sabes? –pronunció mi hermano con lentitud, jugando con una paja en el agujero que tenía entre los dientes delanteros-. Babamukuru quiere una persona inteligente, alguien que merezca la oportunidad. Por eso me quiere a mí. Él sabe que me va muy bien en la escuela. ¿A quién más se puede llevar?

¡Nhamo, Nhamo, Nhamo el ladino! No hablaba más claro que eso porque, de haberlo hecho, habría sido descaradamente detestable. El comportamiento de Nhamo no solía ser ofensivo de forma ostensible, en caso de que una lo confrontara y riñera con él. Sus pecados eran sobre todo pecados de omisión. Sin embargo, cuando ejecutaba con dolo algo detestable, era satánicamente bueno para insinuarse de modo tan avieso en los puntos más sensibles de una persona, que si ésta no lo conociera bien terminaría por pensar que era injusta cuando él la molestaba.

—Babamukuru dice que soy tan brillante que me deben llevar a una buena escuela y darme una buena oportunidad en la vida. Así que me voy a vivir con Babamukuru en la misión. Ya no seré el hijo de Jeremiah –alardeó, mencionando el nombre de mi padre con tal desprecio que por una vez en la vida me levanté en armas para defender a mi padre-. Voy a usar zapatos y calcetines, y *shorts* sin agujeros, nuevecitos, que me va a comprar mi tío. Él tiene dinero. Hasta voy a tener ropa interior: camiseta y trusas. Tendré un suéter en invierno y quizás un saco también. Dejaré de comer con las manos, pues usaré cuchillo y tenedor.

Bajo las circunstancias, creo que era permisible, incluso saludable, sentir un poco de celos. Por desgracia, puesto que había dejado de reaccionar ante Nhamo desde hacía mucho, de tal modo que todas sus acciones irritantes se habían ido acumulando por un periodo muy largo, y puesto que esta vez la exasperación era tan personal que no la podía pasar por alto, yo estaba más que un poco menos que saludablemente celosa. Esto fue poco táctico de mi parte, pues Nhamo siguió haciendo lo mismo, describiéndose en superlativos exagerados y sugiriendo que se merecía sin cuestionar su buena fortuna, que era una consecuencia natural del hecho de que era Nhamo, sólo para picarme. Al final, mi compostura de los últimos años, que se

remontaba a la época en que habíamos peleado en el campo de fútbol en la Escuela Dominical, se desintegró en innumerables partículas. Mordí magníficamente el anzuelo.

—¡Ja! Eres tan estúpido -me burlé-. Si vas a la misión para usar un cuchillo y un tenedor te vas a decepcionar. ¿No viste que Babamukuru comió con las manos? Todos ellos: Maiguru y esos niños presumidos. Todos comieron con las manos.

—¿Querías que nos hicieran sentir avergonzados? -replicó-. Si hubieran querido usar cuchillo y tenedor, ¿de dónde los hubiéramos sacado? Pero en su casa sí los usan. Cada quien tiene su propio plato con su propia porción de comida y su cuchillo y tenedor. Yo lo vi. Eso es lo que pasó cuando fuimos a comer en Salisbury a la casa del hermano de Maiguru, el que es médico. Le pregunté a Chido si así comen en su casa y me dijo que sí.

Yo no podía discutir ante una evidencia tan concreta, así que atacué desde otra posición.

—Seguirás siendo el hijo de tu padre. Seguirás siendo mi hermano. Y el de Netsai. Aunque no te guste. Así que mejor deja de sentirte tan orgulloso por nada y agrádecele a Babamukuru que te está ayudando.

—Y tú, deja de sentir celos. De todos modos, ¿por qué estás celosa? -se desquitó, libre ya para usar sus municiones, pues yo había comenzado la batalla-. ¿Alguna vez oíste hablar de que se mandara a una niña a la escuela? Tuviste suerte de poder regresar a Rutivi. Conmigo es diferente. Yo nací para recibir una educación.

—Me alegro de que te vayas -le dije-. Tu voz es ruidosa y lastima mis oídos.

—¡Y tú tienes ojos de camaleón! Puedo ver que ya estás enojada pues te estás oscureciendo como uno de ellos. Ten cuidado o te vas a quedar así y la gente no se te va a acercar por miedo a que los muerdas. Ten cuidado, ten cuidado. Por si muerdes.

Agarré una piedra y se la aventé. Nhamo siguió sentado, sin alterarse, y siguió la trayectoria del misil moviendo la cabeza exageradamente. La piedra cayó en el pasto, sin hacer daño. Nhamo se rio. Me lancé sobre él, pero se echó a correr con ligereza hacia el *kraal* del ganado, riendo y canturreando:

—¡Du-du-muduri, kache! ¡Rwavi muduri kache! ¡Tambu muduri, kache! ¡Trajina duro mientras yo como papas en la misión!

Consideré perseguirlo para darle la tunda que se merecía pero, valorando su ventaja inicial, me di cuenta de que no lo podría alcanzar. Además, en estos días estábamos tan parejos que cualquiera de los dos podría haber ganado el pleito, pero a mí me faltaba práctica porque no había peleado en mucho tiempo. Hoy en día era mejor no pelear que no ganar. Lo dejé ir, aunque todavía estaba muy enojada con él por todas las tonterías que dijo.

En esa época, estaba completamente segura de que Nhamo sabía tan bien como yo que lo que había dicho no era razonable, pero en los años que han transcurrido desde entonces he conocido a tantos hombres que se consideran adultos responsables -y que por lo tanto deberían ser más sensatos-, pero que siguen concordando con los principios fundamentales del floreciente elitismo de Nhamo que, para ser justa con él, debo concluir que era sincero en su intolerancia. Sin embargo, en esos días, yo veía la naturaleza masculina color de rosa. Después de un episodio como ése, solía aparecer en mi mente una imagen triste y grotesca de mi padre y de Nhamo en relación con Babamukuru y mi primo. Yo quería que mi padre y Nhamo llevaran la cabeza en alto como Babamukuru, pero siempre se veían apocados. La imagen era aterradora. Acostumbraba suponer que ellos también lo percibían y que les preocupaba tanto que tenían que intimidar a cualquiera para poder hacerse presentes. Debido a las lecciones de historia de mi abuela, yo sabía que mi padre y mi hermano padecían dolorosamente el maleficio de los malvados hechiceros.

Babamukuru, lo sabía yo bien, era diferente. Él no se había encogido bajo el peso de su pobreza. La había desafiado con valor. Con trabajo duro y determinación había roto el hechizo de los malvados hechiceros. Ahora, Babamukuru era una persona que había que considerar por derecho propio. Ya no necesitaba intimidar a nadie. Sobre todo, ya no necesitaba intimidar a Maiguru, quien era tan frágil y pequeña que podía ser arrastrada por un soplo de viento. Tampoco lo visualizaba intimidando a Nyasha. Mi prima era bonita, atrevida e inteligente. Una no pensaba que Babamukuru fuera guapo o feo, pues tenía una dignidad absoluta. Ya no necesitaba ser temerario, pues había acumulado mucho poder. Mucho poder. Mucho dinero. Mucha educación. Mucho de todo.

Cuando uno tiene mucho de todo, uno se siente satisfecho de regalar un poco. Yo sabía eso porque cuando Babamukuru me daba un *tickey* podía comprar seis empanadillas *fet koeks* en el recreo. Me sentía como una santa cuando le regalaba dos a mi amiga Nyari. Por eso Babamukuru era siempre tan amable y generoso. Por eso le compraba ropa bonita a su esposa y a su hija y siempre se aseguraba de que hubiera dinero para la educación de Nyasha. Por eso hacía todo lo que podía por todo mundo y, en este caso, había escogido a Nhamo para un ascenso especial, igual que él había sido elegido por los hechiceros buenos en la misión. Yo comprendía que Nhamo era mayor que yo y que iba mucho más avanzado académicamente. Comprendía que por eso había sido la elección lógica para el proyecto de Babamukuru. Si Nhamo no hubiera insistido en que había otros criterios que me descalificaban desde el principio, me habría alegrado por él. Pero insistió, y yo estaba furiosa en verdad.

Me costó mucha energía enterrar ese incidente con Nhamo a tal profundidad que no interfiriera con el negocio de vivir. Y resultó que no tuve mucho éxito, pues ya no pude forzarle a hablarle a mi hermano. No

es que hubiera decidido conscientemente pasarlo por alto. Sólo sucedió. Por más que traté, no pude abrir la boca para hablarle. Mi madre, que atravesaba la primera parte del embarazo que resultó en Rambanai, estaba muy afligida por todo esto.

—¿Y ahora qué espíritus malignos se han levantado entre ustedes dos? -nos regañó-. Si han sido hechizados, díganme para poder hacer algo. Pero si es por su propia locura, párenle ya -mi pobre madre estaba ansiosa porque cuatro bebés, tres de ellos varones, habían muerto en la infancia, entre mi nacimiento y este embarazo. Había rumores de que alguien la había amarrado y ella temía que se complicara tanto que empezaría a abortar o simplemente no concebiría. Los rumores eran perversos. Una o dos personas en especial malas que conocían un poco de la familia de mi madre pronosticaron que su hermana más joven, Lucia, era la culpable porque se le estaba acabando la flor de la vida y todavía no se casaba, por lo que le resultaría útil que se le requiriera como la segunda paridora de mi padre. Al ver lo mal que mi madre tomaba nuestro pleito, casi le pedí una tregua a Nhamo, pero cuando me dijo que yo estaría mucho mejor si pensara menos y tuviera más respeto, me alegré de no ceder terreno. Hacia el final, mi enojo desapareció y le habría hablado si esto no hubiera significado perder mi dignidad. Así que cuando Babamukuru vino a recoger a Nhamo sentí un gran alivio; primero, porque Nhamo se fue y, segundo, porque ya sería libre de hablar con quien quisiera.

Otra ventaja de la ausencia de mi hermano fue que su presencia ya no interfería con mis intentos por hacerme amiga de Nyasha. Babamukuru venía seguido a visitarnos, al menos cada quince días, o a veces dos fines de semana seguidos y también durante la semana. Maiguru solía acompañarlo y, de vez en cuando, Nyasha también. En muy raras ocasiones venían todos, incluyendo a Nhamo y a Chido. Cuando venía Nyasha, yo ponía lo mejor de mi parte para hablar con ella. Me devanaba los sesos para encontrar una que otra palabra en inglés e introducirla en mis oraciones para ayudarla a comprender lo que le estaba diciendo, aunque no servía de nada. Nyasha no pronunciaba nada más que un breve saludo, tartamudeando. Tampoco sonreía ya. La mayor parte del tiempo, Nyasha se quedaba pegada a Maiguru y rehusaba mis invitaciones a jugar *pada*, moler maíz o dar una vuelta al Nyamarira, para la enorme irritación de Babamukuru. Cuando se atrevía a alejarse de su madre, jugábamos tensas y en silencio. Al final, me sentía estúpida y humillada por hacerle fiestas a mi prima, aunque me resultaba difícil dejarla sola. Extrañaba a la compañera osada y bulliciosa que se había ido a Inglaterra pero no había vuelto. No obstante, cada vez que venía, yo percibía que se había vuelto un poco más insulsa y opaca, y la expresión de sus ojos era un poco más compleja, como si Nyasha interiorizara cada vez más su energía para comunicarse con ella misma sobre asuntos que sólo ella había percibido.

Un día se portó verdaderamente muy mal. Llegaron a las once de la mañana en una época en la que en el huerto había muy pocas verduras. Sin embargo, había una vaca que daba leche, por lo que mi madre sintió un gran alivio cuando Nyasha, después de preguntarle si quería leche o verduras, dijo que leche. Por desgracia, a la hora de comer, Nyasha le entró a las verduras con el resto de nosotros. Cuando mi madre le ofreció la leche agria que había pedido, se puso de mal humor. Se rehusó a comer cualquier cosa, aunque para ese entonces todos se mostraban muy preocupados y compasivos y decían que podía comer lo que quisiera. Mis padres pensaban que era una niña desdichada y no lo ocultaron cuando Babamukuru y Maiguru regresaron a la misión. Cada vez que mis parientes venían de visita yo me quedaba cerca de Nyasha y la observaba. Y me di cuenta de que nos observaba a todos. Decía poco, pero algunas veces sus labios se movían para practicar las palabras cuando alguien usaba un lenguaje complicado. Nyasha estaba en silencio y alerta y nos observaba a todos con esa compleja expresión que la distinguía y con una intensidad que me hacía sentir incómoda: qué decíamos o hacíamos y cómo lo decíamos o lo hacíamos.

Entonces, cuando Nhamo regresó a casa al terminar su primer año con Babamukuru, una podía ver que él, también, ya no era el mismo. Su apariencia había cambiado dramáticamente. Su altura se había incrementado en varias pulgadas y su ancho en muchas más, así que ya no era pequeño y flacucho sino musculoso y atlético. Las vitaminas habían alimentado su piel, hasta hacerla de una tersura radiante, su tez varios tonos más clara que antes. Ya no traía el pelo arreglado en filas de polvosas crestas de pepinos silvestres, sino que ahora lucía negro, alisado y lustroso por el aceite. Todo esto estaba bien, pero hubo un cambio atroz. Había olvidado cómo hablar shona. Se le escapaban unas cuantas palabras vacilantes, acentuadas incorrecta y extrañamente, cuando le hablaba a mi madre, pero ya no le hablaba con mucha frecuencia. Con mi padre hablaba con mucha fluidez. Tenían largas conversaciones en inglés, al que rompían en pequeñas sílabas irregulares y al que mi padre desmenuzaba en fonemas aún más pequeños y toscos. A mi padre le satisfacía el dominio alcanzado por Nhamo. Mencionó que era el primer paso de la emancipación familiar pues todos podíamos mejorar nuestro inglés practicándolo con Nhamo. Pero él era el único que estaba impresionado por el inexplicable padecimiento que mi hermano había contraído. El resto de nosotros le hablábamos en shona a lo que él respondía, cuando respondía, en inglés, haciendo hincapié en hablar despacio, con deliberación, pronunciando con claridad cada sílaba para que pudiéramos entender. Esto restringía nuestra comunicación a asuntos mundanos e insignificantes.

Sin embargo, la situación no era por completo desesperada. Cuando llegaba a surgir un asunto importante y por lo tanto era necesario discutir las cosas en profundidad, el shona de Nhamo -con gramática, vocabulario, acento y todo lo demás- regresaba milagrosamente hasta el fin de la discusión, sólo para

desaparecer de nuevo de modo misterioso cuando se arreglaba el asunto. Entre más tiempo pasaba Nhamo en casa de Babamukuru, más afásico se volvía y más se convencía mi padre de que se estaba educando. Mi madre estaba alarmada. Sabía que la misión era un lugar cristiano. No obstante, ella sostenía que la gente ahí era común y corriente. Pensaba que alguien en la misión estaba hechizando a su hijo e insistía en hacer cita con el médium. Mi padre la tranquilizaba:

—¿Cómo va a practicar el muchacho su inglés si no lo habla? ¿No habla con nosotros cuando quiere? Está dedicado a sus estudios. Como *Mukoma*. Dedicado. Es todo —después de eso, mi madre ya no dijo nada sobre el idioma de Nhamo, pero aún se sentía desdichada. Claro que quería que se educara pero, me confió, lo que más quería era hablar con él.

Este Nhamo que he descrito es el Nhamo que estábamos esperando en casa esa tarde de noviembre de 1968. Las cosas que he relatado son las razones por las que no me sentía decepcionada cuando no llegó. Mi madre, como siempre, estaba enfadada.

—¡Ese hijo mío! —suspiró—. Si por él fuera, no vendría nunca a casa —rencorosa, estuve de acuerdo.

Habíamos terminado de comer y estábamos comentando que ya era muy tarde para que Babamukuru trajera a Nhamo a casa cuando un auto entró retumbando al patio, con los faros alumbrando nuestra cocina llena de humo a través de la puerta que habíamos dejado abierta para que entrara el fresco. Netsai, que es muy cariñosa, estaba extática.

—*Mukoma* Nhamo ha llegado, *Mukoma* Nhamo ha llegado —canturreó, brincando en dirección al patio. Mi padre, sonriente, resoplando un poco, la siguió. Estábamos todos en el patio cuando Babamukuru salió del auto. Se veía demacrado, viejo y cansado. Maiguru, igual de afligida, descendió del otro lado. Por un momento no se pronunció ninguna palabra y mi tío ni siquiera le prestó atención a Netsai, quien lo abrazó preguntándole: ¿*Mukoma* Nhamo, Babamukuru, dónde está *Mukoma* Nhamo?

Sin ningún aviso, mi madre emitió un penetrante plañido a través del oscuro silencio.

—¡Váyanse! ¡Váyanse! ¿Por qué hacen todo este viaje para decirme lo que ya sé? —se derrumbó en el cofre del auto, resbaló al piso, se levantó y se volvió a derrumbar. Maiguru se acercó a mi madre para abrazarla, pero mi madre la empujó con violencia—. Quieres abrazarme —siseó—. Ahora, cuando es demasiado tarde, es cuando te preocupas. Finges. Eres una simuladora, eso eres. Primero te llevaste su lengua, para que no pudiera hablar conmigo y ahora te lo has llevado todo, te lo has llevado para siempre. ¿Por qué callas? ¿Por qué no hablas? Porque es verdad. Lo hechizaste y ahora está muerto. ¡Tfuu! —escupió a los pies de Maiguru—. ¡Y a ti también, Babamukuru! ¡Tfuu! ¡Te escupo! Tú y tu educación han matado a mi hijo —esta vez, cuando cayó al suelo no se levantó; permaneció dando vueltas, arrancándose el cabello y la ropa y moliendo arena entre los dientes. Netsai comenzó a llorar.

—Sosténla, Jeremiah —dijo Babamukuru con una voz pesada y vacía—. Es verdad. No traemos buenas noticias.

Maiguru, lamentándose con suavidad ayudó a mi padre a persuadir a mi madre, ya callada, desfallecida y perpleja, a ir a la cocina.

Plañidos. Recuerdo plañidos que parecieron transcurrir toda la noche: penetrantes, brillantes y agudas agujas de sonido que perforaban nítida y profundamente para dejar entrar, no salir, la angustia.

En la cocina habló Babamukuru.

—No me queda más que contarles lo que ha sucedido. El muchacho se quejó de un dolor, un leve dolor, en el cuello, hace unos cuantos días.

—La primera vez que me comentó que no se sentía bien fue el martes —dijo Maiguru.

—Sí, fue el martes —continuó Babamukuru—. El miércoles no se sentía mejor, así que lo llevamos a nuestra clínica de la misión. El doctor pensó que era probable que el niño tuviera paperas. Como no sabíamos si el difunto ya había tenido paperas o no, no le pudimos dar la información adecuada al doctor en ese momento. De cualquier modo, el doctor no estaba seguro, pero dijo que si eran paperas, podía empeorar, así que decidimos dejarlo en observación. Eso fue el miércoles por la noche. El jueves en la mañana fuimos a verlo. No se veía tan mal. De hecho, se veía mucho más animado. Hasta nos dijo que quería salir del hospital, pero el doctor no estaba satisfecho con su progreso. Quería mantenerlo ahí al menos un día más. Te dejé un recado en las oficinas del ayuntamiento, Jeremiah, diciendo que Nhamo había ingresado a la clínica y que iba a pasar por ti para llevarte esta noche. ¿No fuiste hoy a las tiendas? ¿No recibiste el recado?

Los hombros de mi padre se sacudían. No podía hablar.

—De cualquier modo —continuó Babamukuru—, no se veía mal en ese momento. Fui a una junta en la ciudad. Mientras estaba ahí, mi esposa recibió una llamada telefónica de la clínica diciendo que el muchacho había empeorado y que lo iban a transferir al hospital en la ciudad, al Hospital General. Mi esposa fue de inmediato a la clínica. Quería acompañarlo en la ambulancia, pero cuando llegó ya se estaba apagando. Murió antes de que lo metieran en la ambulancia. Esta fue la noticia que recibí cuando llegué a casa un poco después de las ocho. Vine directo para acá.

Babamukuru tomó las manos de mi padre entre las suyas.

—Mi corazón llora con el tuyo, pero no podemos comprender los planes de los cielos —dijo, moviéndose para sostener también las manos de mi madre— pero hay un Ser que sabe. Los cuidará y los consolará incluso cuando el mal los golpee.

—¡*Ho-o-re!* -gimió mi padre-. Hablas con la verdad, Mukoma, pero hoy estamos agobiados por espíritus celosos. El muchacho era brillante, iba bien. ¿Por qué habría de marcharse a menos que algo hubiera sido enviado para llevárselo? ¡Ay! ¡No pensé que pasarían estas cosas! -hundió la cabeza en las manos-. ¿Qué más puedo decir, Mukoma? Es difícil saber qué decir en estos momentos. Pero sé que cuidaste al niño como si fuera tuyo. Los de los cielos saben por qué se lo llevaron. Sólo podemos aceptar que ha pasado -se puso de pie-. Caminaré por la carretera hasta el *homestead* de Samhungu. Ellos les transmitirán la noticia a los demás -las lágrimas mojaban su rostro. No las enjugó.

Ver llorar a mi padre, ver a mi madre lamentarse y mecerse en brazos de Maiguru, escuchar a Netsai llorar de miedo y de dolor, y a Rambanai, que se despertó, lloriquear y gemir, hizo que mi armadura se resquebrajara un poco. Sentía tristeza por ellos, más que angustia por una pérdida propia pues, para mí, mi hermano se había convertido en un extraño. No lamenté que hubiera muerto, pero sí sentí pesar por él pues, según su propia pauta, había valido totalmente la pena vivir su vida.

—No hay nada que hacer -le decía mi tía a mi madre- más que soportar el dolor hasta que pase. Debes soportar el dolor de su partida como aguantaste el dolor de su llegada.

—No puedo soportarlo -gimió mi madre-. Maiguru, abrázame. También me voy a morir.

Al día siguiente trajeron el cuerpo de la misión y lo enterraron en el lugar de sepultura de la familia, junto a mi abuela y otros ancestros. Después de que transcurrió un tiempo decente, Babamukuru volvió a tocar el tema de la emancipación de la rama de la familia de mi padre.

—Es una desgracia -dijo- que no haya un varón para cumplir este deber, para desempeñar la tarea de sacar a la familia del hambre y la necesidad, Jeremiah.

—Es como tú dices -asintió mi padre-. La perspicacia que Tambudzai tiene con los libros no sirve de nada porque al final beneficiará a unos extraños.

—Estás en lo cierto, Jeremiah -comentó mi tío-, pero no sentiré que he cumplido con mi deber si descuido a la familia por esta razón. Ummm... esta niña... ummm, Tambudzai... debe recibir la oportunidad de hacer lo que pueda por la familia antes de que entre a la casa de su esposo.

—¡Exactamente! -estuvo de acuerdo mi padre-. Debe dársele la oportunidad.

Mi madre quedó agobiada por la pena cuando mi padre le dijo lo que él y Babamukuru habían decidido.

—Tú, Jeremiah -le dijo, y lo llamaba Jeremiah en muy pocas ocasiones-. Tú, Jeremiah, ¿estás loco? ¿Acaso te has comido algún arbusto silvestre que se te ha subido a la cabeza? Eso creo, pues de otro modo ¿cómo podrías quedarte ahí parado y pedirme que envíe a mi hija a un lugar de muerte, el lugar en donde mi primer hijo vivo murió? ¡Hoy estás delirando! Ella no va. A menos que quieras que yo también me muera. La ansiedad me matará. No la dejaré ir.

—¿Pero qué hará? -la persuadió mi padre-. Ya ha terminado su tercer grado. Dime, ¿hay cuarto grado en Rutivi? Kuedza queda muy lejos para ir caminando. ¿Adónde cursará su cuarto grado?

—No trates de engañarme -le replicó mi madre-. ¿Crees que no he oído que están iniciando el cuarto grado en la escuela? Incríbela en Rutivi, Jeremiah, porque te estoy diciendo, no la dejaré ir.

Mi padre no insistió, pero de todas formas fui a la misión. La ansiedad de mi madre era genuina. La semana antes de mi partida, casi no comió nada, no porque no tratara, y cuando podía tragar algo, le caía pesado en el estómago. Cuando me fui estaba tan demacrada y macilenta que apenas podía caminar a los campos, mucho menos trabajar en ellos.

—¿Está enferma mamá? -me susurró Netsai, asustada-. ¿También se va a morir?

Netsai estaba sustada. Yo, yo me sentía victoriosa. Babamukuru había aprobado mi trayectoria. ¡Estaba vindicada!

Cuatro

¿Cómo puedo describir las sensaciones que me inundaban cuando Babamukuru prendió el auto, conmigo en el asiento delantero junto a él, el día que dejé mi hogar? Era una sensación de alivio, pero también de algo más. Era más que emoción y expectación. Lo que experimenté ese día era un atajo, una desviación de todo lo que yo había definido como los carriles de alta velocidad que me conducirían con rapidez a mi destino. Mis horizontes estaban saturados conmigo misma, con mi partida, con mi salida. No había espacio para lo que dejaba atrás. Mi padre, tan afable y trivialmente agradable como siempre, era insignificante. Mi madre, mi ansiosa madre, no era más que otra pieza de la escenografía que había que mantener, por supuesto que había que mantener, pero a pesar de todo superflua, un obstáculo en el sendero de mi partida. Y en cuanto a mis hermanas, bueno, ahí estaban. Me veían subir al auto de Babamukuru que me iba a transportar eficientemente a horizontes ilimitados. A ellas les correspondía aprender la importante lección de que las circunstancias no eran inmutables, ninguna carga tan imperiosa que no se pudiera dejar de lado. El honor de enseñarles esta lección de emancipación fue mío. Lo reclamé por completo, pues aquí estaba yo, prueba viviente de la lección. En mi mente no había duda alguna de que este era el caso.

Cuando entré al coche de Babamukuru, era una campesina. Era posible percibirlo con tan sólo un vistazo a mi vestido apretado y desteñido que definía inmodestamente mis pechos florecientes, y a mis pies de anchos dedos y piel callosa por el contacto diario con el piso, sin importar el clima. Era posible percibirlo por la forma en que la queratina había reaccionado engrosándose y, después de hacerlo, se había endurecido y rajado de modo tal que la mugre había penetrado hasta dentro pero no era posible lavarla. Era evidente por los negros callos corrugados en mis rodillas, las escamas de mi piel ocasionadas por la falta de aceite, las pequeñas crestas opacas del cabello desnutrido. Esta era la persona que estaba dejando atrás. Esperaba encontrar en casa de Babamukuru a otro yo, a un yo limpio, bien arreglado y gentil que no podría haber sido educado, no habría sobrevivido en el *homestead*. En casa de Babamukuru tendría ratos de ocio, me animarían a considerar cuestiones que tenían que ver con la sobrevivencia del espíritu, con la creación de la conciencia, más que con el simple sustento del cuerpo. Este nuevo yo no se enervaría por las cocinas ahumadas que dejaban ardiendo los ojos y al pecho con una bronquitis permanente. Este nuevo yo no se frustraría por los fogones de leña que ardían de modo tan furioso que se quemaba la *sadza*, o bien que ardían con tal indiferencia que la *sadza* se convertía en *mbodza*. Tampoco habría que dar vueltas al Nyamarira, al Nyamarira en donde me encantaba bañarme y al que disfrutaba mirarlo descender a través de la estrecha salida de la cascada de donde sacábamos nuestra agua. Me resultaba difícil dejar a este Nyamarira, mi campo de juegos musical, siempre borboteando y retozando. Pero no podía fingir estar triste por dejar los tambores de agua cuyo peso comprimía el cuello en la espina dorsal, que pesaban en la cabeza, aun cuando una se había acostumbrado a cargarlos, y a los que era necesario llenar constantemente. No lamentaba dejar atrás la tediosa tarea de coaccionar a los pequeños tributarios del Nyamarira para que entraran y salieran de los lechos de verduras. Por supuesto, mi emancipación de estos aspectos de mi existencia era, para el futuro previsible, temporal y no permanente, pero no se trataba de eso. Se trataba de lo siguiente: yo iba a evolucionar del modo que Babamukuru considerara conveniente, lo que en el lenguaje que yo comprendía en ese momento quería decir que bien. Y si evolucionaba bien no preveía que pudiera haber razón alguna para tener una regresión las veces que volviera al *homestead*.

Si no me hubieran pasado tantas cosas por la cabeza habría disfrutado ese viaje a la misión, recordando que aquella única vez que crucé el Nyamarira en un vehículo, por la carretera de Inyanga, observando aparecer a la distancia el Paso de Navidad, fue cuando el señor Matimba me llevó a la ciudad a vender mis elotes verdes. ¡A-a-a-h, esos elotes verdes! La esperanza de venderlos había ocupado mi atención durante ese primer viaje, pero hoy estaba pensando en cosas más concretas.

Tenía que pensar en muchos asuntos prácticos sobre mi trasplante, todos relacionados entre sí, y era necesario acomodarlos en porciones manejables e independientes. Sentía un gran placer en adivinar dónde dormiría, pues con seguridad no sería en una cocina llena de humo donde la gente se relajaba en las noches, por lo que una tenía que esperar a que todos se marcharan para meterse cómodamente en la cama. Pero si no era en la cocina, ¿en dónde? Si Nhamo había dicho la verdad, lo que podía o no ser posible, había tenido un cuarto para él sólo en casa de Babamukuru. Todo un cuarto para mí sola era pedir, desear, demasiado y, además, no estaba segura de que me gustaría dormir sola sin alguien con quien reír antes de quedarme dormida, o cuya presencia me consolara en caso de tener sueños perturbadores. Sin embargo, sería agotador, y molesto también, tener que compartir la recámara con Nyasha, quien era arisca y taciturna, quien me hacía sentir incómoda porque algo había extinguido la chispa de sus ojos. Además, seguía sin aceptarla. Yo pensaba que no tenía derecho de ser tan infeliz ya que era la hija de Babamukuru,

lo que en sí era una bendición. Y usaba ropa bonita. No había sido forzada a posponer su educación por lo que ahora, aunque éramos de la misma edad, ya estaba cursando segundo de secundaria. Al menos por esa razón, por estas bendiciones, sus ojos deberían haber brillado vigorosamente de gratitud, pero le faltaba sensatez para comprenderlo. Seguía siendo mal agradecida, torpe y mal educada. La idea de dormir con Anna, la sirvienta de Maiguru que había venido a casa durante el funeral de Nhamo para ayudar, me resultaba mucho más relajante aunque tenía sus problemas. Anna podía hablar y hablar y hablar sobre todo y nada, lo que era útil cuando una no quería concentrarse en cosas deprimentes como la muerte o el dolor, pero ¿qué sucedería cuando tuviera que pensar en asuntos serios de importancia permanente como las matemáticas o la historia? Aun así, estas eran preocupaciones menores. Estaba segura de que durmiera donde durmiera tendría más de una cobija para taparme. Y puesto que las posesiones de Babamukuru habían sido adiestradas para conservarse como nuevas, estas cobijas serían tan gruesas y lanudas que incluso en las peores noches de junio no dejarían entrar el frío. No tendría que levantarme a barrer el patio y traer agua antes de ir a la escuela, aunque en la misión no me habría importado tener que hacer estas cosas, pues la escuela estaba cerca y para llegar no necesitaba trotar cuarenta minutos todas las mañanas. Tampoco, pensé sonriendo abiertamente de puro placer, tampoco necesitaría preocuparme de que mis libros fueran adornados por la mugre y las manchas de grasa del rincón de la *chikuwa*, donde los guardaba en casa. En casa de Babamukuru tendría un librero. Mis libros vivirían en un librero, por lo que estarían limpios. Mi ropa también estaría limpia, sin que la estropeara el campo, el humo o el hollín. Y tenerla limpia no significaría un viaje al río, a veinte minutos, a lavarla y extenderla sobre las rocas, y esperar a que se secara antes de regresar a casa. Yo también podría conservarme limpia, sin demasiadas dificultades. Según Nhamo, había grifos justo adentro de la casa. No sólo fuera de la cocina, como en la casa del director en la Escuela Rutivi, sino justo adentro de la casa, donde dejaban correr agua caliente y fría en una tina tan grande que uno podía sentarse con las piernas extendidas al frente. Y todo lo que uno tenía que hacer para vaciar la tina era jalar un tapón y el agua se iba gorgoteando a la tierra a través de una red de tubos colocados por abajo del piso. Ahora bien, aunque Nhamo no se escapaba de recurrir a la fantasía para impresionar, cuando había hechos disponibles, los prefería. Estos detalles parecían bastante exactos. No podía esperar a disfrutar de las comodidades que Nhamo me había descrito con tanto detalle y paciencia. No podía esperar a disfrutar las consecuencias de haber adquirido una educación por parte de Babamukuru y, en mi caso, de ser parte del proceso de adquirir una educación.

Nhamo tenía un estribillo con el que resaltaba sus entusiastas y reverentes descripciones del lujo y la comodidad de la casa de Babamukuru. “Ni siquiera los blancos –acostumbraba canturrear en un pegajoso contrapunto– ni siquiera los blancos podrían darse ese lujo”. En consecuencia, debí haber estado preparada para el esplendor de esa casa o de la misión, pero no. Puesto que no había tenido una experiencia con la que refinar mi imaginación, ni siquiera las diligentes descripciones de mi hermano fueron capaces de crearme una imagen real de la casa de mi tío.

El terreno era enorme, tan grande como nuestro patio. En él se erguía un sólo edificio, la casa de Babamukuru, sin contar las construcciones externas, que resultaron ser un cobertizo, un garaje y los dormitorios de los sirvientes. En casa nuestro patio tenía muchas construcciones que tenían un propósito específico para nuestra vida cotidiana: la cocina en la choza construida con un poste y lodo, *dagga*, que era casi del mismo tamaño que el pequeño cobertizo de mi tío, sólo que redonda; el *tsapi*, que era pequeño, quizás la mitad del cobertizo de Babamukuru; el *hozi*, en donde Nhamo había dormido durante las vacaciones que había regresado a casa; y la Casa, construida con ladrillo rojo, con ventanas de vidrio y techo de lámina corrugada. Considerábamos que la casa era una casa muy buena no sólo por el ladrillo rojo, las ventanas de vidrio y la lámina corrugada, que se encargaban de declarar enfáticamente quiénes éramos, sino también porque tenía una sala tan grande que le cabía una mesa de comedor con cuatro sillas haciendo juego, un sofá y dos sillones. Era una casa muy buena porque tenía dos recámaras que daban a la sala, las cuales estaban bien amuebladas con una cama individual con su colchón *koya* y armarios con espejos que alguna vez habían sido confiables pero que ahora se habían nublado tanto por el paso del tiempo, que cuando una se veía en ellos amenazaban con mostrarle imágenes de espíritus antiguos y artificiosos, en lugar del propio rostro. Mis padres dormían en una de las recámaras, la de la izquierda cuando uno entraba en la sala. La cama y su colchón pertenecían a mi padre. Mi madre debía dormir en el suelo sobre el petate de carrizo con sus bebés cuando éstos todavía no tenían edad para acompañarme en la cocina. Sin embargo, casi nunca lo hacía. Por lo general, se quedaba dormida en la cocina y no se molestaba en despertarse para caminar hasta la casa. Todas las mujeres en la familia –mi madre, Netsai y yo– lo preferíamos así, y aunque a mi padre no le gustaba, no había mucho que pudiera hacer sin armar un escándalo. Y para eso no solía tener energía.

La otra recámara de la casa se encontraba vacía. Era donde Babamukuru y su familia acostumbraban dormir cuando venían a visitarnos antes de irse a Inglaterra. Pero ahora que los niños habían crecido, Baba y Maiguru dormían solos ahí. En los círculos en los que me había movido antes de que me transfirieran a la misión, nuestra casa en el *homestead* había sido, obvia y definitivamente, una casa muy buena y refinada. Con esa casa como mi punto de comparación, no me resultó fácil asimilar que la mansión que se erguía al final del camino y con el letrero “Núm. 14. CASA DEL DIRECTOR” era en verdad la casa de mi tío. Por fortuna,

ahí estaba el letrero, así que cuando nos íbamos acercando por la vereda de la entrada yo ya ansiaba vivir en una casa tan distinguida. De todos modos, de haber estado escribiendo esto en la época en la que ocurrió, en este capítulo habría habido muchas referencias a un “palacio,” una “mansión” y un “castillo”. La falta de dichas referencias no quiere decir que haya olvidado cómo fue todo. La primera impresión de grandiosidad fue tan exótica que nunca se desvaneció, pero he aprendido, en los años que han transcurrido desde entonces, a refrenar los excesos y los vuelos de la imaginación. Ya aclaré mi posición. Ahora puedo referirme a la casa de mi tío como sólo eso: una casa.

Estaba pintada de blanco. Este era uno de los aspectos menos bonitos de esa casa y también uno de sus aspectos menos sensatos. No parecía haber una buena razón para desperdiciar tiempo y esfuerzo, por no hablar de la pintura, en pintar de un blanco clínico y antiséptico el vistoso ladrillo rojo que había visto por todos lados en la misión mientras nos dirigíamos a la casa de Babamukuru. Sin embargo, naturalmente, había una razón. Gracias a Nyasha, que sabía todo tipo de cosas o juntaba ella misma los detalles cuando le faltaba información, supe que esta casa en particular, la casa del director, había sido construida en los primeros días de la misión. Me contó que eso ocurrió a fines del siglo XIX, en la época en que los misioneros creían que sólo las casas blancas tenían la frescura suficiente para ser con comodidad habitables. Con diligencia, esa creencia se tradujo en acción. Las casas blancas brotaron por toda la misión. Todas esas casas blancas deben haberle restado mucha inspiración a los que tenían la función de inspirar a los demás. Se decía también que los nativos respondían al color, así que, después de un tiempo, los misioneros comenzaron a creer que las casas no se sobrecalentarían, incluso cuando no las pintaran de blanco, siempre y cuando se utilizaran tonos pastel. Comenzaron a pintar sus casas de color crema, rosa pálido, azul pálido, verde pálido. A Nyasha le gustaba adornar este punto.

—Imagínate —solía decirme— qué *preciosas* se deben haber visto. Todos esos rosas y azules destellando en medio del blanco. Debe haber sido taan dulce, tan, taan atractivo.

Después, mucho después, incluso por la época en que llegué a vivir a la misión, había muchas construcciones en proceso. Se tenían que construir casas que resguardaran la nueva cosecha de africanos educados que había sido sembrada en tantas clases nocturnas de prepri A y prepri B y que ahora estaba siendo recolectada abundantemente con los exalumnos, los *old boys*, que regresaban convertidos a su vez en maestros para contribuir en la misión. Quizás porque no hubo tiempo para delicadezas, quizás porque el objetivo era resguardar a tanta gente y tan rápido como fuera posible, las casas que alojaban a los maestros que regresaban permanecieron oscuras y rojizas.

Esta historia me la enseñó Nyasha con un malicioso destello en la mirada. En ese entonces yo era como una aspiradora que absorbía todo y lo almacenaba en su estado original para examinarlo en el futuro. Hoy en día me alegro de que este parrafito de historia, tal y como la describió Nyasha, constituya un buen relato, tan creíble, si no es que más, como los capítulos que esos mismos misioneros nos iban atiborrando en esas escuelas de la misión.

En la época en la que llegué a la misión, los misioneros vivían en las casas blancas y en las casas pintadas de colores pálidos, pero no en las de ladrillo rojo. Mi tío era el único africano que vivía en una casa blanca. Todos estábamos muy orgullosos de este hecho. No, esto no es del todo cierto. Todos estábamos orgullosos menos Nyasha, quien poseía una naturaleza igualitaria y había tomado en serio las lecciones sobre la opresión y la discriminación que había aprendido de primera mano en Inglaterra.

Conforme el coche disminuyó la velocidad para entrar por la vereda que conducía a la casa, el ritmo de mi vida se incrementó. Comprimí muchas vivencias en los pocos minutos que tomó avanzar con lentitud por el sendero hasta llegar al garaje. Primero, la exaltación al darme cuenta de que la elegante casa que estaba enfrente de mí era, en verdad, de mi tío. Después la desilusión. Puesto que había una construcción casi tan larga como la casa, aunque no tan alta —que bien pudo haber sido por sí sola una casita—, pensé que había cometido un error. Creí que después de todo no iba a vivir en una mansión y se me desplomó el ánimo. Pero incluso en ese momento había muchas cosas por las que estar contenta. La vereda tersa y sin piedras tenía, por un lado, coníferas chaparras y robustas y, por el otro, una llamarada de lirios cannáceas que destellaban ámbar y escarlata. Antes, plantas como éstas habían pertenecido a las ciudades. Habían correspondido a las páginas de mi libro de lectura, a los patios del tío ciudadano de Ben y Betty. Ahora, después de verlas con mis propios ojos, gracias a la amabilidad de mi Babamukuru, yo también podía pensar en plantar cosas por razones más alegres que la ardua tarea de conservar el aliento en el cuerpo. Lo escribí en mi cabeza: le pediría a Maiguru unos bulbos para plantar un lecho de esos alegres lirios en el *homestead*. Enfrente de la casa. A nuestro hogar le vendría bien que esas brillantes flores lo reanimaran. Brillantes y jubilosas, habían sido plantadas para dar alegría. Qué idea tan extraña. Era una liberación, la primera de muchas que siguieron a mi mudanza a la misión.

Después descubrí que Nhamo no había estado mintiendo. Babamukuru era verdaderamente un hombre de rango, como una lo quisiera medir. La vieja construcción que me había decepcionado resultó ser un garaje. ¡Había sido construido para guardar autos, no gente! Y este garaje resguardaba dos carros. No uno, dos. El estribillo de Nhamo me retumbó en la cabeza y ahora sonaba ominoso. Sus frases me decían algo que yo no quería saber, que mi Babamukuru no era la persona que yo me había imaginado. Era mucho más rico de lo que había creído posible. Su educación rebasaba los libros. Y lo había hecho él solo. Se había esforzado bajo

el peso del hombre blanco sin tener un pariente fuerte que lo ayudara. ¿Cómo lo había hecho? Después de hacerlo, ¿en qué se había convertido? Una enorme grieta me abrió un valle profundo. No había ningún puente y, al fondo, puntiagudos riscos tan filosos como lanzas. Me sentí separada de mi tío para siempre.

Todo se tornó muy deprimente y confuso. Al principio me había decepcionado porque pensé que el garaje era la casa de Babamukuru. Ahora estaba preocupada de que no lo fuera. Por vez primera vislumbré que mi huida del *homestead* podría tener finales infelices. Me regañé severamente por haberme atrevido a llegar tan lejos, en primer lugar. ¿No había sabido, me pregunté, que Babamukuru tenía un corazón enorme? Eso no me hacía alguien especial. Ni siquiera merecedora. No tenía nada que ver con la bondad de mi tío. Habría acogido a cualquier pariente pobre y necesitado y, para probarlo, yo estaba aquí sólo porque mi hermano había muerto.

¿De veras había creído, continué insensiblemente, que estos parientes míos como de otro mundo podrían vivir con alguien tan ignorante y sucia como yo? Yo, que era tan ignorante que no había sido capaz de leer las señales en la ropa de la familia, en las prendas que no se atrevían a deteriorarse o a quedarles chicas a pesar de sus carnosos cuerpos, o en los acentos con que hablaban, que eran serenos y suaves y caían de sus lenguas como piedras preciosas traídas de ultramar. Todas estas señales manifestaban prácticamente que no éramos de la misma índole. Yo merecía sufrir, me amenacé, por haber sido tan orgullosa que no había visto que Babamukuru sólo podía ser tan caritativo con nuestra rama de la familia por nuestra bajeza. Era bondadoso por la diferencia.

Con un suspiro caí en un pantano de autocompasión. Mi sistema de sobrevivencia, tan bien afinado, prendió la alarma de inmediato, y me advirtió que evitara caer en esa trampa, pero estaba perdida. No podía ver un sendero de escape, excepto el que me llevaba de regreso al *homestead*. Pero ése, lo sabía, no me haría ningún bien porque yo ardía en deseos de escapar de ahí. Hice un esfuerzo por mejorar mi estado de ánimo. Me reprendí duramente por no apreciar el interés que Babamukuru tenía por mi familia y por mí. Intenté armarme de valor imaginándome qué buenas calificaciones iba a tener, pues eso era lo que importaba, la razón por la que había venido a la misión, en primer lugar. Ninguna de esas tácticas me funcionó, así que debo de haber estado mucho más asustada de lo que me imaginaba por lo extraño e imponente de mi nueva posición. Me bajé del auto con muchas menos esperanzas de las que había tenido al subirme y seguí con ansiedad a Babamukuru, que caminaba hacia la casa.

Un perro enorme y peludo me salió de la nada. Me brincó de repente y me aterrorizó. Sus labios negros se encogieron para mostrarme unos incisivos punzantes que salían de las encías, las cuales era aún más negras que los labios. Sus oídos estaban tan pegados a la cabeza, que los ojos se rasgaban hacia arriba en un bizzo diabólico. Su súbita aparición lo hizo parecer aún más siniestro. No lo pude evitar. Grité, lo que molestó a la bestia y la hizo ladrar para convocar a su camarada de ojos rosas. Ese sabueso albino era todavía más inquietante. Todo su cuerpo era rosa o blanco. Sus encías eran tan rosas que no le costó mucho a mi desdichada mente evocar sangre y hacerla que se filtrara a través de la piel del animal para manchar sus pálidos dientes de rojo. Me encontraba en mal estado, pues de otro modo habría observado las cadenas que los ataban a las perreras así como la reja que los acorralaba. Para mí eran los guardianes feroces y desatados de las puertas de este reino, del reino al que no debería estar entrando. Su sed de sangre se justificaba: sabían que yo no pertenecía a ese lugar.

Anna llegó a rescatarme.

—Si estuvieran sueltos —me gritó alegremente, saliendo por atrás de la casa para saludarme— ya te hubieran comido en cachitos. Bienvenida, Tambu, bienvenida. Es bueno verte de nuevo. ¡Estos perros! Por eso están amarrados. No se puede jugar con ellos.

Amarrados... Amarrados... ¡Ah, sí, estaban amarrados! Restauré la perspectiva. Vi las cadenas y la reja. Mis rodillas se volvieron a calcificar, me regresó el habla. Me reí con nerviosismo y traté de decirle a Anna lo tonta que había sido al no darme cuenta de que estaba a salvo, pero no era necesario hablar mucho cuando Anna andaba por ahí.

—¿Y tu equipaje? ¿Dónde está? —siguió parlotando—. Pero a veces no están amarrados... ¡imagínate! Porque se escapan y no los podemos encontrar. Cuando eso pasa, ¡aay!, no me pescas afuera, ni siquiera para colgar la ropa. Pero qué bueno que viniste. He estado pensando en ti. Pasa, pasa —me invitó agradablemente, deteniendo la puerta para que yo entrara.

No acababa de pasar por la puerta cuando Nyasha se me abalanzó para darme un abrazo, lo que comprendí, y un beso en ambas mejillas, lo que no comprendí. Estaba emocionada, feliz de verme, me dijo. Me sorprendió verla tan animada, me sorprendió agradablemente, pues esta no era la prima por la que me había estado armando de valor para enfrentar. Creyendo mis palabras, la abracé también y le dije que yo también había anhelado estar con ella.

Nyasha tenía mucho que platicar y durante ese lapso Anna desapareció para avisarle a Maiguru que yo había llegado. Nyasha estaba haciendo un pastel, me dijo, para su hermano, pues al día siguiente regresaría al internado. El pastel estaba listo para el horno y hacía calor: el pastel se levantaría en el tazón y se bajaría en el molde si no lo horneaba de inmediato. Anna me mostraría adonde ir. Nyasha se fue hacia la cocina, llevándose un poco de la seguridad que se había asentado conmigo con su cálida bienvenida. De nuevo censuré los malos modales de mi prima y deseé que no siguiera así, pues en los pocos minutos que duró

nuestra conversación me había dado cuenta de que aquí, en la misión, podría al menos recuperar a mi vieja amiga.

Ella estaba muy ocupada, engrasando y enharinando hábilmente un molde y vaciándole la mezcla. Como no quería estorbar, me ocupé en revisar la cocina. En ese entonces, me pareció muy sofisticada. Pero mirando atrás, recuerdo que la estufa tenía sólo tres quemadores y ninguno tenía anillos; que la tetera no era eléctrica; que el refrigerador era un armatoste estorboso que funcionaba con parafina. El linóleo estaba viejo: el patrón azul con blanco se desvanecía en pedazos rojos donde la pintura se había gastado y en pedazos negros donde los pies habían levantado el piso viejo en las hendeduras y el agua que había goteado de las manos, las verduras y la loza creó una testaruda capa negra. La ventana de la cocina no tenía cortinas y le faltaba un vidrio, lo que causaba muchos problemas pues por el agujero entraba un chiflón que bajaba maliciosamente las temperaturas del horno y hacía que los pasteles y bollos no quedaran ligeros, a menos que una cerrara la puerta de la cocina y no dejara que nadie la abriera, para bloquear así la trayectoria del chiflón. La ventana rota, el chiflón y sus consecuencias le resultaban en particular molestos a Maiguru.

—¡Me sorprende! -solía musitar cada vez que batallaba con las temperaturas del horno-. Pensarías que los hombres podrían encontrar tiempo para arreglar las ventanas de su propia casa. Pero no lo hacen. ¡Bah! Me sorprende.

Más tarde, conforme la experiencia aguzó mi percepción de esas cosas, también vi que los colores no coordinaban. Las paredes verdes y rosas -la moda era tener una pared de un color diferente que las demás- contrastaban con brusquedad entre sí y con el linóleo. No obstante, me daba gusto ver que la cocina estaba limpia. La mugre del linóleo se limpiaba con regularidad tallándola con un fuerte jabón de amonio, que era eficiente pero le cuarteaba a una las manos más ásperamente de lo que lo había hecho alguna vez la ceniza disuelta en agua del Nyamarira. El esmalte de la estufa y el plástico del refri, aunque no brillaban, eran blancos y el lavabo de la cocina relucía grisáceo. La falta de brillantez se debía, descubrí años más tarde cuando la televisión llegó a la misión, al uso de polvos abrasivos que, si bien esterilizaban el noventa y nueve por ciento de un hogar, eran ásperos y raspaban las superficies finas. Cuando descubrí esto, me di cuenta de que Maiguru, que había visto televisión en Inglaterra, debía haber sabido acerca de los efectos opacantes de estos quitagrasas y sobre la brillantez que se podía lograr usando las alternativas más suaves. Para ese entonces, yo ya sabía algo acerca de presupuestos, especialmente de su falta de elasticidad. Caí en cuenta de que el lavabo opaco de Maiguru no era consecuencia de una falta de aseo, como nos querían hacer creer los publicistas, sino una necesidad.

Anna regresó con la novedad de que Maiguru estaba descansando, que estaría conmigo en el tiempo que le tomara salir de la cama y vestirse. Anna me llevaría a la sala, en donde yo tendría que esperar a mi tía.

Deseando que no fuera una enfermedad lo que había mandado a mi tía a la cama a esa hora del día, seguí a Anna a la sala, en donde me puse cómoda en un sofá. Era imposible no darse cuenta de que este sofá era dos veces más largo y mullido y suave que el que teníamos en casa. Evalué lo que me rodeaba, apuntando el tipo, textura y forma de los muebles, sus colores y la forma en que estaban acomodados. Había comenzado ya mi educación y fue con un ojo pragmático que inspeccioné la sala de Maiguru: algún día yo tendría una casa como ésta y necesitaría saber cómo amueblarla.

Puesto que había entrado a la casa de mi tío por la puerta de atrás y por lo tanto había ascendido un gradiente de *glamour* a partir de la cocina, pasando por el comedor y hasta la sala, no disfruté el efecto total de la elegancia de esa sala, con su alfombra de pared a pared, de un mullido pelillo verde oscuro, moteada con café y dorado de buen gusto y escogida para hacer juego con las paredes de color verde pálido (una un poco más clara que las otras tres, según la moda). Las pesadas cortinas doradas que fluían voluptuosas hasta el piso, el juego de sala de cuatro piezas tapizado de brillante terciopelo café, las lámparas con sus pantallas de borlas, los elegantes libreros llenos de eruditos volúmenes cubiertos de piel y con pasta dura perdían un poco, sólo un poco, de su efecto.

De haber entrado directo desde la vereda, pasando por la terraza y la puerta principal, como entrarían los visitantes a quienes era necesario impresionar, el buen gusto y la elegancia silenciosa de ese cuarto me habrían quitado el aliento. Pero como sucedió, después de ver la cocina y el comedor, que era mucho más elegante que la cocina, pues el linóleo nuevo y fulgurante cubría cada pulgada cuadrada del piso y estaba colocado con tal destreza que los intersticios de las tiras eran prácticamente invisibles, yo estaba un poco mejor preparada para lo que seguía. Esto no fue del todo malo, pues el impacto total de esa sala opulenta habría sido demasiado para mí. Recuerdo haberme sentido un poco intimidada por el comedor, con la enorme mesa ovalada -tan amplia que cabían ocho personas- que ocupaba el centro. Esa mesa, con su forma y tamaño, tenía mucho qué decir sobre la cantidad, el contenido de calorías, el complemento de vitaminas y minerales, las proporciones relativas de grasa, carbohidratos y proteínas de la comida que se consumía ahí. Nadie que comiera en una mesa como ésta podía dejar de engordar y crecer saludable. Recargada contra la ventana, y había varias ventanas flanqueadas por persianas sensatas y simples, y sombrías cortinas azules de algodón, había una vitrina. Brillante y oscura como la mesa, exhibía sobre repisas de vidrio verdoso la vajilla de porcelana más delicada y exquisita que había visto en mi vida: platos y tazas, teteras, jarras y tazones, todos finos y translúcidos, cubiertos de rosas. Rosa sobre blanco, dorado

sobre blanco, rojo sobre blanco. Rosas. Estilo inglés antiguo. Té. *Old country*. Rosas. Estos juegos de té se veían tan delicados que sin duda se desintegrarían en el momento en que una sirviera el té en una taza o cargara un plato con un bollo. Con razón estaban encerrados. Yo deseaba con fervor que no me pidieran que bebiera o comiera en ellos. Qué alivio sentí cuando a su debido tiempo descubrí que todos temían un poco usar estos juegos de té tan frágiles y encantadoramente costosos, por lo que sólo servían para causar admiración y ser exhibidos ante los invitados.

Si las exquisitas tazas de porcelana de Maiguru me amedrentaban, la sala, como he dicho, me habría aniquilado si no hubiera quedado vacunada por la pendiente a la que me he referido, aunque llamarla una gradiente de *glamour* no es la manera correcta de describirla. El incremento en la comodidad de la cocina a la sala era una característica común de todas las casas de los maestros en la misión. Se relacionaba más con las posibilidades y las prioridades que con el buen gusto. El gusto de Babamukuru era excelente y, en los lugares en donde podía darse el lujo de satisfacerlo, los resultados eran imponentes. La opulencia de su sala era una cosa muy imponente, abrumadora para alguien que primero había gateado, después se había tambaleado y finalmente había caminado sobre pisos de estiércol. Era cómoda, pero aun así abrumadora. Tenía que idear una estrategia para evitar que todo este esplendor me distrajera como había distraído a mi hermano. Por lo general, cuando estaba en apuros como éstos usaba mi estrategia de pensamiento. Estaba muy orgullosa de mi estrategia de pensamiento, la cual tenía el propósito de colocarme por encima de los niveles irracionales de mi carácter y de permitirme proceder a partir de premisas puras y racionales. Sin embargo, hoy no funcionó.

Cada rincón de la casa de Babamukuru -cada superficie brillante, cada suave contorno y doblez- susurraba su propio e insistente mensaje de comodidad, serenidad y descanso de modo tan provocador, tan seductor, que ponerle atención, pensar siquiera en él, habría significado mi destrucción. La única alternativa era no hacerle caso. Permanecí tan apartada e indiferente como me fue posible.

No fue fácil porque mi tía tardó mucho en salir de su recámara. Aproveché este intervalo para levantar mis defensas. Sólo tenía que pensar en mi madre, con Netsai y Rambanai superpuestas en el trasfondo, para recordar por qué y cómo había yo llegado a la misión. Y después de ver con qué facilidad podía suceder, juzgué a mi hermano con menos dureza. En cambio, tomé mayor conciencia de la necesidad de permanecer resuelta y, para asegurarme de que no estaba siendo suave y sentimental al revisar mi opinión de Nhamo, tuve que inspeccionar de nuevo mi entorno para ver si en realidad era tan poderoso como para haber tenido un efecto tan devastador sobre él, con lo que me expuse otra vez a todas las posibles consecuencias. Triunfé. No fui seducida.

Pueden pensar que el peligro no era real. Pueden pensar que, después de todo, eran sólo cuartos decorados con el tipo de accesorios que las interpretaciones locales de las revistas británicas de decoración de interiores describían como normales, y que eso no tenía nada de amenazador. Pero, en realidad, la situación no era tan simple. Aunque en esa época yo era algo imprecisa y no podría haber descrito mis circunstancias de manera tan apropiada, la verdadera situación era esta: Babamukuru era Dios y por lo tanto yo había llegado al Cielo. Corría el peligro de convertirme en ángel o, al menos, en santa, y de olvidar cómo existían los seres humanos comunes y corrientes: minuto a minuto, de la mano a la boca. La ausencia de mugre era la prueba de que mi nuevo hogar era de otro mundo. Sabía, lo había sabido toda la vida, que vivir era algo sucio y ese hecho me había decepcionado. Con frecuencia había ayudado a mi madre a volver a alisar el piso de la cocina con estiércol. Sabía, por ejemplo, que los cuartos donde dormía la gente exudaban olores peculiarmente humanos, igual que el corral de los chivos huele a chivo y el *kraal* del ganado a buey. Era conocimiento popular entre las chicas más jóvenes de la escuela, que las muchachas mayores menstruaban en viejos y diversos jirones que lavaban y usaban y volvían a lavar. Sabía, también, que la menstruación era un secreto vergonzosamente impuro al que no se le debía permitir contaminar los immaculados oídos masculinos mediante indiscretas referencias a este tipo de suciedad en su presencia. Sin embargo, a simple vista era difícil percibir mugre en la casa de Maiguru. Después de un tiempo, conforme se disipaba la novedad, una comenzaba a darse cuenta de que la esterilidad antiséptica por la que luchaban mis tíos no se podía alcanzar más allá de un nivel ilusorio, pues los autobuses que pasaban por la misión, siguiendo un horario casi regular, levantaban una tormenta de fino polvo rojo que se acomodaba con perversidad en los rincones y sobre las superficies de los cuartos, los sillones y los libreros. Cuando el polvo era evidente, se sacudía, pero siempre quedaba algo, invisible, para treparse hasta la nariz y producir fiebre del heno, con lo que se restablecía el sentido de proporción. Una se acordaba de que este no era el paraíso. Al estornudar y al limpiarme la nariz con el reverso de la mano, tuve confianza de que no seguiría el mismo camino que mi hermano.

Un gemido estridente y estremecedor me despertó con brusquedad de mis cavilaciones, hizo que me picaran las axilas y que se me amargara la boca. Gimió y tembló durante diez largos segundos, en los que volaron por mi mente imágenes de brujas montadas en hienas, ambas riendo endemoniadamente. Este no era el momento para estar asustada, justo ahora que necesitaba mi buen juicio para aprovechar todas las oportunidades que la misión podía ofrecerme. Así que me enojé conmigo misma por dejar que los sonidos cotidianos de la misión me tomaran desprevenida y me enfadé con la misión por tener esos sonidos. Con deliberación, imperturbable, apretando mis manos sudorosas y a pesar de que no había nadie más que yo

para impresionarse con esta intrépida demostración de valor, me levanté para ver por la ventana los resultados de ese gemido estremecedor. A través de las jacarandas del patio de mi tío y de los eucaliptos a la distancia, los edificios de la escuela, de color verde pálido, brillaban con el sol de la tarde y los alumnos internados caminaban, trotaban o corrían hacia el edificio más grande, el cual era el Beit Hall, como después me enteré. Los muchachos usaban, como siempre, camisetas y *shorts* color caqui y las chicas llevaban uniforme azul marino, con cinturón sobre blusas azul claro.

—Es para que vayan a la asamblea —rio Anna desde el comedor—. Habíamos descansado de ella durante las vacaciones, pero ya comenzó de nuevo. Es aterradora, ¿verdad? El día que la oí por primera vez, se me paralizó todo el cuerpo. Se me puso seco y duro, como la corteza de un árbol. Esa sirena ... Pero te acostumbras.

—Mueres por ir a la escuela, ¿verdad? —bromeó Maiguru, desde la puerta que estaba enfrente de la ventana—. ¿Qué tal, Sisi Tambu? —sonrió, caminando para saludarme, con la mano derecha en alto, la palma hacia mí y balanceándola hacia abajo de tal modo que me vi obligada a chocar las palmas como una saludaría a sus amigos o camaradas de la misma edad—. Así que ya llegaste, Sisi Tambu. Qué bueno. Siempre creo que hay algo malo con mi casa cuando los parientes de Babawa Chido no quieren venir de visita.

Maiguru era muy modesta. Intenté tranquilizarla.

—Ni pienses esas cosas, Maiguru. A todos les encanta venir. Todos dicen que los tratas muy bien. Si pudieran, estarían aquí todos los días.

Maiguru sonrió lastimosamente y después recobró el buen ánimo.

—Entonces está bien —dijo— pero con algunas personas una nunca sabe. Los ve salir en silencio y piensa que se van satisfechos, pero lo que dicen después, es otro cuento.

—Oh, no, Maiguru —me apresuré a decirle—, yo no he oído a nadie decir cosas malas. Están orgullosos de ti. Dicen que trabajas mucho por ellos —luego la saludé. Era necesario sentarme en el suelo. Me senté, doblando las piernas bajo el trasero. Di una palmada—. *Nyamashewe*, Maiguru. ¿Cómo estás?

—Todos estamos bien y contentos —me contestó Maiguru—. Pero levántate, criatura, y siéntate cómoda en la silla —Maiguru llamó a Anna para pedirle que preparara el té. Mientras esperábamos me preguntó por mi madre, con un tono que expresaba el interés que sentía mucho más que sus palabras. Le respondí con la brevedad que me permitía la cortesía, porque no era algo de lo que me gustara hablar. Prefería guardarme lo que pensaba de la condición de mi madre.

Anna regresó cargando una charola con las cosas del té. Había teteras, jarras, platos y tazas, todos floreados, haciendo juego, con una cucharita para el azúcar y dos más para que Maiguru y yo meneáramos nuestro té. Todo me resultaba muy nuevo y refinado. En casa hervíamos la leche con el agua, cuando teníamos leche, y después le agregábamos las hojas de té. Maiguru me sirvió, levantando de la charola un objeto redondo con forma de cuchara.

—¿De qué te ríes, Sisi Tambu? —me preguntó, viendo que esboqué una sonrisa.

—Esa coladerita, Maiguru. ¿De veras es sólo para colar el té?

—¿El colador de té? ¿Nunca has visto uno? No sería posible tomar el té sin él, estaría lleno de hojas.

Así que este colador de té era otro artículo de primera necesidad del que había logrado prescindir hasta ahora. Maiguru parecía pensar que era absolutamente vital tener uno. Yo apenas lo habría descrito así. Interesante, puede ser, ¿pero vital? E imaginen gastar dinero en una coladera tan pequeña que sólo se podía emplear para colar el té. Cuando regresara a casa vería si en verdad resultaba menos placentero tomar el té sin el colador.

También había comida, muchísima. Muchas galletas, panqué y sándwiches de mermelada. Maiguru me ofrecía la comida, pero me costaba trabajo decidir qué escoger, pues todo se veía muy apetitoso. En casa no comíamos pastel muy seguido. De hecho, recordé que sólo comíamos pastel en Navidad o en Pascua. En dichas ocasiones, Babamukuru traía un enorme pastel zambesi y lo cortaba enfrente de nuestros ávidos ojos. Todos los niños esperábamos que lo repartiera. Esto lo hacía dándole una rebanada a cada quien, así que durante días y días, mucho después de que el postre había perdido su frescura, seguíamos extasiados. Pasábamos muchos momentos dichosos quitando y mordisqueando primero el coco blanco, luego el merengue rosa y finalmente el delicioso pastel dorado, mordisqueando con tal lentitud pedazos tan pequeños que apenas y los saboreábamos, aunque cuando los demás habían acabado podíamos vanagloriarnos de que todavía nos quedaba un poco. Las galletas eran un deleite tan grande como el pastel, sobre todo cuando se trataba de las deliciosas galletas dulces con crema en medio o chocolate en la parte de arriba. La mermelada era otra exquisitez que sólo aparecía en ocasiones festivas.

Maiguru debe de haber adivinado mis pensamientos por la expresión de mi cara y el modo en que dudé en servirme. Cordialmente me invitó a comer todo lo que quisiera de lo que quisiera, aunque me lo acabara. Como no quería que mi tía creyera que era una glotona, después de eso me tuve que controlar más que de costumbre, así que escogí una galletita que ni siquiera tenía crema en medio y la mordí muy despacio, para no tener que verme obligada a servirme cualquier otra cosa. Esto hizo que Maiguru se preocupara. Mi dulce y querida tía, a quien le gustaba agrandar, interpretó mi timidez como una deficiencia suya.

—¿Querías Mazoe, Sisi Tambu? ¿O Fanta? ¿O quizás Ginger Ale? Hay de todo, sólo dime qué quieres.

Me apresuré a tranquilizarla dándole un enorme trago al té. Como estaba acostumbrada a usar tarros de peltre que la prevenían a una cuando el té estaba demasiado caliente pues quemaban los labios antes de que el líquido llegara a la boca, el té hirviendo me quemó la lengua. ¡Qué agonía! Me lloraron los ojos y también me escurrió la nariz. Ahogándome y salpicando, deposité mi taza temblorosa en su plato.

—¿Qué le estás haciendo, mamá? Parece que está a punto de soltarse a llorar -inquirió Nyasha, quien irrumpió en la sala, llena de harina y de los ricos olores de la cocina.

—Ve a asearte, Nyasha. Saluda a tu prima -le ordenó Maiguru.

—Hola -me saludó con alegría, atravesando la sala.

—¡Nyasha! -insistió Maiguru.

—Ya la saludé, antes de que salieras -le gritó Nyasha, perdiéndose en las profundidades de la casa-. De todos modos -señaló enfática- voy a asearme.

Verdaderamente era muy triste que Maiguru, que era la encarnación de la cortesía y la buena educación, tuviera una hija tan escandalosa. Era tan vergonzoso el modo en que Nyasha pensaba que podía decirle cualquier cosa a su madre. Yo no sabía ni adonde voltear.

—Están demasiado anglicanizados -me explicó Maiguru, con una risita que hacía difícil saber si reprobaba a Nyasha por sus hábitos extranjeros o a mí por carecer de ellos-. Pescaron esos modales irrespetuosos en Inglaterra -continuó en tono coloquial- y les está tomando tiempo aprender de nuevo cómo comportarse en casa. Les resulta difícil porque las cosas son muy diferentes. Sobre todo este asunto de los parientes. Mírate a ti, por ejemplo, Sisi Tambu, la forma en que tu hermano vino para acá y cómo llegaste tú misma. A ellos no les tocó ver estas cosas mientras crecían en Inglaterra, así que ahora están un poco confundidos. Pero no importa. No debes preocuparte por las manías de Nyasha. Todo el tiempo tratamos de enseñarle los modales correctos diciéndole Nyasha haz esto, Nyasha por qué no hiciste lo otro. Pero toma tiempo. Tiene la cabeza llena de falsos contactos que sacan chispas. ¡Nyasha! ¡Ay, Nyasha! Esa hija mía tiene sus propias ideas sobre todo. ¿Ya acabaste de tomar tu té, Sisi Tambu? -me preguntó, echándole un vistazo a mi taza vacía-. Entonces ven, te mostraré dónde vas a dormir.

Seguí a Maiguru al vestíbulo, que estaba oscuro porque no tenía ventanas, pero no tan oscuro como para esconder una larga fila de perchas pegadas en la pared de los que colgaban pesados abrigos y ligeras gabardinas. Esta gente, comprendí, nunca se moja ni pasa frío.

Maiguru se detuvo en frente de una puerta cerrada, tocó y entró. La seguí a una recámara en la que cabían, con comodidad, dos camas individuales, un armario que seguramente era demasiado grande para la ropa de una sola persona y un tocador con un espejo de cuerpo entero tan nuevo y brillante que sólo reflejaba el presente. Nyasha estaba a sus anchas recargada en la cabecera de su cama, que era la que daba a la pared, con las piernas levantadas y cruzadas a la altura de las rodillas, absorta, en apariencia, en una novela, aunque desviaba la mirada de vez en cuando para verse en el espejo. Maiguru y yo nos quedamos paradas en la puerta un buen rato. Creo que las dos nos preguntábamos qué iba a pasar después.

—¿Qué estás leyendo, Nyasha-washa, mi pimpollito? -le preguntó finalmente Maiguru, entrando en el cuarto. Nyasha levantó el libro para que su madre pudiera enterarse.

Los labios de Maiguru se fruncieron en un nudo tenso y desaprobatorio.

—¡Válgame Dios! -suspiró- eso no está bien, Nyasha, no quiero que leas ese tipo de libros.

—No tiene nada de malo, mamá -la tranquilizó Nyasha.

—No me digas eso, Nyasha -Maiguru le advirtió en un tono que yo aprobaba aunque no podía seguir la lengua muy bien. Pensé que Nyasha debería ser más respetuosa.

—Yo leí esos libros en el posgrado -continuó Maiguru- por eso sé que no son apropiados para ti.

—Pero se supone que este es bueno, mamá. Se supone que D. H. Lawrence es bueno, tú lo sabes -se quejó Nyasha.

—No debes leer ese tipo de libros. No son buenos para ti -insistió Maiguru.

—Pero mamá, me aburro tanto. He leído todo lo que hay en la casa y que tú dices que puedo leer y además la biblioteca de la escuela no es muy buena. Además, ¿por qué haces todo ese escándalo? Es sólo un *libro* y yo sólo lo estoy *leyendo*.

El rostro de Maiguru se puso tenso, yo creí que por el disgusto, pero quizás sólo fue una mueca. Sin hacerle caso a Nyasha (quien también empezó a ignorar a su madre, desviando con terquedad su atención al libro de tal forma que su concentración le hizo arrugar la frente con delicadas líneas de actividad mental) Maiguru se dirigió a mí.

—Bueno, Sisi Tambu, aquí es donde vas a dormir -me sonrió vivaz, agregando innecesariamente-: con Nyasha -y apuntó hacia la cama vacía.

Si había sentido cierta aprensión en el momento de entrar a la recámara de mi prima, ahora que mi suerte había sido echada mi aflicción era completa. Por lo que había visto de mi prima con una parte de mi mente, la aventurera y exploradora, me sentía intrigada y fascinada. Sin embargo, esta era una parte minúscula. La mayor parte de mí buscaba orden. La mayor parte de mí era concreta y categórica. Y estas partes veían a Nyasha con malos ojos y se cuidaban de ella. Nyasha, pensé, iba a estar llena de sorpresas; me iba a distraer cuando todo lo que yo quería era concentrarme en mis estudios. Había algo en extremo intangible en ella que no me permitía sentirme cómoda, tan intangible que yo no podía decidir si era intangiblemente

bueno o intangiblemente malo. La idea de compartir la recámara con mi anglicanizada prima irradiaba un cierto encanto. La misma Nyasha tenía un *glamour* irreverente que me hacía sentir, si no con exactitud inadecuada, al menos ignorante de algún aspecto vital de la femineidad adolescente. Sin embargo, con todo y su atractivo, seguía pensando que Nyasha no me haría bien. Todo acerca de ella me hablaba de alternativas y posibilidades que, de considerarlas a profundidad, iban a causar estragos en el plan tan cuidadoso que yo había dispuesto para mi vida. El sentido de ser extraña e inadecuada que había desaparecido mientras bebía té bajo la vigilancia maternal de Maiguru, volvió a predominar. Como necesitaba un chivo expiatorio, culpé a Nyasha, que ni siquiera había tenido la cordialidad de dirigirme una sola palabra durante todo el tiempo que permanecí de pie en su cuarto.

Sacudiendo sus alas, Maiguru cloqueaba, zureaba y nos atosigaba nerviosamente.

—Aquí están tus cosas, Sisi Tambu, tu ropa y tus utensilios de aseo -gorjeó vivaz, al tiempo que sacó de debajo de la cama una maleta que iba a ser para mí y la abrió para mostrarme mi nuevo ajuar. Ahí estaba el uniforme, dos jumpers tableados de color azul marino y cuatro blusas de manga corta y color azul claro para ponérmelas por abajo de los jumpers. Había media docena de pares de calcetines blancos al tobillo y un par de zapatos negros con la hebilla lateral que me quedaron chicos por medio número, aunque no tan chicos que no los pudiera usar. Mi tía me mostró también la ropa interior, las tersas camisetas de *nylon* y las prácticas pantaletas. Para mi enorme placer, había dos elegantes vestidos informales en tonos pastel -rosa y amarillo pálido- nuevecitos con manguitas abombadas y amplias faldas con pliegues acomodados en una cintura baja y elegante. Mi corazón rebosaba de gratitud y amor por mi tío y mi tía. Todo, la emoción, la inseguridad, la ansiedad y la felicidad, se confundió en una emoción tan efusiva que casi quedé reducida al llanto. Intenté decirle algo a mi tía, unas palabras apropiadas de agradecimiento, pero Maiguru seguía gorjeando al aire-. ¿Te das cuenta, Sisi Tambu, sí te das cuenta de qué bien te está cuidando tu tío? Ha arreglado todo. Aquí está el cepillo de dientes y aquí la vaselina, la toallita y un peine. Ya ves, ¡todo está listo! Pero si ha llegado a olvidar algo, que no te dé pena pedirlo. Pídenoslo de inmediato. O dile a Nyasha. Ella te ayudará a que te acomodes. ¡Nyasha, bomboncito...! -contuve la respiración.

—¿Sí, mamá? -respondió la hija con decoro. Volví a respirar.

—Ayúdale a Tambu a que se acomode, corazoncito.

—Sí, mamá -murmuró Nyasha.

Cinco

Nyasha siguió inflexible durante un rato después de que Maiguru nos dejó a solas. Las arrugas de concentración labraron en su frente surcos cada vez más profundos. Yo no tenía nada qué hacer, pues mi cama estaba tendida y mi ropa a la perfección acomodada en mi maleta. Me senté en la cama a esperar, sin osar hablarle a Nyasha, cuyo desapego, cuando ella no la desarmaba a una con el poder de su encanto precoz, era muy intimidante. Por fortuna, no se caracterizaba por permanecer indiferente durante mucho tiempo. No podía resistir mirarme rápida y precavidamente cuando pensaba que yo no la estaba viendo y yo la caché porque, por supuesto, yo estaba haciendo lo mismo. Nuestras miradas se encontraron y Nyasha soltó la carcajada.

—Tendremos que hablarnos tarde o temprano -dijo riendo-. Y de cualquier modo, no es contigo con quien estoy enojada.

Parecía que me tenía buena disposición. Seguimos con las usuales cortesías de cómo estaban las cosas en casa y con mis ansiosas preguntas acerca de la escuela en la misión. ¿A qué hora comenzaban las clases en la mañana? ¿A qué hora terminaban? ¿Eran los salones de clase esos edificios que había visto desde la ventana de la sala? La sirena, esa era la campana ¿o no? Y los maestros ¿eran severos o amables?

—Me alegra -dijo Nyasha cuando empezamos a platicar en serio- que vayamos a compartir este cuarto. Quiere decir que seremos amigas. Pero tú nos frunciste los labios cuando regresamos de Inglaterra, así que no sabía qué iba a pasar cuando vinieras. Sólo me dije: trataré de ser agradable, trataré de ser amigable y veremos qué pasa.

—Pero yo no te desprecié a *ti* -protesté, hablando en shona. Nuestra conversación era torpe y laboriosa porque cuando Nyasha hablaba en serio sus pensamientos fluían en inglés, mientras que en mi caso, el poco inglés que tenía desaparecía cuando bajaba la guardia para hablar de cosas que tenían importancia-. ¿Sabes qué pasó? Me sentí tan decepcionada cuando no me hablaron tú y Chido. ¡Ni una palabra! Ni siquiera me saludaron. Sólo a Nhamo, él era su consentido.

—En realidad -me confesó Nyasha con una reserva tan poco común en ella que si no la hubiera oído hablar antes habría dicho que era tímida-, en realidad ese día estábamos asustados. Y confundidos. ¿Sabes? Es fácil olvidar las cosas cuando se es tan pequeño. Se nos había olvidado cómo era nuestro hogar. Quiero decir, se nos había olvidado por completo, cómo era, a qué olía, todo lo que hay que hacer y decir y dejar de hacer y dejar de decir. Todo era totalmente nuevo y extraño. No se parecía a nada a lo que estuviéramos acostumbrados. ¡Fue un verdadero choque!

Recordando, me doy cuenta que así fue como empezó nuestra amistad. De hecho, lo que se desarrolló entre Nyasha y yo fue más que una simple amistad. La conversación que siguió fue una conversación larga y comprometida: abrimos nuestros corazones sin engaños y dejamos salir y entrar nuestros secretos. Era el tipo de conversación que las jovencitas tienen con sus mejores amigas y que los enamorados tienen bajo la influencia de la novedad y la rareza de su amor, el tipo de conversación que los primos tienen cuando se dan cuenta de que se caen bien aunque no quieran. Podría decirse que mi relación con Nyasha fue mi primer amor, la primera vez que me encariñé con alguien a quien no aceptaba del todo.

—No debimos haber ido -me decía Nyasha, mostrándose desanimada-. Mis padres debieron habernos mandado a casa. Eso debieron hacer, ¿sabes? Mucha gente hacía eso. Quizás habría sido lo mejor. Al menos para ellos, porque ahora ya no se pueden librar de tener hijos híbridos. Y no les gusta. No les gusta nada. Les ofende. Creen que lo hacemos a propósito y les ofende. No sé que hacer al respecto, Tambu, en verdad que no. No puedo evitar haber vivido allá y haberme convertido en lo que soy. Pero los ofende... los ofendo. En verdad, es muy difícil.

Para ese momento, la intimidad que había penetrado el cuarto era embriagadora. Me hizo sentir una temeridad similar a la que sentía al beber los sedimentos del guaje de mi padre cuando era chica. Me hizo decirle a Nyasha lo que pensaba.

—Pero aunque hayas estado en Inglaterra, deberías respetar a tu mamá -le dije-. Yo no podría hablarle a mi mamá como te he oído hablarle a Maiguru.

Nyasha jaló aire entre los dientes.

—¡Tsss! No te preocupes por mi madre -me contestó con amargura-. No quiere que la respeten. Si la respetaran no tendría nada de qué quejarse y entonces ¿qué haría? Se pasa la vida quejándose.

Me sentía abrumada por la temeridad de decirle a Nyasha lo que pensaba, pero estaba segura de que ella estaba equivocada. La Maiguru que yo conocía no era para nada como decía Nyasha. Mi Maiguru se preocupaba por todo el mundo. Era dulce, meticulosa y compasiva. Sentí una poderosa obligación moral de explicarle esto a Nyasha, que juzgaba tan duramente a su madre, pero me habría llevado demasiado tiempo

encontrar las palabras apropiadas para un asunto tan complejo y delicado. Por lo tanto, sentí un gran alivio cuando Anna entró y se arrodilló para decirnos que la cena estaba casi lista.

—¡Por Dios santo, Anna, párate! -le ordenó Nyasha con irritación-. Cada vez que vienes te digo que no te hinques, pero sigues haciéndolo. ¿Qué te pasa? -y después se sintió avergonzada-. En serio, escúchame. Te enojas y haces berrinche, pero de veras, Anna, no es necesario que te arrodilles cuando me hablas.

Anna siguió dando el recado de rodillas:

—Mami dice que si Tambudzai no se ha aseado todavía está bien por hoy, pero que después de cenar debes enseñarle el baño -se fue tan discretamente como había llegado.

Nyasha me revisó y determinó que estaba lo bastante limpia para sentarme a la mesa. Quería que fuéramos a ayudar a servir porque a sus padres les gustaba que cumpliera con sus deberes, pero yo necesitaba usar el baño, así que me mostró dónde estaba y me dijo que me esperaría en la cocina. Yo nunca había usado un excusado antes, por lo que tuve que experimentar. Me trepé al asiento y me puse en cuclillas, primero viendo hacia el tanque y después, más cómodamente, dándole la espalda.

Anna estaba corriendo las cortinas doradas de la sala cuando pasé por ahí hacia la cocina. Todavía no oscurecía y el resplandor anaranjado del poniente había migrado y ahora estaba en el sur. No me importó. Oriente, poniente, norte, sur: me daba igual siempre y cuando el sol se levantara de un lado y se pusiera en el opuesto. Me preocupaba más ver qué temprano era, demasiado temprano para comer la última comida del día. A ese paso iba a tener hambre antes de que llegara la hora de ir a la cama y yo tenía pesadillas cuando me dormía sin un reconfortante montecito de *sadza* que me calentara el estómago.

La comida ya estaba en la mesa cuando entré al comedor; había muchos platonos en el centro, muchos platos, vasos, cuchillos y tenedores en cada lugar. Nyasha estaba en su lugar, leyendo su novela. La puso en el aparador cuando Maiguru entró para tomar su lugar en la mesa y me invitó gentilmente a sentarme junto a mi prima.

—¿Damos gracias? -preguntó Maiguru cuando me senté. Casi dije que sí, pero al ver que Nyasha inclinaba la cabeza, hice lo mismo sin decir nada. Maiguru recitó una oración en inglés que Nyasha terminó con un “Amén”. Yo lo repetí después de ellas, pues no tenía idea de cuándo terminaba la oración.

Babamukuru entró por la puerta trasera cuando terminamos de dar gracias.

—Buenas noches, Baba -lo saludó Maiguru en shona.

—Buenas noches, papá -dijo Nyasha en inglés.

—Buenas noches, Babamukuru -dije yo, mezclando las dos lenguas porque no estaba segura cuál era la más apropiada. Dio un pequeño gruñido Babamukuru como respuesta, de un modo que le indicaba a una que tenía cosas mucho más importantes en su mente que la bondad de la noche, y una se preguntaba si debía haberlo molestado en primer lugar con detalles tan mundanos.

—¿Cómo estuvo el día? -le preguntó Maiguru en inglés.

—¿Tuviste un buen día? -le preguntó Nyasha en shona.

—¿Tuviste un buen día, Babamukuru? -repetí.

Babamukuru emitió otro gruñido, ahora un poco más largo, el cual indicaba que el día había sido tolerable. Se sentó en la cabecera, en el lugar que tenía una pila de platos.

—Ya habían empezado -le comentó a Maiguru-. ¿Creíste que no iba a venir aun después de haberme llamado por teléfono para decirme que la cena estaba lista y de que yo te dije que ya venía?

—No, no, papacito de mi vida -gorjeó Maiguru, moviendo fastidiosamente los platos-. Apenas estábamos empezando. Pero ya llegaste. Sírvete, papito lindo -diciendo esto, quitó la tapa del platón que estaba más cerca de Babamukuru y la colocó en la mesita auxiliar. Luego agarró un plato de la pila de enfrente de Babamukuru y lo sostuvo respetuosamente con las dos manos mientras él se servía la comida con la cuchara. Cuando él terminó con el primer platillo, Maiguru puso el plato de su esposo frente a ella. Cambió el platón del que Babamukuru se había servido por otro y volvió a tomar el plato para sostenerlo mientras él se volvía a servir. Este procedimiento continuó hasta que Babamukuru se sirvió del tercer platón, cuando se dieron cuenta de que Anna había olvidado preparar la salsa. Babamukuru dijo que quería salsa.

—Yo la hago -se ofreció Nyasha, saltando de su silla-. La haré más rápido que Anna. De veras, no me llevará ni un minuto.

Maiguru pensó que la comida tendría que ser colocada en el calentador para que no se enfriara mientras Nyasha preparaba la salsa. Hecho lo anterior, Babamukuru, Maiguru y yo esperamos que Nyasha terminara.

—¿Ya viste qué clase de libros está leyendo tu hija? -le preguntó Maiguru a mi tío, al mismo tiempo que tomaba la copia de *El amante de Lady Chatterley* para mostrársela.

Mostrándose triste, luego agraviado y finalmente molesto, Babamukuru estaba acongojado.

—¡T-t-t-t! -sacudió la cabeza-. No sé qué le pasa a nuestra hija. No tiene sentido de la decencia, para nada -y diciendo esto agarró el libro y salió del comedor, para volver un minuto después sin el volumen infractor.

—¿Crees que no debería leerlo? -preguntó Maiguru-. Yo también lo creí así, pero como Nyasha es inteligente y una buena niña y sólo se trata de un libro pues pensé...

—Si te dejara, Ma'Chido, echarías a perder a estos niños. Ninguna hija mía va a leer libros como ése.

Poco después, Nyasha regresó con la salsa y Anna la siguió con el resto de la comida. Maiguru dijo que la

comida vieja de Babamukuru ya no estaba fresca, por lo que se la comería ella misma, que Babamukuru debería servirse otra porción. Él pensó que su mujer estaba exagerando por nada, pero ella insistió, así que mi tío volvió a ejecutar el ritual de servirse. Esta vez Nyasha no esperó a que su padre terminara. Para cuando iba en la tercera charola, ella ya se estaba sirviendo arroz.

—¿Qué estás haciendo, Nyasha? -le preguntó Babamukuru, sin voltear a verla, por lo que una se preguntaba cómo se había dado cuenta.

—Creí que ya habías terminado con el arroz -contestó Nyasha, sirviendo carne y salsa sobre el arroz con un cucharón.

—¿Y tú mamá, qué? -le preguntó coloquialmente-. ¿Crees que no sabe lo que está haciendo, al atenderme así?

—No me gusta la comida fría -señaló Nyasha, tan deseosa como su padre en establecer un diálogo.

—¿Estás seguro de que tienes suficiente carne, papito-o? -interrumpió Maiguru afectuosa-. Déjame servirte más.

—No creo necesitar más, gracias, Ma'Chido -declinó Babamukuru. Pero Maiguru le quitó el cucharón de los dedos y le sirvió varios trozos de res. Aunque se veía un poco nauseabundo, Babamukuru comió virilmente con buen apetito. Después Maiguru me sirvió a mí y, para terminar, se sirvió ella.

La comida se veía interesante, lo que me hizo sentir sospechas, pues sabía que la comida no tenía por qué ser interesante, sino que tenía que llenar. Además del arroz, había algo que podría haber sido papa: no podía estar segura, ya que estaba ahogada en una salsa blanca, espesa e insulsa. Aunque con valor coloqué pequeñas porciones en mi boca, se rehusó a bajar por mi garganta en grandes cantidades. De hecho, nada bajaba por mi garganta en grandes cantidades. Descubrí que usar cuchillo y tenedor no era tan fácil como parecía; la mayor parte de mi cena estaba terminando en la mesa, en mi pecho, en mi regazo: en todos lados menos en mi boca. En cierta forma, esto no era necesariamente malo porque el sabor de esas papas hacía que todo lo demás, incluso la carne, que estaba muy bien cocinada con mucha sal, cebolla y jitomate, tuviera un sabor chistoso.

Sin interrumpir la conversación que sostenía con Babamukuru -sobre si todos los alumnos habían asistido a la escuela, si habían pagado las colegiaturas y si los grupos ya tenían el cupo completo-, Maiguru tocó la campanita de plata que tenía a su lado. El sonido hizo que Anna llegara corriendo y se arrodillara a un lado.

—¿Nos podrías traer un poco de *sadza*, Sisi Anna? -solicitó Maiguru-. Y una cuchara. Creo que te olvidaste de darle una cuchara a Sisi Tambu.

Sentí un gran placer al ver que llegó la *sadza*, aunque a nadie más parecía interesarle. Resultaba embarazoso. Muchas cosas resultaron embarazosas en esa comida: mi lugar lucía como si ahí se hubiera alimentado un niño pequeño y enojado, y aquí estaba yo con una cuchara en mi mano en lugar de un tenedor y Maiguru me estaba sirviendo *sadza*, *sadza* que nadie más se iba a comer. Maiguru se estaba portando muy amablemente.

—Cuando fuimos a Inglaterra -decía- fue terrible. Me tomó meses acostumbrarme a la comida. No tenía sabor, ¿sabes?, y había tan poca. Sentía hambre día y noche. Algunas veces era tan malo que no podía dormir. Así que, Sisi Tambu, llena tu estómago con lo que lo haga sentirse satisfecho y te permita descansar bien en la noche.

—A mí no me importa irme a la cama con hambre -dijo Nyasha.

—¿Cuándo te has ido a la cama con hambre? ¡No en esta casa! -contestó Maiguru bruscamente.

—Lo que quise decir -respondió Nyasha disculpándose- es que cuando no puedo dormir lo que necesito es una buena lectura. ¡En verdad! Algunas veces tengo que leer hasta la una de la mañana, pero después de eso por lo general caigo rendida.

—Entonces eso es lo que debiste decir -dijo mi tía.

—Hablando de libros... -continuó Nyasha- podría haber jurado que dejé aquí el de D. H. Lawrence. ¿Lo has visto, mamá?

—No lo veo por ninguna parte. Pero estoy por completo segura de que lo traje -insistió Nyasha, arrugando la frente y olvidándose de comer, en sus esfuerzos por recordar dónde había dejado el libro-. ¡Dios! Si no lo traje me estoy volviendo pavorosamente distraída -comió un bocado y empujó la silla-. Me tiene intrigada. Sólo déjame revisar en mi cuarto.

—Siéntate, Nyasha -le ordenó Maiguru-. Por Dios santo, no sigas con lo de ese libro. Ya te dije que no quiero que leas libros como ése.

Nyasha se quedó petrificada cuando intentó levantarse; luego se paró de súbito y confrontó a su madre.

—¿No lo has agarrado, o sí? -le preguntó y se contestó ella sola-. Perdón, mamá. Sé que no harías nada por el estilo.

—¿Y qué si lo hice?

—Pero no lo harías, ¿o sí? No sin decírmelo, ¿verdad? -le preguntó Nyasha, consternada. Maiguru se veía tan desdichada que una no podía culpar a Nyasha por creer que su madre había tomado el libro-. Pero mamá, ¿cómo pudiste? Sin siquiera decirme. Eso... eso es... quiero decir, no debiste... no tienes *derecho*...

—Umm, Nyasha -dijo Babamukuru dirigiéndose a su comida- no quiero oír que le hablas así a tu mamá.

—Pero, papá -persistió la hija incautamente- yo esperaré, de veras, yo esperaré...

—Yo espero que hagas lo que yo digo. Ahora siéntate y acaba de comer.

Resentida, Nyasha se sentó y tomó un par de bocados.

—Discúlpenme -dijo. Se levantó de la mesa, sin terminar.

—¿Y ahora adónde vas? -preguntó Babamukuru.

—A mi cuarto -replicó Nyasha.

—¿Qué dijiste? -gritó Babamukuru incrédulo, quebrándosele la voz-. ¿Qué no me oíste decir que no quiero que rezongues? ¿No me oíste decírtelo justo en este instante? Ahora siéntate y acaba de comer. Todo. Quiero ver que te comas todo.

—Ya comí suficiente -explicó Nyasha-. En verdad. Estoy llena -comenzó a golpetear con el pie. En lugar de sentarse abandonó el comedor.

Babamukuru se levantó para seguirla, lo que obligó a Maiguru a contenerlo.

—No le des importancia, Babawa Chido. Está sobreexcitada porque Tambudzai está aquí -lo calmó la esposa.

—No sé qué le pasa -susurró el padre, dejándose apaciguar-. Pero algo anda mal con ella, algo anda muy mal. Una niña buena no se comporta así. Te digo, Ma'Chido, a veces no duermo sólo de pensar cómo salió esta hija mía.

—Ella estaba preguntando por su libro -sonrió mi tía con dulzura-. Después de todo, tú lo tomaste y por eso ella estaba preguntando.

Quizás Maiguru pensó que Babamukuru ya se había calmado y podía ser objetivo sobre el asunto. Quizás estaba harta de asumir la culpa de las acciones de mi tío. No lo sé, ni quería averiguarlo. Echándome el último bocado de *sadza* a la boca, le di las gracias a mi tía por la comida y me retiré.

—¿Vienes conmigo? -me preguntó Nyasha cuando entré a la recámara.

—¿Adónde?

—A fumar un cigarrillo.

—¿Fumas cigarrillos?! -exclamé estupefacta. ¡Babamukuru tenía razón! Su hija no tenía perdón.

—Sí -respondió Nyasha, tratando de mostrarse tranquila a pesar de estar ardiendo de ira, con lo que demostró estar tensa-. Necesito relajarme de la histeria de esta casa. No necesitas fumar -me aseguró- pero me gustaría tener compañía. De verdad me gustaría.

Intenté cambiar el tema, deseando que el cigarrillo que había sacado de su mochila desapareciera, o que al menos Nyasha lo volviera a meter en la mochila y me dijera que era de alguien más. Yo estaba aterrada de que Babamukuru entrara y la descubriera con el cigarrillo en la mano. Sería demasiado para él después de lo que había pasado en la mesa. O la mataba o el disgusto lo mataba a él.

—Quiero leer un libro -le dije, incluso hablando en inglés, en mis esfuerzos por desviar su atención-. Me gusta leer libros -continué, preguntándome qué otra cosa podría decir para distraerla.

—Lee lo que gustes -me contestó Nyasha, señalando generosamente el librero. Metiendo el cigarro y una caja de cerillos en su bra, me dejó sola en la recámara.

No estuve sola durante mucho tiempo. Anna llegó, tocó, entró y se arrodilló.

—Te llaman, Sisi Tambu -me dijo- en la sala.

El modo en que había comenzado a llamarme "Sisi" era extraño, porque era mayor que yo y por lo tanto no era necesario que me llamara así; ni tampoco lo había hecho cuando estuvo en casa durante el funeral de Nhamo o cuando llegué, hacía apenas unas cuantas horas. Tampoco es que importara mucho. Después de todo, Maiguru me llamaba "Sisi" afectuosa y afablemente, así que era posible que Anna lo hubiera pescado de ella. Sólo adquiriría importancia cuando se consideraba junto con todas las demás actitudes extrañas que iba adoptando, como arrodillarse para hablarme y no mirarme a los ojos sino a un punto en el piso a unas pulgadas enfrente de mí. Lo peor era que apenas hablaba, que no decía más que las pocas palabras necesarias para transmitir su mensaje. Ustedes conocieron a Anna como era antes de que comenzara a comportarse así y creo que estarán de acuerdo conmigo en que no hay nada sobre la tierra que podría haberla convertido en una persona callada y reservada tan rápido. Luego entonces, el cambio tenía que ver conmigo. Me tranquilizaba pensar que mi cambio de domicilio me había convertido en una persona con la que Anna no podía hablar. También me desconcertaba, pues yo sólo tenía conciencia del cambio de domicilio. El yo que había esperado encontrar en la misión se tardaría un poco en aparecer. Además, no iba a ser una transformación tan radical como para que la gente se tuviera que comportar de un modo diferente conmigo. Iba a ser una extensión y una mejoría de lo que yo era en realidad. El comportamiento de Anna me hacía sentir incómodamente extraña y desconocida conmigo misma, así que le hablé con dureza.

—¿Por qué te arrodillas? ¿Sólo para dirigirte a mí? -le pregunté, pero ya se había levantado y se fue sin contestar.

¡Así que era requerida en la sala! Había esperado que me llamaran. El comportamiento de Anna me habría preocupado más si hubiera tenido tiempo para pensar en eso, pero esta orden era tan importante que no me daba tiempo para cavilar. Era importante porque ahora Babamukuru y Maiguru me darían con formalidad la bienvenida a su casa; formalmente me exhumarían en cuerpo y mente de la aldea.

—Siéntate, hija -me invitó Babamukuru con cordialidad, cuando entré de puntitas a la sala. En realidad,

caminé normalmente, colocando toda la planta del pie en el piso, pero se sentía como si fuera de puntitas, tan respetuoso era mi modo de andar. En el asiento, criatura, en el asiento –agregó, mientras yo me hundía con humildad en la alfombra, en el rincón, al lado de la puerta por la que había entrado.

Me puse de pie pero dudé, pues no sabía dónde sentarme. Era un problema complejo. Babamukuru estaba sentado en su sillón, que estaba enfrente de la chimenea, mientras que Maiguru estaba en un extremo del sofá. Había espacio en el sofá entre Maiguru y donde estaba Babamukuru, además de un sillón vacío junto a Babamukuru, pero yo no podía tomar esos asientos puesto que no era correcto sentarse de modo tan irrespetuoso cerca de mi tío. No había otra alternativa más que sentarme en el único lugar vacante en el cuarto: un sillón que estaba al otro lado de Baba y Maiguru, por lo que los tres terminamos tan alejados uno del otro como era posible en ese cuarto. Después de sentarme ahí, comencé a preguntarme si en este lugar tan inglés habría sido más apropiado sentarme más cerca de mis tíos. Al menos durante dos minutos, me debatí con seriedad y agonía entre cambiarme o no al sofá. Esto no me ayudó, pues me di cuenta de que las ventajas y las desventajas de transferirme eran casi similares. Para resolver el asunto, decidí que el dilema no era tan importante en realidad pues mi tío no había hecho ningún comentario sobre el lugar donde estaba sentada. Me dije que había hecho un escándalo por nada y me recalqué con severidad que eso era lo que había estado haciendo toda la tarde: los perros, la sirena, el cigarro de Nyasha, todo me había sobresaltado. Hasta la metamorfosis de Anna me había puesto los nervios de punta cuando simplemente debía haber caminado hacia ella con normalidad para dar por terminado ese asunto. Con esta actitud racional conquisté todos los sentimientos extraños. Me acomodé mejor en mi silla.

Toda esta reflexión me tomó un buen rato y muchísima concentración, así que me perdí la primera parte del discurso de mi tío. Cuando por fin mi atención quedó libre para concentrarse en él, mi tío ya había dicho muchas cosas. Pero a Babamukuru le gustaba hablar, exponer, convencer a la gente de sus puntos de vista. Por fortuna, eso quería decir que yo no había necesitado decir nada.

—... como verás por ti misma –iba diciendo cuando comencé a ponerle atención– no es muy frecuente que yo tenga tiempo de sentarme así en casa en las noches. La mayor parte del tiempo estoy en mi oficina, trabajando. Hay mucho trabajo que requiere mi atención, sobre todo ahora, cuando empieza el año escolar –me informó, mientras Maiguru hacía tenues ruidos de asentimiento con la garganta–. Umm, sea como fuere –continuó mi tío– sentí que era necesario, como tu padre, tomarme un tiempo de mi trabajo para hablarte como un padre debe hablarle a su hija.

Babamukuru siempre era impresionante cuando daba estos discursos. Era un perfeccionista rígido e imponente, con un carácter tan inflexible que podía funcionar con el puritanismo con el que esperaba, o mejor dicho insistía, que el resto del mundo funcionara. Por fortuna, o quizás desafortunadamente para él, durante toda su vida le había tocado estar –como hijo mayor y varón, como uno de los primeros africanos con educación, como director, esposo y padre, como el proveedor de muchos– en posiciones que le permitían organizar como él quisiera su mundo inmediato y el contenido de éste. Incluso cuando este no era el caso, como cuando se fue a la misión de niño, el resultado final de dichos periodos de sumisión era un poder mayor que antes. Por lo tanto, había sido apartado de la necesidad de considerar alternativas que no fueran las suyas. Aceptaba su divinidad con estoicismo. Llenos de un temor reverente, nosotros también la aceptábamos. Nos maravillábamos de cuán benévola era dicha divinidad. Babamukuru era bueno. Todos estábamos de acuerdo con esto. Pero todavía más importante, Babamukuru tenía la razón. Por eso mi corazón se henchía de gratitud conforme mi tío me insistía en el grado del sacrificio que había realizado al dejar su trabajo para traerme desde el *homestead* esa tarde, recalcándome, particularmente, que el trabajo que había dejado para traerme era el trabajo que pagaba mis colegiaturas escolares y compraba los alimentos que iba a comer en su casa.

—No acostumbro dejar mi oficina en las tardes –concluyó, volteando a ver a Maiguru, que había guardado silencio durante un rato y había permanecido sentada con los brazos cruzados y la mirada perdida en la distancia invisible–. ¿No es así, Mai?

—Es muy cierto –contestó mi tía–. Debes tratar de trabajar tan duro como tu tío –me dijo–. Trabaja, trabaja sin cesar. Hasta le cuesta trabajo encontrar tiempo para llevarme a la ciudad por el mandado.

—Es como lo dice tu tía aquí presente –estuvo de acuerdo Babamukuru, con suma modestia–. Pero no es para esto para lo que te mandamos llamar.

Resultó que Babamukuru me había convocado para asegurarse de que yo supiera cuán afortunada había sido al recibir esta oportunidad para alcanzar la emancipación mental y, finalmente, a través de ella, la material. Reiteró que la bendición que yo había recibido no era una bendición individual, sino que se extendía a todos los miembros de mi menos afortunada familia, quienes tendría que depender de mí en el futuro como ahora dependían de él. Al final, me explicó, en la misión no sólo iría a la escuela sino que aprendería modales y hábitos que harían que mis padres se sintieran orgullosos de mí. Era una chica inteligente, pero también tenía que convertirme en una buena mujer, dijo, haciendo hincapié en ambas cualidades por igual y sin percibir que hubiera alguna contradicción en esto.

—Es necesario –me dijo– porque no hay nada que agrade más a los padres que ver que sus hijos establecen sus propias familias. Sé que estas cosas están muy lejos, pero nunca es demasiado temprano para empezar a planear tu futuro –aquí empezó a divagar para contarme cómo había comenzado a planear

su propio futuro cuando tenía nueve años, la historia que yo había escuchado con tanta frecuencia de labios de mi abuela. Terminó explicándome cuáles eran mis tareas inmediatas-: ser buena, escuchar lo que nosotros, tus padres, te decimos que tienes que hacer, estudiar tus libros con diligencia y no dejar que tu mente se distraiga en otras cosas. Esto es todo lo que tengo que decirte -dirigiéndose a mi tía, le preguntó si había dejado fuera alguna otra cosa que debiera ser dicha. Ella le dijo que no. Babamukuru me dio permiso de retirarme y se preparó para regresar a la oficina.

Cuando iba saliendo de la sala llegó Chido, quien nos saludó afablemente y le explicó a sus padres que se había demorado en casa de los Baker esperando al señor Baker, que había llegado tarde, para organizar el viaje de regreso a la escuela el día siguiente.

—Espero que Nyasha haya hecho el pastel -terminó diciendo. Maiguru le aseguró que sí, que Nyasha lo había hecho-. Qué bien -dijo- porque con Nyasha nunca se sabe.

Regresé a nuestra recámara jurándome con formalidad que sería como Babamukuru: derecha como una flecha, inflexible y honesta.

—Apaga la luz cuando termines, Tambu -me dijo Nyasha, adormilada. Tenía ganas de platicar metida en la cama: me dijo que no podía dormir con la luz prendida, pero que la había dejado así para que no me fuera a tropezar con la pata de una cama o cualquier otro mueble en el cuarto desconocido. No me impresionó su insomnio inducido por la luz; pensé que era sólo lo que se podía esperar de una persona tan frívola y superficial como mi prima anglicanizada. Ni tampoco me impresionó su consideración por mí, empapada como yo estaba en la gran virtud que consideraba como sólo mía, la cual había sido instigada por el comportamiento de mi prima y alimentada por la homilía de Babamukuru. Me quité el vestido y me metí a la cama en silencio.

—¿Y la luz? -me recordó Nyasha.

¿Qué pasaba con la luz? ¿Dónde estaba el interruptor y cómo funcionaba? ¿Debería reconocer mi ignorancia ante Nyasha, ante quien me sentía tan superior, o no debería hacerle caso? Era bueno sentirse superior para variar, por vez primera desde que entré en la casa de mi tío, así que no le hice caso a mi prima. Nyasha se bajó de la cama, aconsejándome que debería hacer un esfuerzo por dejar de ser una campesina, lo que me afligió infinitamente. Yo sabía lo que quería decir esa palabra porque un día había aparecido en un poema durante una clase de inglés y nuestro maestro nos había explicado que un campesino era un ave terrestre que se parecía a una gallina de Guinea. Con seguridad Nyasha estaba muy enojada, pensé, para ser tan grosera y estuve a punto de disculparme y de confesar mi ignorancia, pero me detuve al recordar que siempre era grosera, si no conmigo sí con sus papás. Decidí que ella esperaba demasiado de los demás, así que me quedé callada. Me hubiera gustado voltearme hacia la pared para evidenciar mi desaprobación, pero puesto que no podía confesar mi ignorancia sobre las luces, tuve que observar a Nyasha muy de cerca.

Nyasha era perceptiva. Cuando platicamos esa tarde, le había admirado eso, pero ahora me molestaba, me hacía sentir como una tonta.

—Aquí está -dijo, señalando un parche negro en la pared junto a la puerta-. Ahora está abajo, lo que significa que está prendida. Cuando está apagada, está arriba -prendió y apagó la luz para mostrarme.

—Apágala -le dije con desagrado- de otro modo no vas a poder dormir.

Apagó la luz y se volvió a meter en la cama. Típicamente, tuvo la última palabra.

—No te has puesto tu pijama. Tendrás que hacerlo a oscuras.

Como estábamos peleando, no le pregunté qué era eso de una pijama. En cambio, la engreída determinación que la plática de Babamukuru me había imbuido se evaporó. Me volví a sentir inferior. Yo era un poco masoquista a esa edad y solía regodearme en mi imaginada incompetencia hasta que corría el verdadero peligro de sentir lástima por mí misma. Después me reprendía por esta autocompasión pensando en mi madre, quien sufría tan estoicamente por ser mujer, pobre, analfabeta y negra, que me avergonzaba de mi debilidad al sucumbir con tal blandura a la rareza de mis nuevas circunstancias. Esto me dio el látigo adecuado de culpa para azotarme. Volví a confirmar mi promesa de aprovechar al máximo la oportunidad que mi tío me había dado.

En esos días, muchas de mis reacciones tenían ese grado de complejidad y necesitaba pensar mucho para clasificarlas en secciones organizadas. Pero la actividad y la emoción de los sucesos del día me habían agotado: me quedé dormida antes de poder ordenar con nitidez mis pensamientos. Creo que por eso soñé con mi hermano.

Como siempre, se estaba burlando de mí. Driblando garbosamente con un balón entre las plantas de maíz que habían brotado en la cancha de fútbol de nuestra vieja escuela, se detenía de vez en cuando para agarrar un gordo y jugoso elote y atascárselo en la boca. Los elotes estaban cubiertos con salsa blanca. Desde mi pupitre, en mi salón de la misión, que resultaba estar hasta arriba del maizal, lo veía comérselo y me alarmaba de que se fuera a enfermar por comerse esos extraños elotes. De un salto garboso llegaba a su lado para rogarle que dejara de comer, pero él se reía en mi cara y me decía que nadie me tomaba en serio porque yo estaba fumando un cigarro. El sueño se convirtió en pesadilla cuando me daba cuenta de que mi pluma fuente era, de hecho, un enorme cigarro prendido. Nhamo aullaba con risa perversa y me decía que no iba a tener un buen final y que me lo merecía por abandonar a mi esposo, mis hijos, mi huerto y mis

gallinas. Hablaba con tal autoridad que me sentía avergonzada de haber desertado de esta familia que no tenía. Así que cuando aparecía mi esposo en el extremo del campo no me sorprendía –sólo me sentía aterrorizada– de ver que era Babamukuru con sus dos feroces perros que me estaban rastreando para regresarme con mi consorte. Después recordaba que estaba en la escuela y comenzaba a explicarle esto a Babamukuru, pero Maiguru me interrumpía para decirme que primero me tenía que asear. Iba caminando al baño cuando me di cuenta de que había despertado.

¡El regocijo de ese baño! La tina estaba llena hasta el borde de agua hirviendo, por lo que me vi obligada, con renuencia, a cerrar los grifos para que no se desbordara cuando yo me introdujera en ella. Me lavé, me froté y me restregué, enjabonándome tres veces todo el cuerpo, no porque pensara que estaba sucia, sino porque tenía una deliciosa sensación de calor, humedad y limpieza. Esplash, esplash, seguí sin parar y el agua se derramó en el linóleo azul. Maiguru tocó para preguntar si estaba bien y recordé que otras personas necesitaban asearse. Me salí de un brinco y jalé el tapón, sintiéndome muy satisfecha de que había logrado darme mi primer baño sin que nadie me enseñara. Después busqué por ahí y encontré bajo el lavabo unos trapos viejos que utilicé para limpiar la tina y secar el piso.

Sintiéndome limpia, calentita y generosa, llené la tina para Nyasha. Me agradeció afablemente ese favor y así dejamos de reñir. De todos modos, no me sentí con ganas de confesarle que no había sabido lo que era una piyama, pero no importó. Después de ver lo que Nyasha traía puesto, busqué algo similar en mi maleta. Así que esta era la piyama. Tendí mi cama y a sus pies puse con cuidado la piyama doblada.

Cuando estaba completamente vestida me admiré en el espejo. Me veía mejor que nunca en ese uniforme, aunque era azul (lo que sé que no le queda a mi tez) y tenía pliegues angulares de cuatro pulgadas en el frente. Me sorprendí al ver que en realidad yo era bonita y también me resultó difícil creerlo, por lo que tuve que escudriñarme durante un buen rato, desde todos los ángulos y en muchas posiciones diferentes, para comprobar mi sospecha. Nyasha, regresando de bañarse, me descubrió haciéndolo y no me dejó avergonzarme. Con generosidad y sinceridad, confirmó mis propias impresiones.

—No está mal –asintió, parada junto a mí para observar mi reflejo–. No está nada mal. Tienes cintura. Un día de estos vas a tener busto. Lástima de trasero –continuó, dándole una nalgada juguetona mientras se alejaba–. Es muy grande, pero aun así, si te ves bien con ese viejo jumper, te verás bien con cualquier cosa.

Me sentí halagada por todo lo que dijo e hizo, por el examen, la aprobación, las bromas. Cualquier atención de parte de Nyasha, quien no solía atender a otras cosas que no fueran las excursiones y correrías de su agitada cabeza, era suficiente para hacerme estremecer de placer. Estuve cerca de infatuarme conmigo misma. Recordando mi maizal, por un momento me convencí de que mis actuales y propicias circunstancias eran por completo de mi propia hechura.

En el desayuno, no podía pasarme la comida. Con cada bocado que intentaba tragar, mi garganta se apretaba cada vez más, tal era mi impaciencia por llegar a la escuela, donde estaba segura de que repararía todo el programa en una sola mañana. Era desquiciante. Al ver que Nyasha ingería con delicadeza sus huevos con tocino y su té, después de declinar la avena con pan tostado porque demasiada comida la haría engordar, me vi llegando notoriamente tarde al salón de clases justo en mi primer día. Pero la sirena no aulló y mientras Nyasha comía yo tuve tiempo de sentirme impresionada por estos parientes míos que comían carne y no sólo carne sino carne y huevos para el desayuno. Y en cuanto a tostar el pan antes de comerlo, como si no hubiera sido horneado antes, bueno, ayer me habría sorprendido, pero hoy me percataba de que todo era posible.

Maiguru me atosigaba, cloqueando su preocupación por mi falta de apetito.

—Come, criatura, come –me exhortó–. De otro modo vas a estar tan muerta de hambre que no oirás ni una palabra del maestro. ¿Qué te gusta comer? –me preguntó–. ¿Te traemos *rukweza* para el atole?

—Me alegro de ser sólo tu hija –comentó Nyasha–. Con qué facilidad matarías a tus sobrinas con tus atenciones.

—¡Pero le dará hambre! –balbuceó mi tía.

—A lo mejor está a dieta porque le dije que tiene el trasero gordo.

—Qué va, pimpollito. Sisi Tambu no está gorda. No te preocupes por las manías de Nyasha –me aconsejó innecesariamente, pues en ese momento yo no tenía la intención de preocuparme por nada que no fuera la escuela, en especial por cosas que no tenían sentido.

—Manías –comentó Nyasha–. Manías. Me pregunto quién tiene manías.

—Llegarás tarde, cariñito, si no te apuras –agregó Maiguru, buscando en su bolsa un chelín para que a la hora del recreo yo pudiera comprar un bollo que me quitara el hambre hasta la comida. En esos días un chelín era mucho dinero. Alcanzaba para comprar una hogaza de pan, que era suficiente para el desayuno de toda una familia. Tanto dinero para bollos en el recreo me avergonzaba. Quería regresarlo, pero Nyasha se empinó la taza, tardándose un buen rato en hacerlo para esconder así una sonrisa, por lo que me resultó imposible avergonzarse a mi tía declinando su regalo. Dejando caer la moneda en mi calcetín, le di las gracias a Maiguru y le garanticé que estaba tan llena con la comida de la noche anterior que iba a regresar con todo el dinero a la hora del almuerzo.

Nyasha acabó de desayunar. Salimos a la escuela, llevando jumpers azules idénticos, calcetines y zapatos idénticos, y cargando mochilas idénticas. De sólo vernos cualquiera hubiera pensado que éramos hermanas,

que es como yo habría arreglado las cosas, si me hubieran consultado. Me pavoneé junto a mi prima de pura sangre, imitando su forma de caminar y el porte de su cabeza, para que todo el mundo viera que constituíamos una unidad.

Así comenzó el periodo de mi reencarnación. Me gustaba pensar que mi transferencia a la misión era mi reencarnación. Con la ególatra fe de catorce cortos años, durante los cuales mi vida había progresado de acuerdo con lo planeado, esperaba que esta época resultara significativamente profunda y progresiva en términos de agregar sabiduría a mi naturaleza, claridad a mi visión y *glamour* a mi persona. En breve, esperaba que mi estancia cumpliera todas las fantasías de mis catorce años y, en general, no quedé decepcionada. Libre de las limitaciones de lo necesario y lo escuálido que definían nuestra actividad en casa, invertí una gran cantidad de vigorosa energía en aproximarme a mi idea de una joven mujer de mundo. Ahora estaba limpia, no sólo para las ocasiones especiales, sino todos los días de la semana. Fuera de mi persona, me estaba encontrando con muchas cosas sobre las que había reflexionado ambigüamente; cosas que siempre había sabido que existían en otros mundos, aunque ese conocimiento era nebuloso; cosas que habían hecho que mi madre se preguntara si yo estaba en mis cinco sentidos o si llevaba dentro de mí alguna presencia.

Era bueno ser convalidada de este modo. La mayor parte no provenía de las lecciones que enseñaban en la escuela, sino de la variada y extensa biblioteca de Nyasha. Leí todo desde Enid Blyton hasta las hermanas Brontë y a todo respondí. Al sumergirme en esos libros, sabía que estaba siendo educada y me desbordé de gratitud hacia los autores por darme a conocer lugares donde la razón y las propensiones no se contradecían. Era una época centrípeta, conmigo en el centro y todo lo demás gravitando hacia mí. Era una época de sublimación y yo era lo sublime.

Cuando intenté describirle a Nyasha un poco de lo que estaba sucediendo en mi mundo, se rio y me dijo que estaba leyendo demasiados cuentos de hadas. Ella prefería la realidad. Ella estaba pasando por una fase histórica. Leía muchos libros que trataban sobre gente verdadera, pueblos verdaderos y sus sufrimientos, como lo que pasaba en Sudáfrica, y cuando le pidió a Maiguru que lo comparara con nuestra propia situación, terminó discutiendo con ella, pues Maiguru le dijo que nosotros estábamos mejor. Leía a cerca de los árabes en la costa oriental y los británicos en la occidental; sobre los nazis y los japoneses, Hiroshima y Nagasaki. Tenía pesadillas sobre estas cosas, sobre las atrocidades, pero de todos modos seguía leyendo porque, decía, una tenía que conocer los hechos si algún día iba a encontrar soluciones. Y estaba segura de que sí había soluciones. Quería saber muchas cosas: si el reclamo judío sobre Palestina era válido, si la monarquía era una forma justa de gobierno, la naturaleza de la vida y las relaciones antes de la colonización, exactamente por qué se había proclamado la Declaración Unilateral de Independencia y lo que esto significaba.

—Así que —me aconsejó, hablando de mis cuentos de hadas y de mi reencarnación— disfrútalo mientras puedas, porque estas cosas no duran —y me ayudó a disfrutar mi impetuosa transición: indicándome qué libros valía la pena leer (aunque yo no siempre estaba de acuerdo con ella, porque sus gustos se habían tornado serios), alaciándome el cabello y poniéndole listones los fines de semana; limándome las uñas y a veces pintándomelas de morado brillante a pesar de los gestos de enojo de Babamukuru; cocinando conmigo platillos sumamente condimentados de los recetarios de Maiguru y que a Babamukuru y a mí no nos gustaban pero que ella y Maiguru devoraban con deleite.

No sólo estaba yo triunfando en mi propio contexto, sino también en el de otras personas. No llevaba mucho tiempo yendo a la escuela cuando me di cuenta de que Nyasha no tenía muchas amigas. A las chicas no les gustaba su forma de hablar. Todavía la remedaban a sus espaldas cuando yo llegué a la misión, que fue tres años después del regreso de Babamukuru. Y si yo pensaba que durante ese tiempo Nyasha debía haber perdido más de su acento de lo que se había permitido, también creía que sus compañeras habían tenido más que suficiente tiempo para acostumbrarse a él. Resultó que lo que les desagradaba no era el acento de Nyasha, sino Nyasha misma. “Cree que es blanca” solían decir con desprecio y eso era peor que una maldición. “Es presumida” —aseveraban otras—. “Es disoluta” —censuraban las más perversas—. “¡Cómo se viste para los bailes del sábado por la noche!” “¡Y cómo se portó con George (o Johnson, Mathias, o Chengetai)! Es obvio. Se deja ver” —después de eso solía haber una discusión sobre lo que Nyasha había estado haciendo o no en la pista de baile y la conversación terminaba con alguien que expresaba la opinión general de que se podía salir con la suya por ser la hija del director.

Yo tenía suerte de no estar dotada de ninguno de estos vicios. Pronto comencé a hablar con fluidez en inglés por todo lo que estaba leyendo y por hablar con Nyasha todo el tiempo, sólo que yo lo hablaba sin acento. Yo no era la hija del director, sino una pariente pobre cuyo entorno era tan precario como el de los demás, si no es que más. En cuanto a los muchachos, era obvio que no me interesaban. Sin importar con cuánta insistencia me rogara Nyasha, por lo general no me podía inducir a asistir a la Noche Disco del Beit Hall. Quizás soy injusta al insinuar que Nyasha no quería mi compañía por mí misma, pero en esa época yo estaba convencida de que sería más una vergüenza que una ventaja pues en esos días no bailaba, en parte, porque no me gustaba el ritmo europeo que tocaban en Beit Hall y nunca había aprendido a moverme garbosamente con él y, en parte, porque yo había venido a la misión por razones más solemnes que bailar. Sin embargo, Nyasha siempre me insistía que la acompañara y al final me confesó con franqueza que

aunque Babamukuru no podía prohibirle asistir porque los bailes eran una actividad escolar de los que no sería apropiado excluir a su hija, de todas formas creía que eran algo pecaminoso. Lo que ella intentaba era presentar un frente juvenil unido que demostrara que no lo eran. Pero yo me ensimismaba en *El viento en los sauces* y le decía que no sabía bailar.

Hasta los maestros me apreciaban. Siempre me pedían que mantuviera el orden cuando tenían que salir del salón, siempre mencionaban mi diligencia como ejemplo para el resto de la clase. A pesar de esto, mis compañeros me eligieron prefecta de clase al comenzar el tercer trimestre. Era sorprendente, sorprendente y extraño. Nyasha, mis maestros, mis compañeros: no estaba acostumbrada a ser tan cálidamente aceptada. Lo único que no era extraño en esos días era que continuaba siendo una de las mejores alumnas de mi clase. En la misión los estándares eran más altos que en la Escuela Rutivi y teníamos exámenes con frecuencia, pero yo sobresalía aún más que en casa, porque Baba y Maiguru sabían que mis tareas eran importantes y no me molestaban cuando estaba estudiando. No podía evitar sentirme satisfecha conmigo misma y con la forma en que las cosas iban saliendo, pero a lo que las personas respondían tan positivamente era a un saludable placer de vivir, por lo que nadie se sentía ofendido. En general, las personas también estaban contentas conmigo.

Conforme mi cuerpo y mi mente se relajaron, y conforme Maiguru me cuidaba solícita como una mamá pájaro, siempre lista a dejar caer en mi boca sabrosos bocados, me volví bastante rolliza. Comencé a menstruar. Al principio mantuve la calma. Las conferencias con las primas más grandes y las tías más jóvenes, así como las preguntas de las tías de mayor edad y las abuelas, me habían preparado para el acontecimiento. Así que, durante mis primeras vacaciones en casa, cuando mamá me dio unos viejos pañales de Rambanai que habían sido un regalo congratulatorio de Maiguru y me instruyó que en ese periodo del mes debería mantener escrupulosamente limpios los pañales y mi cuerpo, los tomé con naturalidad y esperé a que se tornaran una parte necesaria de mi higiene. Por lo tanto, el inicio de mis menstruos debió haber sido plácido, pero cuando llegó el momento de lavar esos jirones en el baño blanco de Maiguru, de hacer un mugrero en el lavabo antes de que se lo llevara el agua, el asunto se tornó desagradable y nauseabundo. El asunto me volvió malhumorada y arisca.

Finalmente, Nyasha me ofreció unos tampones y yo me morí de vergüenza, pues creía que había sido discreta. Aun así, Nyasha estaba preocupada por mi comodidad, por lo que me dio una caja de tampones con las instrucciones, para que las leyera. Con sus dibujos de líneas curvas, las instrucciones me intrigaban, porque en la escuela no habíamos estudiado la reproducción humana. ¿Así es como se veía por dentro? Revisé un tampón, desde afuera y sin quitarle la envoltura, pues no quería desperdiciar uno, y en voz alta reflexioné sobre las consecuencias de introducir en mi vagina el objeto de forma ofensiva, pero Nyasha se rio de mí y me hizo burla. Me dijo que era mejor perder mi virginidad con un tampón, que no iría a presumir su proeza, que con un hombre, quien agregaría mi himen a su botín:

—Los llevan alrededor de la cintura como trofeos, como cuero cabelludo —me choteó. Después de eso le llevó mucho tiempo convencerme de que me había estado tomando el pelo, pero cuando por fin lo logró y yo me inserté nerviosa el tampón con una mínima molestia, me alegré de que me hubiera enseñado a usarlos. Sin embargo, había un problema: los tampones eran muy caros. Nyasha me volvió a reconfortar. Si bien Maiguru creía que los tampones eran detestables y que las chicas decentes no debían usarlos, saber que no estábamos embarazadas le agradaría tanto que eso la convencería de comprarlos. Se burló entre risitas.

—No, no te creas —reconoció—. Debajo de su plumaje, mamá es bastante sensata —¡Ah qué mi prima! Extravagante y graciosa; irrespetuosa e irreprimible. Ahora que sabía quién era, ya no me causaba recelo. Pensé que, además, era sabia, aunque no estaba segura por qué. Admiraba su exuberancia de espíritu aun cuando no podía ver hacia dónde la dirigía: Nyasha tenía todo, debería ser apacible y estar conforme. Mi prima era desconcertante. No era algo que una pudiera examinar con la razón.

Nyasha pensaba que era muy razonable.

—Tienes que seguir avanzando —dijo—. Comprometerte con esto y lo de más allá, encontrar una cosa y otra más. Avanzando, todo el tiempo. De otro modo, una se queda atrapada. Ve a la pobre de mamá. ¿Puedes imaginarte algo peor? ¡Si no fuera por Chido se volvería loca de atar! Yo podía imaginarme muchas cosas peores que ser Maiguru, pero no tenía que imaginarlas porque las había visto. Se lo comenté a Nyasha y estuvo de acuerdo conmigo pero me dijo que todo era relativo y que todo se reducía a lo mismo, aunque no tenía muy claro en qué consistía esa cosa. Me dio una de sus miradas de soslayo que decían mucho pero no me revelaban nada, y ahí lo dejamos. De todos modos, yo no podía evitar preguntarme qué era lo que mi prima había visto y yo no.

Así era Nyasha, persistentemente descubría y dirigía su atención a cosas sobre las que una prefería no hablar; desmenuzando en pedacitos con su agudo ingenio las cosas de las que según ella podía prescindir, incluso si para todos los demás eran importantes. La gente como yo pensaba que era extraña y un poco superior en formas intangibles. Los adultos que la rodeaban, como sus maestros, pensaban que era un genio y le fomentaban esa faceta. Pero sus padres estaban preocupados por su desarrollo. Yo tampoco creía que sus indagaciones de esto, aquello y todo lo demás fueran algo bueno para ella. Creía que no era seguro, pero cuando reflexionaba sobre ello metódicamente y con seriedad, recordaba algunas de las incongruencias que había olvidado durante el primer arrebató de excitación vital en la misión.

Por ejemplo, ahí estaba Anna, quien había sido alguien con quien poder hablar, con quien poder pasar el tiempo, con quien relajarme cuando llegué en enero, pero que ahora era por completo aburrida. La forma en que ocurrió no fue extraña. De hecho, todo había seguido una progresión natural, paso a paso, con nitidez. El resultado fue que yo dejé de pensar en Anna como amiga y camarada, a pesar de que, ese primer día, había preferido la idea de compartir con ella una cama en las deterioradas barracas que eran las habitaciones de los sirvientes, en lugar de compartir un cuarto con Nyasha. Al pensar en estas cosas, casi sentí lástima por Anna. Pero entonces me acordé que se me había adelantado.

Maiguru, siempre sonriente, siempre contenta, era otro enigma. Es verdad que tenía una buena razón para estar satisfecha. Era la esposa de Babamukuru. Vivía en una casa cómoda y era maestra. A diferencia de su hija, ella daba gracias por todas estas bendiciones, pero yo pensaba que incluso los santos en el cielo debían enfadarse de vez en cuando y hacérselos sentir a los ángeles menores. Yo pensaba que Maiguru merecía ser beatificada. Ocasionalmente se molestaba, pero nunca se enojaba. Quizás se decepcionaba a veces, pero nunca se descorazonaba. Me preocupaba que no tuviera demasiadas personas con quien hablar, pero suponía que esto era la consecuencia de ser tan educada, pues ninguna de las mujeres casadas en la misión, con quienes podía tener amistad, tenían títulos, ni siquiera el de licenciatura, mucho menos una maestría como mi tía.

El día en que me enteré de cuán educada era, me quedé perpleja. Fue un domingo. Fuimos a la iglesia como siempre. Todos íbamos a la iglesia los domingos, hasta Nyasha, y Anna también cuando lograba acabar de lavar la loza a tiempo, lo que dependía de si sentía devoción o si prefería quedarse sola una o dos horas sin que nadie la molestara. Nyasha asistía porque pasaba por una etapa fervorosa en su desarrollo: le gustaba tener causas y la causa cristiana, que era conformista pero podía traducirse clandestinamente en una ideología progresista, le resultaba ideal. Y además le gustaba cantar. Había sido una comprometida participante del coro de la escuela hasta que la dejaron fuera de un viaje porque no habría sido apropiado que la hija del director viera a los dirigentes del coro divirtiéndose.

Lo que pasó el domingo fue que al cuarto para las nueve Nyasha y yo salimos de casa, con nuestros jumpers azules, para ir a la clase de Biblia. A mí me tocaba la Escuela Dominical en un salón de la Escuela Primaria Central, en donde un prefecto de la escuela secundaria le daba clases a cada grado. Si los prefectos eran mujeres, usaban faldas negras y blusas blancas los domingos y, si no, pantalones negros con camisas blancas. Eran elegantes y hermosos, y soñábamos con convertirnos en uno de ellos. Cuando un prefecto se animaba a ponerse una corbata, nuestra presión arterial se disparaba aunque fuéramos saludables jovencitas adolescentes, y supongo que si las prefectas se atrevían a usar medias en lugar de calcetas, quizás incluso medias con raya, producían el mismo efecto en los chicos de nuestra clase.

En la Escuela Dominical aprendíamos sobre la Caridad, el Amor y el Pecado, los cuales, según los prefectos, eran cosas diferentes, pero entonces, si eran diferentes, me preguntaba yo, ¿cómo se explicaba una al Hijo Pródigo o a María Magdalena? Los himnos eran menos confusos. Se trataba en ellos del respeto hacia nuestros padres para vivir más días y de dejar nuestras cargas de lado. Ese enfoque pragmático y falto de inspiración ante la vida era algo que yo comprendía bien. Después, al cuarto para las diez, sonaba la sirena de la secundaria, lo que significaba que había terminado nuestro periodo de Biblia. Nos formábamos en dos filas, enfrente de nuestros salones, una fila caqui de chicos, contra el muro, y otra azul de niñas a su lado. Desfilábamos rápido y en silencio a través de las áreas verdes en medio de corredores de estrictos prefectos que mantenían el orden y tomaban en serio sus obligaciones. Los grupos de secundaria seguían detrás de los de primaria, de tal modo que a las diez en punto toda la escuela estaba congregada fuera de la iglesia. Mientras estábamos parados fuera de la iglesia, algunas veces nos inspeccionaban para ver si nos faltaban botones, si teníamos los cuellos o los calcetines sucios, uñas indecentemente largas o pintadas, o lápiz labial, y algunas veces no, pero siempre empezábamos a desfilamos hacia la iglesia a las diez y cuarto. La ceremonia comenzaba a la media. Desde el momento en que sonaba la sirena al cuarto para las diez, hasta que terminaba la ceremonia entre las doce y media y la una guardábamos silencio. Después, nos volvíamos a formar y los alumnos internos se iban presurosos a su alojamiento para llegar a tiempo a comer.

Cuando los internos se iban yo me encontraba con Nyasha. Nos quedábamos afuera de la iglesia saludando a los amigos, contándonos chismes y, si estábamos en vacaciones y no necesitábamos usar el uniforme, mirando y codiciando los vestidos de las demás.

A Nyasha le gustaba evitar a sus padres y a los amigos de éstos pues casi siempre le decían algo que le resultaba ofensivo, como quejarse de que su jumper le quedaba demasiado corto o refunfuñar que en tres años todavía no aprendía los modales correctos para saludar a sus mayores. Los comentarios la cohibían, en lugar de lograr el deseado efecto correctivo. Así que Nyasha los evitaba o, cuando esto le resultaba imposible, gruñía un saludo con una triste falta de técnica y se escapaba tan rápido como le era posible. Su comportamiento avergonzaba a Babamukuru, así que él también prefería que ella guardara su distancia.

Yo, al contrario, quería pararme afuera de la iglesia con mis tíos. Quería que se supiera que era como ellos porque creía que tenía adherida la atmósfera del *homestead* que me hacía verme diferente. Pero después de unas cuantas semanas de quedarme con ellos mientras platicaban con el pastor acerca del estado de las contribuciones y la disminución de las limosnas, me aburrí y preferí estar con Nyasha y mis amigas. El

desafío surgía en los días en que Babamukuru, sintiéndose en particular benévolo, llevaba a Maiguru a la iglesia en el viejo Rover y, si nos presentábamos a la hora apropiada, nos regresaba a casa más tarde. Nyasha pensaba que deberíamos ser congruentes y evitarlos incluso cuando iban en auto. Pero yo todavía adoraba mis trayectos en coche y le discutía pragmáticamente que los podíamos evitar cuando nos conviniera pero, puesto que un viaje en auto nos convenía, no deberíamos evitarlos en dichas ocasiones. Nyasha aceptó la lógica, pero no la premisa de este argumento, señalándome que ella, al menos, prefería caminar, pero me complacía de todas formas y aprovechábamos el aventón.

En una de esas ocasiones, Nyasha y yo estábamos paradas esperando que Baba y Maiguru terminaran de hablar con mi director, quien, al vernos ahí, de manera natural comenzó a hablar de nosotras. Esto indignó a Nyasha, porque no le gustaba que se refirieran a ella en tercera persona en su presencia: decía que la hacía sentir como un objeto. A mí no me importaba, porque él nos estaba haciendo un cumplido.

—Seguramente, señor Sigauke —le decía a Babamukuru con una amplia sonrisa—, debe usted estar muy contento con sus hijas. Nyasha siempre se sacaba el primer lugar en la Escuela Primaria Central y he oído que sigue así en la secundaria. Quiere traernos una maestría, igual que su madre. Y Tambudzai, ella se parece a su tío. Trabaja tan duro, todo el tiempo.

Los tres estaban gratamente impresionados con este discurso y consigo mismos. El director estaba contento porque Baba le garantizaba que nuestras hazañas eran el resultado de su diligencia como director de la primaria; Baba y Maiguru estaban contentos porque nuestra capacidad reflejaba la suya e indicaba que tenían genes poderosos. Sonreían y se refutaban risueños, insistían y se congratulaban el uno al otro por estos logros, una y otra vez.

El proceso era meloso.

—Nyasha —la llamó Babamukuru—, ¿no vas a saludar a tu antiguo director, que te daba clases? Hizo muy buen trabajo, hizo muy buen trabajo —repitió, sonriendo. Nyasha se aproximó cautelosa; yo la seguí. La sonrisa desapareció del rostro de Babamukuru—. ¿Qué pasa contigo? ¿Qué no estás oyendo las cosas tan agradables que está diciendo el señor Satombo?

Esa tarde, el trayecto a casa no fue cómodo, porque Babamukuru le dejó ver bien claro a Nyasha, con un enojo largo y tendido, que no debería esperar que la llevara en su auto si no podía ser cortés con sus colegas.

—¿Qué dirá la gente de mí cuando mi hija se comporta así? —le preguntó. Nyasha permaneció en silencio. El ambiente pesado permaneció con nosotros en la cena. Nyasha lo había olvidado o no le hacía caso. El fervor del sermón la había impresionado, pero le hizo a Maiguru una pregunta sobre un punto técnico: estaba muy bien darle al César lo que es del César pero, ¿quién iba a decir lo que era de él? Pues César. ¡Así todo sería suyo! Como siempre, yo estaba impresionada por su agilidad mental, pero a Babamukuru lo irritó.

—Umm, Nyasha —le dijo— hay algunos asuntos que quiero discutir con tu madre. ¿No sabes que no está bien que un niño hable todo el tiempo? —yo me sentí decepcionada, porque yo había querido preguntarle a Maiguru si en verdad tenía una maestría, pero después de eso no me atreví. Nyasha no dijo ni una palabra más ni tampoco comió mucho, sólo se disculpó poco después. Temí que mi tío le insistiera que acabara de comer, pero más allá de unas cuantas miradas directas a su plato a medio terminar, ni Baba ni Maiguru dijeron nada.

—¿Es verdad, Maiguru? —le pregunté más tarde, cuando fui a la terraza a leer y encontré ahí a mi tía corrigiendo cuadernos—. ¿En verdad tienes una maestría?

Maiguru se sintió halagada.

—¿No lo sabías? —me sonrió, mirándome por encima de sus anteojos. Cómo podría haberlo sabido, si nadie me lo había dicho.

—Pero Maiguru —le contesté de inmediato, animada por la idea de que mi tía había obtenido una maestría—, ¿lo mencionaste alguna vez?

—¿Me lo preguntaste, acaso? —replicó, y continuó—, sí, los dos, tu tío y yo, hicimos la licenciatura en Sudáfrica y la maestría en Inglaterra.

—Yo creí que habías ido a cuidar a Babamukuru —le dije—. Es lo único que dice la gente todo el tiempo.

Maiguru resopló.

—¿Y qué esperas? ¿Por qué tendría una mujer que hacer ese viaje y aguantar todos esos problemas si no fuera para cuidar a su marido?

Maiguru estaba más seria de lo que nunca la había visto. Su seriedad la transformó de una paloma dulce y suave en algo más parecido a una avispa.

—Eso es lo que prefieren pensar que hice —continuó con amargura. La parte inferior de su rostro, y sólo la parte inferior, porque no llegaba hasta los ojos, se llenó de hoscas líneas de descontento. Se inclinó sobre sus cuadernos para ocultarlas y, para probar que no estaba nada triste, chascó la lengua, pensando que lo hacía alegremente aunque sonó afligida, creo yo—. Lo que quiera que hayan pensado, ¡mucho bien les hizo! Yo estudié para obtener ese grado y lo conseguí, a pesar de todos ellos, a pesar de tu tío, tus abuelos y el resto de tu familia. ¿Puedes decirme ahora que no están contentos de que lo logré, incluso si no lo admiten? ¡No! Tu tío no sería capaz de hacer ni la mitad de las cosas que hace si yo no trabajara también.

—Debes ganar mucho dinero -resollé asombrada. Mi tía se rio y me dijo que nunca recibía su salario. Yo estaba estupefacta.

—¿Qué le pasa a tu dinero? -le pregunté-. El dinero que tú ganas. ¿Se lo lleva el gobierno? -pues estaba comenzando a comprender que nuestro gobierno no era bueno.

—Podrías ponerlo así -rio mi tía, obligándose a sentirse alegre de nuevo, pero sin lograrlo. Se rindió, se quitó los anteojos y se recargó hacia atrás en su asiento, mirando nostálgica a través de los arcos de la terraza hacia las montañas en el horizonte-. Lo que es -suspiró- tener que escoger entre ser tú y la seguridad. Cuando estaba en Inglaterra vislumbré todo lo que pude ser, todo lo que pude hacer si... si... si las cosas fueran... diferentes... Pero ahí estaba Babawa Chido, los niños y la familia. ¿Y se da alguien cuenta de los sacrificios que se tuvieron que hacer? ¿Los aprecia alguien? En cuanto a mí, nadie piensa siquiera en todo lo que abandoné -se serenó-. Pero así son las cosas, Sisi Tambu. Y cuando tienes a un buen hombre y niños encantadores, todo vale la pena.

En lo personal, yo pensaba que era una lástima que Maiguru hubiera sido privada de la oportunidad de sacar el máximo provecho de su capacidad, incluso si había aceptado esa privación. Yo estaba a favor de que se le dieran oportunidades a la gente.

No le platiqué a Nyasha sobre esta conversación porque supuse que la había escuchado muchas veces y me diría con irritación "te lo dije". Además, las cosas de las que había hablado Maiguru eran razonables; no significaban que siempre se estuviera quejando. Sentí lástima por Maiguru, pues no podía usar el dinero que ganaba para ella y el matrimonio le había impedido hacer las cosas que quería. Pero no era tan simple, porque mi Babamukuru la había desposado, lo cual definía como buena su situación. Si era necesario que una se eclipsara -y Maiguru lo hacía tan bien que una no podía estar segura de que no lo disfrutara-, si era necesario que una se opacara para preservar el sentido de identidad y valor de Babamukuru, entonces, estaba segura, Maiguru había tomado las decisiones correctas.

La identidad de mi tío era evasiva. Al principio, cuando llegué a la misión, me sentí decepcionada. Había creído que sería como en los viejos tiempos, los días antes de Inglaterra, con Babamukuru lanzándonos al aire, cachándonos y dándonos dulces, metafóricamente hablando, pero ahora casi nunca lo veía, porque estaba muy ocupado. Casi nunca nos reíamos cuando Babamukuru estaba al alcance del oído porque, decía Maiguru, sus nervios andaban mal. Sus nervios andaban mal porque estaba tan ocupado. Por esa misma razón, tampoco hablábamos mucho cuando estaba cerca.

La naturaleza exuberante de Nyasha sufría bajo estas frías condiciones e incluso Maiguru comentaba de vez en cuando:

—Pierdo mucho tiempo cocinando ¿saben? preparando alimentos que no se comen.

—Entonces deja de cocinar -le respondía Nyasha, irritada. O bien Maiguru se disculpaba en la mesa por no habernos traído crema para la gelatina.

—Traté de encontrar un poco -balbuceaba- pero llegamos tan tarde que todo se había acabado. ¡Como siempre! -Nyasha no cedía y le decía a Maiguru que aprendiera a manejar-. ¿Y de dónde crees que sacarías el auto? -replicaba su madre-. ¿Crees que tengo dinero para comprar uno?

Seis

Otra cosa que era diferente en la misión era que había mucha gente blanca. Los blancos de la misión eran de un tipo especial, especial en el sentido que me había explicado mi abuela, pues eran santos. No habían venido a quitar sino a dar. Estaban para atender los asuntos de Dios aquí en África negra. Habían renunciado a las comodidades y la seguridad de sus propios hogares para venir y alumbrar nuestra oscuridad. Era un enorme sacrificio el que hacían los misioneros. Era un sacrificio que nos hacía estarles agradecidos, un sacrificio que los hacía superiores, no sólo a nosotros sino a todos los demás blancos que estaban aquí buscando aventuras y apoderarse de nuestras esmeraldas. La abnegación y el amor fraterno de los misioneros no se quedaba sin recompensa. Los tratábamos como deidades menores. Con la dignidad autocomplaciente que les venía naturalmente a los blancos en esos días, aceptaban este edificante disfraz.

Hoy en día hay menos blancos en la misión. Ahora se llaman expatriados, no misioneros, y se les puede ver viviendo en las casas de ladrillo sin pintar. Pero se les deifica igual que a los misioneros porque son blancos, así que todavía es un honor que vengan. Me dicen que el que se les llame expatriados o misioneros depende de cómo se les recluta y quién lo hace. Aunque una fuente confiable me informó sobre la distinción, no se me queda grabada en la cabeza pues yo no la he notado en mis tratos con esa gente. Con frecuencia me pregunto por qué vienen, renunciando a las comodidades y la seguridad de sus hogares más avanzados. Lo que nos lleva otra vez a cuestiones de amor fraterno, de contribución y de iluminación de diversas oscuridades.

Sin embargo, en esa época –y hay que recordar que yo era muy joven, muy joven y correcta en mi deseo de admirar y mostrar deferencia a todas las personas superiores que me encontraba en la misión– en esa época, me agradaban los misioneros. En particular los jóvenes que tenían una piel suave, saludable y bronceada. Esto les quitaba un poco de la repugnancia, si no es que toda, que sentía por los blancos y que había comenzado con la Doris de piel de pergamino y su pálido esposo, lleno de manchas cafés. Solía sentirme muy culpable por tener esos sentimientos. Solía sentirme culpable e inhumana por no poder amar a los blancos como debía. Así que era bueno ver a los jóvenes y saludables misioneros y descubrir que algunos blancos eran tan bellos como nosotros. Después de eso no me llevó mucho aprender que, de hecho, eran más bellos, y entonces pude amarlos.

Como había tantos blancos en la misión, tenía mucho contacto con ellos, aunque seguía siendo difícil entender su comportamiento. Desde un principio, me percaté de que algunos de los misioneros eran definitivamente extraños, extraños en el sentido que Nyasha y Chido eran extraños cuando regresaron de Inglaterra. A estos misioneros, los extraños, les gustaba hablar en shona mucho más que en inglés. Y cuando una, queriendo practicar su inglés, les hablaba en inglés, siempre respondían en shona. Era decepcionante, y también confuso para los que como yo éramos bilingües, porque habíamos desarrollado una especie de reflejo que nos hacía hablar inglés cuando nos dirigíamos a las pieles blancas y reservábamos nuestra propia lengua para hablar entre nosotros. La mayoría de los hijos de los misioneros, los hijos de los extraños, no hablaban nada de inglés sino hasta que lo aprendían en la escuela, igual que nosotros y en el mismo salón, porque sus padres los mandaban a la escuela de la misión. A menudo me preguntaba cómo se las iban a arreglar cuando regresaran a su casa y tuvieran que dejar de actuar como africanos.

Sin embargo, no todos los misioneros eran así. El otro tipo, y éstos eran mayoría, eran algo más normales. Hablaban inglés con mayor libertad y enviaban a sus hijos a la escuela del gobierno, en la ciudad, donde podían estar entre los de su clase. Este arreglo debió haber sido menos doloroso para los niños, pero más para los padres, pues estas escuelas de gobierno representaban todo contra lo que los misioneros rezaban. Solíamos debatir sobre el tema: ¿qué misionero era mejor?, ¿el que mandaba a su hijo a una escuela de gobierno o el que lo mandaba a la escuela de la misión?

En nuestra secundaria estaba la hija de uno de esos misioneros del primer tipo, de los extraños. Se llamaba Nyaradzo, que para mí es un nombre precioso, poético, con un sonido tranquilizador. Nyaradzo tenía la misma edad que yo, que yo y Nyasha. Ella y Nyasha eran muy buenas amigas y si Nyasha no tenía muchas amigas, al menos tenía a ésta, que era muy cercana. Se me permitió convertir el dúo en trío sobre la base, supongo, de que mi normalidad no afectaría el equilibrio.

Nyaradzo tenía dos hermanos. Uno, que se llamaba Brian, era un año mayor que Nyaradzo. El otro, Andrew, era tres años mayor. No veía mucho a estos muchachos porque iban en secundaria y, aunque habían cursado la primaria en la misión, sus padres los habían mandado a Salisbury a hacer la secundaria. Por lo que platicaba Nyaradzo, era posible ver que donde iban sus hermanos era una escuela muy especial, muy parecida a nuestra escuela de la misión, donde niños negros y blancos podían asistir si querían. Pero

por otra parte también era muy diferente, porque había pocos niños negros y muchos blancos. Era extraño pensar en una escuela de blancos a la que pudieran asistir los negros que quisieran y por lo tanto era sorprendente que hubiera tan pocos negros. Nyaradzo nos explicó que las colegiaturas eran muy altas, tan altas que los niños negros que querían ir ahí sólo podían hacerlo si sus padres podían pagarlo, o incluso si no querían pero sus padres lo podían costear. Aunque, a decir verdad, nunca conocí a un solo niño negro que no quisiera asistir a una de esas escuelas. Excepto, por supuesto, Nyasha. Nyasha y yo solíamos discutir sobre esto. Estábamos de acuerdo con que habría más “vida” en una de esas escuelas de la que había en la misión, y que la “vida” en el sentido adolescente en el que usábamos la palabra, era algo benéfico. Por “vida” queríamos decir libros, deportes, gente y actividades culturales, así como una atmósfera más abstracta de vitalidad que significaba que podían suceder cosas, cosas emocionantes, interesantes y provechosas. A pesar de nuestras pláticas sabíamos que nunca asistiríamos a una escuela multirracial porque Babamukuru ya estaba batallando por mantener a Chido en la escuela a la que iba, donde las colegiaturas eran muy altas. Nyasha decía que no hay mal que por bien no venga pues, una vez ahí, la “vida” de la que hablábamos nos rebasaría y tendríamos que padecer las consecuencias. No era muy explícita sobre cuáles eran las consecuencias, más allá de garantizarme que las habría, y yo no insistía porque, a pesar de la advertencia, todavía me hubiera gustado ir a una escuela multirracial y me gustaba el sentimiento de ambición y aspiración que acompañaba a ese deseo.

Chido entró al sexto grado de primaria, en el año que Babamukuru regresó de Inglaterra, lo que significó que al año siguiente le tocó ir a la secundaria. Babamukuru había tenido el propósito de que se quedara en la misión para contrarrestar los elementos antiafricanos a los que había sido expuesto en Inglaterra. Sin embargo, el señor Baker, como se llama el padre de Nyaradzo, arregló que Chido hiciera el examen de admisión en la escuela de su hijo. Tan resuelto estaba este buen misionero a que Chido tuviera lo mejor en la vida, que él en persona condujo a mi primo a Salisbury, donde se llevaría a cabo el examen. Obviamente – pues en aquellos tiempos los blancos se mostraban indulgentes con los jóvenes negros que prometían, siempre y cuando la promesa fuera una promesa de paz, una agradecida promesa de aceptar lo que se les ofreciera y no más–, a Chido se le ofreció un lugar en la escuela y una beca. Nyasha estaba segura de que el señor Baker había tenido algo que ver con esa beca. Para aliviar su conciencia, según Nyasha.

—Una palabra con el director –me dijo cuando Nyaradzo no estaba presente–. Ya sabes cómo es, de *bwana* a *bwana*: “el muchacho necesita la lana, viejo”. “Es un buen chico, sería una lástima desperdiciarlo. Veremos qué se puede hacer.” Así que Chido recibe su beca y el señor Baker se siente mejor por mandar ahí a sus hijos, en primer lugar. ¡Qué bárbaros! Lo que tienen que hacer para taparnos los ojos. ¡En verdad! –el análisis de Nyasha tenía sentido porque Babamukuru desaprobaba de los hábitos europeos, las opciones fáciles o los gastos innecesarios. Sin la beca ciertamente Chido no hubiera ido a esa escuela y el señor Baker hubiera tenido la educación superior de sus hijos remordiéndole la conciencia. El resultado de todo fue que Chido sí se fue al internado y para cuando yo llegué a la misión se había adaptado notablemente bien a la vida de la escuela privada. Había adquirido los usuales hábitos de cortesía y autocomplacencia de las escuelas privadas y tenía una amistad firme con los niños Baker. Por lo tanto, yo no los veía mucho, ni a él ni a los chicos Baker, excepto por un día o dos al principio o al final de las vacaciones, porque su escuela seguía un calendario diferente del que teníamos en nuestra escuela en la misión.

Puesto que ese año, mi primero en la misión, Nyasha estaba en segundo de secundaria, estaba preparando sus primeros exámenes públicos. En realidad, eran sus segundos exámenes de este tipo, porque ya había presentado los exámenes correspondientes al sexto grado de primaria, pero Nyasha les había restado importancia quizás por haber recibido en Inglaterra los beneficios de un programa para impulsar a niños talentosos. Menospreciándose como solía hacerlo, de un modo que la hacía parecer engreída si una no la conocía, Nyasha decía que cualquier persona con una dosis normal de sentido común podía pasar los exámenes de sexto aunque sólo fuera a clases durante una semana. En cambio, los exámenes de secundaria eran diferentes, decía. Necesitaban una verdadera capacidad y determinarían si iba a seguir a la siguiente etapa o si la eliminaban del sistema escolar.

De cualquier forma, esa era la teoría. Pero Nyasha, por ser la hija del director, en realidad no tenía que preocuparse de que la sacaran de la escuela. Podía darse el lujo de reprobar siempre y cuando los resultados no fueran demasiado malos. Incluso con la competencia feroz por los pocos lugares estratégicos del tercer nivel que el gobierno nos cedía, el director habría podido encontrar un lugar en algún lado para su hija. Y si ella reprobaba miserablemente, quizás podría usar sus influencias para que le permitieran repetir el examen. Las autoridades pensaban que Babamukuru era un buen africano. Y en general se creía que los buenos africanos procreaban buenos niños africanos que de igual forma no pensaban más que en servir a sus comunidades. Así que Nyasha, en realidad, no tenía de qué preocuparse.

Nyasha creía que había muchas cosas divertidas en esa situación. Practicar esas formas de nepotismo para sacar ventaja significaría que Babamukuru ya no llenaba los requisitos para ser bueno y, si bien valoraba, si no a sus hijos, al menos la educación de éstos, valoraba aún más ser honorable. Maliciosamente, Nyasha amenazaba con reprobar los exámenes sólo para observar el conflicto o, en sus palabras, para ver qué haría su padre. Pero todos excepto Nyasha sabían que reprobar era una cosa que no sucedería. Estaba estudiando mucho más duro de lo que nunca la había visto. Se despertaba mucho antes

de la hora acostumbrada, de tal forma que cuando el desayuno estaba listo ya había estudiado con gran concentración durante una hora o más. Y en la noche era igual: antes de las ocho estaba acurrucada en la cama con sus libros, aunque casi nunca apagaba la luz antes de la una. Todos estaban de acuerdo con que se estaba excediendo. Se veía retraída y había perdido tanto el apetito que se le reflejaba en todo el cuerpo, por la forma en que los huesos se insinuaban en la superficie, pero a ella no parecía importarle.

Maiguru me pidió que hablara con su hija, porque Nyasha era testaruda y no aceptaba favorablemente la preocupación de su madre.

—¡Esos tornillos sueltos! —me sonrió Maiguru con afecto, enrollando los ojos y haciendo ademanes tan efectivos con las manos que resultaba muy fácil ver qué pasaba en el interior de la cabeza de Nyasha.

Cuando le hablé de su exceso de trabajo, Nyasha me confesó que estaba nerviosa.

—Siento que tengo que estudiar todo y que nunca me lo podré aprender. Así que tengo que pasármela leyendo y memorizando, leyendo y memorizando todo el tiempo para estar segura de que todo me entra —me lanzó una de sus miradas—. Sé que la situación no es tan desesperada, pero me la paso pensando que sí lo es. No puedo evitarlo. Si me detengo por un minuto, me preocupo mucho —por lo tanto, me propuse hablarle con tanta frecuencia como ella me lo permitiera, para distraerla de los exámenes. Sé que dije que todos estaban preocupados por los nervios que Nyasha tenía en la época de exámenes, pero de hecho, no todos lo estaban. Babamukuru estaba muy impresionado por la diligencia de su hija.

—Todavía hay esperanzas —comentaba satisfecho—. Cuando decide ser seria, trabaja muy bien, sí, muy, muy bien.

Por supuesto, Nyasha aprobó en la primera categoría y con el promedio más alto de toda la escuela, pero no supimos esto sino hasta el final de las vacaciones de Navidad. En esa ocasión, yo esperaba las vacaciones con más ansia de lo que solía hacerlo. Aunque me gustaba ir a casa y estar con mi madre y cuidarla un poco, odiaba también dejar la misión y a todos mis amigos y a Nyasha. Pero estas eran las vacaciones de Navidad. Babamukuru y su familia también venían de visita y Babamukuru había aceptado generosamente que me quedara en la misión hasta que nos fuéramos todos juntos.

Muchas cosas buenas surgieron de esto. No sólo me quedaría más tiempo en la misión y estaría acompañada por mis parientes cuando me fuera a casa, de tal modo que no habría despedidas tristes, sino que también tendría la oportunidad de ver más a Chido de lo que lo había visto hasta entonces. Chido era alto, atlético y guapo. Sabía cómo molestarte tan deliciosamente que una se reía, sentía un cosquilleo y se sonrojaba, y adoraba cada instante. Esperaba con gusto que mi primo me molestara y contestarle con coquetería como lo hacían las demás chicas. ¡Si tan sólo mi lengua no se hiciera nudo!

Nyasha había terminado sus exámenes cuando el señor Baker trajo a Chido y a sus hijos a casa. Su apetito había vuelto a la normalidad y dormía apaciblemente cinco o seis horas por noche, en lugar de las tres o cuatro de sueño intermitente que había tenido durante los exámenes. También se reía de ella misma, por haber hecho tal escándalo, y se disculpaba diciendo que era la primera vez que había tenido que hacer algo de importancia; la primera vez que había tenido que hacer algo que tuviera consecuencias serias. Sumando los puntos imaginarios para cada parte de cada pregunta en cada examen, reconocía que quizás había pasado de panzazo. Era gracioso ver la forma en que la disposición de Nyasha nos afectaba a los demás. La casa había estado deprimente durante el periodo de los exámenes, pero para cuando Chido llegó a casa todos nos sentíamos mucho más alegres.

El fin de semana en que regresó Chido era el último fin de semana de nuestro trimestre escolar. Para celebrar, los dirigentes estudiantiles organizaron una “alocada” fiesta de Navidad en Beit Hall, a la que asistimos los tres: Nyasha, Chido y yo. Los ojos de Nyasha habían brillado y centellado desde varios días antes, pues a ella le encantaba “alocarse” y no tenía oportunidad de hacerlo muy a menudo. La noche de la fiesta estaba un poco malhumorada porque cuando terminó de vestirse y de maquillarse, y estaba parada afuera, en la puerta de atrás, esperándonos a todos, Babamukuru no la reconoció. Pensó que era alguien que había venido a solicitar un lugar en la escuela. No podía entender por qué, si era el caso, ella insistía en ser su hija. Cuando por fin lo convenció, la recriminó. Quería saber adónde creía su hija que iba a ir vestida de esa forma tan profana y le dijo que, de hecho, no iba a ir a ninguna parte, pensara lo que pensara. En ese momento, apareció Maiguru y le preguntó inocentemente a Babamukuru si estaba orgulloso de lo bien que se veía su hija.

—Le compré ese vestido por lo duro que estudió para los exámenes —sonrió Maiguru de oreja a oreja y se las ingenió para permanecer sonriendo mientras su esposo la acusaba débilmente de comprometer la decencia de su hija. Chido y yo no pensábamos que fuera algo muy serio, porque Nyasha lucía muy atractiva y eso, le comentamos a ella, era lo que le molestaba a Babamukuru. Nos reímos y le dijimos en son de broma:

—Es tu culpa. ¿Qué esperas si insistes en vestirse así?

—Ten cuidado cuando llegues a Beit Hall porque los chicos te pueden comer viva —se veía que no sabía si ser amable o mostrarse resentida. Al final condescendió y se unió a nuestra risa, lo que hizo que Chido se pusiera serio y le dijera que Babamukuru tenía razón, que ella debería aprovechar al máximo la poca decencia que tenía. ¡Pobre Chido! Creo que se sentía obligado a continuar la tradición con el típico estilo no analítico de los hombres, porque cuando nos rehusamos a someternos y en cambio nos reímos de él,

regresó a su carácter amable de siempre.

Este regocijo nos acompañó por la vereda y subiendo por el camino donde las pálidas bauhinias de las orillas centellaban como fantasmas a la luz de la luna y en una ocasión menos jovial habrían sido aterradoras, y durante todo el trayecto hasta el Beit Hall, donde el estrépito de las guitarras eléctricas y las percusiones reproducidas con muy poca fidelidad en el viejo sistema de sonido hizo que ya no tuviera sentido que siguiéramos hablando. Nos apuramos a entrar a las luces, la música, la gente y el baile.

He dicho que no solía ir con frecuencia a esos bailes. Prefería los debates y los cineclubes, donde podía concentrarme con tranquilidad en lo que sucedía; los bailes, con el ruido y las excitadas multitudes movedizas y bulliciosas, me abrumaban. Yo no era como Nyasha, que era capaz de olvidar a tal grado dónde estaba que podía hacer todo lo que quisiera y por lo tanto solía hacerlo bien. Yo siempre estaba consciente de lo que me rodeaba. Cuando el entorno era nuevo y desconocido, esa conciencia era dolorosa y me hacía comportarme de modo muy extraño. En dichas ocasiones, deseaba tanto desaparecer que para todo fin práctico dejaba de existir. Las personas que me pescaban en ese estado y tenían la mala suerte de tener que hablar conmigo, no podían sacarme más que una sonrisa congraciante o una retahíla de trivialidades que ni siquiera pasaba por una charla insignificante. Estas conversaciones constituían una dura experiencia para mí y para la persona con la que estuviera hablando. No sé cómo llegué a ser así. Si lo recuerdan bien, cuando yo estaba en casa, antes de venir a la misión, podía decirle a la gente lo que pensaba y hacer valer mis opiniones. Así que supongo que a pesar de mi éxito y de haberme adaptado bien, ir a la misión fue un cambio tan drástico que me alteró. De cualquier modo, me había vuelto muy insegura. El baile iba a ser una severa prueba.

Durante los primeros diez minutos estuve segura de que la iba a pasar pésimo. Cuando entramos, el sonido me sacudió todo el cuerpo, desde el cabello hasta las uñas de los pies. Debe haber sido algo relacionado con las frecuencias dominantes de esa canción en particular, porque sentí como si tuviera varios cientos de voltios retozando a través de mis terminaciones nerviosas. A la distancia, percibí que Nyaradzo y sus hermanos, todos con el cabello al aire, dientes sonrientes en rostros nebulosos y manos extendidas, se nos acercaron de repente. Cuando reaccioné, estaba sola. Andy, después de apropiarse de Nyasha, echaba sus hombros hacia atrás y movía los pies en un entusiasta contrapunto a los movimientos ondulantes de mi prima. Nyaradzo y Chido se balanceaban con un ritmo calmado, mientras que Brian, quien había percibido que yo era un fiasco, hacía lo suyo junto a ellos. Viendo que Jocelyn y Maidei estaban del otro lado del salón, me dirigí a ellas, esquivando los cuerpos conscientes del compás y apenas salvándome de perder un ojo cuando un bailarín atlético y vigoroso se adueñó del ritmo que había en el aire. Cuando llegué con mis amigas, ya estaba sudando, porque todos estaban acalorados y transpirando debido a sus esfuerzos, y el salón completo ya se había calentado y humedecido. Pero me dio gusto haber encontrado a mis amigas. Estaban tan sorprendidas como yo de encontrarme en este tipo de reunión y me aislaron de sus aspectos más siniestros y orgiásticos. Bailando con discreción en bola, reímos y señalamos a las parejas heterosexuales que se habían acercado temerariamente. Con la seguridad que me propiciaba el grupo pude escuchar la música y convencerme de que era en definitiva contagiosa. Mis pies comenzaron a deslizarse, resbalarse y taconear espontáneos. El resto de mi cuerpo siguió el ejemplo. Para mi sorpresa, descubrí que podía bailar bastante bien. Me tenía que lucir. Revoloteando en torno a Nyasha y Andy, les demostré unos cuantos pasos complicados y seguí bailoteando hacia Nyaradzo, Chido y Brian.

Después de eso bailé con cientos de personas. Tres chicos se me acercaron para decirme que les gustaba, pero por su forma de hablar yo podía ver que sólo se gustaban a sí mismos. Me sentía satisfecha. Mi faceta social salió bien librada y me divertí tremendamente, pero a las diez de la noche estaba tan agotada que me dio gusto partir cuando Chido me llamó. Nyasha, como siempre, quería comenzar de nuevo y seguir bailando toda la noche. Se arrastró hacia la salida con renuencia. Andy la acompañó a casa, o mejor dicho la llevó bailando, porque los dos iban dando cabriolas, retozando y cantando al falsete por todo el camino. Entonces, al llegar a nuestra entrada, Andy recordó que había este nuevo paso que le tenía que enseñar a Nyasha y Nyasha sentía que no iba a poder dormir si no se lo aprendía de inmediato. Chido y yo los esperamos un rato a que terminaran de reírse y de brincotear, de equivocarse y de volver a empezar. Andy nos dijo que también debíamos aprenderlo, pero Chido se estaba impacientando.

—No-o-o, ya párenle —respondió.

—Ya casi lo tengo —gritó Nyasha, pero resultó que se había vuelto a equivocar y tenía que empezar de nuevo toda la secuencia.

—Es mejor que entremos —sugerí, porque me dolían los pies por el ejercicio desacostumbrado.

—No podemos —se opuso Chido—. Las luces de la sala están prendidas. Papá todavía está despierto.

—Entonces hay que caminar despacito —persistí, ansiosa de meterme en la cama.

Nos aburríamos de esperar y nos asomamos por las cortinas de la sala para ver si Babamukuru estaba ahí, justo en el instante en que él las abría un par de pulgadas para asomarse también. Por supuesto, nos escabullimos para escondernos, tragándonos las carcajadas y felicitándonos de tener tanta suerte. Por supuesto, Babamukuru nos vio y abrió rechinando la puerta de atrás para preguntarnos:

—¿Qué están haciendo, niños? —con una voz estentórea que no permitía ninguna desobediencia—. Vamos, vamos, entren de inmediato —ordenó. Entramos tímidamente, deseando que Nyasha nos siguiera de

inmediato, porque Babamukuru todavía no estaba enojado, pero nuestro corazón se consternó cuando la oímos echar relajo desde el otro extremo de la entrada.

—Ah, qué niños traviesos –comentó mi tío con cordialidad, comenzando a cerrar la puerta. ¡Tan tarde en la calle! ¡Ts-ts-ts! Así no se portan los muchachos decentes. ¿Y Nyasha? –nos preguntó, al darse cuenta de su ausencia.

—Ahí viene –contestó brevemente Chido-. Buenas noches, papá –dijo, tratando de escaparse a su recámara, pero Babamukuru no iba a tolerar nada de eso.

—Óyeme, Chido... ¿Quieres decir que dejaste a tu hermana allá afuera para hacer lo que quiera?

—No, papá –Chido respondió condescendiente-. Está afuera, hablando con Nyaradzo. No tarda.

Babamukuru salió de la casa sin emitir una sola palabra. Nosotros volamos a nuestras recámaras. Desde mi cuarto, oí que Babamukuru regresó a la sala y se puso a arreglar sus papeles. Diez minutos después Nyasha entró a la recámara, seguida casi de inmediato por Babamukuru, que estaba tan alterado que ni siquiera tocó para entrar, así que me alegré de que ya estaba metida en las sábanas con mi pijama y no apenas desvestiéndome. Nyasha metió la pantimedia que se acababa de quitar abajo de la cama y se jaló el vestido, que era tan corto que no necesitaba que lo jalaran mucho. Se vieron a los ojos.

—Umm, Nyasha –comenzó Babamukuru- ¿puedes decirme por qué regresaste tan tarde? –la examinó como si ella fuera un testarudo presupuesto que se rehusaba a dar un balance positivo.

—Lo siento, papito –contestó Nyasha-. Estaba hablando con unos amigos.

—¿Es que Chido y tu prima no tienen amigos con quienes hablar? –preguntó lógicamente-. ¿Qué tipo de amigos son estos que te pasas la noche hablando con ellos? Los buenos amigos saben cuándo es tarde y es hora de regresar a casa.

Nyasha enmudeció.

—Contéstame, niña –insistió Babamukuru-. ¿Qué no me oyes que te estoy hablando? ¿Qué los otros no tienen amigos?

—Sí, sí tienen amigos –murmuró Nyasha, enfurruñada.

—¿Y entonces por qué eres tú la única que se quedó afuera tan tarde? –le preguntó Babamukuru y él mismo respondió triunfante-: Estás mintiendo. No estabas hablando con amigos. Estabas hablando con ese chico Baker. Te vi con mis propios ojos. ¡Te vi! ¿Qué estabas haciendo?

Nyasha no se dio por vencida, lo que no fue muy sensato.

—Sólo estaba platicando. Y bailando –explicó-. Me estaba enseñando un nuevo paso.

Babamukuru estaba escandalizado.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? ¡Qué tonterías te atreves a poner en mis oídos! Tambudzai, sal del cuarto. Quiero arreglar este asunto con ella.

—¡No estaba haciendo nada malo! –insistió Nyasha.

La atmósfera en la recámara se estaba tornando hostil y la comunicación, tangencial. Las voces estaban subiendo de volumen y amenazaban con reventar. Bajándome de la cama supe que tenía que hacer algo, porque se notaba que ya querían comerse vivos. Desperté a Maiguru y no tuve que darle muchas explicaciones porque podíamos oírlos a través del pasillo, acusándose mutuamente y replicando, condenándose con amargura y resistiendo testarudos. Maiguru brincó de la cama y se puso la bata y las pantuflas, murmurando todo el tiempo algo acerca de sus nervios y de cómo los habitantes de esa casa la iban a matar un día de éstos. Nos apresuramos a la recámara y en el pasillo nos encontramos a Chido, que se veía molesto y desconcertado.

—¡Qué estúpida! –susurró-. ¿Por qué siempre se le tiene que enfrentar?

—Ninguna chica decente se quedaría afuera y sola, sola con un muchacho, a estas horas de la noche – Babamukuru insistía con una vibrante voz de tenor-. Pero tú lo hiciste. Te vi. ¿Crees que estoy mintiendo? ¿Que mis ojos mienten?

Por desgracia, Nyasha seguía sin arrepentirse.

—¿Qué quieres que te diga? –le preguntó-. Quieres que reconozca que soy culpable, ¿verdad? Está bien. Lo estaba haciendo, lo que sea a lo que te estés refiriendo. Ahí está. Ya confesé.

—No me hables así, niña –le advirtió Babamukuru-. Debes respetarme. Soy tu padre. Y en esa función te advierto, te-lo-advierto, que no me gusta la forma en que siempre andas con esos... umm... muchachos. Hoy éste, mañana aquél. ¿Qué te pasa, niña? ¿Por qué no te puedes comportar como una muchacha de un hogar decente? ¿Qué dirá la gente cuando vean a la hija de Sigauke portándose así?

Quiero pensar que Nyasha en verdad creyó que la confrontación había dado un giro conciliatorio. Sonrió pensando que el número de sus conocidos varones era lo que podría tranquilizar a su padre.

—Ya me conoces –le dijo, pero por supuesto estaba equivocada-. Tú me enseñaste cómo debo comportarme. Yo no me preocupo por lo que piensa la gente, así que tú tampoco debes hacerlo –tampoco conocía a su padre, porque cualquiera que lo conociera hubiera iniciado la retirada en ese momento.

—No me provoques –le suplicó Babamukuru. Armándose de valor, Chido intentó ayudar.

—Sólo estaban platicando un rato, papá –dijo, pero se le ordenó callar.

—Tú, Chido, cállate –Babamukuru respondió cortante-. Tú dejaste que tu hermana se portara como una puta sin decir nada. Cállate.

—Babawa Chido —comenzó Maiguru, pero de inmediato fue silenciada.

En momentos como éstos, Nyasha se tranquilizaba extrañamente.

—¿Por qué —preguntó al aire— debería preocuparme sobre lo que dice la gente cuando mi propio padre dice que soy una puta? —lo miró con ganas de matarlo.

—Nyasha, cállate —le aconsejó Chido.

—Chido, ya te dije que no te metas —le recordó Babamukuru, tomando tal fuerza de su interior que colocó todo su peso detrás de la cachetada que le dio a Nyasha—. Nunca —susurró—. Nunca —repitió, golpeándola en la otra mejilla con el dorso de la mano— me vuelvas a hablar así.

Nyasha cayó sobre la cama y su minúscula falda se le subió hasta el trasero. Babamukuru se paró a su lado, inflando la nariz para jalar más aire.

—Hoy te voy a enseñar una lección —le dijo—. ¿Cómo puedes andar por ahí deshonrándome? ¡A mí! ¡Y de esa forma! No, no puedes hacerlo. En esta misión se me respeta. No puedo tener una hija que se comporta como puta.

Nyasha era capaz de aclarar que según la propia definición de su padre eso es lo que era, pero no lo hizo.

—No me pegues, papito —le dijo, retrocediendo—. No estaba haciendo nada malo. No me pegues.

—¡Yuwi, yuwi, yuwi! —se quejó Maiguru en shona—. Babawa Chido, ¿me quieres matar con tu furia? Es sólo una niña, Babawa Chido, una niña.

—Debes aprender a ser obediente —le dijo Babamukuru a Nyasha y la golpeó de nuevo.

—Te dije que no me pegaras —respondió Nyasha, dándole un puñetazo en el ojo.

Babamukuru bramó y resopló que si Nyasha se iba a portar como hombre, entonces, por su madre que descansaba en la tumba, iba a pelear con ella como tal. Se tumbaron al piso y Babamukuru, alternadamente, golpeó la cabeza de Nyasha y la azotó contra el suelo, gritando o intentando gritar —pero sólo dando chillidos, pues se le había cerrado la garganta por la rabia— que la iba a matar con sus propias manos, mientras que Nyasha, gritaba, se revolcaba y hacía todo el daño que podía. Maiguru y Chido ya no pudieron aguantar e intervinieron. Lo sujetaron.

—No, *Babawa Chido, kani* —suplicó Maiguru—. Si tienes que matar a alguien, mátame a mí. Pero no a mi hija, no, déjala en paz. Por favor, te lo ruego, déjala ya.

Babamukuru insistió en que iba a matar a Nyasha y después se iba a ahorcar.

—Ha osado —dijo, sudando por todos lados y con el pecho hinchado por la magnitud de la idea— alzar el puño en mi contra. Se ha atrevido a desafiarme. ¡A mí! ¡A su padre! Te digo —y comenzó a pelear de nuevo— te digo que no vivirá. No puede haber dos hombres en esta casa. Ni siquiera Chido, ¿escuchas eso Nyasha? Ni siquiera tu hermano que está ahí parado se atreve a desafiar mi autoridad. ¿Oyes lo que te estoy diciendo? ¿Lo oyes? Tu salvación radica en que te largues de mi casa. Para siempre. De otro modo... —le escupió en la cara porque como lo seguían deteniendo, no podía volver a golpearla—, de otro modo, te... voy... a... matar —volvió a escupir. Nyasha se levantó del suelo y se salió del cuarto—. Se va. Simplemente se para y se va. ¡Qué soberbia es! Ese es su problema. Es una niña soberbia. ¡*Tfuu!* ¡*Sis!* No es mi hija.

—Sí, Baba, ya oímos —lo calmó Maiguru. Chido no dijo nada pero se aseguró de seguirlo deteniendo.

—Nyasha —le dije cuando pasó enfrente de mí, pero no me respondió. La seguí a las habitaciones de los sirvientes y ahí nos sentamos, ella fumando un cigarrillo que sostenía entre sus temblorosos dedos y yo sintiéndome muy mal por ella, pensando que esa escena me había resultado espantosamente familiar: Babamukuru había sentenciado a Nyasha a la condición de puta y haciéndola víctima de su condición de mujer, igual que en casa, en la época en que Nhamo asistía a la escuela y yo cultivaba mi maíz; yo me había sentido victimizada. La victimización, me di cuenta, era universal. No dependía ni de la pobreza, ni de la falta de educación ni de la tradición. No dependía de las cosas de las que yo creía que dependía. Los hombres la llevaban consigo a todas partes. Hasta los héroes como Babamukuru la ejercían. Y ese era el problema. Una tenía que admitir que Nyasha no tenía tacto. Una tenía que admitir que era demasiado voluble y testaruda. Una no podía pasar por alto el hecho de que no respetaba a Babamukuru, cuando lo debía respetar muchísimo. Pero lo que no me gustaba era la manera en que todos los conflictos regresaban a esta cuestión de la condición de mujer. Ser mujer como algo contrario e inferior a ser hombre.

Si en ese entonces hubiera tenido mayor independencia de pensamiento, hubiera reflexionado sobre este asunto hasta llegar a una conclusión. Pero en esos tiempos se me hacía fácil dejar anudadas mis enredadas ideas, con los cabos sueltos colgando. No quería explorar los traicioneros laberintos a los que conducían esas ideas. No quería llegar al final de esos laberintos porque ahí, lo sabía bien, me encontraría a mí misma y tenía miedo de no reconocermé después de haber tomado tantas direcciones distintas. Comenzaba a sospechar que no era la persona que se esperaba que fuera y tomaba esto como prueba de que me había equivocado de camino en algún lugar. Así que para volver a agarrar el sendero correcto, me refugié en la imagen de la agradecida pariente pobre. Eso me facilitaba mucho las cosas. Me trazaba claramente los caminos por los que podía o no podía andar y, si me quedaba dentro de esos límites, era capaz de evitar los laberintos de la confrontación conmigo misma. Al menos así había ocurrido cuando llegué por primera vez a la misión. Pero como me había encariñado con Nyasha —Nyasha, quien florecía en las inconsistencias y a quien le gustaba registrarlas de tal modo que podía dirigir su atención al siguiente grupo de problemas con la esperanza de encontrar soluciones fundamentales— ahora tenía que revisar mi forma de pensar. Mientras

que en los años que siguieron a mi regreso la escuela me había conformado con dejar pasar de largo los acontecimientos, siempre que no interfirieran con mis planes, la forma en que Nyasha respondía a los retos me recordaba la intensidad y la determinación con las que yo había vivido los primeros años de mi vida. Me avergoncé de mi insipidez adquirida, pero no me permití atormentarme con ella, ni tampoco insistí en sacar conclusiones inmediatas. En la misión me sentía segura bajo la sombra de Babamukuru y no podía comprender por qué Nyasha encontraba esa sombra tan amenazadora. Cómoda en la envoltura de la preocupación de Maiguru y creciendo en la presencia de la estimulante compañía de Nyasha, pensé que había tiempo suficiente para ver qué sucedería, para decidir qué era lo que se necesitaba hacer. Pensé que sería sensato conservar mis energías, a diferencia de mi prima, que se estaba consumiendo. Se lo dejé saber: ¿no podía esperar a remarcar los puntos que ella creía necesarios? Pero ella pensaba que si se esperaba iba a olvidar cuáles eran esos puntos.

—Llega a suceder -me aseguró-. Una vive muy cómoda y se acostumbra a cómo son las cosas. Mírame a mí. En Inglaterra me sentía a gusto, pero ahora soy una puta de costumbres sucias.

—Pero Nyasha... -comencé a decir.

—Ya lo sé -me interrumpió-. Ya no estamos en Inglaterra y me debería adaptar. Pero cuando una ha visto cosas diferentes quiere estar segura de que se está adaptando a las cosas correctas. Una no puede pasarse todo el tiempo siendo lo que es necesario ser. Tiene una que tener un poco de convicción y yo estoy convencida de que no quiero vivir oprimida por nadie. No está bien que nadie viva así. Pero cuando una se acostumbra... pues, bueno... sólo parece natural seguir así. Y ahí se acaba una. Cae en la trampa. Ellos controlan todo lo que una hace.

Suspiré, deseando que apagara su cigarrillo, porque los problemas habían sido suficientes por una noche. Todo era muy desagradable pero no había nada que yo pudiera hacer. Me alegré cuando llegó Chido a acompañarme.

—Regresen a la casa -dijo.

Nyasha quería terminarse el cigarrillo, pero Chido estaba nervioso y, por supuesto, no aprobaba ese vicio. Le arrebató el cigarro y lo desbarató.

—Nyasha -gritó angustiada Maiguru desde la puerta de atrás-. Chido, Chido. ¿La encontraste?

—Ahí viene, mamá -respondió Chido, ayudando a Nyasha a ponerse de pie-. No la angusties más -le dijo a su hermana-. No lo necesita.

—¿Y yo? -respondió Nyasha quejumbrosa-. ¿A alguien le importa lo que yo necesito?

Por supuesto, creímos que estaba enfurruñada.

—Tú eres la hija -le informó Chido-. Hay ciertas cosas que nunca debes hacer.

El alivio de Maiguru se manifestó en todo su rostro cuando Nyasha entró en la casa. Por instinto, sus brazos se extendieron hacia su hija, pero la hija la pasó de largo en un despiadado repudio. Los brazos de Maiguru se abatieron.

—Buenas noches, Nyasha -le dijo.

Durante una semana, Nyasha se aisló y Babamukuru se alejó de la casa. Ni siquiera venía a comer, pero como no perdió mucho peso, yo deduje que Maiguru lo estaba instando a comer cuando nosotras ya estábamos en la cama, o en otros momentos cuando nosotras no los podíamos ver. ¡Cómo sufrieron... los dos! A pesar de haber disciplinado a la hija con un sermón de una hora y con catorce latigazos, porque tenía catorce años, en la sala y con Maiguru presente, Babamukuru todavía estaba dolido. Pero yo estaba más preocupada por Nyasha, porque Babamukuru tenía a Maiguru para cuidarlo y el consuelo de saber que Nyasha estaba equivocada. La sensación general era de que Nyasha seguía molesta porque no se había podido salir con la suya. Pero yo que estaba más cerca de ella que todos los demás, pude percibir el conflicto por el que mi prima estaba pasando, el de ser ella contra la sumisión y el contenido del pecado. Aunque yo no comprendía su angustia -porque en esa época todavía tenía muy clara la distinción entre el bien y el mal, entre lo que era y lo que no era pecado, y seguía muy de cerca las pautas que nos habían marcado en la Escuela Dominical- me preocupaba el efecto que toda la situación estaba teniendo sobre mi prima. No sólo había dejado de hablarnos, sino que se tornaba cada vez más ensimismada y se aislaba de nosotros. Se estaba retrayendo en un mundo privado al que no podíamos acceder. Algunas veces, cuando hablaba con ella, más que preferir no contestarme, simplemente no me escuchaba. Una vez, cuando pasé mi mano enfrente de sus ojos, tampoco me vio y tuve que gritarle muy fuerte para hacerla regresar.

Maiguru se daba cuenta de que la situación era muy seria, pero no sabía qué hacer.

—¿Sabes? -me dijo un día que estábamos comiendo solas, porque Nyasha había dejado de comer otra vez y Chido acostumbraba comer con los Baker-. ¿Sabes? -me dijo, al borde de las lágrimas y avergonzándose en gran medida, porque yo no habría sabido qué hacer si mi tía hubiera sucumbido a su tristeza-, tu tío los estaba esperando para poder soltar a los perros. Ya sabes qué bravos son. Por eso no los soltó. Yo le dije, deja que Chido los saque cuando regresen, pero me contestó que prefería hacerlo él mismo, para estar seguro. Así es él. Nunca duerme hasta que ustedes regresan de sus actividades y siempre lo oculta con uno u otro pretexto. Pero lo conozco. Y ahora está dolido y Nyasha también y en verdad, hija mía, sólo Dios sabe cómo va a terminar todo. Para decirte la verdad, me aterra, porque no hay que jugar con estos sentimientos tempestuosos, hay que manejarlos con delicadeza, pero esos dos, esos dos siempre se están haciendo

pedazos.

Esa noche, cuando ya estábamos a oscuras en la cama, le platicué a Nyasha lo que me había dicho Maiguru. Hablé y hablé sobre muchas cosas, hablando en la oscuridad, sin saber si me estaba escuchando o no. Le platicué de cómo había llegado a estar en una clase en la que yo era la mayor por dos años, sobre mi padre y Nhamo y mi maizal. Después le conté lo que Maiguru me había dicho.

Ella comprendió.

—Lo sé -me dijo-. Pasa lo mismo en todos lados. Pero él no tiene derecho de tratarme así, como si yo fuera agua que puede verter donde él quiera. Yo sé que debo confiar en él y obedecerlo y todo eso, pero, en verdad, no tiene derecho -sollozó, dejando salir su dolor a borbotones. Comprendí que sufría por lo que había perdido cuando golpeó a su padre, así que la dejé un rato y después me metí en su cama, nos acurrucamos y nos quedamos dormidas.

La mañana siguiente a Maiguru no le gustó encontrarnos juntas en la cama, pero no pudo objetar que Nyasha se estaba sintiendo mejor, por lo que no dijo nada. Yo sabía que Nyasha estaba bien porque me dijo, tratando de exagerar y de hacer su mueca típica:

—Gracias, Tambu. Me salvaste la vida.

Su periodo le llegó al día siguiente, con nueve días de anticipación.

—Ojalá lo hubiera hecho -me dijo, blandiendo un tampón enfrente de mí- pero a este paso, lo único que llegará alguna vez hasta ahí es esto. ¡Francamente, hasta en el día de mi boda sólo se sentirán contentos si prometo no disfrutarlo! -estuve de acuerdo con ella. No sabíamos ni de lo que estábamos hablando, pero estábamos impresionadas con nosotras mismas por ser tan avanzadas. Nos reímos como histéricas, pero mi alborozo no duró mucho, porque ahora que Nyasha estaba bien, yo sentí lástima por mi tío, quien no podría derramar las lágrimas que se llevarían su dolor. Sin embargo, seguía impresionada con la resiliencia de Nyasha. Lo que más le admiraba era su capacidad para perdonarse a sí misma. Estaba por completo segura de que de haber sido yo la que golpeará a mi padre, habría cumplido las amenazas de Babamukuru y me habría ahorcado.

Siete

El 23 de diciembre, mis tíos, Nyasha y yo fuimos a casa a pasar la Navidad. Chido se libró de ir porque uno de sus compañeros -cuyos padres tenían un rancho en el Valle Zambezi- lo había invitado a ir de cacería. En realidad, su amigo vivía en Umtali, lo que facilitaba las cosas, pues podía ir a recoger, de paso al Zambezi, a Chido y a los muchachos Baker al día siguiente de Navidad. Babamukuru se sentía decepcionado de que Chido hubiera preferido ir a Chirundu en lugar de acompañarlos al *homestead*. Incluso se ofreció a llevar a su hijo de nuevo a la misión el día 26 pero Chido no sabía exactamente a qué horas iban a pasar por él, por lo que este arreglo no era posible: en definitiva no podía ir a casa. En realidad no se le podía culpar por no querer ir, porque ya era demasiado grande -todos lo éramos y demasiado civilizados, también- para disfrutar cosas como comer *matamba* y *nhengeni* e ir al Nyamarira. Y además Chido ya no tendría compañía, lo que haría su estancia doblemente depresiva. Así que se quedó a pasar la Navidad con los muchachos Baker y ellos, como siempre, estaban encantados de tenerlo. Nyaradzo, sospecho, estaba tan encantada como sus hermanos, porque ella pensaba que mi primo era buena onda, apuesto y excitante.

Nyasha tampoco quería ir a casa esa Navidad, lo que me hizo sentir aprensiva pues había la posibilidad de que hubiera otra de nuestras sangrientas escenas familiares. Maiguru intentó convencerla, pero ahora hasta ella se mostró petulante:

—¿Sólo porque Chido no va tú crees que te puedes quedar? -le preguntó bruscamente a su hija y no le creyó cuando Nyasha, haciendo un puchero, le respondió que Chido no tenía nada que ver.

—¿Pero qué tenemos nosotros de especial? -preguntó- Babamunini no ha ido a casa en años. Y tampoco Tete. ¿Por qué tenemos nosotros que mantener vivo el fuego del hogar?

—Ya estás diciendo tonterías -le dijo Maiguru. Su voz fue más cortante de lo necesario y, recordando aquellos días ahora que puedo percibir las repercusiones, creo que fue porque ella tampoco quería ir-. Babamunini estuvo en casa el año en que regresamos y eso fue sólo hace tres años. Y en cuanto a Tete, piensa bien, Nyasha. ¿Cómo puede Tete ir a casa de su padre si es la esposa de alguien más?

Yo creía que Nyasha simplemente estaba siendo provocativa. Puesto que había estado tan tranquila desde aquella noche terrible, yo creía que ella estaba aburrida y necesitaba un poco de emociones porque, en verdad, no podría haber pasado dos semanas del todo sola en esa casa. Según yo, al final del primer día se habría muerto de miedo. Pero Nyasha se rio y me preguntó si yo había escuchado alguna vez la expresión "tan seguro como una casa".

—Especialmente, una casa en la misión -agregó con sarcasmo, lo que era extraño, pues debería haberse sentido complacida con eso. Sin embargo, cuando hablaba así, podía imaginarme que se las arreglaría muy bien sola, despertando cuando quisiera, comiendo como se le antojara, leyendo, tejiendo, haciendo el jardín o visitando a Nyaradzo cuando tuviera el ánimo para hacerlo.

Pero por supuesto, Babamukuru no lo permitió.

—Ninguna hija mía -decretó- se quedará sola en una casa. Nunca se ha hecho algo así -Nyasha fue rápida en responder que no estaría del todo sola, pues oficialmente Sylvester estaría trabajando en el jardín excepto por el día de Navidad y el día siguiente. Esto molestó mucho a mis tíos e incluso yo -para evitar sentirme también molesta con ella- tuve que recordar que Nyasha no tenía tacto.

Nos estábamos preparando para la batalla, Babamukuru con amenazas y recriminaciones, Maiguru con súplicas y lisonjas, yo intentando mostrarle lo que se iba a perder si no venía a casa, lo que resultaba difícil pues no había mucho en el *homestead* para tentar a Nyasha a dejar la misión. Sin embargo, para sorpresa de todos, Nyasha no insistió. Después de haber anunciado su deseo, cedió muy dignamente y fuimos entonces, según nuestros antiguos parámetros, un grupito alegre que se dirigió esa tarde de diciembre de 1969 al *homestead*.

Baba y Maiguru se sentaron adelante, Nyasha, Anna y yo atrás, entre las provisiones. La parte de atrás del auto y la cajuela iban retacadas de comida y artículos de primera necesidad: la mitad de un buey cortado en pedazos para que cupiera, libras de harina, docenas de hogazas de pan y bollos, bastante margarina, azúcar y té. Había paquetes de leche en polvo, botellas de aceite de cocina, jugo de naranja y crema de cacahuete, botes de mermelada, latas de parafina, jabón y detergente. De hecho, llevábamos todo lo que se necesitaba para la estancia de dos semanas y mucho más, pues Babamukuru siempre suministraba no sólo la comida de Navidad sino la Navidad misma para todos los miembros del clan que asistieran durante el tiempo que se reunieran. No teníamos Santa Claus, pero sí teníamos a Babamukuru.

Maiguru se iba quejando de que la mitad de un buey era demasiada carne, y yo supuse que había tenido algún desacuerdo con Babamukuru sobre algún asunto serio, pues no era usual que se quejara. Pero

tampoco era usual pensar que ella no estuviera de acuerdo con Babamukuru, así que decidí que la ignorancia masculina de Babamukuru acerca de tales tareas propias de una esposa había sido la causa de que comprara demasiada carne.

—Ma'Chido -preguntó, sin molestarse en ocultar su irritación-. Si yo, como la cabeza de la familia, no suministro comida, ¿quién lo hará? ¿Quieres que Jeremiah vaya al *kraal* para matar un buey cuando sabes que le he prohibido sacrificar a esos animales?

—Un buey completo sería demasiado -señaló Maiguru en forma lógica-. Incluso una mitad es demasiado. A lo que me opongo es al modo en que todos esperan que yo pase todo mi tiempo cocinando para ellos. Cuando tú suministras tanta comida, yo termino de esclava de todos -continuó obstinadamente y trató de expiar su obstinación sonando cansada y débil.

—No te preocupes por eso -Babamukuru descartó con gentileza su punto de vista-. ¡Aquí están todas estas niñas para ayudarte! Te las arreglarás bien. ¡Nyasha! ¡Tambudzai! ¿Ven ese río, niñas? Ahí es donde yo solía darle de beber al ganado cuando era pastor en la granja de Mandigumbura. ¡Mandigumbura! Su verdadero nombre era Montgomery, pero lo llamábamos Mandigumbura. En verdad solía hacer eso. ¡Ay! El tipo era cruel, pero fue un buen entrenamiento. Era un buen granjero. Cuando me fui a la misión ya sabía cómo trabajar duro. Era un muchacho responsable por el entrenamiento que recibí de Mandigumbura. ¡Mandigumbura! ¡Ja, ja! -Babamukuru dio una risotada al recordar su niñez y comenzó a tararear una canción, uno de sus himnos favoritos. Era una buena señal oírlo tararear de ese modo con su simple voz de bajo, pues no lo había escuchado tararear desde el pleito con Nyasha, ni siquiera en la noche en su recámara, donde él y Maiguru acostumbraban rezar sus oraciones nocturnas si Babamukuru no había estado en casa a tiempo para orar con nosotros antes de irnos a dormir. Inexplicable e inusualmente, Babamukuru estaba contento. Libre de tensiones y de muy buen humor se veía más joven y más adorable que en la misión.

Conforme nos acercábamos al *homestead*, repetí las comparaciones que había hecho aquel primer día cuando me fui a la misión pero ahora en sentido inverso. Lo que vi me dificultó tratar de entender a Babamukuru. Hasta donde podía ver, el único afecto que una podía sentir por ese recinto tenía que surgir de la lealtad. No me podía imaginar a nadie que en verdad quisiera ir ahí, a menos que, como yo, fuera a ver a su madre. En esta ocasión el *homestead* se veía peor que de costumbre. Y lo más descorazonador era que no necesariamente se tenía que ver así. El techo de paja de la cocina se caía a pedazos en tantos lugares que iba a resultar difícil encontrar un sitio seco adentro cuando lloviera. Enormes agujeros se abrían en los muros de adobe del *tsapi*, los cuales se estaban desmoronando, y el *hozi* no era más que el recordatorio de un refugio, por lo que me pregunté en dónde estaría durmiendo Takesure. Cuando fui a la letrina que alguna vez fue muy útil pues se construyó bajo la supervisión de Babamukuru y con sus finanzas, en un lugar alejado de las chozas, casi vomito. Al construirla, se había hecho una fosa profunda para la letrina y los agujeros no eran ni demasiado anchos ni demasiado angostos. Al principio, cuando mi madre había insistido en que yo tenía que lavarla a diario cuando sobraba agua, nunca había olido feo y sus muros de yeso rosa siempre se veían de un rosa saludable. Pero ahora las heces y la orina contaminaban cada una de las superficies, así que resultaba imposible encontrar un lugar donde acomodar los pies y una tenía la tentación de ni siquiera molestarse en encontrar el camino a los agujeros. Pálidos y brillantes gusanos horadaban en exceso las heces y los muros ahora estaban amarillentos. Enormes moscas color azul botella con nauseabundas cabezas anaranjadas zumbaban exasperantemente alrededor de mi ano cuando me ponía en cuclillas.

—¿Por qué ya no limpian el excusado? -le reproché a mi madre, molesta con ella porque siempre me recordaba, con su total abatimiento y falta de respeto por sí misma, que huir era una necesidad apremiante.

Se alzó de hombros y me dio un consejo muy acertado:

—Límpialo tú misma si lo quieres limpio.

Y sí limpié la letrina, con la ayuda de Nyasha. No es que yo se lo haya pedido -me daba mucha vergüenza hacerlo- pero ella estuvo de acuerdo conmigo en que se tenía que limpiar, así que eso fue lo que hicimos. Pero después nunca se mantuvo en verdad saludablemente limpia, así que Nyasha y yo regresamos a los arbustos, como solíamos hacerlo antes de que se construyera la letrina. Reflexioné sobre esto durante algún tiempo y decidí que no tenía por qué sentirme mal de boicotear nuestro excusado, pues al día siguiente que llegamos Babamukuru se puso un viejo par de pantalones color caqui e hizo que mi padre y Takesure lo ayudaran a arreglar el techo del *hozi*, aunque él no dormía ahí.

La conversación que tuve con mi madre sobre el excusado ocurrió cuatro o cinco días después de nuestra llegada. El día que llegamos, cuando el auto se detuvo bajo la sombra de los árboles de mango, fuimos recibidos por un silencio deprimente. Cuando por fin alguien salió a darnos la bienvenida sólo fueron Netsai y Rambanai, más desnudas que vestidas en sus batas harapientas, con las piernas, los brazos e incluso el pelo y la cara grises de mugre. Mugrosas y polvosas nos dieron un abrazo, envolviendo con sus brazos primero a Babamukuru, después a Maiguru, a Nyasha y a mí, y finalmente a Anna:

—Ya llegaste, Babamukuru. Ya llegaste, Maiguru. Ya llegaste, Sisi Nyasha -y así hasta que nos abrazaron ritualmente a todos.

—Sí, sí, ya llegamos. Por fin -sonrió Babamukuru y le preguntó a mis hermanas dónde estaba todo el

mundo-. ¿Dónde está tu papá? ¿No está Mainini por aquí?

Identificó la llave de la cajuela en su llavero. Nosotros estábamos en posición de firmes, al lado del auto, listas para abalanzarnos sobre los paquetes y llevarlos a la casa en cuanto se abriera la cajuela, pues a Babamukuru no le gustaba perder tiempo.

Mi madre, nos dijo Netsai, estaba acostada porque en estos días no se sentía con fuerzas. Pero Netsai no sabía en dónde estaba mi padre. Había salido del *homestead* ya entrada la mañana con Takesure. Quizás se habían ido al campo, pero no lo creía, pues no habían pedido que se les llevara comida y en cualquier caso apenas habían acabado de cultivar el día anterior.

—Así que creo que se fue de visita, con Takesure —terminó diciendo.

Babamukuru se disgustó.

—¿Qué dijiste? —preguntó incrédulo-. ¿Escuché que mencionaste a Takesure? ¿Jeremiah se fue con Takesure? ¿Siendo que le dije a Takesure que se fuera de mi casa y se llevara a la muchacha? ¿Dices que Takesure todavía está aquí?

—Sí, todavía estamos aquí, Mwaramu —gritó Lucia, saliendo del *hozi* como si nada-. Takesure y Jeremiah fueron a las tiendas. Dijeron que tenían sed.

Babamukuru optó por dirigirse a Netsai.

—¿Está abierta la casa? —le preguntó, a lo que ella respondió que sí, porque mi madre estaba descansando ahí. Él le pidió que fuera y se asegurara de que todas las puertas estuvieran completamente abiertas, pues teníamos mucho que cargar. Llena de orgullo con la responsabilidad que le había asignado Babamukuru, Netsai salió corriendo.

—Aunque no me hagas caso —continuó Lucia— eso no quiere decir que yo no esté aquí. Y de cualquier modo, Mwaramu, quizás me puedas decir directamente: ¿adónde quieres que me vaya? Los dos sabemos que no puedo ir a casa. El que me hayan mandado aquí, para empezar, se debió a que en ese lugar no había comida, ni tampoco trabajo, ¿o no? Es verdad, y tú lo sabes. Así que, ¿adónde quieres que me vaya? Y en cuanto a irme con Takesure... ja, ja, ja. Ya sé que así es como bromeas, Babamukuru. ¿Qué haría yo en la casa de Takesure?

Deseé que Lucia se callara. Su caso era muy serio y ser grosera con Babamukuru no ayudaba en nada. Lucia era la hermana de mi madre, varios años más joven que ella, y una mujer indómita a pesar de su belleza, o quizás debido a ella. Era de color oscuro como mi madre pero, a diferencia de ella, su tez tenía siempre un brillo que le brotaba por debajo de la piel, por lo que podía darse el lujo de mofarse de las cremas aclaradoras que usaban las otras chicas.

—¡Fanta y Coca-Cola! —reía-. ¡*Aiwa!* Yo no. Prefiero quedarme toda del mismo color —por esa razón, su piel no se deterioraba ni se partía: seguía teniendo un saludable resplandor.

La familia de mi madre era muy pobre, incluso más pobre que la mía. Cuando mi padre se llevó a mi madre, no había ni una cabeza de ganado en el *kraal* de mi abuelo. Debido a esto, algunas personas habían creído que era una bendición que los dos primeros hijos de mis abuelos maternos fueran niñas. “De otro modo —razonaban con optimismo— si hubiera tenido varones, ¿cómo iban a desposarse? Véanlo ahora, las hijas le traerán ganado, el ganado permitirá que el viejo trabaje sus campos, la familia prosperará y cuando los hijos tengan edad para casarse, entonces habrán acumulado su *roora*”. Los sensatos y los cínicos no estaban de acuerdo: “¿Quién sabe? —disentían—. Si primero hubieran tenido niños, habrían ayudado al viejo en la tierra. La familia habría estado en mejores condiciones que ahora. Y además —agregaban con importancia—, un hombre nunca puede estar seguro de las hijas”.

Así continuó el debate en la aldea de mi madre, allá al noroeste del territorio, hasta que mi padre, de visita con un pariente lejano, vio a mi madre, la preñó y se vio forzado a llevársela de regreso a su casa. Fue desafortunado que sucediera así pues, en estas circunstancias, mi abuelo no podía exigir un precio muy alto por sus hijas, así que el matrimonio de mi madre no mejoró en mucho la condición de la familia. Ahí fue cuando las hijas de mi abuelo se ganaron la reputación de mujeres fáciles. “Al menos la mayor hizo lo decoroso y se fue con su hombre” —decían los aldeanos. Y después daban palmadas horrorizadas y disentían con la cabeza. “Pero vean a esa Lucia. ¡Ja! No tiene nada de mujer. Se acuesta con todos y con cualquiera, pero no ha parido ni un solo niño todavía. La han hechizado. O a lo mejor ella misma es una bruja” —así, la pobre Lucia fue enjuiciada por su infertilidad y su brujería y, cuando diecinueve años después mi madre envió un mensaje para informar que había perdido a su primer hijo vivo y que estaba pasando por un embarazo difícil, mis abuelos estuvieron felices de despachar a mi tía Lucia para que cuidara de su hermana.

Al mismo tiempo, el tío Takesure, un primo distante de Babamukuru, llegó de Gandanzara para ayudar en el campo. No estoy segura de quién se lo propuso a quién, pero muy poco tiempo después de la llegada de Takesure, Lucia llevaba a su hijo en las entrañas. Por supuesto, la gente dijo que lo había hecho a propósito para pescarse un marido. Pero Lucia sabía que Takesure tenía dos esposas en casa y que no las quería, y que ese era el motivo por el que, a pesar su fuerte aversión al trabajo, había estado tan dispuesto a venir a ayudar a mi padre cuando Babamukuru sugirió el arreglo. Hasta después de mucho tiempo Babamukuru siguió pensando, en su estilo poco complicado, que Takesure había venido a ayudar en el *homestead* para terminar de hacer los pagos de su segunda esposa con el dinero que mi tío le pagaba. El problema era sólo

con la segunda mujer porque su familia seguía recordándole a Takesure las sumas pendientes, mientras que la familia de la primera esposa había permitido que se venciera el reembolso. Pero Babamukuru estaba equivocado. La verdad del asunto era que Takesure quería escapar. No le gustaba ser esposo, y Lucia sabía que él no quería, ni tenía con qué pagar, ni podía desposarse por tercera vez. Takesure tampoco quería trabajar y estuvo en lo cierto al pensar que mi padre no lo obligaría. Por eso acordó en venir al *homestead*, en donde pensó, supongo yo, que las cargas eran relativamente ligeras.

Lucia, quien se había tornado muy perspicaz en sus años de lidiar con los hombres, negó que el feto fuera de Takesure. En cambio, le dio el crédito a mi padre, aunque esto no podía ser cierto. Mi padre, haciendo todo lo posible por no ofender a Babamukuru, no se había permitido, con sensatez, disfrutar de la voluptuosidad de Lucia hasta después de que cayó embarazada. Gracias a la proeza de controlarse a sí mismo, Lucia había deducido que mi padre tenía marginalmente más fibra que Takesure, y que por eso sería un mejor padre. Por su parte, a mi padre le atrajo bastante la idea de tener a Lucia como segunda esposa. Aunque ella se había criado en una pobreza abyecta, a diferencia de mi madre, no la habían casado con esa pobreza a los quince años. Su espíritu, sin cadenas en este sentido, había experimentado con la vida y había sacado sus propias conclusiones. En consecuencia, era una mujer mucho más atrevida que mi madre; y a mi padre, quien ya no se sentía amenazado por el arrojito de una mujer desde que había demostrado su temple al quebrantar el espíritu de mi madre, le excitaba pensar que podía poseer a una mujer como Lucia, poseer a una tormenta para hacerla tronar, crepitar y relampaguear a su antojo.

De algún modo, Lucia se las había arreglado para mantenerse rolliza a pesar de sus tribulaciones. O quizás, decían algunos, gracias a éstas, pues sus aflicciones consistían principalmente en coqueteos con hombres que no se querían establecer con ella pero que a menudo eran muy ricos. Y Lucia era fuerte. Podía labrar un acre completo ella sola sin descansar. En conjunto, ofrecía un futuro mucho más incitante que mi madre, si una no examinaba muy de cerca su pasado. Y, por supuesto, mi madre siempre insistía en que los rumores sobre su hermana no eran más que eso. De cualquier modo, Lucia había vivido su vida a cientos de millas de distancia, por lo que sabíamos muy poco de ella en esa época. Mi padre la encontraba deseable y además argumentaba que el niño podría ser varón, lo que sería bueno, pues en ese momento sólo tenía hijas.

Señaló que mi madre y Lucia, por ser hermanas, se llevarían bien y le recordó a Babamukuru que como Lucia trabajaba duro, resultaría útil tenerla en casa de modo permanente.

No obstante, ni siquiera por estas ventajas Babamukuru podría considerar tener a un bígamo en su familia. Le sorprendía que mi padre no supiera que esas cosas eran pecaminosas y desatarían la furia de Dios sobre la familia completa.

—Esas cosas no suceden en mi casa —decretó—. Takesure debe marcharse y llevarse a su mujer —mi padre le tenía mucho más miedo a la furia de Babamukuru, que ya había experimentado, que a la furia de Dios, la que no había sentido, así que había prometido con renuencia que se encargaría de que Takesure se marchara, llevándose a Lucia.

Pero aquí estaba Lucia, abrazando a Maiguru con vehemencia, diciéndole lo contenta que estaba de verla de nuevo y preguntándole cuánto hacía que no se veían.

—Fue en marzo, no, en abril, cuando trajiste a Tambudzai a casa —y siguió hablando con efusividad sobre lo rápido que había pasado el tiempo y lo contenta que se pondría mi madre al ver a Maiguru, y le reprochó a mi tía por no haberlas visitado más a menudo. Maiguru, con una amplia sonrisa, si bien un tanto mecánica, se zafó diestramente del abrazo de Lucia, aunque con disimulo pues seguía sosteniendo y sacudiendo el brazo de Lucia, asegurándole todo el tiempo que estaba tan encantada de verlas como Lucia y mi madre lo estaban de verla a ella. Lucia colocó su brazo de manera amigable alrededor de los hombros de Maiguru.

—Maiguruka —comenzó, empujando a mi tía en dirección de la casa, mientras el resto de nosotros descargaba la cajuela, una vez que Babamukuru se había recuperado lo suficiente como para poder abrirla—. Maiguru, ¡gracias a la Providencia que has venido! Me estoy volviendo loca, de veras, así como me ves. Tan loca que me podría quitar la ropa. Si sólo supieras lo que he tenido que aguantar, con estos hombres. Tú sabes que estos hombres están locos, ¿verdad, Maiguru?

—Umm... Lucia —entonó Babamukuru con su voz más autoritaria, la que sólo solía escucharse en el Beit Hall durante las asambleas cuando les advertía a los muchachos que no fumaran, ni bebieran, ni pasaran la noche en el albergue de las muchachas, o cuando le hablaba a Nyasha—. Umm... Lucia —repitió Babamukuru.

Aunque cuando comenzó a hablar con Maiguru, Lucia había decidido que Babamukuru no importaba, ni siquiera ella pudo hacer caso omiso de la autoridad de esa voz. Se detuvo y volteó a verlo.

—Lucia —entonó Babamukuru por tercera vez, pero sin sonar superfluo— ¿es eso lo que hacen allá de donde vienes, no saludar a la gente y alejarse sin más cuando hay tantas cosas que llevar a la casa? —Lucia abrió la boca, pero Maiguru fue más rápida.

—Ay, papacito querido —rio—. ¡Cuando las mujeres empezamos a platicar...! ¡Sólo nos habríamos acordado de la comida a la hora de empezar a cocinar! —se desprendió por segunda vez de Lucia y se movió veloz y agradecida hacia el auto.

—No te preocupes, Maiguru —dijo Lucia—. Takesure y Jeremiah cargarán todo cuando regresen —pero

Maiguru gorjeó que quería asegurarse de que todas las provisiones estuvieran bien guardadas, así que siguió sacando las cajas de la cajuela. Lucia sabía que había sido desairada y lo tomó con elegancia.

—Si así lo dices, Maiguru —concedió, levantando con fuerza un costal de más de quince libras de harina para ponerlo sobre su cabeza y cargando otro con la mano.

Todo el grupo, excepto Babamukuru, pero incluyendo a Rambanai, quien cargó una hogaza de pan, caminó con dificultad hacia la casa, cargado de provisiones.

—Fiu —se quejó Rambanai, con una mano sobre la cadera y con la otra limpiándose la frente—, fiu, qué cansada estoy —agradecidas con ella por darnos un pretexto, pudimos alejar la ansiedad riendo.

—¿Estás cansada? —le pregunté bromeando y subiéndola a mi cadera—. ¿Por qué, qué has estado haciendo? ¿Eh? ¿Para estar tan casada, eh? ¿Qué has estado haciendo?

—Bienvenidos, bienvenidos —gritó mi madre achacosamente desde la habitación contigua para recordarnos que ahí estaba—. Así que por fin lograste subir los escalones —me comentó secamente cuando entré en el oscuro y mohoso cuarto de la enferma—. Desde hace un buen rato te oí reír y platicar y me preguntaba a qué horas te ibas a acordar de que alguien te dio a luz.

Me defendí.

—Estábamos llevando las provisiones al interior de la casa —le dije, mientras ponía en el suelo a Rambanai, quien articuló su desagrado vocalmente, y me arrodillaba a un lado del colchón de *koya* en el que yacía mi madre para abrazarla.

—Netsai me dice que ya tienes tiempo sintiéndote mal. ¿Qué te duele? —le pregunté, cuidando de observar las formalidades para no decepcionarla más. Me sorprendió lo difícil que me resultaba actuar correctamente con mi madre cuando me las arreglaba de modo tan decoroso y natural con Baba y Maiguru. Mi mente se alejó de mi madre y su sufrimiento, el cual, me dijo, tomaba la forma de dolores no determinados por todo el cuerpo y que, pensaba, eran un mal presagio para el niño que llevaba en las entrañas. Me pregunté: si me acostumbrara más a mi tío, ¿dejaría de tenerle deferencia, como lo había hecho Nyasha? Y expulsé el pensamiento de mi mente, pues me resultaba espantoso.

—Hola, hola, Mainini —llamó Maiguru desde la sala—. ¿Podemos pasar? Aquí está Babamukuru para ver cómo estás.

—Pasen, pasen, Maiguru —respondió mi madre, con más fuerza en la voz de la que una esperaría de un inválido. Se levantó para recargarse en la pared, para que la gente no la encontrara reclinándose—. Así que por fin llegaron —les dio la bienvenida a mis tíos, abrazándolos. En esta ocasión fueron muy formales y cada quien colocó simplemente las manos sobre los hombros de la otra persona—. Estábamos pensando que este año nuestra Navidad iba a ser solitaria —continuó solapadamente, porque en realidad quería decir hambrienta, o en el mejor de los casos poco apetitosa.

—¿Por qué habrías de pensar eso, Mainini? —la tranquilizó con cordialidad Babamukuru, al tiempo que buscaba dónde sentarse; por fin se acomodó en la orilla de la cama que le había comprado a mi padre en junio, sin pensar, por supuesto, en los giros poco escrupulosos que tomaba la mente de mi madre—. ¿No venir a casa a pasar la Navidad, Mainini? Ahh... Eso nunca podría pasar.

—¿Cómo podíamos saberlo? —continuó mi madre con poca amabilidad, escondiendo tras una carcajada el tono mordaz de su voz—. Suponemos que la misión es más entretenida que este pequeño *homestead* nuestro. ¿No lo crees así, Maiguru? —dijo, dirigiendo su falta de sinceridad hacia mi tía, quien se había sentado en el piso, con las piernas estiradas al frente y cruzadas en los tobillos—. ¡Maiguru! —mi madre se mostró sorprendida—. ¿Debes sentarte en el suelo? ¡Pero si hay sillas! Tambu, tráele una silla a Maiguru.

—No, Mainini, estoy cómoda así —protestó Maiguru con cortesía, aunque mi madre insistió en que Maiguru al menos aceptara un petate, pero yo ya había traído la silla. Todos nos quedamos mirando la silla sobre la que Maiguru se rehusó resueltamente a sentarse y nos preguntamos qué hacer con ella. Mi madre sugirió que Babamukuru estaría más cómodo en la silla, pero él afirmó que la cama era ideal para estar sentado. Mi madre se quedó afligida de que ninguno de mis tíos, es más, nadie, se quisiera sentar en esa silla, la silla de madera del comedor que en realidad era una silla de cocina y a la que sólo le faltaba un travesaño del respaldo. Al final, Nyasha, no sé si con la intención de ser grosera o no, se levantó del piso, donde había estado sentada al lado de su madre.

—Pues yo estaré más cómoda aquí, aunque nadie más lo esté —anunció, plantándose en la silla. Pensé que Nyasha se estaba portando muy mal, de un modo mucho menos civilizado de lo que era capaz. Mi madre se deleitaba con sus malos modales.

—¿Es eso lo que haces? —preguntó maliciosamente—. ¿Te sientas en sillas pero ni siquiera te molestas en saludarme?

—Nyasha, acércate y saluda a Manini —ordenó Babamukuru.

—Nyasha, acércate y saluda a Mainini —ordenó Maiguru al mismo tiempo.

Nyasha se bajó de la silla de un brinco para abrazar a mi madre, quien saboreó su victoria y la consolidó exclamando que cuánto había crecido Nyasha.

—¡Qué grandes tiene ya los pechos! —declaró, pellizcándole uno, lo que ocasionó que Maiguru respingara de vergüenza—. ¿Cuándo esperamos a nuestro *mukwambo*? —molestó mi madre a su sobrina.

Babamukuru fue valeroso. Superando su aversión innata a esos detalles tan biológicos, tomó en serio la

pregunta de mi madre.

—Nuestra Nyasha... –suspiró con verdadera congoja-. ¿Es de las que nos traerá a un yerno? No, no es de ese tipo. Y aunque lo hiciera, tendríamos que alimentar el ganado... el hombre pronto lo querría de regreso.

—Pero Babamukuru –dijo mi madre animadamente–, es tu hija, ¿o no? ¿Qué podría impedirle que encontrara un buen esposo?

A Nyasha no le gustaba que hablaran de ella en tercera persona, ni tampoco le agradó el tipo de plática, pues pensaba que el asunto de su esposo era personal y se haría cargo de eso cuando sintiera la inclinación. Comenzó a golpetear con el pie y yo detuve la respiración. En ocasiones como esta era cuando Nyasha corría el peligro de decir lo primero que le viniera en mente y esas cosas solían ser desastrosas.

Esta plática tortuosa había aburrido mucho a Lucia.

—*Nyamashewe, Mwaramu* –interrumpió, iniciando la bienvenida formal. Técnicamente, no debía haber iniciado los saludos. Por ser de una posición tan baja, debía haber esperado a que sus superiores comenzaran a inquirir por la salud de cada quien antes de abrir la boca. Pero en esos días la gente no era tan estricta sobre esas cosas y, por ser Lucia, y por su reputación, podía comportarse así y salirse con la suya. Los saludos y las preguntas sobre los dolores y las molestias que la gente padecía me recordaron la condición de mi madre. La examiné con detenimiento, pero no se veía para nada enferma. De hecho, se veía mucho más fuerte que la última vez que la vi. Esperé que no estuviera enferma de algún mal debilitante que hubiera progresado sin percibirlo en las primeras etapas sólo para tener rápidos estragos al final.

—*Nyamashewe, Mainini, Nyamashewe, Mainini Lucia* –entonó Nyasha con torpeza, sus manos ahuecadas apenas llegaron a hacer el sonido apropiado mientras aplaudía.

Babamukuru observó a su hija, levantó las cejas y estiró los labios agradablemente sorprendido; luego se dio cuenta de lo que estaba haciendo y volvió a perfilar sus rasgos dentro de sus severos y habituales contornos.

—Sí –dijo mi madre, halagada por esta pequeña muestra de atención de su sobrina anglicanizada-. En verdad que nuestra hija está creciendo. Te digo, Babamukuru, independientemente de lo que digas, un día de estos tendrás un buen yerno.

Después de todo, Tete Gladys y Babamunini Thomas sí llegaron con sus familias a pasar la Navidad en casa. No sabíamos que habían cambiado de parecer, por lo que su llegada nos resultó inesperada y causó interminables trastornos en los arreglos para dormir. Nyasha, Netsai, Rambanai y yo nos vimos sumamente afectadas. Durante nuestra primera noche, la noche anterior a la llegada del resto de la familia, se nos permitió dormir en la sala de la casa, lo que fue una aventura emocionante. Introduciéndonos en el espíritu de las cosas, olvidando que ya estábamos tomando forma de jóvenes mujeres de mundo, empujamos las sillas contra la pared y extendimos nuestras cobijas bajo la mesa para hacernos una cómoda chocita en donde platicamos quedito y reímos hasta bien entrada la noche. Pero cuando llegaron el tío Thomas y Tete Gladys, la sala le tocó al tío Thomas y a su esposa. Tete y su marido se mudaron al *hozi* de Takesure y Lucia. Habrían estado más cómodos en la casa, pero no fue posible. Debido a su posición patriarcal, mi Tete no podía dormir en un lugar tan público como la sala cuando había disponibles habitaciones más privadas. Mis padres insistieron, como una formalidad, en que Tete tomara su propia recámara, pero Tete declinó con la misma formalidad. Después de todo, la Navidad iba a resultar cómoda y bien provista. Todos podían darse el lujo de ser corteses y generosos.

Así que Babamunini se apoderó de la sala y todas las mujeres solteras, incluyendo Lucia, dormimos en la cocina. Al menos ocho de nosotros dormimos ahí durante las dos semanas que duró nuestra reunión. Yo me sentía a gusto porque había dormido en la cocina toda mi vida, pero Nyasha no podía quedarse dormida hasta que las últimas dejaban de hablar. Y, dijo, menos mal que ya se había acostumbrado al humo de los cigarros, porque de otro modo el humo de la cocina la habría hecho sentir incómoda. Era verdad. La cocina ahumaba, porque cocinábamos en el fogón abierto que estaba en medio del cuarto. El fogón era una depresión en el piso rodeada por un tripié de acero sobre el que se balanceaban las ollas; una depresión rodeada por enormes piedras lisas que servían también para sostenerlas y nos permitían cocinar en más de tres ollas al mismo tiempo. Si una no estaba acostumbrada, cocinar sobre este fogón era complicado pues era fácil volcar las ollas si no quedaban bien equilibradas; o, si una no tenía cuidado, era fácil dejar que el calor de una zona del fogón afectara lo que se estaba cocinando en la olla del otro lado. Aunque el elevado techo de paja cónico estaba diseñado para dejar que el humo subiera y se filtrara a través del bálago, no había chimenea. Tampoco había ninguna ventana, sólo un agujerito rectangular, quizás de ocho por cinco pulgadas, a la mitad de la pared y del lado contrario a la puerta. Me alarma pensar en todo ese monóxido de carbono flotando en el aire para asfixiar a la gente así como en todos los productos inflamables de combustión que respirábamos y que, para ese entonces, ya habían hecho que mi padre padeciera permanentemente de asma y bronquitis. Aunque no lo pensábamos en esa época, a los muchachos solteros sin compromisos les iba mejor. Mi *mwaramu*, el esposo de Tete, había empezado ese año un negocio de transportes y había llegado a casa en su tráiler de media tonelada. Los muchachos dormían en la parte posterior, durante las claras noches decembrinas.

Aunque las llamo vacaciones en realidad no lo eran; durante esas vacaciones me di cuenta de que algunas cosas no eran como debían serlo en nuestra familia. Había cuatro familias en casa, cinco si contamos a

Takesure y Lucia, lo que sumaba diez adultos. Tete había traído a cuatro de sus hijos pequeños -dos que apenas caminaban y una niña y un niño de siete y nueve años- y a una muchacha para ayudar con el quehacer. Babamunini Thomas tenía dos niños de cinco y siete, una niña de ocho y además una prima de su esposa como de dieciséis años que vivía en casa de mi tío para ayudar con las tareas domésticas. Contando a Nyasha, Anna, Netsai, Rambanai y a mí, había veinticuatro personas en el *homestead*, lo que significaba veinticuatro estómagos que llenar tres veces al día. Veinticuatro cuerpos para los que había que traer agua desde el Nyamarira todos los días. La ropa sucia de veinticuatro personas la cual había que lavar con la mayor frecuencia posible, y los más pequeños de Tete todavía usaban pañal. Ahora bien, este tipo de trabajo era de mujeres y, de las trece mujeres que había ahí, mi madre y Lucia estaban un poco incapacitadas, un poco, pero incapacitadas al fin y al cabo, por el embarazo. No se esperaba que Tete hiciera mucho, pues tenía un estatus patriarcal, y cuatro de nosotros apenas tenían diez años o menos. Así que Maiguru, Nyasha, las tres muchachas de servicio y yo estábamos paradas todo el día.

Las mañanas empezaban temprano calentando agua para que se asearan los adultos. No teníamos suficientes palanganas de peltre, necesitábamos diez y sólo había dos, lo que significaba que sólo se podían asear dos personas a la vez, así que todo el asunto se llevaba horas, literalmente. Nadie podía desayunar hasta que todos se hubieran lavado para desperezarse, así que para cuando se habían prendido los fogones, se había calentado el agua y se habían aseado los adultos, ya pasaban de las diez. Entonces comenzaba el desayuno: trozos grandes y gruesos de pan, untados con margarina y acompañados de té, que servíamos de una enorme tetera de peltre amarilla y con verde alrededor de la orilla, en donde se hervían juntas el agua y la leche. ¡Pan y margarina! ¡Cómo hubiera preferido huevos con tocino! Preparábamos el té en la cocina, porque una vez que Maiguru prendía su estufa Dover, que era lo primero que hacía después de levantarse y asearse, Anna y las muchachas de mis tías se ponían a cortar la carne y a hervirla para la comida de la tarde.

Mientras que los adultos desayunaban, reuníamos a los niños para darles de comer. Algunas veces nos las arreglábamos para arrebatarnos un mordisco mientras los niños comían. Pero por lo general, con eso de que nos teníamos que asegurar de que nadie pasara hambre en la casa, nuestro desayuno tenía que esperar hasta que todos los demás hubieran terminado y nosotros hubiéramos acomodado a Netsai y a sus primitas para que lavaran los trastes, en las palanganas de peltre cerca del *dara*. Luego barríamos el patio, y limpiábamos el baño de las mujeres y la casa. Después de eso era hora de ir al Nyamarira porque no se podía esperar que el tanque de agua de Babamukuru, al que le quitaba el candado cuando venía a casa, surtiera a veinticuatro personas.

Al Nyamarira teníamos que ir por turnos, ya fuera Nyasha, Anna y yo, o las otras dos muchachas, y esto no era un trabajo tan pesado, pues el viaje de ida con las cubetas vacías era agradable. Había varios *homesteads* en el camino, cada uno repleto de árboles frutales de uno u otro tipo, y nos llevábamos bien, o estábamos más o menos emparentadas con las familias que vivían ahí. Así que, aunque en casa también teníamos mangos -los anaranjados y redondos que son tan dulces y jugosos- y *hutes*, disfrutábamos los duraznos, las guayabas y las moras que nos ofrecían camino al río. A pesar de que en sí mismas las tareas eran agotadoras, lavar la ropa, y sacar y cargar agua, no las sentíamos tan pesadas, pues podíamos bañarnos y asolearnos sobre las rocas mientras esperábamos que se secase la ropa. Y cuando nos sentíamos temerarias, dábamos falsas alarmas sólo por diversión sensual, gritando que un varón lujurioso nos estaba observando de soslayo desde la colina, para luego escabullirnos a gritos y taparnos con nuestra ropa.

A veces regresábamos a tiempo para la comida, que se servía entre dos y tres de la tarde; algunas veces no. Pero sin importar a qué hora regresáramos, siempre era justo a tiempo para preparar la siguiente comida o lavar los trastes de la anterior. Maiguru trabajaba más duro que nadie, porque al ser la esposa más importante y dueña de los mejores enseres para cocinar, además de ser la provisor de los alimentos, se esperaba que ella vigilara todas las operaciones culinarias. El trabajo era interminable y no resultaba sensato delegar, pues tenía que asegurarse de que la comida alcanzara hasta el fin de las vacaciones. Con trece personas extras que alimentar -y entre toda la bola devorábamos siete hogazas de pan y media libra de margarina cada mañana, sin mencionar el azúcar, porque (con la notable excepción de Nyasha, que pensaba que los ángulos eran más atractivos que las curvas) a todos nos gustaba el té almibarado- con todos esos apetitos que aplacar, Maiguru tenía que ser estricta sobre la distribución de la comida, lo que hacía que mi madre se pusiera irritable. Maiguru, decía, informándole a Tete sobre el asunto, quería reservar la comida para su propia familia. La leche no era un problema tan serio, pues dos vacas daban leche y los muchachos tomaban en serio la tarea de ordeñarlas, así que siempre teníamos una cubeta llena, tibia, espumosa y sin pasteurizar, para servirla en el té. También había mucha carne, gracias al enorme pedazo que Babamukuru había comprado, pero era una pesadilla conservarla. Babamukuru había comprado un refrigerador de parafina para su esposa, pero no le cabía toda esa carne, y con temperaturas que iban entre 75 y 85 grados a la sombra, la carne sin refrigerar pronto comenzó a oler, los primeros dos días de modo distante, pero después con más y más insistencia. Esto atrajo a las moscas y nos produjo todo tipo de angustias a mi tía y a mí: las imaginábamos zumbando en contra del viento encima del aroma putrefacto, volando desde la letrina y directo a la cocina, para entretenerse en sus festividades infestadas de bacterias.

La carne se puso verde, pero no podíamos desperdiciarla. Cuando la cocinamos en ese estado tenía un

olor tan fuerte que le quitaba a una el apetito, lo que en realidad era bueno, pues para entonces sabía tan espantosa que hubiera sido peor haber tenido la ilusión de comérsela y después no poder hacerlo. Le rogamos a Maiguru que nos permitiera comenzar con la carne refrigerada, pero fue firme en su negativa: no nos dejaba tocarla. Estaba siendo sumamente cuidadosa con esa carne, la carne fresca, porque en el tercer o cuarto día después de nuestra llegada, Tete escupió con delicadeza un bocado de carne verdosa en su mano, la envolvió en su pañuelo y, poniéndose verde, insinuó que Maiguru debía ser más responsable en el futuro.

—Me sorprende —dijo Tete— que Mukoma pueda tragarse comida como ésta —eso hizo que mi tía, que era una buena mujer y una buena esposa que se enorgullecía de su identidad, tuviera una crisis de pánico. Se puso a cocinar, dos veces al día, una olla especial de carne refrigerada para que comieran los patriarcas mientras planeaban y construían el futuro de la familia.

Un asunto urgente era el caso de Takesure y Lucia. Una noche, poco después del año nuevo de 1970, Babamukuru convocó a una especie de *dare* familiar que incluía a los patriarcas —los tres hermanos, que eran Babamukuru, mi padre y Babamunini Thomas, y su hermana— y al varón acusado.

—No quiero repasar los hechos de este caso —comenzó ponderosamente Babamukuru una vez que el *dare* se reunió en la casa con los patriarcas sentados alrededor de la mesa del comedor examinando con severidad a Takesure, quien estaba encogido en un rincón del sofá, y petrificándolo con la amenaza de una justicia inminente, mientras movían sus sillas de respaldo recto para atravesarlo con el impacto total de su autoridad—. No quiero hacer eso —explicó Babamukuru—, repasar los hechos, porque sólo tomará tiempo y no avanzaremos más allá de donde estamos, pues ya hemos escuchado todo antes y hemos estado de acuerdo con lo que sucedió. Lo que sucedió fue esto: nuestra hermana, nuestra Mainini —quien, como ustedes saben, lleva un niño en sus entrañas— le pidió a Lucia que viniera para ayudarla mientras estaba en esta condición, delicada de salud. Por otra parte, Jeremiah aquí presente se me acercó para pedirme que le encontrara a alguien que le ayudara a trabajar la tierra, pues desde... desde... el deceso del que se fue... todos sabemos de qué desgracia hablo... desde esa época ha habido demasiado trabajo aquí para que Jeremiah lo haga solo, desde esa época ha habido escasez de mano de obra. Debo decir que me dio mucho gusto que Jeremiah se me acercara con esa solicitud, pues me demostró que se estaba responsabilizando del progreso de este hogar. Así que con gusto me dirigí a nuestro tío Benjamin, quien me informó que nuestro primo Takesure estaba buscando trabajo para terminar de pagar el *roora* de su esposa. Esto resultó muy afortunado para todos nosotros y es la razón por la que vieron que Takesure vino aquí a trabajar con Jeremiah. No hubo problemas. Hablamos del asunto con tranquilidad, acordamos ciertas cosas y así fue como Takesure llegó aquí, cuando todo era feliz y apacible aquí en nuestro hogar. En lo que a mí respecta, yo le aseguré a *Sekuru* Benjamin que le echaría un ojo a... umm... umm... a Takesure —aquí Babamukuru abandonó su estilo narrativo y se dirigió directamente a Takesure—. Takesure, tú sabes que en todos los asuntos relacionados con Jeremiah y nuestro hogar aquí tenías que hablar conmigo como la cabeza de la familia, pero no lo hiciste. La primera vez que hiciste lo que hiciste con Lucia te quedaste callado. Después, cuando nos dimos cuenta de lo que había pasado, se te dijo, yo te dije personalmente después de que no le hiciste caso a Jeremiah aquí presente, a quien había enviado a decírtelo, yo te lo dije en persona que te tenías que ir, que tenías que regresar a tu casa, pero no lo hiciste. ¿Por qué desobedeciste mis órdenes?

—Me hubiera ido, Mukoma —susurró Takesure—, pero Lucia se rehusó. Lucia se rehusó a dejar a su hermana.

—¿Y por qué no me informaste de la terquedad de Lucia? —inquirió Babamukuru. Takesure bajó la cabeza. Ahora bien, nosotros, las mujeres y los niños, estábamos en la cocina cuando comenzó el *dare*. Todos sabíamos lo que estaba pasando y mi madre y las *maininis* amenazaron con oponerse violentamente al sistema.

—¿Han visto alguna vez que esto suceda? —preguntó mi madre, cuya salud había mejorado enormemente gracias a la llegada de Tete y de Babamunini Thomas y su esposa—. ¿Han visto alguna vez que esto suceda? —exclamó feroz y elocuente—, ¿que una audiencia se lleve a cabo en ausencia del acusado? ¿No están diciendo que mi joven hermana se embarazó a propósito? ¿No es eso lo que Takesure les dirá y lo que ellos creerán? ¡Sí! Están acusando a Lucia. Debía estar ahí para defenderse.

—¡Es verdad! —asintió Mainini Patience, quien sólo llevaba ocho años de casada y todavía tenía suficiente identidad como para no sentir que le era desleal a Babamunini Thomas por estar de acuerdo con mi madre—. Todas sabemos que las audiencias no son asuntos privados —continuó—. Pero con esta familia con la que nos casaron... No sé qué es lo que les asusta de salir al descubierto, pero todo lo que hacen es encubierto y callado. A escondidas. Incluso de nosotras, como si fuéramos niñas. ¿Creen acaso que les echaremos una maldición? ¿Que les echaremos una maldición a los Sigauke? ¿Qué acaso nuestros hijos no son Sigauke? —los murmullos y el descontento siguieron, con mi madre y mis tías ventilando su irritación, hasta que Lucia, a quien le gustaba pelear y disfrutaba comportarse ferozmente, estaba ardiendo de rabia.

—Para ustedes está bien —explotó—. No están contando mentiras sobre ustedes. No es su nombre el que están arruinando. Sobre mí es que están hablando. Es a mí a quien están juzgando ahí adentro. ¿No es así, Maiguru? —preguntó para hacer que Maiguru participara de la feroz solidaridad de hermanas que habían establecido ahí en la cocina—. ¿Qué piensas, Maiguru? ¿Verdad que quieren difamar mi nombre? ¿Qué

hacemos entonces, Maiguru? Esperamos que tú nos des un plan.

El modo en que Lucia no dejaba en paz a Maiguru resultaba vergonzoso. Maiguru, quien pensaba que Lucia debía padecer las consecuencias de sus apetitos fecundos, quizás también sentía lástima de ella, pero de todas formas prefería no involucrarse en asuntos del cuerpo o de la tierra, aunque no quería que esa preferencia fuera demasiado evidente, pues significaba que se colocaba a sí misma por encima del resto de nosotras. Ahora bien, el que Lucia insistiera en que Maiguru tomara partido y saliera al descubierto nos ponía en una situación muy delicada.

Lo que se necesitaba en esa cocina era una combinación del alejamiento de Maiguru y el sentido de dirección de Lucia. Todas necesitaban abrirse un poco, hacer una pausa y considerar las alternativas, pero el asunto era demasiado íntimo. Abría una herida que ardía demasiado, que era demasiado punzante y angustiante para las sensitivas imágenes que las mujeres tenían de ellas mismas, imágenes que no eran, en realidad, más que reflejos. Pero a las mujeres se les había enseñado a reconocer a estos reflejos como su yo interno, y ahora resultaba aterrador incluso comenzar a pensar que los hechos mismos que las distinguían como grupo, como mujeres, como cierto tipo de persona, eran sólo mitos; aterrador reconocer que generaciones de amenazas y ataques y negligencia habían transformado a estos mitos en esta realidad límite que todas enfrentaban y que las separaba en las Maigurus o las Lucias. Así que en lugar de extenderse a partir de las dos posturas, en lugar de abarcar la expansión y el crecimiento, el miedo las endureció. Cada una se replegó con mayor firmeza hacia su propio papel, pretendiendo en el proceso que de hecho sí estaban avanzando, que de hecho habían iniciado una ofensiva, cuando en realidad, para cada una de ellas, no era más que una última defensa solitaria y desesperanzada de la seguridad de sus ilusiones.

Maiguru se tornó muy distante.

—Este asunto no es de mi interés —dijo alzando los hombros y estirando hacia abajo, descuidadamente, las comisuras de los labios—. ¿Acaso soy yo del tótem de ellos? No, no lo soy. Fui desposada. Dejen que resuelvan sus propios problemas, y las que se quieran involucrar... bueno, allá ellas. Yo no quiero entrometerme en los asuntos de la familia de mi marido. Sólo permaneceré en silencio y me iré a la cama.

Las palabras de Maiguru liberaron una ráfaga de murmullos y susurros ofendidos de parte de mi madre y mis tías, pero conforme fue avanzando, las protestas disminuyeron hasta convertirse en una incredulidad atónita. Para cuando terminó de hablar, la cocina estaba inmóvil. Entonces, mi madre soltó una carcajada larga y amarga.

—¡Je-je-jeee! —cacareó, aplaudiendo—. ¡*Aiwa!* Muchachas, ¿dirían ustedes que esta es una *muroora* como el resto de nosotras? Habla como si hubiera nacido en la familia de nuestros esposos, estima que vale tanto como ellos. Ya la oyeron, muchachas, ¿o no? ¿No las hace pensar en por qué está aquí esta noche? Dinos, Maiguru, ¿qué pensabas hacer en la cocina con nosotros esta noche cuando sabes de qué asuntos estamos tratando?

—Pero Mainini —contestó Maiguru con tranquilidad— ¿por qué lo preguntas? Sabes perfectamente bien que tú me mandaste llamar. Estoy esperando que tú me digas por qué. Y en cuanto a este asunto, tú sabes bien —te lo he dicho muchas veces— que no nací en la familia de mi esposo y que por lo tanto no es de mi incumbencia. Takesure no es mi pariente. Lo que hace con Lucia no me importa... y ella tampoco es mi pariente. Si ellos solos se crean los problemas, bueno, tendrán que ver qué pueden hacer. Pero lo que hagan no me incumbe.

El rechazo de Maiguru debe haberle dolido en el alma a Lucia, pero no lo demostró.

—Y tienes toda la razón, Maiguru —asintió con firmeza— tienes toda la razón. Si los que están ahí adentro comprendieran que yo tampoco soy su pariente, no mencionarían mi nombre con tanta libertad, ni dirían además tantas mentiras.

—Bueno —dijo Maiguru, preparándose para salir, con el objeto de evitar que la arrastraran aún más en la discusión— como dije, me voy a la cama. Buenas noches, Mainini Ma'Shingayi, Mainini Patience, Mainini Lucia. Nos vemos en la mañana.

—Buenas noches, Maiguru, nos veremos en la mañana —contestó Lucia, pero fue la única que respondió.

—¡Qué soberbia es! —exclamó mi madre cuando Maiguru se había marchado. Se dirigió a mí—: ¿Ves qué mujer tan soberbia es tu Maiguru? —me dijo con desprecio—. Soberbia e insensible. ¿Crees que se preocupa por ti? ¡Para nada! No eres su pariente. Lo que llevas en ti es mi sangre. No la de ella.

—Pero, mamá —protesté con timidez, tratando de detener la conversación, pues Nyasha estaba con nosotros—. Pero mamá, Maiguru sólo hablaba claramente y nos decía lo que piensa.

—¿Y por qué piensa diferente de nosotros? Porque cree que es diferente. Cree que es perfecta y puede hacer lo que quiera. Primero mata a mi hijo...

—¡Mamá! —exclamé boquiabierta y no pude evitar voltear a ver a Nyasha, y deseé no haberlo hecho, pues no quería que Nyasha viera la vergüenza en mis ojos. Ni tampoco quería ver el dolor y la confusión en los suyos.

—¡Sisi! —objetó Lucia—, ¡contrólate! ¿Por qué quieres lastimarte tú misma diciendo cosas tan dolorosas? ¡Sobre todo cuando sabes que no son verdad!

Pero mi madre estaba de malas y no había forma de refrenarla. Lo que salía de su boca llevaba mucho

tiempo germinando y echando raíces dentro de su cabeza.

—¡Ja! ¡Tú! -se burló mi madre, rabiando contra su hermana-. ¡Tú crees que puedes pedirme que me controle, tú! ¡Je-je-je-ee! Eso sí que hace reír a una mujer. ¿Cuándo, Lucia, sólo dime, cuándo te llegaste a controlar tú? ¿Sabes siquiera lo que eso significa? ¿Tú, que desde el instante en que llegaste ya estabas entre las sábanas con mi esposo? Y con Takesure. Seguro que ahí estaban ustedes, los tres juntos, Jeremiah disfrutando su oportunidad, y luego Takesure, y así sucesivamente. Así que no me digas que me controle. Tú no sabes lo que es eso -creímos que ya había terminado, pero sólo había hecho una pausa para respirar-. Y de cualquier modo -continuó- ¿de qué manera no me estoy controlando? Sólo estoy diciendo lo que pienso, igual que ella. Ella nos dijo ¿o no? lo que piensa. ¿Y alguien dijo algo? No. ¿Por qué no? Porque Maiguru tiene educación. Por eso todas ustedes se quedaron calladas. Porque es rica y viene aquí a deslumbrar con su dinero, así que ustedes la escuchan como si quisieran comerse las palabras que brotan de su boca. Pero yo, yo no tengo educación, ¿o sí? Sólo soy pobre e ignorante, así que quieren que me quede callada y me dicen que no debo hablar. ¡Sí! Soy pobre e ignorante, esa soy yo, pero tengo una boca que seguirá hablando, no se va a callar. Hoy lo he dicho y lo diré otra vez: es una bruja, una bruja. ¿Me oyeron con cuidado? Ella-es-una-bruja. Se roba los hijos de otras mujeres porque ella sólo pudo producir dos, y no se puede decir que esos dos son personas. Son una desgracia para cualquier padre decente, excepto que Maiguru no es decente, porque primero mató a mi hijo y ahora me quitó a Tambudzai. Oh, sí, Tambudzai. ¿Crees que no he visto cómo la sigues por todos lados -me escupió ferozmente- haciéndole todo el trabajo sucio, cualquier cosa que te ordene? ¿Crees que tu madre es tan estúpida que no se dará cuenta de que Maiguru te ha puesto en mi contra con su dinero y sus costumbres blancas? Tú crees que soy basura, yo, tu madre. Justo el otro día me dijiste que mi baño está sucio. “Me da asco”, eso es lo que me dijiste. Si lo que quieres es carne, eso no te lo puedo dar, si eres tan codiciosa que traicionarías a tu propia madre por un pedazo de carne, entonces vete con tu Maiguru. Ella sí te dará carne. Yo sobreviviré con verduras, como todos solíamos hacerlo. Y hemos sobrevivido, ¿así que qué más quieres? Tú tienes tu vida. Vete con tu Maiguru y come salchichas -y se sentó ahí con los brazos cruzados sobre el pecho, los labios haciendo una mueca desafiante, desafiándonos a que la hiciéramos cambiar de opinión.

—*Aiwa-wo*, Sisi -la calmó Lucia, sin hacer caso de su resolución-. ¿Cómo puedes decir tantas tonterías? En cuanto nazca el niño y te hayas asentado, te vas a reír de ti misma. Pero ahora cálmate. De otro modo te harás daño. Ya acabaste ¿o no?

—¡Hum! -gruñó mi madre-. ¿Acabar? Cuando vea a Nhamo enfrente de mí, entonces, sólo entonces, habré acabado.

—¿Sabes, Mainini Lucia? -musitó Mainini Patience-, creo que hay algo de cierto en lo que Maiguru Ma'Shingayi ha dicho.

—¿Y tú cómo lo sabrías? -replicó con brusquedad Lucia, cuya paciencia era limitada y la tenía que reservar para su hermana-. ¿Cuál de tus hijos ha muerto? -Mainini Patience fue silenciada efectivamente-. Ven Sisi -insistió Lucia, dirigiéndose una vez más a mi madre- no te negamos tu dolor, pero deja que se acabe la ira. Ven, vamos a oír lo que dicen sobre nosotros en la casa.

Pero mi madre seguía resuelta.

—No -dijo-. Ya no me interesa.

—Pero sí te va a interesar -persistió Lucia- cuando nos cuenten qué pasó. Desearás haberlo oído tú misma.

—Lucia, Lucia -suspiró mi madre-. ¿Crees que soy una niña? Después de todos estos años y todas estas cosas, ¿crees que todavía soy una niña a la que puedes distraer con esas tonterías de la casa? ¿Las tonterías con las que he vivido y que he presenciado todos los días durante diecinueve años? No, no puedo distraerme, pero el asunto es serio y te afecta. Así que vamos a la casa.

Se puso con pesadez de pie, balanceándose sobre las manos y las rodillas antes de hacer el esfuerzo. Las dos hermanas dejaron la cocina, mi madre apoyándose en el marco de la puerta porque con el embarazo su centro de gravedad cambiaba impredeciblemente a posiciones precarias. Mainini Patience las siguió porque no había nada más que hacer.

Yo también quería ir, para oír el juicio, pero tenía miedo de que mi impetuosidad pudiera parecerle desleal a Nyasha. Estaba segura de que ella iba a ordenar un boicot, pero cuando miré a mi alrededor para presentarle mi caso, no pude encontrarla. ¿Cuándo se había salido? ¿Cuánto había escuchado? La última vez que la vi, su rostro se veía impasivo a la luz de la lámpara de parafina y me había dado cuenta de que no entendía y de que estaba profundamente herida por las cosas que mi madre estaba diciendo. Pero fue un alivio que se hubiera escabullido; así yo no tendría que justificar a mi madre para conservar a mi prima. Y, de nuevo, esto fue un error, una mala interpretación de mi parte, porque cuando hablamos acerca de esto, pues finalmente hablábamos sobre casi todo, Nyasha se encerró y me dijo que no importaba; que mi madre nos había mostrado su sufrimiento del mismo modo que Maiguru siempre demostraba el suyo. Cuando la interrogué sobre esto, cuando le pedí en tono agresivo que me explicara cómo podía estar sufriendo Maiguru cuando vivía en la mejor de las circunstancias posibles, en el mejor de los mundos posibles, Nyasha se mostró reticente. Algunas cosas no tenían explicación, susurró. Y sólo se podían ver. Pero esto sucedió después, mucho tiempo después, cuando ya habíamos regresado a la misión. En esa ocasión en

particular, en esa noche en particular, a mí me preocupaba que mi madre pudiera sucumbir a su desdicha antes de que yo fuera capaz de hacer algo al respecto. Así que entré en la casa para sacarme el asunto de la cabeza y para averiguar qué estaba pasando.

Maiguru llegó a la casa justo en el momento en que Takesure estaba explicando que Lucia se había rehusado a dejar a su hermana.

—Sí -estaba diciendo- es culpa de Lucia. Eso es lo que hizo, esa Lucia. Se rehusó, absolutamente se rehusó, a marcharse. Sabía bien que se había ganado este embarazo suyo, pero de plano se negó a marcharse.

—¿Puedo pasar? -preguntó Maiguru en la puerta, haciendo una reverencia y uniendo las palmas de las manos en un respetuoso silencio.

—Ma'Chido -la reprendió Babamukuru con severidad- estamos escuchando un caso muy importante. Siéntate y escucha con nosotros.

—¿Podrá ser tan importante? -objetó Maiguru, al pasar a través de la puerta inclinando la espalda con deferencia-. No sabíamos nada acerca de esto.

—Ma'Chido -insistió Babamukuru y la voz se le quebró apenas ligeramente-, te he invitado a que te sientes y escuches este caso.

—Muy bien, Baba -accedió Maiguru, dejándose caer al piso y doblando las piernas.

—Estoy segura de que no es necesario -declaró Tete, la patriarca de las mujeres-. Maiguru trabaja muy duro todo el día. Quizás es mejor que se vaya a dormir.

—Si está fatigada, ¿por qué no lo deja saber? -le inquirió Babamukuru con irritación y a Maiguru cortésmente le dio permiso de salir. Maiguru aceptó el permiso y caminó hacia la recámara. Los hombres la siguieron con la mirada.

—Qué pena -se compadeció Babamunini Thomas-. Está tan cansada, tan cansada que ni siquiera se puede sentar a escuchar. Pero es verdad. Maiguru trabaja duro. Sí, en verdad trabaja duro para hacer que todo aquí sea confortable -complacido, Babamukuru dejó en paz el asunto.

El resto de nosotros permaneció afuera, susurrando, escuchando lo que pasaba y asomándonos por la ventana cuando la plática se acaloraba. Pensábamos que nadie se daría cuenta.

—Termina lo que nos estabas diciendo, Takesure -ordenó Babamukuru.

—Sí -continuó Takesure, lanzándole miradas suplicantes a mi padre, quien permanecía patriarcalmente rígido e impenetrable-. Sí -se estremeció Takesure- esto es lo que estaba diciendo. Sólo se rehusó a irse conmigo. ¡Ey!, le dije, *Mukoma* nos dijo que nos tenemos que ir, ¡y se rio! Nomás se rio y dijo que se podía ir con *Mukoma* si *Mukoma* se lo pedía porque él es su *mwaramu*, pero no se iría conmigo. ¡Así es! ¡Eso es lo que dijo, *Mukoma*, lo juro por mi abuela que murió en 1959! Eso es lo que dijo.

—Ya veo -dijo Babamukuru con magnanimidad, mientras Lucia en las sombras del claro de luna trataba de aguantar una carcajada irrefrenable-. Lo que dices no es sorprendente -continuó Babamukuru-. Es comprensible, porque es bien sabido que ella es una mujer impúdica. ¿Pero por qué no nos informaste acerca del asunto?

—Tenía miedo, *Mukoma*, mucho miedo -pronunció Takesure trémulamente-. ¿Ya sabes lo que se dice de ella, que camina en la noche? -esta excusa fue la perdición de Takesure. Babamukuru se aclaró la garganta y observó fijamente a su primo con una mirada inexorable. Takesure había perdido su ventaja, pero continuó en un tono agresivo-. Me amenazó con cosas terribles. Y todos sabemos cómo es ella. Las iba a cumplir. ¡Sí! Las iba a cumplir. Con probabilidad ella es la que está hechizando a los hijos de *Mukoma* Jeremiah, para que él se case con ella. ¡Quiere a Jeremiah, no a mí!

No tenía caso decirle a Lucia que no entrara en la casa, así que ni siquiera lo intentamos. Sólo vimos como cruzó de un tranco, con el ojo derecho centellando al recibir la flama amarilla de parafina, centellando peligrosamente contra Takesure, quien con sensatez se hizo chiquito en el rincón del sofá.

—¡Estúpido! -bufó Lucia, alzándose sobre él, con los brazos en jarra-. ¡Estúpido! -y giró con violencia para ver de frente a Babamukuru, así que ahora el ojo izquierdo era el que centellaba-. ¡Míralo, Babamukuru! Míralo tratando de esconderse porque ahora yo estoy aquí -Takesure parecía más valiente cuando sólo tenía que contender con la espalda de Lucia, pero su alivio fue breve-. Si tienes algo que arreglar conmigo -le aconsejó Lucia- párate y vamos a resolverlo ya -de dos pasos estaba a su lado y, agarrándole la oreja entre el pulgar y los demás dedos, lo arrastró hasta ponerlo de pie.

—Suéltame, suéltame -gimió él. Yo siempre sostengo que vi que se esbozaban sonrisas en los rostros de los patriarcas, pero quizás fue mi imaginación, porque yo misma me estaba riendo. Afuera todas nos estábamos riendo. Lo que recuerdo con claridad que sucedió después fue que mi padre trató de pararse de su silla y Lucia le advirtió que se quedara ahí si prefería que Takesure no perdiera las orejas. Entonces Babamukuru, que era un hombre sabio, le dijo a mi padre que se sentara y dejara hablar a Lucia.

Y Lucia habló.

—Dime, Babamukuru -le preguntó amigablemente, con las manos al nivel de la cintura, así que Takesure estaba doblado a la mitad-. Dime, Babamukuru, ¿dirías tú que esto es un hombre? ¿Puede ser un hombre alguien que dice tantas tonterías? Un hombre debe hablar con sensatez, ¿o no? Entonces, ¿qué puede ser esto? -y retorció las orejas del objeto para averiguar qué iba a decir-. Déjame decirte, Babamukuru -

continuó Lucia con seriedad-. Maiguru, que está dormida en su recámara, es la única que tiene una cabeza sensata sobre los hombros. Ella sabe que no debe meterse en lo que no le incumbe.

—Umm... Lucia -ordenó Babamukuru, desplegando el tono dictatorial que le había funcionado tan bien al principio de las vacaciones-. Umm, Lucia, contrólate. No hagas nada de lo que después puedas avergonzarte.

—¿Y de qué me iba a avergonzar? -replicó-. Sólo quiero que este Takesure -y le agitó la cabeza para hacerle sentir el punto-, sólo quiero que este Takesure deje de decir estupideces sobre mí. Takesure, ¿me has visto alguna vez montar el lomo de una hiena? ¿Me has visto alguna vez, eh? Contéstame -le retorció las orejas perversamente, gozándolo.

—No -se quejó Takesure- nunca te he visto.

—¿Entonces qué son estas estupideces que estás diciendo? ¿Eh? Me dan asco, todos ustedes -arrojó a Takesure de nuevo al sofá, donde él permaneció sobándose las orejas-. Me marcharé de esta casa, Babamukuru, y me llevaré conmigo a mi hermana -le dijo a mi tío-. Pero antes de eso, Babamukuru, quiero decirte el porqué me rehusé a marcharme. Fue porque este hombre, este Jeremiah, sí, tu Jeremiah, que desposó a mi hermana, tiene un ojo andariego y una mano floja. Lo que ve, lo quiere, pero no quiere trabajar para obtenerlo, ¿no es así, Jeremiah? ¿Y por qué me molesto en decirles esto? Ustedes lo saben, todos ustedes. Lo saben bien. ¿Así que acaso podía irme y dejar a mi hermana sola con este hombre que no le ha dado nada más que desdichas desde los quince años? Por supuesto que no. No podía hacerlo. Y en cuanto a Takesure, no sé qué cree que puede darme. Lo que pueda hacer por mí, yo lo puedo hacer sola. Así que, Babamukuru, no te preocupes. Me voy. En este instante. No hay nada que me mantenga aquí. Pero me llevo conmigo a mi hermana.

Querían hablar con ella. Querían que se sentara y se calmara, y discutir el asunto racionalmente, pero Lucia ya había tenido suficiente y salió de la casa para estar con nosotros. Los miembros del patriarcado unieron sus cabezas y conferenciaron en voz baja porque sabían que estábamos escuchando. Me imaginé todo tipo de consecuencias fatales.

—Lucia -le susurré- si te vas y te llevas a mamá, tendré que dejar la misión. Tendré que regresar para cuidar a Baba y a las niñas.

Lucia se rio.

—No te preocupes -me aseguró-. Es una tormenta, pero pasará.

En la casa, Babamukuru estaba completamente perplejo y molesto con mi padre por provocar este problema.

—Jeremiah -lo regañó-, ¿ya viste los problemas que nos ha traído tu irresponsabilidad? ¿Y ahora qué vamos a hacer? Nos estás dando un dolor de cabeza tratando de resolver tus asuntos. Y este es serio. Necesitamos encontrar una solución adecuada.

—¡Ajá! -estuvo de acuerdo Takesure, a quien todavía le dolía la oreja, por el aspecto de su rostro-. Necesitamos una buena estrategia para ser más astutos que esa mujer. Es perversa e inhumana. Es incontrolable.

—Tete, ¿qué dices? Tú debes saber mejor cómo se debe manejar a una mujer. ¿Qué se hace en un caso de estos? -preguntó Babamunini Thomas deferencialmente, pero Tete declinó el honor.

—*Aiwa*, Thomas -dijo Tete-. Hay un límite a lo que puedo hacer y este asunto me rebasa. Quizás en esta ocasión el embarazo es de Takesure, pero Jeremiah nunca debió hacer algo con ella que no pudiera hacerse abiertamente. La solución es que Jeremiah se comporte con sensatez, pero nunca ha sido muy bueno para eso.

—Quizás falta algún remedio -sugirió Takesure- para arreglar a Mukoma Jeremiah. ¡Ajá! Para arreglarlo. Y que esa mujer ya no lo pueda afectar.

Mi padre asintió de todo corazón, pero además tenía sus propias ideas.

—En verdad tiene razón. Sí. Tiene razón. Pero en mi opinión se necesita algo más que un simple remedio. Los problemas están por todos lados en la familia. Mukoma siempre anda diciendo que estos días Nyasha está imposible, y en algunas ocasiones Maiguru también. Y tú también dices que los asuntos de dinero no andan tan bien estos días, ¿o no, *Mukoma*? ¿Cuándo fue? Justo antier estabas diciendo que ojalá y tuvieras dinero para comprar un tractor. Pero antes de que empezaran todos estos problemas, había suficiente dinero para estas cosas. No me malinterpretes, *Mukoma*, no estoy diciendo que seas codo. Sólo estoy diciendo que en estos tiempos tenemos problemas. ¡Ayy! Tenemos problemas. Incluso Tete tiene dos hijas embarazadas que no tienen marido y su hijo mayor golpea tan severamente a su esposa que ella estuvo en el hospital la última vez, ¿verdad Tete? Y luego Thomas que se preocupa por el más joven, que es algo idiota. ¡Ayy! Qué infortunios tan graves. Y no llegan solos. Vienen de algún lado. Es obvio. Alguien los está enviando. Y tenemos que mandarlos de regreso de donde vinieron, ¡en este instante! Es un asunto para un buen médium. Un buen médium que efectúe en forma correcta la ceremonia con todo, con cerveza, un buey de sacrificio, todo. Debemos convocar al clan y librarnos de este mal...

—Jeremiah -lo interrumpió Babamukuru con incredulidad- ¿estoy oyendo bien? ¿Te estoy oyendo decir que quieres traer alcohol y... uumm... médicos brujos aquí... a mi casa? Jeremiah, esta noche -dijo con tristeza- me estás decepcionando. Cada vez que hablas, brotan de tu boca cosas sin sentido. Seguramente,

mi joven hermano, tú sabes que lo que estás diciendo es imposible. Yo no permito que ese tipo de cosas se hagan aquí.

—Pero, Mukoma... -comenzó a decir Tete.

—Es suficiente -la interrumpió Babamukuru-. No se puede hacer lo que Jeremiah está diciendo. No lo voy a discutir. Pero hay algo que quiero decirles -todos se acomodaron atentamente en sus sillas-. No crean que no he reflexionado sobre estas cosas -dijo Babamukuru-. No crean que no he visto las cosas que Jeremiah ha descrito. Oh, sí, sí que las he visto. Estos infortunios han estado en mi mente durante mucho tiempo. No podemos negar que estos problemas nos acompañan. Pero en lugar de decir que son resultado de un espíritu maligno que alguien nos ha enviado, he estado pensando que son el resultado de algo que estamos haciendo y que no deberíamos hacer, o el resultado de algo que no estamos haciendo y que sí deberíamos hacer. De acuerdo con eso es que se nos juzga y se nos bendice. Así que he estado pensando sobre estas cosas durante mucho tiempo. Y después, después de pensarlo mucho, recordé que nuestra madre, nuestra madre siempre insistía en que Jeremiah debería tener una boda religiosa. Sí, Jeremiah, incluso ahora, tantos años después de que murió nuestra madre, todavía vives en pecado. No te has desposado en la iglesia, ante Dios. Este es un asunto serio, así que he estado ahorrando un poco, muy poco dinero para una boda para ti y Mainini. Quería que supieran que estas son las cosas sobre las que he estado pensando, pero discutiremos los detalles en otra ocasión, porque ahora es muy tarde.

En cuanto tuve oportunidad, es decir, la mañana siguiente mientras preparábamos el desayuno, le conté a Nyasha, con todo el detalle que he incluido aquí, lo que había pasado en la casa: las discusiones, los debates, las conclusiones. Ella estaba contenta con Lucia, lo que me sorprendió, pues cuando Lucia andaba cerca, Nyasha se retraía y hablaba poco. Las soluciones de mi padre y la idea de una boda le causaron gracia. También sintió curiosidad sobre las ceremonias de purificación que él había propuesto. Me confesó que la avergonzaba su ignorancia sobre estas cosas y me preguntó todo tipo de detalles, sobre los que yo misma no estaba segura, pues ya no solíamos realizar este tipo de rituales a menudo. Y eso me enorgullecía, porque entre más veía de los mundos que estaban fuera del *homestead*, más me convencía de que entre más rápido abandonáramos las viejas costumbres, más nos acercáramos al progreso. Me sorprendió que Nyasha se interesara tanto acerca de las cosas que habían hecho nuestros abuelos y bisabuelos. Tuvimos una buena discusión sobre el tema, pero yo estaba segura de tener la razón, pues el mismo Babamukuru había optado por una boda en lugar de las ceremonias de purificación. Cuando confronté a Nyasha con esta evidencia de la naturaleza del progreso, se molestó bastante y me dio un sermón sobre los peligros de suponer que las costumbres cristianas eran las progresistas.

—¡Es bastante malo -me dijo con severidad- cuando un país es colonizado, pero es peor cuando su gente también es colonizada! Es el fin, en verdad, es el fin -y también fue el fin de la discusión. Nyasha me comentó que ella había estado más expuesta que yo y que por lo tanto tenía razón en pensar sobre estas cosas, pero ahora que yo también las enfrentaba, debería reflexionar sobre ellas yo sola. Sin tener muy claro sobre qué tenía que pensar, le prometí obedientemente que iba a hacerlo, y llevamos el desayuno a la casa, en donde Tete estaba sentada en la sala, mientras que Maiguru ponía la mesa.

—¡Ah, Maiguru! -decía Tete-. Te cuento, faltó muy poco para que esa mujer me matara. Casi me muero de la risa. ¡Esa Lucia! ¡Aiwa! Esa Lucia está loca. ¡Y la cara de *Mukoma*! ¡De veras, una hubiera pensado que Lucia había entrado encuerada! -Tete se enjugó las lágrimas de su regocijo-. ¡Ma'Chido! Si hubieras estado ahí, te hubieras carcajeado.

—Lo oí todo, Tete, lo oí todo -rio Maiguru-. Pero se lo buscaron. No deberían meterse con mujeres como Lucia -arrugaron la cara y no pudieron evitar reír a carcajadas.

—¿Y ahora qué tendremos, una limpia o una boda? -preguntó Tete, sacudiendo la cabeza, lo que hacía temblar su gordo rostro-. Dínos, Maiguru, ¿cuál es el mejor remedio para la autocomplacencia de Jeremiah? ¡Estos hombres, *aiwa*! ¡Estos hombres!

Ocho

Yo no pensaba que los planes de mi tío con respecto a mis padres fueran cosa de risa. Para mí, el asunto de la boda era muy serio, tan serio que incluso mi cuerpo reaccionaba de modo alarmante. Cada vez que pensaba sobre eso, cada vez que revoloteaban por mi cabeza imágenes de mi madre inmaculada en un virginal satín blanco o imágenes mías (horror de horrores) como la dulce y sonriente damita, sufría un espantoso escalofrío en la piel, mi pecho se contraía en una tensión sofocante e incluso mis tripas amenazaban con darme a conocer su opinión. Esto también comenzó a suceder cada vez que pensaba en Babamukuru, lo que me ponía en una situación difícil. Naturalmente, estaba enojada con él por haber ideado esta intriga que hacía que mis padres, mi casa y yo misma fuéramos objetos de burla. Y naturalmente, también, no podía estar enojada con él, pues con seguridad era pecado estar enojada con Babamukuru. Con Babamukuru, que era mi benefactor y mi padre, para todo fin práctico, y que además era bueno y merecía todo mi amor, respeto y obediencia. Así que desterré el enojo. Puesto que los pensamientos de la boda tenían consecuencias tan serias y pecaminosas, no permití que permanecieran flotando en mi mente. Para distraerme, me concentré en otras cosas: en ir al Nyamarira, cuando no llovía; en soñar despierta sobre mi regreso a la escuela, para lo que ya no faltaba mucho; en acompañar a Nyasha en su última manía de hacer ollas de barro. Cuando éramos chicas, antes de que Babamukuru se fuera a Inglaterra, solíamos hacer ollas de barro, y no muy buenas, por lo que éstas siempre quedaban ladeadas y rugosas. Pero en estos días, nuestra cerámica era más pequeña y delicada, y estaba terminada con exquisitos diseños que raspábamos en el barro húmedo con una ramita delgada, metiéndola en el agua en cada trazo para asegurarnos de que las pinceladas fueran parejas. Dejábamos que las ollas se secaran y después las horneábamos en la estufa Dover de Maiguru. Cuando éramos chicas, las ollas solían rajarse todo el tiempo, pero ahora éramos mucho más profesionales y casi todas quedaban íntegras, lo que le daba un gusto enorme a Nyasha, pues tomaba muy en serio su afición. Decía que cuando regresara a la misión iba a pintar y a barnizar las ollas, y que las iba a usar para guardar botones, joyería y plumas.

Desde mi punto de vista, las personas sólo hacían ollas de barro cuando eran muy niños y jugaban a ser adultos, o cuando eran adultos y necesitaban tener ollas para almacenar agua y *mahewu* y cosas por el estilo. Pero en estos tiempos usábamos tambores de dos y cinco galones para el agua y nunca había visto a nadie hacer un *hari* verdadero, aunque teníamos varios en la casa. Así que esas ollas eran definitivamente una locura de Nyasha, no mía, y mientras que ella se preocupaba mucho y cuidaba de que no se rajaran, y era meticulosa al raspar sus diseños, a mí no me importaban mucho de una u otra forma, y me servían sólo para pasar el tiempo.

Esperaba que este pasatiempo mantuviera alejada mi furia, mi furia culpable, pero no resultó tan simple. El problema era que no me pasaba todo el tiempo moldeando ollas de barro o yendo al Nyamarira o pensando sobre la escuela. Algunas veces estaba sola sin mucho qué hacer excepto cuidar que no se quemara la *sadza*, o sintiéndome calentita, soñolienta y sin fuerzas justo antes de caer dormida. En esas ocasiones, se me olvidaba que había cosas sobre las que se suponía que no debía pensar y los pensamientos se filtraban en disfraces tan vagos que no me sobresaltaban y me forzaban a alejarlos, sino que permanecían y corroían mis defensas, dejándome ansiosa e insomne sin saber con exactitud por qué.

Gradualmente me obligué a reconocer ante mí misma que no me gustaba la idea de que mis padres tuvieran una boda. Pero no podía comprender por qué objetaba tanto la idea de un matrimonio, la idea de que mis padres ya no vivirían en el pecado. Cuando lo ponía de ese modo, sabía que definitivamente había algo mal conmigo, pues había llegado a entender, de modo muy categórico, que el pecado era algo que se tenía que evitar. Para mí, el pecado se había convertido en un poderoso concepto durante mi año en la misión, en donde todos los domingos sin falta íbamos a la Escuela Dominical y a la iglesia y en donde nos enseñaban que el pecado era algo que absolutamente se tenía que evitar.

Se tenía que evitar porque era mortal. Yo podía verlo. Era en definitiva negro, nos enseñaban. Tenía bordes bien definidos, y era más cuadrado que redondo, para que una pudiera saber dónde terminaba. Operaba como un vacío depredador que atraía a los incautos y nunca los dejaba escapar. Y ahora Babamukuru decía que ahí era donde estaban mis padres, lo que quería decir que mis hermanas y yo también. Yo no podía asociar ni a los míos ni a mí con el pecado, así que suprimí mis recelos con interpretaciones literales de las cosas que nos enseñaban en la Escuela Dominical. Me convencí de que el pecado era lo que las personas que habían vivido hace mucho, antes de Cristo y a principios de la era cristiana, se habían hecho unos a otros. Y sin embargo, Babamukuru estaba seguro de que mis padres estaban pecando y por eso les quería ofrecer una boda, una boda que costaría mucho dinero. Era un problema complejo, demasiado complejo para que yo pudiera pensar cómo salirme de él, así que lo mandé a

lo más profundo de mi mente. Esperaba que se fuera y me dejara disfrutar con Nyasha lo que restaba de las vacaciones, pues ya no quedaba mucho.

Tete fue la primera en partir. Esto ocasionó que de nuevo organizaran la forma de dormir y que los muchachos se mudaran al *hozi*. Babamunini se marchó un día después que Tete y Babamukuru al día siguiente. Nyasha también se fue ese día y me dejó sintiéndome deprimida e infeliz pues no volvería a verla de nuevo sino hasta que comenzara el trimestre tres semanas después, lo que para mí era un tiempo tremendamente largo para pasarlo sin ella. Para mí, Nyasha era algo único y necesario. No me gustaba pasar demasiado tiempo sin hablar con ella sobre las cosas que me preocupaban porque con su mente multidireccional ella podía extraer de un tirón, lo sabía yo, el meollo del problema y presentármelo en formas que tenían sentido, pero no sólo eso, lo hacía en formas que implicaban también que los problemas existían no para que una se preocupara por ellos, sino para extendernos en nuestra búsqueda de soluciones. Y esos días había muchas cosas que me preocupaban. En lo profundo de las zonas menos accesibles de mi mente, aunque por fuera lo habría negado airadamente, me avergonzaba lo que para mí era una vaguedad profunda y enervante. De modo consciente pensaba que mi derrotero estaba bien claro: estaba siendo educada. Cuando concluyera mi educación encontraría un trabajo y me establecería en él, continuando, en el periodo disponible antes de desposarme con un nuevo hogar, la gran obra de Babamukuru de hacer progresar a la familia. En esa época, las cosas estaban bien definidas: estos eran los objetivos y así era como los iba a alcanzar. Babamukuru era la piedra de toque que me mostraba que eso era cierto. Así que debí haberme conformado con ir a la escuela y tener buenas calificaciones. Me debí haber conformado con prepararme para la vida que he descrito. Pero la energía de Nyasha, en ocasiones tormentosa y turbulenta, en ocasiones confiadamente serena, pero siempre rebasando, rebasando todo lo que yo hubiera pensado alcanzar, comenzaba a indicarme que había otras direcciones que tomar, otras luchas con las que comprometerse, además del deseo devorador de emanciparme y emancipar a mi familia. Nyasha me daba la impresión de movimiento, de estar siempre en movimiento y de luchar hacia un estado que había visto y aceptado hacía mucho tiempo. Aprensiva como era yo, insegura como estaba con respecto a la naturaleza de su destino, quería ir con ella. No quería quedarme atrás. Y al ser tan joven, el tiempo medido en horas y medias horas era importante, así que no quería pasarme tres largas semanas separada de mi prima.

Sabiendo que estaría perdida sin ella, me sentí tentada a preguntarle a Babamukuru si me podía ir con ellos a la misión, pero al final decidí no hacerlo, pues sabía que se negaría y tendría justificación. Había mucho trabajo pendiente en los campos, en el huerto, en la casa. Y, por supuesto, no podía dejar a mi madre, que no estaba bien.

Todos nos reunimos en el patio, mi padre, mi madre, Takesure, Lucia, mis hermanitas y yo, para despedirlos, todos riendo y hablando, diciéndole a mi tío que regresara pronto y que trajera a Maiguru, a Nyasha y a Chido con él. Y luego mis parientes se subieron al auto, salieron del patio y se perdieron de vista. Se nos escapó un suspiro y todos sentimos un extraño alivio.

—¡Fiu! Fue bueno tener a *Mukoma* aquí, fue bueno -comentó mi padre- pero nos pone un peso en los hombros, un enorme peso en los hombros.

—Es verdad -asintió Takesure, viendo lujuriosamente a Lucia-. ¡*Dhiya!* Ya no hay nada que temer.

—Quizás, si me cortas las manos -contestó Lucia-. Entonces podrás ser útil.

—Pero sí tienes manos y todavía estás aquí. Así que estás esperando, ¿o no? Sólo esperas regresar al *hozi*.

Lucia tuvo cuidado de que no la provocara.

—¿No sabes por qué estoy esperando? Por mi hermana, ¿o no? En cuanto mi hermana decida qué es lo que quiere, no me verás aquí para nada.

Mi padre y Takesure creyeron que todo era muy divertido. Se rieron bastante a costa de Lucia.

—¿Qué es lo que estoy oyendo? -cacareó Takesure-. La mujer cree que se puede ir. Así de fácil. A ver, Lucia, ¿adónde dices que te vas a ir? ¿No estarás esperando que yo te lleve a mi casa?

¡Esos hombres! Nunca se dieron cuenta de que Lucia era una persona seria. Su risa, como su temperamento, era espontánea y animada, pero nunca superficial. Y pensaba mucho, sí que pensaba. Aunque se reía de ella misma, pensar le resultaba un proceso lento y doloroso porque su mente no había sido entrenada mediante la educación para hacerlo con rapidez. En los días después del *dare*, había pensado mucho si debía marcharse, pero sabía que sus acciones tenían consecuencias y eso no la asustaba. Así que esperó a que mi madre decidiera si también se iba a marchar o no. Puesto que durante la mayor parte de su vida la mente de mi madre, que primero le perteneció a su padre y después a su esposo, no había sido suya para decidir, a ella le resultaba muy difícil tomar una decisión.

—Lucia -suspiraba- ¿por qué te la pasas fastidiándome con esa pregunta? ¿Importa lo que yo quiero? ¿Desde cuándo ha importado lo que yo quiero? ¿Así que por qué debería empezar a importar ahora? ¿Crees que yo quería ser preñada por ese viejo perro? ¿Piensas que yo quería atravesar todo el territorio de nuestros antepasados y llegar hasta aquí sólo para vivir en la mugre y la pobreza? ¿En verdad crees que yo quería que el hijo por el que hice el viaje muriera sólo cinco años después de que salió del vientre? ¿O que mi hijo me fuera arrebatado? Entonces, ¿qué diferencia hace que yo tenga una boda o que me vaya? Todo es lo mismo. Lo que he soportado durante diecinueve años lo podré aguantar por otros diecinueve, y

diecinueve más si es necesario. ¡Ahora, déjame! Déjame en paz.

Así que Lucia se quedó para cuidar a su hermana, y puesto que su cuerpo tenía apetitos de los que no se avergonzaba, se fue a vivir de nuevo con Takesure. No inventó excusas para justificarse.

—Una mujer tiene que vivir con algo —dijo, levantando los hombros como si nada—. Incluso si es sólo una cucaracha. Y las cucarachas son mejores. Es fácil espantarlas, ¿o no?

Pero a mí me había decepcionado; yo la censuraba y temía también que ella comenzara a dormir de nuevo con mi padre e incrementara tanto nuestra carga de pecados que se necesitaría mucho más que una boda para exorcizarla. La insté a que hiciera algo, algo constructivo, creyendo que podría hacerlo. Estaba segura de que Lucia podía hacer cosas que otras mujeres no podían, pero no me dio oportunidad de hostigarla.

—No te preocupes por cosas que no te incumben —me aconsejó gentilmente—. Cuando llegue el momento que sea más conveniente irme que quedarme, entonces me iré, ¿sabes? Con Sisi o sin ella... lo que sea mejor. No me preocupes cuándo o adónde me iré. En este momento no lo sé.

Así que la vida en casa retornó a su agotadora rutina normal: levantarse al amanecer, ir al río, a los campos, a la cama, interminable, monótona, dolorosamente, excepto cuando llovía, que era todavía peor. Cuando llovía nos apiñábamos en la cocina, rezando en cada trueno para sobrevivir al siguiente relámpago. Un día, cuando había habido rayos y truenos, Takesure regresó de la *magrosa* con el cabello chamuscado en medio. Lucia disfrutó muchísimo el espectáculo:

—Si tan sólo te hubiera volado la cabeza —rio—, quizás te hubiera crecido otra y no podría ser peor que la que tienes ahora —entonces le pedí a Takesure que me ayudara a arreglar la paja de la cocina y él se rehusó, así que Lucia me ayudó aunque ella dormía en el *hozi* al igual que Takesure y, como resultado de su embarazo, ya no era tan ágil como le hubiera gustado.

Cuando Babamukuru vino a recogerme, se percató de que el techo estaba en mejores condiciones.

—Qué buen trabajo hiciste, Jeremiah —observó—. Cuando terminen las lluvias, puedes hacer que Takesure lo vuelva a empajar. Para eso está aquí.

—¡Ah, sí, *Mukoma!* —asintió mi padre—. ¡Qué trabajo nos costó! ¡Nos hubieras visto! Trepados ahí arriba con tiras de corteza y las bolsas de fertilizantes, amarrando el plástico encima de los agujeros. ¡Ah! Qué buen trabajo hicimos, qué buen trabajo.

Lucia y yo no pudimos esconder nuestras sonrisas.

—Ves, Jeremiah —lo alabó Babamukuru, complacido con el trabajo de mi padre—, hasta a tu hija le da gusto cuando haces un buen trabajo.

El regreso a la misión fue apacible. La vida siguió su curso como si no hubiera habido ninguna interrupción. Maiguru me consentía en exceso, Anna era discreta. Incluso Nyasha regresó a su yo normal e irreprimible, lo que para mí fue un alivio pero acabó con los nervios de Babamukuru. Él prefería la paz y la tranquilidad, pero cuando intentaba hacer que Nyasha estuviera tranquila y callada, siempre terminaban en un pleito duro y escandaloso. A Nyasha no le importaban estos pleitos porque, decía, aclaraban el ambiente y le permitían a ella y a su padre comprenderse mejor, pues si no se confrontaran y se lanzaran agravios del fondo del corazón, nunca se comunicarían. La prueba del efecto curativo de estas peleas, creía ella, era que Babamukuru ya no la golpeaba. Pero yo podía ver que mi tío se decepcionaba cada vez más de su hija. De hecho, a mí me resultó muy vergonzoso, pues me había vuelto mucho más callada y tímida de lo normal, incluso para mí misma. Junto a Nyasha, yo era un dechado de decoro femenino, en especial porque casi nunca hablaba a menos que me hablaran primero, y en esos casos sólo para responder a lo que me hubieran preguntado con el más absoluto respeto. Sobre todo, yo no cuestionaba las cosas. No me importaba por qué las cosas se hacían de un modo y no de otro. Simplemente aceptaba que así eran. No pensaba que mis lecturas fueran más importantes que lavar los trastes, y comprendía que no se debía colgar las pantaletas en el baño a la vista de todos. No discutía con Maiguru las condiciones de salida de Anna. No me importaba que se refirieran a los luchadores por la libertad como terroristas, no exigía pruebas de la existencia de Dios ni pensaba que los misioneros, junto con los otros blancos de Rhodesia, deberían haberse quedado en casa. Como resultado de todas estas cosas que yo no pensaba ni hacía, Babamukuru creía que yo era el tipo de muchacha que una hija debería ser y no perdía oportunidad de remarcarle este punto a Nyasha. Lejos de que estas comparaciones le enfadaran, ella estaba de acuerdo con que, aparte de ser un poco débil de carácter (lo que ella creía que se podía corregir), sí, yo era una damita ejemplar. Quizás habría reaccionado diferente si hubiera conocido mejor a su padre. No se percataba de cuánto le dolía a él la desgracia de tener una hija como Nyasha. Como ella no se consideraba un infortunio, no podía haber sabido cuán desilusionado estaba su padre. Tomaba en serio las razones que Maiguru le daba para justificar el mal humor de su padre —que estaba muy ocupado y tenía responsabilidades— y sobre estas bases le daba concesiones para no juzgarlo con demasiada severidad. Seguía siendo ella misma a pesar de los deseos de su padre.

Entonces, a principios de marzo, mi madre dio a luz. Vino al hospital de la misión para descansar y parió sin complicaciones un saludable niño de siete libras. Lucia quería estar con su hermana durante su confinamiento porque mi madre no había estado bien durante la mayor parte de su embarazo, y Lucia no estaba segura si el alumbramiento iba a ser sencillo. Pero Maiguru, que prefería que Lucia no se le cruzara en el camino, prometió cuidar ella misma a mi madre. Pudo haber sido una coincidencia que el bebé haya

nacido a las nueve y cuarto de un sábado por la mañana y que Lucia se haya bajado del autobús de las doce para llegar a la casa de Babamukuru agitando una palma y cantando "*Makorokoto, makorokoto.*" Pudo haber sido una coincidencia, no lo sé. Lo que sí sé es que incluso si Babamukuru hubiera llamado por teléfono a las viviendas municipales en cuanto nació el niño, el mensaje no habría llegado a casa y Lucia no podría haber estado a tiempo en la parada para tomar el camión de las doce.

De cualquier modo, Lucia llegó y fue sólo la primera de toda la aldea. Al anochecer, la casa de Babamukuru estaba repleta de tías y primas y primas de tías y abuelas que, después de visitar el hospital, pasaban por la casa de Babamukuru para felicitarlo también a él. Babamukuru se escapó a su oficina, pero las parientes se quedaron a cantar su repertorio completo de felicitaciones del posparto; o bien, bailaban, bebían té -que Maiguru preparaba por galones- y se lamentaban de que no hubiera autobuses disponibles para llevarlas de regreso adonde querían ir. O si los autobuses estaban ahí, el dinero para el pasaje, suspiraban, no. Pensaban que se iban a tener que alojar en la misión para pasar la noche, pero cuando Babamukuru regresó, justo antes de la cena, las llevó a casa, dando varias vueltas en el coche. Sólo Lucia se quedó para hacerle compañía a mi madre durante los últimos días de recuperación en el hospital. Lucia, mucho más ancha ahora de lo que había estado en diciembre, aprovechó muy bien el tiempo. Como recibió poca solidaridad por parte de mi tía durante las vacaciones navideñas, concentró sus esfuerzos en mi tío.

-¿Sabes, Babamukuru? -comenzó desanimada, cuidándose de dirigirse a él con el título más dignificado de Babamukuru-. ¿Sabes, Babamukuru, que Takesure no es un buen hombre?

Babamukuru, a quien le gustaba resolver las discrepancias cuando ocurrían, no podía creer que Takesure había seguido siendo una molestia incluso después de la conferencia de enero. Instó a Lucia a que le dijera qué se traía Takesure, pero Lucia sólo suspiró desconsolada y dejó intrigado a Babamukuru.

-Hay cosas que nos preocupan en casa, Babamukuru, pero no puedo decir qué. Quizás es el modo en el que vivimos. La forma en que vivimos en la granja no contribuye a que hagamos cosas útiles -y no dijo nada más.

Al día siguiente, a la hora del almuerzo, comenzó de nuevo. Pasando por alto el silencio de Babamukuru y sin darle oportunidad a Maiguru de que ocupara tiempo precioso con preguntas sobre el recién nacido, Lucia continuó con sus lamentos.

-No vine aquí a tu casa a traer aflicciones, Babamukuru -le dijo seriamente-. Ya te dije, Babamukuru, por qué vine, para cuidar a mi hermana, ¿o no? Pero veo que en cambio he traído problemas. Si fuera posible regresar a la casa de mi padre, lo haría, pero ¿qué comería una vez que llegara ahí? Y de cualquier modo, mi hermana me necesita para que le eche un ojo. Los que dijeron que los parientes eran manos no mintieron, Babamukuru, y mi hermana necesita manos en estos tiempos difíciles por los que está pasando. Pero puedo ver que vivir en tu casa no la ha ayudado como yo esperaba -hizo una pausa y se dedicó a comer sus alimentos un momento-. ¿Sabes lo que estaba pensando, Babamukuru? -continuó, concentrándose en su plato, haciendo un esfuerzo por permanecer tranquila-. Estaba pensando que si pudiera encontrar trabajo, cualquier trabajito en esta zona, si pudiera encontrar un trabajito aquí en el *kraal* de Mutasa, no habría más problemas de éstos. Se resolvería el problema de vivir en casa y mi hermana tendría las manos que necesita.

Babamukuru no dijo nada, sólo masticó y masticó el último pedazo de carne y cuando se le atoró un cachito entre los dientes, le pidió a Nyasha que le trajera un palito. Se pasó un buen rato quitándose la partícula ofensiva.

-A ver, Lucia -dijo por fin, cuando el rostro de Lucia, inclinado sobre su plato, demostraba que había perdido las esperanzas-. A ver, Lucia, lo que dices es bueno, ¿pero qué tipo de trabajo harías?

-¡Ah, Babamukuru! -sonrió Lucia, intrépida-. Estás bromeando, ¿verdad? ¿No ves qué fuerte es mi cuerpo? No puedo hacer cosas que necesiten una educación, pero todo lo demás... Puedo hacer cualquier cosa.

Babamukuru no tenía nada más que decir. Para llenar el silencio, Maiguru preguntó sobre mi madre y el bebé. Lucía le aseguró que los dos estaban contentos y saludables. Esperaba que dejaran salir a mi madre al día siguiente y que pudieran marcharse a casa en cuanto fuera posible.

El día siguiente Babamukuru recogió a mi madre en el hospital. Aunque Lucia estaba impaciente por volver a casa y Maiguru no insistió en que se quedaran, Babamukuru tenía otros planes. Lucia quería tomar el autobús temprano en la tarde, pero Babamukuru dijo que iba a ver cuándo podía llevarlas él mismo en el auto.

-¿No ven dos autos en mi garaje? -preguntó-. ¿Por qué habrían de irse en autobús? -se fue a su oficina y Maiguru se fue a dar clase. Cuando Maiguru regresó a las cuatro de la tarde, mi madre y Lucia todavía se estaban relajando en la sala. Maiguru le dio instrucciones a Anna de que preparara más carne para la merienda. Llegó la hora de la cena, pero no Babamukuru.

-Maiguru -preguntó mi madre, amamantando a mi hermanito-, ¿crees que nos iremos a casa esta noche?

-¿Cómo voy a saber qué es lo que tú y tu Babamukuru han planeado? -rio Maiguru-. Ya veremos cuando llegue.

Babamukuru no llegó sino hasta que todas nos habíamos ido a la cama. Ese día no llevó a mi madre de regreso a casa, ni el siguiente, ni el siguiente.

—Mainini ha estado preguntando cuándo se irán a casa —sondeó Maiguru al cuarto día.

—¡Ah, sí! Yo les dije que las iba a llevar —recordó mi tío.

El día siguiente, a la hora de la comida, llegó a nuestra casa luciendo muy contento consigo mismo. Algo maravilloso debe de haber pasado para que nosotros pudiéramos notarlo, porque por lo general el rostro de Babamukuru no reflejaba su talante. Así que esperamos, deseando que compartiera la ocasión con nosotros.

—¿Ya empacaste, Mainini? —le preguntó a mi madre cuando íbamos a la mitad de la comida—. Creo que te puedo llevar a casa esta tarde.

—Pero ¿y las compras? —protestó Maiguru—. ¿Habrà tiempo para hacer las dos cosas?

—Ya veremos eso más tarde —dijo Babamukuru sin hacerle mucho caso a mi tía, y le dijo a mi madre que estuviera lista, pues quería salir justo después de la comida. Pero cuando Lucia se paró también, Babamukuru la detuvo.

—Lucia —dijo con indiferencia— umm... si vas a ayudar a Mainini está bien. Pero tú, tú no te vas. Encontré algo que puedes hacer. No es mucho. Un trabajito... en el albergue de las niñas. Vas a ayudar a cocinar ahí en el albergue. Te llevaré hoy.

—¡Purururu! —ululó Lucia largo y tendido, aunque no sé como pudo hacerlo con una sonrisa tan amplia en el rostro—. ¡Purururu! —pronunció con voz penetrante, llevándose la mano a la boca—. ¿Oíste eso, Sisi? ¿Oíste eso, Sisi? —le gritó a mi madre, con un pequeño brinco para resaltar cada palabra—. Babamukuru me ha encontrado trabajo. ¡Me ha encontrado trabajo! —se arrodilló enfrente de Babamukuru, aplaudiendo con energía—. Gracias, *Samusha*, gracias, *Chihwa*. Has realizado un gran acto. En verdad, no podríamos sobrevivir sin ti. Esos lugares de ultramar, esos lugares a los que fuiste, no lograron que nos olvidaras. ¡No! ¡Te permitieron regresar y hacer milagros!

Mi madre se acercó apresuradamente con sus propios aullidos agudos.

—Por eso dicen que la educación es vida —gritó—. ¿No nos estamos todos beneficiando de la educación de Babamukuru? —y se arrodilló junto a Lucia, en gesto de adoración. Después le tocó a Maiguru tomar su lugar en el piso.

—Gracias, Baba, gracias por encontrarle un trabajo a Mainini Lucia.

Fue una ocasión embriagadora. Mi primer instinto fue unirme a las mujeres adoradoras: mi boca ya se había fruncido para ulular con fuerza.

—No te atrevas —me advirtió Nyasha, dándome un puntapié por abajo de la mesa. Enderecé los labios, pero la necesidad de exaltar la magnanimidad de Babamukuru era implacable.

—Gracias, Babamukuru —le dije con la mayor calma posible, para no decepcionar a Nyasha— por encontrarle un trabajo a Lucia.

Estaba fascinada por la prestidigitación que había levantado a Lucia de su desdicha, e incluso más seductor era el poder que representaba este acto de magia. Con las alabanzas en *crescendo*, Babamukuru se tornó modesto e igualitario.

—Levántense, levántense. No me agradezcan a mí. ¡Lucia es quien hará el trabajo! —exclamó.

Así que Lucia nunca regresó a vivir a la granja, aunque esa tarde sí se fue con mi madre para recoger su otro vestido y sus pocas posesiones. En la excitación, mi madre olvidó en la misión una gorrita de color verde lima y unas botitas de color rosa brillante que había recibido cuando nació mi hermano.

Estaba tan impresionada con Babamukuru, que no podía dejar de admirarlo. Esa noche, cuando nos preparábamos para dormir, simplemente tenía que decirle a Nyasha por enésima ocasión lo maravilloso que era Babamukuru; qué bueno y generoso había sido al preocuparse por Lucia y cómo merecía, por esta razón, todo nuestro amor, lealtad y respeto. Pero ella me dijo que yo había malinterpretado la situación. Era obligación de toda la gente decente en posiciones como la de Babamukuru hacer ese tipo de cosas.

Nyasha tenía una forma de ver las cosas que hacía difícil que Babamukuru la impresionara. Su postura estaba basada en la historia. En ese entonces, todo me parecía exagerado y me resultaba difícil dar los saltos que daba la mente de Nyasha entre Babamukuru y Lucia, y los acontecimientos del pasado, del presente y del futuro. De todos modos, intenté comprenderla, porque Nyasha era muy persuasiva y también porque me gustaba pensar. Me gustaba ejercitar la mente. Las cosas que Nyasha decía siempre me daban mucho en qué pensar. Así fue como comencé, de forma muy tentativa, a considerar las consecuencias de nuestro pasado, pero no podía llegar tan lejos como Nyasha. Simplemente no estaba lista para aceptar que Babamukuru era un artefacto histórico, o que las ventajas o las desventajas estaban predeterminadas, de modo que no era posible que Lucia esperara en realidad obtener mucho como resultado de la generosidad de Babamukuru; y que sólo se beneficiaría a largo plazo si gente como Babamukuru continuara cumpliendo con su obligación social; y que la gente como Lucia uniera fuerzas.

Todo parecía algo exagerado, parecía que no tenía nada que ver con el hecho de que Lucia ahora sí tenía trabajo mientras que antes no lo tenía y que esto se debía a la generosidad de Babamukuru. Como no quería ver que la perspicacia de Nyasha disminuyera de este modo la excelencia moral de Babamukuru, me puse terca.

—Sabemos que está cumpliendo con su deber —dije obstinada— pero aun así tenemos que agradecerse.

—Agradecérselo, sí —asintió Nyasha con paciencia— pero no convertirlo en héroe. ¿Y qué con la pobre Lucia? Desde que llegó se la ha pasado arrastrándose para que papá la ayude. No debería ser necesario

hacer este tipo de cosas. En verdad, no debería ser necesario.

Finalmente, le llevamos el debate a Lucia, cuyo carácter se tornaba cada vez más plácido en sus nuevas y más felices circunstancias.

—¡Pero tú, Nyasha, estás loca! –exclamó–. Babamukuru deseaba que se lo pidiera, así que se lo pedí. Y ahora los dos tenemos lo que queríamos, ¿o no?

Doblando los brazos satisfecha sobre su embarazo de seis meses, nos dijo que en las noches iba a ir a la escuela, a las clases del primer grado. Estaba muy orgullosa, pues nunca antes había ido a la escuela. Nos mostró sus libros y declaró que ya podía sentir que su cabeza estaba empezando a pensar con mayor eficiencia. Así que mientras Lucia revolvía los enormes tambos de *sadza* en el albergue para niñas y asistía a sus clases de primer grado en las noches, mi madre en la granja esperaba su boda sin entusiasmo.

La boda estaba planeada para la última semana de septiembre. Babamukuru habría querido que se efectuara antes, pues estaba ansioso de que su hermano se purificara del pecado tan pronto como fuera posible, pero había demasiado que hacer. Las chozas deterioradas tenían que ser restauradas y las casas ampliadas para recibir a los invitados a la boda. Las viejas letrinas quedaron selladas y en su lugar se colocaron unas nuevas, higiénicamente blanqueadas con cal.

Mientras que estos preparativos se llevaban a cabo en casa, el ajuar era confeccionado en la ciudad. Yo iba a ser dama, igual que Lucia. Nyasha había declinado cortésmente el honor, con el argumento de que ella iba a estar muy ocupada organizando las cosas. Así que sólo las dos quedamos como damas, Lucia y yo. A mis hermanitas les tocó llevar las flores, lo que las entusiasmaba increíblemente. Sin embargo, la actitud de Nyasha era decepcionante: yo necesitaba su apoyo moral, pues mis dudas sobre la boda no habían sido resueltas. Pero no dije nada y los preparativos continuaron.

Un sábado en la mañana, a principios de agosto, Babamukuru fue a recoger a mi madre y a mis hermanas, y de regreso pasó por Lucia, quien ya había adquirido el estatus de madre. Llegaron a la casa de Babamukuru y todas nos estrujamos en el Rover para ir a la diminuta costurera del municipio negro de Sakubva. El taller de la costurera era muy pequeño, no más grande que una barraca, tan oscuro y descuidado que una se preguntaba cómo podía ver la costurera para coser, y cómo le hacía para conservar la ropa limpia y los patrones ordenados. Había polvo en cada rincón y capas de mugre grasosa en cada superficie, excepto la mesa en donde cortaba. Había pedazos de tela y papel regados por todos lados, pues habían desbordado una enorme caja de madera donde se suponía que tenían que ir los retazos. Nada más había un libro de patrones, pero la costurera nos aseguró que sólo teníamos que describirle lo que queríamos y ella produciría una réplica exacta. Nyasha insistía en que había que sentarse con lápiz y papel para hacer un boceto de algunos vestidos elegantes, pero Babamukuru, que se sentía fuera de lugar en este recinto femenino, no tenía tiempo y nos instó a que escogiéramos algo del libro. Pasamos página por página de la sección señalada con “Ropa de noche y de boda”, al tiempo que discutíamos –es decir, Lucia, Nyasha y yo porque a mi madre no le interesaba– la atracción relativa de los vestidos rectos y con vuelos, mangas de tres cuartos o largas, si las damas debían llevar vestidos largos o cortos. Cuando nos pusimos de acuerdo, Babamukuru se molestó al saber que nosotras mismas teníamos que comprar la tela, que se necesitaban tantos metros y además de diferentes tipos, y que el desembolso para el material y la costura iba a ser pesado. Maiguru fue llamada para ayudar. Babamukuru quería que mi tía le prestara a mi madre su vestido de novia; pero esto no podía ser porque, como señaló Maiguru, mi madre, a pesar de ser delgada, era mucho más alta que ella. Entonces Babamukuru le pidió a Maiguru que arreglara el vestido para que le quedara a mi madre y Maiguru dejó de hablarnos durante una semana. Al final transigieron. Maiguru le prestaría el velo a mi madre y supervisaría la compra y la confección de los vestidos. Maiguru accedió bastante rápido, pero era posible ver que no se había aplacado.

—Cuando nos casamos él no hizo ni la mitad de este escándalo –le confió a su hija–. Yo sólo tuve una dama y hubo un té. Nada de cena. Claro que no me importó, en este entonces estaba bien. Pero espérate a ver qué pasa con tu boda. Te apuesto que tampoco le importará tanto.

Afortunadamente, en ese momento Nyasha no pensaba en casarse, así que la amenaza no la alarmó.

—No te preocupes, mamá –la consoló–. Yo te ayudo con las compras.

Al final Nyasha no ayudó a Maiguru con las compras. Prácticamente se hizo cargo. Babamukuru, preocupado de que el tiempo volaba sin que la ropa estuviera lista, hizo que Maiguru le prometiera varias veces que iba a encargarse de comprar la tela, pero ella siempre lo olvidaba. Al final, desesperado, llevó a Maiguru a la ciudad con el propósito específico de comprarla, pero antes de hacerlo, Maiguru recordó que tenía varios pagos importantes que hacer y esto se llevó toda la tarde. Y, por supuesto, había que comprar la despensa. Maiguru regresó bien surtida para la semana, pero sin la tela. Con el pretexto de escoger la tela para su propio vestido, Nyasha nos llevó a Maiguru y a mí de la mano. En una sola tarde compramos la tela –georgette color durazno para las damas y ámbar pálido para las niñas de las flores, además de yardas y yardas de satín blanco y encaje para la novia. Compramos mucha tela y la llevamos a la costurera, donde Nyasha decidió que los viejos modelos que habíamos escogido no eran los adecuados para la tela que habíamos comprado y se divirtió de lo lindo, dándole instrucciones sumamente artísticas a la costurera acerca de qué mangas ponerle a qué corpiño y qué corpiño ponerle a qué falda para crear el vestido deseado. Recogimos los vestidos una semana antes de la boda y estuvieron preciosos. Me probé uno. Me

quedaba perfecto. Nyasha me dijo que me veía sensacional. “¡Sen-sa-cio-nal!”, me dijo, para que yo entendiera con exactitud qué quería decir. Nyasha estaba fascinada con los vestidos, con el efecto que produje cuando me puse el mío, con toda la idea de la boda. Pensaba que era algo muy curioso.

—Te vas a ver tan dulce —me dijo bromeando—. Floreada y ondulante para la boda de tu madre. ¡De veras! —cloqueó—. No puedo esperar. No veré nada tan dulce en mucho tiempo.

Dulce. Suficientemente dulce como para provocar una sonrisa y una carcajada. Eso era lo que Nyasha pensaba sobre la boda de mis padres, y me dolía. Me dolía aunque yo sabía que al llamarla dulce ella estaba siendo amable, cuando la verdad era mucho peor que eso, cuando en realidad todo el espectáculo era ridículo. Todo este asunto reducía a mis padres al nivel de estrellas de una pantomima, a ser los comediantes. No quería verlos caer tan bajo y en verdad no quería ser parte de eso. Así que no podía aprobar la boda. Admitía esto con la mitad de mi cabeza, pero en la otra mitad volvía a aparecer el cuadro negro del pecado hasta que llegaba a tener un tamaño alarmante. No podía pasarlo por alto. Con los preparativos en plena marcha y con la gente que no hablaba más que de la boda, no había forma de fingir que no iba a suceder. Tenía que pensar en ella, y en el hecho de que yo no quería asistir. Una boda que convertía en objeto de burla a la gente a la que yo pertenecía y que me hacía dudar de mi existencia legítima en este mundo. Sabía que tenía que tomar una decisión, que tomar un curso de acción, pero yo no era como Nyasha: no podía sólo llegar con Babamukuru y decirle lo que pensaba. Así que yo misma fingía que la boda era un plan maravilloso, justo lo que necesitaban mis padres. Me dije que en su juventud mis padres habían sido privados de la pompa y ceremonia de una boda y que ahora la generosidad de Babamukuru se los estaba resarcando. Era necesario exagerar al máximo para tratar de convencerme a mí misma. Incluso insistí, con rigor, en que mis padres anhelaban ansiosos la llegada de la ocasión, pero de nada sirvió. Simplemente, no me creí esas mentiras. Mi padre siempre disfrutaba la actuación, la oportunidad de lucirse, así que él iba a estar bien. Se la iba a pasar de maravilla actuando la parte del novio y la sacaría adelante, pero el caso de mi madre era por completo diferente. Me había dicho con hartazgo que no le importaba que fuera de un modo o de otro, e incluso Lucia se mostraba extrañamente indiferente sobre el evento.

—Va a suceder —dijo—, así que hay que hacerlo bien. De otra manera, la gente se va a reír. Ellos no van a fallar. Así que lo haremos bien, ¿verdad?

La actitud de Lucia era una actitud sensata que intenté adoptar. Pero las ventajas y desventajas del encaje blanco, los votos y los velos en esta etapa tan tardía luchaban en mi cabeza con tanta furia que se me fue el sueño por noches interminables. Sin embargo, no dije nada, ni siquiera a Nyasha, quien me hubiera dicho que me decidiera y que me apegara a mis principios, y cuando le confesara que no podía hacerlo, me hubiera dicho que era débil. No había salida. Los vestidos estuvieron listos, los zapatos y las medias, medias de verdad para que nuestras sandalias de tacón alto y color durazno se vieran incluso más elegantes; todas estas cosas estuvieron listas y esperando. Mi papel en la comedia había sido confirmado y ensayado, pero aun así yo no quería participar. Estaba bien para las demás, refunfuñé; ellas no eran la hija de mis padres. Observé a Nyasha, que seguía divirtiéndose, y a Maiguru, que había vuelto a ser solícita y trabajaba afanosa en su parte de los preparativos para que la boda fuera un éxito y, decía, que su Papacito-lindo no se fuera a decepcionar. Vi cómo se acercaba el día y no dije nada.

—Umm... Tambudzai —me dijo Babamukuru el jueves anterior a la boda, durante la cena— te llevaré a casa mañana, en la tarde, con Lucia, para que puedas ayudar con los preparativos.

“No me lles. No quiero estar en tu estúpida boda”, quise gritar. En cambio dije amable y calladamente:

—Muy bien, Babamukuru. Eso facilitará las cosas para todos.

En definitiva algo andaba mal conmigo, pues de otro modo habría dicho algo a mi favor. Sabía que no había defendido mi posición sobre muchos puntos desde que llegué a la misión, pero durante todo el tiempo había estado pensando que era porque no había habido razón, y que cuando llegara el momento sería capaz de hacerlo.

Venir a la misión, continuar mi educación y sacar buenas calificaciones, éstas habían sido las cosas que importaban. Y puesto que estas cosas habían avanzado según lo planeado por casi dos años, había pensado que las ambigüedades ya no existían. Había pensado que los puntos de disputa iban a estar con claridad delimitados y que Babamukuru, quien era casi tan divino como cualquier ser humano podía desear serlo, impondría los límites. A través de él, debido a él, lo negro permanecería en definitiva sombrío y lo blanco permanentemente claro, incluso a pesar de Nyasha, cuya extraña disposición sugería la existencia de matices y texturas dentro del mismo color. Mi indecisión y la reverencia que sentía por mi tío, por lo que era, lo que había logrado, lo que representaba y, por lo tanto, lo que quería, había coartado el desarrollo de mi facultad crítica y mermado la energía que en mi niñez había empleado para definir mi propia posición. Todo ocurrió insidiosamente y las múltiples comparaciones favorables en relación con Nyasha habían producido gran parte del daño. Era un lecho de confusión. No estaría aquí con Babamukuru si no hubiera sido capaz de enfrentarme a mi padre y, sin embargo, ahora era incapaz de decirle a mi tío que esta boda era una farsa. Todavía no podía aceptar la responsabilidad de mi flaqueza y en cambio deseaba disfrazarla con mi sufrimiento. Dejé que la culpa, con todos sus bordes afilados, me lacerara. Mi madre había tenido razón: yo era antinatural; no escuchaba a mis propios padres, pero sí escuchaba a Babamukuru incluso

cuando él me decía que me riera de ellos. Tenía algo de antinatural.

Cuando acabó la escuela el viernes por la tarde, la tarde en la que iba a regresar a casa a prepararme para la boda, me escapé. Me fui al albergue con mis amigas y me quedé ahí el resto del día y una buena parte de la noche. A Jocelyn y Maidei les dio gusto tenerme con ellas durante tanto tiempo. Maidei estaba particularmente contenta. No se anduvo con rodeos para decirme que pasar tanto tiempo con Nyasha me estaba convirtiendo en una esnob. Al final, sin embargo, tenía que regresar a casa. Cuando regresé a la casa de mi tío, ya habían acabado de cenar. La puerta estaba cerrada pero, por fortuna, los perros no andaban sueltos, lo que fue bueno porque no me devorarían y también porque esto quería decir que mi tío todavía estaba en la oficina. Nyasha estaba bien dormida. Tuve que rodear la casa y tocar en la ventana de nuestra recámara para que me abriera. Todo el proceso hizo tanto ruido –pues me tropecé con los leños y tuve que golpetear la ventana por largos cinco minutos antes de despertar a Nyasha–, que Maiguru salió de su recámara para ver qué estaba pasando.

—¡Tambudzai! –me regañó ansiosa, interceptándonos en el pasillo-. ¿Dónde has estado? Tú tío está furioso contigo.

Pude sentir cómo me encogía. Me pareció que era yo sólo un diminuto punto en el piso cuando por fin tuve suficiente voz para contestar.

—Tenía tarea, Maiguru. Un ejercicio que no terminé en clase –mentí sin convicción.

—Pero debiste haber avisado –revoloteó mi tía-. Ahora ve lo que ocasionaste. Babamukuru está enfadado.

Nyasha actuó con sensibilidad y guardó silencio. No dijo ni una palabra hasta que me desvestí, apagué la luz y me subí a la cama, y entonces lo único que dijo fue buenas noches. Me sentí un poco mejor. No quería tener que dar una explicación.

La mañana siguiente, la mañana de la boda, descubrí que no me podía parar de la cama. Lo intenté varias veces pero mis músculos simplemente se rehusaron a obedecer las órdenes desapasionadas que yo les enviaba. Nyasha se preocupó. Pensó que estaba enferma, pero yo sabía bien lo que me pasaba. Yo sabía que no me podía parar de la cama porque no quería. Pero, por supuesto, no podía decírselo. Era más fácil quedarme ahí de espaldas, en apariencia paralizada y mirando el techo.

Nyasha habló conmigo. Intentó por todos los medios convencerme de que me levantara, pero yo me escurría y me alejaba cada vez más de ella hasta que al final fue como si me hubiera deslizado de mi propio cuerpo hasta encontrarme parada en algún lugar a los pies de la cama, observando a Nyasha en sus esfuerzos por persuadirme de que me levantara y a mí misma sin hacerle caso. Observé con interés y me pregunté qué pasaría después. Fue muy emocionante. Maiguru entró y mencionó a Babamukuru. Eso me asustó un poco y casi me paré, pero al final decidí quedarme a los pies de la cama y ver más de este extraordinario drama. Lo que pasó después fue que Babamukuru entró a la recámara, sin tocar y luciendo peligrosamente molesto. El cuerpo en la cama ni siquiera se movió. Mientras tanto, mi yo alerta y móvil, el que estaba a los pies de la cama, sonrió satisfecho, pensando que me había ido a algún lugar en donde él no podía alcanzarme y me felicité por ser tan lista.

—¿Está enferma? –preguntó Babamukuru.

—Creo que sí –contestó Maiguru, frunciendo el ceño, colocando una mano sobre mi frente y observando mi cara muy de cerca. Nyasha se sentó cerca de mi cabeza, llamándome con gentileza por mi nombre. Babamukuru, sin embargo, no tenía tiempo para tales sutilezas.

—Mai –le indicó a Maiguru– levanta a esta criatura y lávala. De inmediato –dijo que era una malagradecida, que no lo respetaba-. Se está volviendo mala. La estoy echando a perder aquí. Ella sabe que está en mi casa no por ella, sino por mi amabilidad y generosidad. Debe levantarse. De inmediato.

Cada vez que hacía este tipo de declaraciones, Babamukuru era siempre muy categórico. Nyasha había padecido muchas más que yo, pero fue lo que yo necesitaba. Fue algo concreto que pude identificar y a lo que pude reaccionar. La escena se tornó mucho más nebulosa. Los oí hablar a una gran distancia que disminuyó de repente y yo retorné a mi cuerpo. Descubrí que podía volver a hablar y, en efecto, hablé, aunque mi corazón estaba desbocado y mi voz, cuando salió, era alta y chillona.

—Lo siento, Babamukuru –le dije– pero no quiero ir a la boda.

Por supuesto que lo que hice estuvo completamente equivocado, calculado, parecía, para hacer explotar el temperamento volcánico de mi tío. Intenté explicarle por qué no podía ir, pero todo fue inútil.

—Te está gustando demasiado la buena vida –explotó mi tío, con una voz que se elevaba en cada sílaba y se rompía en la nota alta-. Hago todo lo que puedo por ti, pero tú me desobedeces. No eres una buena chica. Tienes que levantarte, vestirte y estar lista en media hora. Ma'Chido, ven. Vamos a desayunar.

Se dio la vuelta. Maiguru se hizo a un lado para dejarlo pasar, se detuvo un momento, como para hablar, después lo pensó mejor y siguió a su esposo para salir del cuarto.

Babamukuru no podía dejarme sola.

—Tambudzai –regresó para advertirme-. ¡Te lo digo! Si no vas a la boda, me estás diciendo que ya no quieres vivir aquí. Soy el jefe de esta casa. El que desafía mi autoridad es un ser maligno en esta casa, resuelto a destruir lo que he construido.

Me amenazó con todo tipo de cosas, con dejar de comprarme ropa, con dejar de pagar mi colegiatura, con enviarme a casa, pero ya no me importaba más. Babamukuru no sabía cuánto había sufrido con este asunto

de la boda. No sabía cómo mi cabeza había girado y se había acelerado y había terminado dividiéndome en dos entidades desconectadas que tenían largas y aterradoras discusiones entre sí, muy vocalmente, ahí en mi cabeza, sobre lo que se debería hacer: una mitad insistía como loca en ir, la otra igual de desquiciada, rehusándose siquiera a considerarlo. Por haber soportado todo ese terror para estar segura de mi decisión yo sabía que no era malvada, así que cuando Nyasha me preguntó si iba a ir, fui capaz de decirle tranquilamente: "No" –pero acepté que había perdido mi derecho a la caridad de Babamukuru. Sacando mi maleta de la parte alta de la alacena, comencé a empacar mis cosas. Entonces recordé que no eran mis cosas y las puse de nuevo en sus respectivos lugares. Después de eso no había nada más que hacer, así que me quedé parada en medio del cuarto.

Nyasha me estaba observando.

—Debiste decirnos antes que esto era tan importante –me dijo—. En verdad, Tambu, debiste hacerlo. ¿Quieres que sea una de las damas? ¿Te ayudará en algo, si todo lo que tienes que hacer es quedarte ahí sentada?

No contesté. En lo que a mí tocaba, ella pertenecía a Babamukuru y a sus creencias, mientras que yo no. Sí, Nyasha, pensé con amargura, podemos intercambiar los vestidos de damas porque todo es una broma. Y ahora la broma se acabó. Me advertiste que no duraría.

—No te mandará a casa –me consoló Nyasha—. ¡Por Dios, no! Sólo imagínate lo que diría la gente.

Era muy difícil. Cuando hablaba así yo sentía unas ganas enormes de brincar para defender a Babamukuru. Maiguru la llamó. Salió de la recámara y unos minutos después oí que el auto arrancó.

Me contaron que la boda fue un éxito espectacular. Toda la aldea asistió para ver el matrimonio del hermano de Babamukuru. Esperaban un espectáculo que valiera la pena y no quedaron decepcionados. Todo mundo quedó impresionado por la elegancia de la ocasión. Según el decir general, la novia, con su velo blanco y zapatos de tacón alto, estaba tan contenta como cualquiera pues, como nunca en su vida, había sido mimada y atendida por una robusta dama vestida de un delicado color durazno, y fue recibida en el altar por mi padre, quien lucía garboso estrenando traje y zapatos. ¡Mi padre garboso! Esa sí que fue una idea que me hizo sonreír. Y Babamukuru había matado un buey, por no mencionar a uno que otro borrego y chivo, así que hubo carne de sobra para todos. Además, divulgó Lucia, con tanta gente alrededor, fue imposible impedir que unos cuantos guajes de cerveza encontraran su camino a unas cuantas gargantas, lo que incrementó la algarabía a proporciones tumultuosas. Para coronarlo todo, Babamukuru se había congraciado con todo mundo, excepto con Maiguru y quizás Nyasha, al anunciar durante la presentación de los regalos que le obsequiaba la casa a su hermano como regalo de boda y que, para que mi madre no se incomodara en su casa nueva cuando él fuera de visita con Maiguru, él construiría una casa más grande y más adecuada para su propia esposa. Cuando vi las fotografías, estuve segura de que debí haber ido. Pero no las había visto antes de tomar la decisión y la decisión, al menos, fue mía.

El día después de la boda, el domingo por la noche, Babamukuru me llamó a la sala. Estaba sentado con Maiguru, él en el sillón enfrente de la chimenea y ella en el sofá. Yo me senté en el mismo lugar que había ocupado aquella primera vez que había hablado con Babamukuru, el día en que llegué a la misión. Pero en esta ocasión, mis sentimientos eran por completo diferentes. Me aterraba lo que iba a seguir.

Calmado, Babamukuru me habló largamente, en un tono autoritario; me dijo lo decepcionado que estaba de que me hubiera vuelto tan rebelde cuando él estaba haciendo tanto por mí, cuando llevaba casi dos años exhibiéndome como el ejemplo de virtud filial que su descarriada hija tenía que seguir. Babamukuru dijo que yo tenía que recibir un castigo por mi desobediencia y que aunque no le gustaba azotarme, pues yo ya tenía edad para ser tratada con madurez, mi comportamiento había demostrado que no era tan madura, por lo que una tunda podría acelerar el proceso. Como había cumplido quince años en abril, recibí quince latigazos. Debido a la seriedad de mi crimen, Anna recibió dos semanas de permiso y yo me hice cargo de sus deberes.

Realicé estas faenas inflexiblemente, con un profundo y agradecido deleite masoquista: para mí ese castigo era el precio de mi recién adquirida identidad. Nyasha no se mostró impresionada cuando le compartí mi secreto.

—¿Y qué sucedería –me preguntó– si nadie te castigara? Supongo que te castigarías tú misma. De veras, Tambu, creo que lo harías –estaba sumamente enojada por la severidad de mi castigo y estaba a favor de preguntarle a Babamukuru si su intención era educarme o matarme. Insistió en que me ayudaría a pesar de que toda ayuda había quedado prohibida. Y lo habría hecho. Se habría levantado a las cuatro de la mañana para ayudarme a limpiar la sala y a preparar el desayuno. O bien habría preparado la comida mientras yo limpiaba, de modo que todo lo que tendríamos que hacer a la hora del almuerzo sería preparar la *sadza*, además de recalentar el resto. Me habría ayudado a lidiar con los trastes cuando regresáramos de la escuela en la tarde, a cocinar la cena y a limpiar, mientras tanto, las recámaras. Habría hecho todo esto por mí si yo la hubiera dejado, pero ahora le tenía tanto miedo a Babamukuru y a mi propio atrevimiento de haberlo desafiado una vez, que le supliqué a Nyasha que no lo hiciera, y cuando vio lo afligida que yo estaba, estuvo de acuerdo con no ayudar. Resultó que no me vi agobiada por el quehacer. Al segundo día del castigo, cuando el desorden del día anterior me había mostrado que la vida iba ser bastante incómoda bajo el nuevo sistema, desperté para encontrar a Sylvester limpiando la sala. También puso la mesa por mí y

cuando regresé de la escuela los trastes del desayuno estaban limpios, la comida lista y la mesa recién puesta. Yo no sabía qué estaba pasando. Estaba aterrorizada de que Babamukuru se diera cuenta y le ordenara a Sylvester que no continuara. Entonces pensé que quizás Maiguru le había dado la orden, así que todo era legítimo. Pero no me atreví a abrir la boca por temor a decir algo equivocado. Sylvester también se guardó sus pensamientos, así que nunca me enteré de qué estaba sucediendo. Por supuesto, Babamukuru cayó en la cuenta, o quizás lo había planeado. En cualquier caso, no hizo ningún comentario y para mí la ayuda fue un alivio.

El primer sábado de la primera semana de mi castigo, Nyasha decidió que si Sylvester me podía ayudar a diario, entonces ella al menos podía ayudar con las grandes cosas como la lavandería. Anna lavaba la ropa los martes, jueves y sábados. Como yo iba a la escuela, sólo podía encontrar tiempo suficiente el sábado, así que la ropa se había acumulado durante la semana y el sábado había muchísima que lavar. A pesar de la cantidad, le expliqué a Nyasha que ese era mi castigo y que la castigarían también si lo hacía suyo.

—Me da pena privarte de ese placer —replicó— pero de todas formas lavaré la ropa.

Mientras estábamos dándole, todavía batallando con la ropa blanca, que consistía sobre todo en las camisas y la ropa interior de mi tío, por lo que se tenía que hacer minuciosamente, Lucia llegó de visita, cargando al pequeño Farai, que tenía ocho semanas pero parecía mucho mayor por su tamaño.

—¿De quién son estas camisas, eh? —nos dijo bromeando—. No son las de *mwaramu*, pues Anna es quien lava ésas. Así que hay novios por aquí. Díganme sus nombres.

—Nada de novios —respondió Nyasha en tonos lúgubres—. Estamos cumpliendo con un castigo —su rostro adquirió una expresión tan lastimosa que el castigo se tornó gracioso y nos hizo reír a carcajadas.

—Y bien merecido —estuvo de acuerdo Lucia—, con todas las diabluras que ustedes hacen. Miren nomás. ¡Cómo se ríen! Las conozco a las dos. ¡Son imposibles! —después se puso seria y quiso saber por qué estábamos castigadas, así que le expliqué que, de hecho, el castigo era mío y que Nyasha sólo me estaba ayudando. También le conté qué lo había ocasionado, y ahora que el asunto ya se había resuelto, lo encontraba muy gracioso, aunque a Lucia no le gustó lo que dije.

—¡*Babawanguwe!* —exclamó cuando terminé—. Pero si todavía hay dementes en este mundo, ¿verdad?

Este tipo de conversación me hacía sentir incómoda, porque Babamukuru estaba asumiendo proporciones de ogro en mi inconsciente. Pensé de manera confusa que podía aparecer de repente y hacer algo espantoso, como quitarle el trabajo, si la oía hablar así.

Nyasha no tenía esos remordimientos.

—Exacto —se mofó—. ¡Como si los hijos tuvieran que estar presentes en la boda de sus padres! —desde esta perspectiva, era imposible estar asustada. Terminamos extenuadas por la risa, pero Lucia frunció los labios y se dirigió a la sala. Respondió abruptamente el saludo de Maiguru.

—¿Está Babamukuru aquí, Maiguru? —le preguntó después de darle apenas un vestigio de apretón de manos y una o dos palabras para preguntar por su salud. Maiguru reconoció la señal y se anduvo con cuidado.

—¿Pasa algo malo, Mainini? Veo que estás molesta.

—No te preocupes, Maiguru. El asunto le incumbe a Babamukuru.

—¿Estás segura, Mainini?

—Estoy segura, Maiguru.

—¿No puedes hablar con nadie más que con Babawa Chido?

—Con nadie más que con Babamukuru.

La actitud de Lucia ofendió a Maiguru, quien con normalidad no habría dejado sola a una visita, pero en esta ocasión se marchó hasta el regreso de Babamukuru. Cuando por fin llegó Babamukuru, Lucia fue directa con él. Le dijo abiertamente que yo no debería recibir un castigo tan severo.

—¿Le preguntaste qué era lo que pensaba? —inquirió—. ¿Le preguntaste a mi hermana si deseaba que su hija estuviera presente? Incluso la boda, ¿le preguntaste a mi hermana si quería esa boda? No veo que la niña te haya agraviado al preferir no estar presente.

Algo había pasado con Lucia o con Babamukuru que permitió que este último le tuviera paciencia.

—Ya veo, Lucia —explicó—, tú crees que Tambudzai tiene este castigo porque me agravió. No es eso Lucia, pero los hijos tienen que ser obedientes. Si no lo son, entonces hay que enseñarles. De modo que desarrollen buenos hábitos. Tú sabes que esto es muy importante, especialmente con las muchachas. Mi esposa aquí no me hubiera desobedecido como lo hizo Tambudzai.

—Bueno, Babamukuru —dijo Lucia, preparándose para partir—, quizás cuando te casas con una mujer, ella tiene la obligación de obedecerte. Pero algunas de nosotras no estamos casadas, así que no sabemos cómo hacerlo. Por eso he podido decirte con franqueza lo que tengo en el corazón. Es mejor de esta manera, para que mañana no hable a tus espaldas y diga lo primero que me venga a la cabeza.

Babamukuru alabó a Lucia cuando ella ya no estaba presente.

—Esa mujer —le dijo riendo a Maiguru— es como un hombre.

—Creo que tiene razón —aventuró Maiguru—. Quizás Tambudzai ya recibió un castigo suficiente.

Babamukuru se volvió a reír.

—¡Ma'Chido! No me digas que le hiciste caso a Lucia. Tú sabes que siempre dice lo primero que le viene a

la cabeza. Y en cuanto a Tambudzai, la echaremos a perder si dejamos que continúe comportándose como ha empezado a hacerlo. Debe ser disciplinada. Tiene que terminar su castigo.

—¿Se te olvida, Baba -persistió Maiguru- que su hermano murió en esta casa? ¿Qué pensarán sus padres cuando ella les cuente cómo la castigaste? En verdad, este castigo es demasiado para la niña.

—Y ahora, ¿qué te pasa, Mai? No hay necesidad de que saques todo eso. Tambudzai es la hija de mi hermano, yo soy su padre. Tengo el derecho de disciplinarla. Es mi obligación.

En ese momento, Maiguru dijo muchas cosas.

—Sí, es la hija de tu hermano -dijo-. Pero cuando se trata de usar mi dinero para que puedas alimentarla y a su padre y a toda tu familia y despilfarrarlo en bodas ridículas, entonces es cuando también son mis parientes. Déjame decirte, Babawa Chido, que ya estoy cansada de que mi casa sea un hotel para tu familia. Estoy cansada de ser su ama de llaves. Estoy cansada de no ser nadie en una casa para la que me mato trabajando. Y ahora hasta esa Lucia puede venir a decirme que los asuntos que discute contigo, aquí en mi hogar, no son de mi incumbencia. Estoy harta de todo Babawa Chido. ¡Déjame decirte, ya tuve suficiente!

Podíamos oírlos pelear. Nyasha, quien había recogido una palangana llena de ropa para colgarla, se detuvo a escuchar, olvidó lo que estaba haciendo, vació de nuevo la ropa limpia en el agua sucia y tuvo que fingir que necesitaban otro enjuague. Estaba sacudida. Igual que yo. Nunca habíamos oído antes a Babamukuru y a Maiguru pelearse.

—Ma'Chido -decía Babamukuru pacíficamente-, estas palabras no son buenas.

—No, no lo son -replicó Maiguru temeraria-. Pero si no son cosas buenas que se pueden decir, tampoco son cosas buenas que deben pasar. Y están pasando aquí en mi casa.

—No, Ma'Chido -la calmó mi tío-. No es como tú dices.

—Es como yo digo -insistió-. Y cuando me quedo callada tú crees que lo estoy disfrutando. Así que hoy te digo que no soy feliz. Ya no soy feliz en esta casa.

Babamukuru pensó que ya había soportado demasiado.

—Entonces vete adonde seas feliz -dijo furioso y se fue a su oficina.

—No creo que se vaya -me dijo Nyasha cuando estábamos a oscuras en la cama-. Pero una nunca sabe. Ella jamás ha llegado tan lejos como hoy -había una nota de asombro en su voz que yo no le había escuchado cuando hablaba de su madre.

—Pero tú no puedes querer que se marche -le susurré-. ¿Cómo te las vas a arreglar sin ella?

—No sé -reconoció su hija- pero sería bueno para ella.

Permanecí en silencio. Nyasha no sabía nada de partidas. Sólo había sido llevada a diferentes lugares: a la misión, a Inglaterra, de regreso a la misión. No sabía que había partes esenciales de una que se quedaban abandonadas sin importar con cuánta violencia una intentaba desalojarlas para llevarlas consigo.

—Creces -dijo Nyasha, como si hubiera escuchado lo que yo estaba pensando-. Creces y lo compensas. Tienes que. No hay de otra. Todos tratamos de hacerlo, ¿sabes? Todos nosotros. Pero es difícil cuando se te da todo. Es difícil cuando todo está resuelto. Incluso tu forma de pensar.

Para nuestra sorpresa, Maiguru sí se fue, en autobús, temprano la mañana siguiente. No se escapó de modo furtivo en la oscuridad, sino que abiertamente empacó su maleta, se puso la ropa de viaje, desayunó y se fue. Babamukuru todavía estaba dolido y esa fue la razón, creía yo, por la que la había dejado marcharse, pero Nyasha tenía una teoría diferente. Ella pensaba que Babamukuru simplemente no creía que Maiguru lo haría, podría hacerlo, se animaría a hacerlo. No había ninguna diferencia, me dijo. El punto era que él no lo creía. Babamukuru, me dijo, esperaba que su esposa se arrepintiera antes de llegar a la parada del autobús o a más tardar antes de que el autobús arrancara. Habría sido útil, me dijo Nyasha, si las cosas hubieran resultado así, pues entonces Babamukuru podría recordarle siempre a su esposa que había tratado de marcharse y no había podido hacerlo. Por desgracia, me dijo, Babamukuru iba a tener que esperar a que Maiguru subiera a ese autobús y se marchara, para descubrir si tenía razón o no, y para ese momento ya iba a ser demasiado tarde para hacer cualquier cosa al respecto.

Si este fue o no el caso, recuerdo que Maiguru tuvo algo de grandiosa y resuelta en la forma en que se decidió y, sin hacer escándalo, llevó su plan a cabo. Incluso Nyasha estaba impresionada. Se acercó a darle a su madre un abrazo de despedida en la puerta, pero Maiguru, que sólo quería irse, permaneció impávida. Aunque Nyasha quedó muy dolida, su generosidad no le permitió sentir celos de su madre.

—Supongo que es un espectáculo para una sola mujer -dijo, con cierto desconsuelo.

En lo personal, yo creía que Nyasha estaba algo desequilibrada por no sentirse afligida al sufrir un abandono tan abrupto. Sin embargo, Nyasha no sabía de lo que yo hablaba. No pensaba que su madre la hubiera desamparado, pues creía que había una diferencia entre la gente que abandonaba a sus hijas y la gente que se salvaba a sí misma. Maiguru estaba haciendo lo segundo y estaría disponible para su hija cuando se le necesitara.

—Sobreviviremos -me aseguré-. De algún modo saldremos adelante.

Yo no estaba tan segura. Lidiar con Babamukuru no era un trabajo fácil. La partida de Maiguru era prueba de ello. Pero Nyasha, que todavía no conocía el molde del alma de Babamukuru, pensaba que Babamukuru era, como ella, flexible y a la larga terminaría por ajustarse saludablemente. En consecuencia, pensaba sólo en términos de la emancipación de su madre y eso la reconfortaba.

—Te voy a decir por qué, Tambu -me explicó-. Algunas veces siento que ese hombre me tiene atrapada, igual que a mi madre. Pero ahora que ella pudo lograr escapar, sé que es posible, así que puedo esperar -suspiró-. Pero no es tan simple, ¿sabes?, en verdad, no lo es. En realidad no es él, ¿sabes? Quiero decir, en realidad no es la persona. Es todo, está en todas partes. Así que, ¿adónde te escapas? Tú eres sólo una persona y eso está por todas partes. Así que ¿adónde te escapas? No lo sé, Tambu, en verdad que no lo sé. Así que ¿qué haces? No lo sé.

Era verdad, una triste verdad. Trágica, en el caso de Maiguru, pues aunque hubiera tenido algún lugar adónde ir, no habría podido irse, pues todo en lo que había invertido en su vida, su marido y sus dos hijos, se encontraba en la misión. Intentamos no sentirnos desatentadas por esta revelación, pero permaneció en nuestras mentes como un peso abrumador. Necesitábamos tranquilizarnos y una calmó a la otra, inventándole a Maiguru opciones cada vez más fantásticas.

—Se regresará a Inglaterra. A estudiar para obtener otro grado -dijo.

—Enseñará en la universidad -contrarrestó Nyasha.

—Será doctora.

—Comenzará su propio negocio -sugirió Nyasha, y volvió a suspirar-. Quizás alguna vez pudo haber tenido uno. Pero ahora es demasiado tarde -pobre Nyasha. No podía vencer la desesperanza.

Si Babamukuru estaba triste por la desaparición de Maiguru, lo disimuló muy bien. Siguió su vida como de costumbre: se levantaba y se iba antes de que nosotros desayunáramos, volvía a comer y a cenar y volvía a la oficina hasta que ya estábamos en la cama. No sé qué hubiera pasado si Chido no hubiera llamado por teléfono una noche, el jueves posterior a la partida de mi tía. Nyasha tomó la llamada. Maiguru estaba bien, nos contó Chido. Había ido a verlo. Iba a pasar un tiempo con su hermano y su familia. No sabía cuánto. Iba a regresar cuando tuviera suficientes fuerzas para hacerlo.

A Nyasha la entristeció que Maiguru se hubiera ido con su hermano.

—¡Un hombre! Siempre acude a los hombres -dijo, desesperada-. No hay esperanza, Tambu. En verdad, no la hay -y tampoco quería que su madre regresara a casa tan pronto. Era difícil decir si en verdad quería que regresara. Pensaba que la escapada de Maiguru no había sido suficiente, que Babamukuru la apreciaría más si se viera forzado a extrañarla un poco más. Por estas razones estaba indecisa acerca de si darle o no el recado de Chido, aunque, por supuesto, tenía que hacerlo, así que esperó despierta a su padre hasta que éste regresó a casa a la una de la mañana, un poco más tarde que de costumbre, para decirle lo que Chido le había contado.

—Gracias -gruñó el hombre cuando la muchacha le repitió el recado, y pasó de largo a su recámara.

Nyasha se metió en la cama, pero antes de poder quedarnos dormidas, el sedán verde retumbó por la vereda y las luces inundaron por un instante nuestra recámara antes de desaparecer en la noche. Babamukuru regresó a las ocho de la mañana siguiente, trayendo con él a su esposa.

Maiguru se había ido sólo cinco días, pero el cambio le había hecho bien. Sonreía con mayor frecuencia y menos mecánicamente, nos importunaba menos y estaba más dispuesta a hablar, o podía hacerlo, sobre cosas sensatas. Aunque todavía llamaba a Babamukuru su Papacito-lindo, la mayoría de sus expresiones añidadas había desaparecido.

—Qué desperdicio -se lamentó Nyasha, señalando la diferencia-. ¡Imagínate lo que habría llegado a ser si hubiera sido expuesta a lo correcto! -y entonces me confesó que estaba teniendo uno de sus raros ataques de remordimiento, pues en el fondo le daba gusto que su madre hubiera regresado.

Nueve

Un día, recuerdo que estaba terminando el tercer trimestre pues era justo antes de los exámenes del séptimo grado, vinieron las monjas a la misión. Nos estábamos concentrando duro en los estudios. Las clases ya habían terminado pues, según el maestro, él ya había cubierto todo el programa y ahora dependía de nosotros incrustar con firmeza en nuestras memorias lo que él nos había enseñado. Así que en lugar de clases teníamos periodos de revisión. El señor Sanyati nos dividía en grupos y nos mandaba afuera a estudiar el ciclo vital del mosquito anófeles, las fechas de las rebeliones de los bóer, el positivo, el comparativo y el superlativo de los adjetivos irregulares y esperaba que fuéramos capaces de recitarlos de memoria cuando regresáramos al salón. Con todo esto en nuestras cabezas, cuando las monjas entraron a la escuela en una reluciente combi no les hubiéramos puesto mucha atención si no fuera porque nuestra misión era protestante. No sabíamos nada de monjas excepto que eran seres espirituales y castos que dedicaban sus piadosas y devotas vidas al servicio de Dios. Sabíamos que esta era la razón por la que la Iglesia Católica Romana era superior a la nuestra; creaba tal virtud. Por lo tanto, cuando las monjas llegaron a la misión y observamos que en lugar de murmurar suaves bendiciones y deslizarse angelicalmente por el pasto en hábitos diáfanos traían elegantes faldas y blusas y caminaban, reían y hablaban en bajos tonos nasales muy parecidos a nuestros propios misioneros estadounidenses, nos sentimos muy decepcionadas.

Verlas así de cerca, descubrir cuán comunes y corrientes eran, destruyó casi todo el mito que las rodeaba, o al menos las partes que importaban, pues la cuestión del sexo no nos obsesionaba y, de cualquier modo, no teníamos modo de juzgar su castidad. Pero no todo fue decepcionante. Cumplían parte de su promesa al sonreírnos con beatitud cuando el señor Sanyati presumía nuestros talentos. Por supuesto, a mí me escogieron primero para declamar un poema en inglés.

—*Hamelintown'sinBrunswickbyfamousHanoverCity* —comencé, causando un resuello de admiración en mis compañeras, quienes sabían que era lista pero no tanto, no tan lista como para haber aprendido un poema tan largo, un poema que nunca habían escuchado antes, y recitarlo tan bien. Me destapé con los versos a un paso delirante, pues entre más rápido recitara una ese tipo de cosas, quería decir que una era más articulada. Después hicimos un círculo y bailamos para las monjas cantando y aplaudiendo. Luego las sometimos a ver una obra de teatro, que disfrutaron enormemente.

Nos hicieron un examen, lo que en nuestra opinión no era justo porque no nos habían prevenido y no nos habíamos preparado. El señor Sanyati nos dijo que no deberíamos preocuparnos porque era sobre conocimientos y habilidades generales, pero esto sólo nos confundió más. Conocimientos generales estaba bien, pero habilidad general era un tema que no habíamos estudiado. Sonaba extraño, complicado y sumamente difícil. El señor Sanyati nos dijo que las monjas habían hecho todo el recorrido desde su propia misión para hacernos este examen y nos formó a todas las niñas del grupo siete A para entrar al salón y contestar preguntas sobre Louisa M. Alcott y *Mujercitas*, para multiplicar siete bellotas por veintitrés bellotas por cuarenta y ocho bellotas por cero bellotas, y para escoger el objeto diferente en un conjunto de botas de hule, zapatos para la nieve, botines y pantuflas.

Después del examen, las monjas quisieron hablar con nosotros y nos hicieron entrar de una en una para vernos. En realidad, después de eso quedamos muy impresionadas con ellas. Pensábamos que eran muy amables y en definitiva unas santas por interesarse en nosotros. Era obvio que sí se interesaban por nosotros, pues nos hacían todo tipo de preguntas sobre nuestros padres, nuestros amigos y lo que, en nuestros ratos libres, nos gustaba hacer. A mí me encantó que la gente, y la gente blanca, para el caso, pensara que mi situación personal era interesante. Pensé que también debía contarles sobre Babamukuru, para demostrarles que mi familia tenía una rama progresista, pero a ellas les interesaba más saber sobre mi propio padre y sobre mi vida en el *homestead*.

A fin de cuentas resultó que las monjas habían venido a reclutarnos. Cuando nos enteramos de que habíamos hecho un examen de admisión, hubo debates muy acalorados. Una o dos chicas conocían a algunos católicos y nos platicaron en voz baja sobre las atroces prácticas de las monjas. Aparentemente, lo que hacían era lo siguiente: la llevaban a una a la escuela y después de acabar segundo de secundaria la persuadían de que ingresara en la orden. Sus métodos no eran en particular sutiles. Ofrecían más becas y dejaban bien claro que rehusarse era una muestra de una abominable falta de gracia. En esta posición, muchas de las chicas pensaban que resultaba práctico ponerse un hábito de novicia pero después descubrían que no iba con ellas. Los votos eran aun más comprometedores y las chicas se embarazaban para librarse de ellos. Estas eran las extendidas acusaciones en contra de las monjas, pero no bastaban para disipar el *glamour* tan atractivo que rodeaba la perspectiva de ir a la escuela en un convento. Y no

cualquier convento, sino un convento multirracial. Una prestigiosa escuela particular que maquilaba damitas garantizadas. En ese convento, que estaba justo a las afueras de la ciudad, pero en el otro extremo, al sur, una usaba faldas plisadas de terlenka durante la semana y los domingos un traje sastre de lino de dos piezas con guantes, ¡sí, incluso con guantes! Todas queríamos ir. Era lo natural. Pero sólo había dos lugares disponibles, dos lugares para todas las chicas africanas del séptimo grado en el país. El efecto fue drástico y peligroso. Dejamos de agradarnos como solíamos hacerlo, en caso de que la otra recibiera el ofrecimiento del lugar y tuviéramos que padecer ataques de celos mientras ella crecía en estatus y estima. No era justo, pensábamos, y era cierto; pero, en realidad, nada había sido justo acerca de ese examen. Nadie más se había preparado para la prueba, mientras que yo me había estado preparando desde el momento en que llegué a la misión. Al haber digerido la exótica y variada biblioteca de Nyasha; al haber aguantado su disposición experimental, su insistencia en encontrar alternativas, su pasión por transmutar el presente en lo posible; al haber lidiado con todo esto -lo cual hice en el nivel puramente intelectual, no porque pensara que era racional, sino porque me resultaba divertido y quería a mi prima y la admiraba-, al haberme enfrentado a estos desafíos intelectuales durante cerca de dos años, estaba mucho más avanzada que mis compañeras, tanto en conocimientos como en habilidades generales. Así que no fue para nada sorprendente que hubiera tenido un desempeño brillante en ese examen de admisión, con lo que me gané el privilegio de asociarme con la élite de esa época, el privilegio de ser admitida en su cultura con un fundamento honorífico.

Por supuesto, en ese momento no aprecié la gravedad de mi situación, pues mi única experiencia con esa gente había sido la de la caritativa Doris y la de los fervientes misioneros de la misión. Pero Nyasha los conocía y se sintió alarmada. No pudo ocultar, y ni siquiera trató de hacerlo, su decepción cuando le comenté lo fascinada que estaba, qué gran experiencia iba a vivir, la gran oportunidad que eso significaba, cómo pretendía aprovechar al máximo esa oportunidad. Ella pensaba que dicha oportunidad ofrecía más cosas malas que ventajas. Sería una oportunidad magnífica, me dijo con sarcasmo, para olvidar. Para olvidar quién era, lo que era y por qué lo era. El proceso, me informó, se llamaba asimilación y era lo que se tenía planeado para los pocos individuos precoces que pudieran convertirse en un fastidio si se les dejaba solos, mientras que los demás... bueno, en realidad, ¿a quién le importaban los demás? Por lo tanto, hicieron un pequeño espacio en el que una quedaba asimilada, un espacio honorífico en el que una pudiera unirse a ellos y ellos pudieran estar seguros de que una se iba a comportar adecuadamente. Yo estaría cómoda en una posición así, observó en tono ofensivo, porque fíjate que bien te has llevado con Babamukuru. Sin embargo, insistió, una no debería ocupar ese espacio. En verdad, una debería rechazarlo. En mi caso, eso significaba no ir a la misión de las monjas.

—Te harán caer en sus engaños -me dijo, señalando que yo obtendría una educación mucho más útil en la misión.

Si ella no me hubiera dicho eso, esa última frase sobre la enseñanza en la misión, yo le habría creído, pero todos sabían que las escuelas europeas tenían mucho mejor equipo, mejores maestros, mejor mobiliario, mejor comida, mejor todo. La idea de que cualquier cosa de nuestra misión pudiera ser mejor que la de ellos era obviamente ridícula. Además, una vez que una obtenía un lugar en una de sus escuelas, seguía y seguía hasta obtener el certificado de la preparatoria, los "A" levels. Una ya no tenía que preocuparse por irse quitando del camino los exámenes en cada etapa. Así era. Así sería. Si una era lista, se colaba por cualquier hendidura que encontraba. Por mi parte, iba a aprovechar cualquier oportunidad que se me presentara en el camino. Estaba por completo segura de ello; estaba decidida. La oportunidad más reciente era esta, la de ir al convento. Iba a ir. Estaba segura. Yo no era escéptica como Nyasha. ¿Cómo podría yo olvidar a mi hermano y los elotes, a mi madre y la letrina y la boda? Todo esto era prueba de las cargas a las que ella había sucumbido. Ir al convento era una oportunidad para aligerarlas al entrar en un mundo donde las cargas eran livianas. Iba a aprovechar la oportunidad. Aligeraría mis cargas. Iba a ir. Si Babamukuru me daba permiso.

Aun así, Nyasha no estaba impresionada.

—En verdad, Tambudzai -me dijo con severidad cuando terminé de glorificar mis intereses-, siempre habrá hermanos y elotes y madres demasiado cansadas para limpiar las letrinas. Vayas o no al convento. Hay mucho más que hacer que sólo eso -esto era típico de Nyasha, este idealismo obstinado. Pero ella podía darse el lujo, por ser la hija de mi acaudalado tío. Mientras que yo, yo tenía que agarrar cualquier oportunidad que se atravesara en mi camino.

Babamukuru fue de la opinión de que ya se me habían atravesado demasiadas oportunidades y, en otro nivel, estuvo de acuerdo con Nyasha en que la experiencia no sería buena para mí. Desde su sillón que estaba enfrente de la chimenea, me explicó por qué no podía ir al convento.

—No es cuestión de dinero -me aseguró-. A pesar de que todavía habría muchos desembolsos de mi parte, tú tienes tu beca, lo que disminuiría la carga financiera más pesada. Pero siento que incluso ese poco dinero se podría aprovechar mejor. Por un lado, ahora está el bebé en casa. Cada mes separo un poco, un poquito, muy poquito cada mes, de tal modo que cuando tenga edad para ir a la escuela todo estará cubierto. Como tú sabes, es el único varón en tu familia, así que hay que encargarse de él. Y en cuanto a ti, creemos que estamos asegurando tu futuro bastante bien. Cuando termines la secundaria podrás seguir tu

camino, el camino que escojas. Con el tiempo ganarás dinero. Estarás en posición de que te despose un hombre decente y de establecer un hogar decente. En todo lo que estamos haciendo por ti, te estamos preparando para tu vida futura, y me he percatado por el comportamiento de mi propia hija, que no es bueno que una jovencita se relacione demasiado con esta gente blanca, y tenga demasiadas libertades. Me he percatado de que las jovencitas que hacen esto no se convierten en mujeres decentes.

Matrimonio. En principio, no tenía nada contra él. En un modo abstracto, pensaba que era una idea muy buena. Pero era exasperante ver cómo siempre afloraba de una forma o de otra, extendiendo sus tentáculos para sujetarme antes de que hubiera siquiera empezado a pensar en serio en él, amenazando con alterar mi vida antes de poder decir incluso que era mía. Babamukuru me había confundido con su mención del matrimonio. Inspeccioné mi bata, buscándole pelusa y esperando a que terminara la sesión.

—Esto —continuó mi tío— es lo que le diré a tu padre: si desea enviarte a esa escuela, puede hacerlo si encuentra con qué. Yo personalmente no consideraría que es dinero bien gastado. Mai —concluyó, dirigiéndose a mi tía— ¿hay algo que quieras decir?

—Sí, Baba —habló Maiguru con suavidad desde el sofá. Mi inspección terminó abruptamente. Escuché incrédula.

—¿En verdad? —exclamó Babamukuru y, recuperándose, la invitó a continuar—. Habla con libertad, Mai. Di lo que piensas.

Hubo una pausa durante la cual Maiguru se cruzó de brazos y se recargó en el sofá.

—No creo —comenzó con facilidad, con su suave y reconfortante voz— que ir a esa escuela pueda corromper a Tambudzai. ¿No te acuerdas? Cuando fuimos a Sudáfrica, todo mundo decía que nosotras, las mujeres, éramos disolutas —Babamukuru respingó ante lo explícito de la mención. Maiguru siguió adelante—: En esa época, no era cuestión de relacionarse con esta raza o con la otra. La gente tenía prejuicios en contra de las mujeres educadas. Prejuicios. Por eso decían que no éramos decentes. Eso fue en los cincuenta. Ahora estamos a mediados de los setenta. Me decepciona que la gente siga creyendo lo mismo. Después de todo este tiempo y cuando no hemos visto nada que lo compruebe. No sé qué quiere decir la gente con una mujer disoluta: algunas veces es alguien que camina por las calles, otras es una mujer educada, otras es la hija de un hombre exitoso o simplemente es bonita. Disoluta o decente, no lo sé. Todo lo que sé es que si nuestra hija Tambudzai no es una persona decente ahora, nunca lo será, sin importar adónde vaya a la escuela. Y si es decente, entonces este convento no debería cambiarla. Y en cuanto al dinero, tú mismo has dicho que tiene beca completa. Es posible que tengas otras razones por las que no quieres que vaya, Babawa Chido, pero éstas —la cuestión de la decencia y el asunto del dinero— son las que he escuchado, por lo que sobre éstas he hablado.

Hubo otra pausa durante la cual Maiguru descruzó los brazos y unió las manos en el regazo.

Babamukuru se aclaró la garganta.

—Umm... Tambudzai —preguntó tentativamente— ¿tienes algo que decir?

Al día siguiente Babamukuru me llevó a casa para las vacaciones de Navidad. Mis hermanas estaban emocionadas de verme porque las tenía impresionadas con mis hazañas académicas.

—*Mauya wekuchirungu* —me saludaron, pero yo decliné el título con modestia, no porque no lo quisiera, sino porque Babamukuru no me lo había concedido.

Ese día mi tío no se iba a quedar mucho rato. No había tiempo de discutir el asunto de mi educación. Mi padre, quien en presencia de Babamukuru siempre se mostraba entusiasta, lo felicitó por haber moldeado mi mente con tal habilidad que incluso los blancos estaban impresionados con el resultado, pero Babamukuru se rehusó a seguirle el juego.

—No hemos decidido lo que se hará con Tambudzai. Lo discutiremos cuando venga a pasar un tiempo aquí en Navidad.

Esto me dio esperanzas de que el discurso de Maiguru hubiera surtido algún efecto. Esperé impaciente la Navidad, pero cuando ésta llegó no trajo a nuestros parientes al *homestead*. Maiguru se rehusó rotundamente a pasar otra Navidad cocinando para una familia de dos docenas. Así que, durante los diez días de la temporada navideña, Babamukuru iba y venía entre el *homestead* y la misión, algunas veces acompañado por Maiguru y Nyasha, pero por lo general, solo. A Chido nunca lo vimos, porque siempre tenía otros compromisos. En secreto mi madre estaba encantada de que Maiguru no quisiera quedarse en el *homestead*, aunque por supuesto tenía que protestar con cortesía e invitarlos a quedarse a dormir cada vez que mis tíos se iban a la misión. Estaba muy orgullosa de su casa y de su estufa Dover y no podía tolerar la idea de que las usara su dueña original. Técnicamente, la situación era que Maiguru ya no tenía cocina en casa pues aún no se construía la casa prometida y ésta fue quizás la razón por la que se mostró tan inflexible en su negativa de pasar Navidad con nosotros. Otra consecuencia de que Maiguru no tuviera cocina fue que la comida no resultó tan apetitosa o tan abundante como cuando ella se hacía cargo. Si ese año Tete y Babamunini Thomas hubieran venido a quedarse, hubiéramos tenido un serio problema de escasez, pero una semana antes de que empezaran las festividades, mandaron un mensaje avisando que no podrían venir. Los cimientos de la casa de Maiguru se iniciaron a mediados de enero.

La víspera del Año Nuevo mi tío y mi padre discutieron mi futuro. La discusión se llevó a cabo en la casa y me vi obligada a escucharlos a escondidas.

—Puede hacer que su carácter empeore... estos blancos, ¿sabes?... uno nunca sabe —dijo Babamukuru en tono meditativo.

—No —asintió mi padre—. ¿Cómo puede uno saberlo con ésos? Uno nunca sabe. ¡Con los blancos! No. Uno nunca sabe.

—Por otra parte —continuó mi tío— recibiría una educación de primera clase.

—¡Ah, sí, Mukoma! De primera, de primera —dijo mi padre entusiasmado.

—Yo no quería que fuera a esa escuela... —dijo Babamukuru.

—¿Para qué, Mukoma? ¿Para qué tiene que ir? Tu misión es de primera clase.

—... por las razones que te he explicado —continuó mi tío—. Pero, por otro lado, considerando que es una buena oportunidad para que la niña reciba la mejor educación de Rhodesia, creo que no se le debe negar la oportunidad. He decidido dejarla ir.

Mi padre se hincó sobre una rodilla.

—*Bo bo-bo*. Te estamos agradecidos *Chirandu*, te estamos agradecidos, *Muera bonga, Chihwa* —entonó—. En verdad, no sobreviviríamos sin ti. Cabeza de la familia, príncipe, te estamos agradecidos.

Así fue como se arregló. Yo iba a avanzar un paso hacia mi libertad. Otro paso que me alejaba de las moscas, los olores, los campos y los harapos; de estómagos que casi nunca estaban llenos, de la mugre y la enfermedad, de la abyecta obediencia de mi padre ante Babamukuru y de la letargia crónica de mi madre. También del Nyamarira que yo amaba.

La perspectiva de esta libertad y de su posible precio me mareó. Me tuve que sentar, ahí mismo, en los escalones que subían a la casa. Luego me sentí aturdida y después ya me sentí mejor. El costo lo equilibraría. Lo que necesitara lo llevaría conmigo, el resto lo descartaría. Valdría la pena para vestir a mis hermanas con ropa bonita, para alimentar a mi madre hasta que estuviera rolliza y se volviera a sentir con energía, para impedir que mi padre se portara como un tonto cada vez que estuviera en presencia de Babamukuru. Con dinero, haría todo esto. Con el boleto que iba a adquirir al asistir al convento, iba a ganar mucho dinero.

—No —estaba diciendo Babamukuru, su rostro resplandecía tanto que competía con la flama de parafina— no me agradezcas a mí. Tambudzai es la que trabajó duro para ganarse esa beca.

Ya no escuché más y dejé que mi imaginación se apropiara de mí. Me vi elegante y pulcra, vestida con una blusa blanca y una falda tableada de color rojo oscuro de terlenka, con saco, guantes y sombrero. Era una bella imagen, tan encantadora que se la tenía que describir de inmediato a mi madre. Estaba en la cocina porque, a pesar de su estufa Dover, prefería el viejo fogón. Decía que a su lado se sentía más cómoda. Así que a menudo se sentaba ahí, como la encontré en esta ocasión, sola en su petate amamantando a Dambudzo, que ya tenía nueve meses, sosteniéndolo sobre su regazo con una mano y con la otra jugando desinteresada con su cena de *sadza* y leche agria.

—Pensé que no querías comer —se disculpó por haber empezado sin mí—. Como te tardaste tanto llevando la comida a la casa...

Me lavé las manos, me senté junto a ella y me tragué unos bocados de *sadza*, sin saborearlos, amoldándolos entre mis dedos durante mucho más tiempo que el necesario: mi apetito se había marchado con la noticia. Apenas podía creer en mi suerte y le conté a mi madre sobre la decisión de Babamukuru.

—¡*Ho-o-re!* —suspiró larga y amargamente cuando acabé—. Dime, Tambudzai, ¿quiere ese hombre matarme, matarme con su gentileza, engordando a mis hijos sólo para quitármelos, como se engorda al ganado para sacrificarlo? Dime, hija mía, ¿qué te voy a decir yo, tu madre, cuando regreses a casa hecha una extraña llena de ideas y costumbres blancas? Hablarás en inglés, todo el tiempo en inglés. Eh... *Mummy* esto, eh *Mummy* el otro. Como tu prima. Ya lo he visto, lo vimos aquí en nuestra casa. En verdad, ese hombre me está trayendo una maldición de mala suerte sobre mi cabeza. Has sobrevivido a la misión, así que ahora te tiene que mandar más lejos todavía. Ya estoy harta. Te lo digo, ya estoy harta de que ese hombre me separe de mis hijos. De que me separe de mis hijos y controle mi vida. Dice algo y nosotros brincamos. ¡Usar un velo, a mi edad, usar un velo! Imagínate, usar un velo. Si fuera bruja debilitaría su mente, en verdad que sí lo haría, y después veríamos cómo lo ayudaban su educación y su dinero.

Después de esto, mi madre decayó tan rápido que parecía que ella era la que había recibido la maldición. Comía y se movía cada vez menos, hasta que en pocos días ya no podía ni comer ni hacer nada más, ni siquiera mudarse el vestido que llevaba puesto. No iba al Nyamarira a asearse ni al huerto. Los días en que sí llegaba a levantarse, se levantaba tarde y no hacía más que sentarse al sol, alimentando a Dambudzo cuando lloraba, pero de otro modo no reaccionaba ante nada. A Dambudzo le dio diarrea, una evacuación que no paraba y que era horripilante y acuosa. Mi madre decía que se iba a morir, que los niños se morían cuando tenían diarrea. Mi padre estaba verdaderamente asustado y se gastó los preciados centavos que había reservado para su cerveza en el boleto del autobús que los llevó a la misión. Cuando regresó nos dijo que las enfermeras habían creído que mi madre le estaba dando botella y que la diarrea había sido ocasionada por un chupón sucio. Él pensaba que lo mejor era llevar a mi madre con una médium. Conocía a una buena en la siguiente aldea, pero yo me opuse. No podía contarle a mi padre las maldiciones que mi madre le había deseado a Babamukuru. Esas cosas no se decían a la ligera y yo estaba en verdad asustada de que ella pudiera pensar en algún daño terrible si tenía la oportunidad de contratar los servicios de una

médium. Además, yo sabía qué era lo que la afligía. Una médium no iba a servir de nada, mientras que yo sí, si no me iba al Sagrado Corazón. Pero esto era pedirme demasiado, así que le recordé a mi padre que Babamukuru no aprobaría eso de las médiums. A mi padre no le importó, pues me dijo que Babamukuru no se enteraría, así que lo amenacé con decírselo a mi tío, con lo que mi padre se rindió y mandó llamar a Lucia, que vino de inmediato.

A Takesure le agradó mucho este asunto, pero Lucia ni siquiera lo miró. Lucia se ocupó de seguir un régimen que yo llamaría un tratamiento de choque. Primero, hizo que mi madre fuera al Nyamarira, simplemente amarrándole a Dambudzo en la espalda, sosteniéndola por la cintura y llevándola caminando hacia allá. Después hizo que mi madre se aseara y aseara al bebé.

—Sisi -la amenazó, vadeando el río con el agua hasta los muslos y depositando a Dambudzo sobre una roca- obsérvame, lo estoy poniendo en una roca y ahí lo voy a dejar, justo en medio, en medio del río. Si se resbala al agua porque tú no haces nada por salvarlo, entonces en verdad vas a enloquecer, porque en esta ocasión serás culpable -Dambudzo, que sentía la tibieza y suavidad de la roca y el agua que burbujeaba agradablemente en las orillas, pensó que todo era un juego. Le gorjeó a Lucia y gateó a la orilla para salpicar. Los bebés son listos y no se van por la borda, pero de todos modos las madres son muy ansiosas.

—Lucia -dijo mi madre-, Lucia, ¿por qué me haces esto? ¿Por qué? ¿Por qué me fastidias? ¿Por qué no me dejas morir, simplemente? -y, quitándose el vestido, vadeó hasta la roca para asearse y asear a su hijo. Mientras mi madre se bañaba, Lucia le lavó el vestido, así que cuando mi madre y Dambudzo estuvieron limpios, se vieron forzados a sentarse al sol hasta que el vestido se secara. Ahora bien, a diferencia de un malestar físico del que todos pueden hablar, una enfermedad de esta naturaleza se mantiene callada y en secreto, así que cuando las otras mujeres llegaron a lavar o a sacar agua sólo vieron a mi madre, a Lucia y a Dambudzo esperando con comodidad que se secara la ropa, un cuadro común en el Nyamarira. Además, todas estaban encantadas de ver a Lucia, por lo que se mostraron animadas y felices cuando se acercaron a saludarlas, regañando alborozadas a Lucia por haber estado fuera por tanto tiempo, riendo al ver cuánto había crecido Dambudzo, qué guapo se estaba poniendo y cómo muy pronto todas las mujeres de los alrededores se iban a enamorar de él. Todo esto fue una medicina muy buena.

Cuando regresaron, Lucia preparó la cena e hizo una sopa espesa con un poco de carne que había traído consigo.

—Tambudzai -me ordenó en presencia de mi padre- asegúrate que nadie toque esta carne. Nadie excepto tu madre, que está enferma y necesita recuperar fuerzas.

Esa noche mi madre y Lucia durmieron juntas en la cocina, lo que molestó a Takesure, pues había invitado a Lucia al *hozi*. Hablaron casi toda la noche. Mi madre se durmió en la madrugada y despertó a las diez de la mañana para encontrar que Lucia le había preparado avena con todo y leche, para hacerla más rica y nutritiva. Lucia se quedó dos días más para confirmar que mi madre ya se estuviera recuperando antes de regresar a la misión. No se podía quedar el tiempo que ella, y todos nosotros, hubiera querido porque, aunque era el periodo de vacaciones, oficialmente ella estaba de guardia y, además, porque el primer grado iba a tener exámenes a fin de mes y ella estaba estudiando duro. Una semana después de que Lucia dejó a mi madre, ésta se sintió con fuerzas para regresar al huerto. La vida retornó a su rutina normal de limpiar con el azadón, regar y dar vueltas al Nyamarira con nuestros tambos de agua y la ropa sucia.

A principios de la tercera semana de enero, Babamukuru mandó un recado diciendo que estaba muy ocupado con las inscripciones y no podría recogerme como era costumbre. Que yo tendría que viajar sola a la misión esa misma semana con el objeto de irme preparando para mi entrada al convento. Refunfuñando por el gasto, mi padre me dio treinta centavos para el autobús. Mi madre estaba triste, pero yo había visto que ya se estaba recuperando y, por lo tanto, podía anticipar la nueva vida a la que me iba a incorporar sin sentirme culpable. Durante el viaje, después de comprar mi boleto y escoger mi asiento, me sentí sumamente importante, grande y responsable. Me senté junto a una mujer como de la edad de mi madre para que los muchachos no me molestaran. Incapaz de contenerme, le informé con orgullo que iba a casa de mi tío, que era el director de la misión y me llevaría al Sagrado Corazón.

Sólo iba a pasar una noche en la misión antes de irme al Colegio de Señoritas del Sagrado Corazón. Una noche no era suficiente y había mucho qué decir. Apenas podía esperar a ver a mi prima que no había venido con mucha frecuencia al *homestead* durante esas vacaciones. Estaba ansiosa de discutir con ella una vez más y en detalle la riqueza de las personas e identidades que esperaba encontrar en el convento.

Cuando llegué, me llevé un chasco al saber que aún no regresaba de la escuela. Estaba impaciente, aunque no faltaba mucho para que acabaran las clases. Las clases en la secundaria terminaban a las cuatro de la tarde, por lo que tenía que esperar cuarenta minutos y quizás veinte más para darle tiempo a Nyasha de guardar sus libros, platicar un poco con sus compañeros y caminar a la casa. Pero pasaron las cuatro y media sin traer a Nyasha, las cinco y las cinco y media. Maiguru llegó pero no me pudo informar dónde estaba su hija.

—Quizás está jugando netbol -me sugirió, así que me fui caminando a la cancha de netbol donde encontré a un grupo de chicas tirando al aro mientras pasaban el tiempo entre el fin de las lecciones y la cena.

A la distancia reconocí a Jocelyn y a Maidei, pero no había señas de Nyasha. Esto me decepcionó, pero aun así fue bueno ver a mis amigas, sobre todo a Maidei, a quien no había esperado ver de nuevo. Era

seguro que Jocelyn regresaría a la secundaria, pues siempre había sido buena en el séptimo grado, siempre entre las mejores doce, mientras que Maidei apenas se las había arreglado para pasar los exámenes de panzazo. Así que fue una sorpresa, una agradable sorpresa, verla ahí, lanzando la pelota al aro. Era bueno en especial verlas ahora después de seis semanas de vacaciones, pues era un periodo muy largo sin ver a ninguna de las amigas o los lugares favoritos o a las amigas en los lugares favoritos. Igual de malo había sido estar seis semanas sin jugar netbol, seis semanas sin la camaradería y la cercanía de una competencia amistosa en la que no había nada que perder. Ansiosa por poner mis manos en esa pelota, corrí por toda la cancha. Todas me vieron venir. Hasta hoy puedo jurar que Maidei me vio primero. La vi detenerse con la pelota en las manos y señalarme a las demás, pero conforme me acercaba corriendo, ellas se mostraron frías y calladas. No me hicieron caso. Me dolió que mis amigas se portaran tan cruelmente y yo era tan ingenua que no supe por qué me merecía eso, así que de todas formas me incorporé al juego, brincando hacia el aro para cachar la pelota cuando iba cayendo y marcar un tanto limpio. Por suerte -pues no era muy buena tiradora- la bola ni siquiera rozó el aro. Eso rompió el hielo.

—Ha estado practicando -bromeó Jocelyn cuando yo volví a cachar la pelota, pues parecía que nadie más se interesaba en ella. Balanceándola en mi mano, apunté con cuidado. Esto molestó tanto a Maidei que me quitó la pelota de la mano.

—No nos hagas perder tiempo -me dijo bruscamente-. Estamos practicando para el equipo. Pero adónde tú vas no juegan netbol, ¿o sí? Así que, ¿qué haces aquí? Basquetbol -tarareó, rebotando la pelota como una profesional- *hockey*, tenis y natación. Eso es lo que estarás practicando. Con tus blancos. Conociéndote, lo próximo que oiremos de ti es que te fuiste a las Olimpiadas -sus carcajadas resonaron en el incómodo silencio que recibió sus palabras y después, ilógicamente, se ofendió con el sonido de su propia voz-. ¿Qué les pasa? -les gritó ofensiva a las otras muchachas-. ¿Ya se cansaron de jugar hoy? Es hora de cenar. ¿Quién viene? -les preguntó y se marchó sin esperar respuesta. Jocelyn se detuvo el tiempo suficiente para despedirse de mí.

—Escríbenos cuando llegues allá -me dijo-. Contestaremos todas tus cartas.

—Sí -dijeron las otras, marchándose-, no nos olvides.

Con tristeza, reflexionando, las vi partir. No nos olvides, no nos olvides, no nos olvides. Nyasha, mi madre, mis amigas. Siempre el mismo mensaje. ¿Pero por qué? Si las olvidara, si olvidara a mi prima, a mi madre y a mis amigas, podría entonces olvidarme a mí misma. Y eso, por supuesto, no podía suceder. Entonces, ¿por qué todos me insistían en que recordara? Estas preguntas se quedaron zumbando en mi cabeza mientras caminaba al salón de primero de prepa "A" para buscar a mi prima; preguntas, preguntas y más preguntas, pero ni una sola respuesta.

Nyasha estaba estudiando en su pupitre, tan concentrada en su trabajo que no me sintió entrar hasta que me paré a su lado y la saludé. Contestó a mi saludo de modo abrupto, apenas levantando la mirada de sus libros y sin molestarse siquiera en preguntarme por mi familia. Fue una recepción muy triste la que recibí de Nyasha ese día, y me recordó a la niña reservada que llegó de Inglaterra con una minifalda rosa, no a la prima y amiga cordial que se había convertido desde aquel entonces. Parecía que no quería que yo estuviera ahí, pero no la había visto en tres largas semanas, había ansiado muchísimo verla en ese periodo y no me quedaba mucho tiempo antes de partir al Sagrado Corazón, así que no podía irme. Me senté a esperar: me acomodé el pelo, me limpié las uñas y encontré en mi rodilla un punto donde pellizcarme para pasar el tiempo. Cuando terminé, levanté la mirada y descubrí a Nyasha observándome con profunda tristeza. Confusa bajó la mirada y se concentró de nuevo en sus libros. No dejó de escribir pero comenzó a hablar.

—Te voy a extrañar, Tambu -me dijo, frunciendo la frente en su esfuerzo por concentrarse en sus notas y así evitar decir más de lo que era útil. Al final, se rindió y me enfrentó directamente-. Ha sido bueno tenerte por aquí -me dijo- y... -había mucho más que decir, lo podíamos sentir flotando en el aire, un vínculo entre nosotras que queríamos sujetar pero que nuestra torpeza nos impedía hacerlo... y te voy a extrañar -fue todo lo que pudo decir.

—Yo también te voy a extrañar -le dije.

—Es la hora de la cena. Mejor nos vamos -dijo, guardando sus libros en el pupitre. Caminamos en silencio hacia la casa. La tristeza de la despedida nos abrumaba tanto que incluso la perspectiva del Sagrado Corazón, la novedad, la emoción, el *glamour* que yo esperaba encontrar ahí, nada de eso era digno de conversación.

Baba y Maiguru ya estaban en la mesa cuando llegamos a la casa. Babamukuru no estaba de buenas.

—Umm, Nyasha -le preguntó, interrumpiendo el saludo de su hija y sin siquiera verme-, ¿me puedes explicar por qué vienes llegando a esta hora, al cuarto para las siete?

—Estaba estudiando -contestó, mientras se sentaba- en el salón de clases.

—¿Hasta esta hora? Te he dicho que debes estar en casa antes de las seis. Una hora decente para que una chica decente regrese a casa.

—No había muchachos, si eso es lo que te preocupa -se atrevió a decir Nyasha temerariamente.

—Nyasha, trata de quedarte callada -le aconsejó Maiguru.

—¿Qué dijiste? -preguntó Babamukuru, alzando la voz, molesto.

—Nada -dijo Nyasha-. ¿Me puedo levantar de la mesa?

—No te vas de aquí -le dijo su padre-. ¿Adónde crees que vas?

—No tengo hambre -explicó Nyasha.

—Te vas a comer todo eso -le ordenó el hombre-. Tu madre y yo no nos estamos matando trabajando para que tú pierdas tu tiempo jugando con los muchachos y luego regreses y le hagas el feo a lo que te ofrecemos. Siéntate y cómete esa comida. Te lo advierto. ¡Cómetela!

Nyasha tomó unos bocados.

—Ya comió suficiente, Baba -dijo Maiguru, pero Babamukuru fue inflexible. Estaba muy molesto.

—Se tiene que acabar la comida. Toda. Siempre hace esto, siempre me desafía. Yo soy su padre. Si no quiere hacer lo que yo le digo, dejaré de mantenerla, le quitaré las colegiaturas, la ropa, la comida, todo.

—Nyasha, acábate la comida -le aconsejó su madre.

—¡Dios mío! -suspiró Nyasha y, alzando los hombros, levantó el tenedor y comenzó a comer, primero despacio y después atiborrándose la comida sin un respiro. La atmósfera se aligeraba con cada uno de sus bocados.

—Ya te puedes ir -le dijo su padre, cuando dejó el plato vacío.

Se fue directo al baño y pasó ahí mucho rato. Pidiendo permiso para levantarme de la mesa, esperé en la recámara. Podía oírla basqueando y ahogándose.

—¿Estás enferma? -le pregunté cuando entró.

Se sentó con pesadez en la cama, sacudiendo la cabeza.

—No -me contestó finalmente-. Yo misma lo provoqué. Con el cepillo de dientes. No me preguntes por qué. No lo sé -permaneció callada por un minuto, sin mirarme, y cuando volteó a verme, había angustia en sus ojos.

—Sabes, Tambu -comenzó a decir con pesar-, supongo que tiene razón de no quererme. No es su culpa, es la mía. Pero no puedo evitarlo. En verdad, no puedo. Me hace sentir tan enojada. No me puedo quedar callada cuando se comporta como Dios. No soy así. ¿Por qué no? ¿Por qué no puedo aguantarlo como lo hacen los demás? Debería aceptarlo pero, en verdad, no puedo.

Nada de lo que yo pudiera decir que fuera cierto servía de algo, así que no dije nada; sólo me quedé sentada a su lado, abrazándola.

—Era mejor -continuó- cuando tú estabas aquí porque nos podíamos reír de eso, así que parecía algo ridículo y gracioso y podíamos seguir de esa manera. Pero ahora que te vas, no habrá nadie con quien reírme. Ya no será gracioso. Todos tomamos las cosas demasiado en serio. Pero son unos tontos, en verdad que sí. Imagínate, todo ese escándalo por un plato de comida. Pero es por más que eso, más que la simple comida. Así es como se manifiesta, pero en realidad es por todas esas cosas acerca de los muchachos, los hombres, acerca de ser decente o indecente, buena o mala. Sigue y sigue con sus acusaciones y sus amenazas, y yo no puedo lidiar con esto. A veces veo las cosas desde su punto de vista, ¿sabes lo que quiero decir?, lo de las tradiciones, las expectativas y la autoridad, esas cosas, y puedo ver lo que quiere decir y trato de ser considerada, paciente y obediente, en verdad trato. Pero entonces comienzo a pensar que él debería ver las cosas desde mi perspectiva y ser considerado y paciente conmigo, así que me defiende y comenzamos de nuevo. Supongo que todo está bien, en realidad -dijo, tratando de sonreír-. Sólo tendré que seguir tratando de mejorar, eso es todo. Siento mucho haber sido grosera cuando entraste al salón. Es sólo que... sólo que... bueno, como ya te dije, te voy a extrañar.

Entonces hablamos sobre otras cosas, en especial sobre el Sagrado Corazón y lo que yo iba a hacer ahí, hasta que llegó la hora de dormir.

Diez

E moción. Anticipación. Júbilo y regocijo. Todo fue muy parecido a lo que había sentido ese primer día que llegué a la misión, el día en que inicié mi nueva vida. Sí, había comenzado de lleno esa tarde de enero hacía dos años cuando llegué a la misión, y seguía avanzando. Todo caía en su lugar. Todas las cosas que quería se estaban acomodando en un paquete pulcro que me era ofrecido con ceremonia. Debió haber habido trompetas, de veras que sí. Pues ¿no estaba yo –yo, Tambudzai, que hasta hace poco pertenecía a la misión y antes al *homestead*– no estaba yo, Tambudzai, hasta hace tan poco una campesina, no estaba yo, como me lo había prometido a mí misma, entrando en un mundo en donde las cargas se aligeraban a cada paso y pronto desaparecerían del todo? Tenía la idea de que esto iba a suceder en el momento que atravesara las rejas de la escuela, esas rejas que iban a anunciarme como una señorita, miembro del Colegio para Señoritas del Sagrado Corazón. Ansiaba llegar a esas rejas. El trayecto era demasiado largo y el auto tenía que acelerar para llegar a tiempo.

Todos estábamos en el auto, los cuatro, Babamukuru, Maiguru, Nyasha y yo. A Babamukuru no le parecía el arreglo, pues pensaba que Nyasha no debería perder sus clases por llevarme a las mías, pero esa tarde tenía varios periodos libres y su tutor le había dado permiso de faltar al repaso que por lo general ocupaba esas horas. Con seguridad Maiguru también habló con Babamukuru pues aunque se veía molesto cuando Nyasha se sentó a mi lado en el coche, no le dijo que se bajara.

Maiguru, que llevaba mucho tiempo sin agobiarnos con sus atenciones, esta vez no pudo resistir la tentación. Había preparado en mi honor un delicioso almuerzo de pollo. Y, para terminar, un pastel de chocolate tan deliciosamente succulento, cubierto con un merengue tan untuoso, que hasta Nyasha se olvidó de su figura el tiempo suficiente para echarse dos rebanadas. Por alguna razón, el asunto de los víveres había escapado de la atención maternal de Maiguru y aunque yo insistí en que no necesitaba galletas de chocolate, ni papas fritas, ni jugo de naranja, ella insistió en que sí, por lo que nos detuvimos en la ciudad para comprar estas cosas, agregando veinte minutos interminables al tiempo que yo había calculado para el trayecto. Maiguru compró suficientes suministros para alimentar a una pequeña colonia durante varios meses. Nyasha me advirtió que si me comía todo eso, incluso en el transcurso de un trimestre, iba a terminar sin poder ver por encima de mi estómago para admirar los nuevos y elegantes zapatos del uniforme. Aunque no había sido muy gracioso, nos reímos como locas. Pero necesitábamos reírnos para olvidar que este era el final de nuestra cercanía y, en ese sentido, de nuestra amistad. Así que nos reímos tontamente a carcajadas mientras acomodábamos los paquetes, las botellas y las latas en el auto. Había mermelada, salsa de tomate, todo tipo de cosas además de las galletas, los jugos y las papas. Entonces, justo cuando Babamukuru prendió el motor, Maiguru recordó que yo iba a necesitar un vaso para beber mi jugo de naranja y se regresó a comprarlo. Por fin, llegamos al Sagrado Corazón.

Ninguno de nosotros había estado ahí, excepto Babamukuru, quien ya había ido varias veces a discutir mi admisión con la hermana Emmanuel, quien era la Madre Superiora y al mismo tiempo la directora, y a pagarle el único gasto, el costo de mi uniforme, el cual, me dijo malhumorado, habría alcanzado para pagar todo el año de alojamiento y colegiaturas en su misión. Como yo no había visto antes el lugar, quedé deslumbrada cuando traspasamos las rejas de la escuela. Los terrenos eran majestuosamente espaciosos. Nunca llegué a averiguar cuántas hectáreas de tierra poseían esas monjas, pero a la vista parecían como cientos. Avanzamos con lentitud, pues había topes, y pasamos por los campos de *hockey* –vimos cuatro bien acomodados uno al lado del otro–, por las canchas de tenis y las de netbol, sí por las canchas de netbol, hasta llegar a un soto de coníferos que parecía querer decir que, dentro de este opulento reinado, habíamos dejado atrás el ámbito de lo físico y habíamos entrado en el campo de la actividad mental, pues más allá de los árboles había una rotonda y, arriba, se localizaban los edificios escolares. Los dormitorios, de un blanco luminoso y resplandeciente en el claro sol de verano, se extendían hacia nosotros por un lado de la rotonda, y por el otro, los salones de clase. Entre ellos había un arco, sostenido por pilares de yeso adornados, me informarían, al estilo griego, no romano, y sobre este largo corredor se alzaban el refectorio y la capilla. En sí, la rotonda era serenamente verde, con un espléndido césped, siempre húmedo, el cual era sustituido con cuidado, en ciertos lugares, por arbustos floridos, para que el verde no resultara muy monótono. Las delicadas mimosas se esponjaban en borlas de color amarillo y blanco plateado, las frondosas nochebuenas eran manchas de carmesí y durazno en contraste con el verde. Dos cisnes cruzaban elegantes a través del estanque ubicado en medio del césped y después descubrí que había bancos de peces dorados, peces que no eran una pálida imitación sino definitivamente dorados. Su intenso y rojizo brillo titilaba entre las yerbas acuáticas en compañía de especies más exóticas que lanzaban destellos de rojo, azul y plata a través del oro. Yo estaba encantada, de modo tan evidente que Nyasha pensó que debía recordarme que yo había

venido a la escuela a estudiar y no de vacaciones. Lo recordé con renuencia.

El nuestro no era el único auto en el ancho camino de asfalto, que tenía incluso señales. Docenas de coches serpenteaban hacia un lado de la rotonda, se estacionaban en el extremo superior el tiempo necesario para que la alumna se acomodara, y después se alejaban desliziéndose de nuevo por el otro lado. Había más autos en la zona de estacionamiento contigua a la rotonda de los que había visto juntos en un solo lugar en mi vida. Imaginé que cada niña, cada una de las trescientas alumnas del Sagrado Corazón debía haber traído su propio auto. Y qué autos había: largos, afilados y brillantes. Elevé una pequeña oración agradeciendo que Babamukuru había considerado apropiado traer el Ford verde, pero me di cuenta de que después de este día, siempre llegó en el Rover. Nyasha percibió con exactitud que toda esta opulencia me estaba encandilando. Se aclaró la garganta con delicadeza.

—Disculpen -murmuró en tonos cultivados-, pero ¿están seguros de que este es el lugar correcto?

—¿Qué quieres decir? -gruñó mi tío-. ¡Por supuesto que es el lugar! -su pie oprimió el acelerador, de seguro inconscientemente, y pasó volando sobre un tope, lo que nos produjo un vacío en el estómago y ocasionó que Maiguru y yo tuviéramos que recobrar el aliento de golpe al tiempo que Nyasha emitía un agudo aullido. Quizás Babamukuru estaba pensando en el costo de mi uniforme. Esa era tal vez la razón por la que tenía los nervios de punta esa tarde, haciendo que fuera un mal día para él y para su hija-. Nyasha -dijo cortante- párale a eso. ¿Qué sucede contigo? ¿Por qué no puedes quedarte callada como Tambudzai que está aquí con nosotros?

Encontramos un espacio para estacionarnos, aunque no sin dificultad, y nos bajamos del auto para caminar en la misma dirección que el flujo de padres y alumnas, que iban adelante de nosotros, sobre un extravagante pavimento de piedras cortadas geoméricamente, a través de un corredor flanqueado por rosas de color blanco cremoso, hasta la puerta que parecía ser la entrada principal. Anticipación. Decepción. Miré, miré y busqué con sumo cuidado a través de la multitud, pero no pude encontrar ni un solo rostro negro que no perteneciera a nuestro grupo, excepto, por supuesto, los porteros. Los porteros iban cargando los baúles, pero ninguno se ofreció a cargar el mío.

En la puerta, una monja, sonriendo con beatitud, nos dio la bienvenida estrechándonos las manos y preguntándonos:

—¿Y esta quién es? -para de inmediato hacernos subir escaleras y bajar por corredores hasta llegar a un cuarto al final de un largo pasillo.

—Todas las estudiantes de primero de secundaria viven en este corredor -nos explicó conforme nos mostraba el camino-. Y las africanas viven aquí -anunció, triunfal, y de un empujón se abrió la puerta a mi nueva vida. El cuarto estaba vacío. Parecía que yo era la primera estudiante negra en llegar. No era un cuarto pequeño pero tampoco era muy grande. Con certeza, no era lo suficientemente grande para las seis camas que había ahí, tres del lado de un muro, tres del otro, tan pegadas por necesidad que apenas había espacio para caminar entre ellas.

—Este es tu cuarto -dijo la monja, sonriéndole primero a Nyasha y luego a mí, y después confesando que estaba confundida-. Señor *Sii-ga-oo-key* -sonrió- sólo trae a una. ¿Cuál es? -ya lo había olvidado, aunque nos habían presentado en la puerta. Deseé haber traído el uniforme puesto, como las otras muchachas que había visto. Entonces ella habría sabido quién era yo. Pero yo iba a tener un uniforme usado. Las monjas me lo iban a dar después.

—Tengo una duda, hermana -comenzó Babamukuru amablemente-. Yo tenía la impresión de que dormían cuatro niñas por cuarto y aquí veo seis camas.

—Ah, sí -asintió la hermana, orgullosa del hecho-. Este año tenemos más africanas que de costumbre, así que tuvimos que acomodarlas a todas aquí.

—Pero sólo hay cuatro armarios -objetó mi tío.

—¿Qué lata, verdad? -dijo la hermana compasivamente-. Las más chicas tendrán que compartir. Tenemos también una estudiante de sexto de bachillerato y otra de cuarto. Ellas sí necesitan su propio armario.

Babamukuru se dirigió a mí.

—Vamos, Tambudzai, te ayudaremos a que te acomodes.

Baba y Maiguru me tendieron la cama. Nyasha, queriendo ser útil pero sin tener nada que hacer, sólo retorció una sábana de vez en cuando. Mientras ellos hacían la cama, yo desempacaba. Como todavía me iban a dar el uniforme, yo sólo había traído, además de la ropa de cama, artículos de tocador, ropa interior y los dos vestidos informales estipulados en la lista obligatoria, así que acabé rápido. Cuando terminamos, nos despedimos. Los adioses fueron estrictos y exhortatorios por parte de mi tío, animadamente optimistas por parte de Maiguru, decididamente alegres por parte de Nyasha. Caminamos hasta el auto. En el patio, Nyasha me abrazó.

—Que la pases bien, tú, africana -me dijo sonriendo. Nos despedimos con risas y peticiones y promesas de escribir, contestar y visitar.

El trimestre comenzó y avanzó pero Nyasha no vino a visitarme. Apenas noté la omisión. De nuevo dirán que fui insensible pero no lo fui, sólo me sentí abrumada. Todo fue tan precipitado y opulento y nuevo que yo estaba segura de estar en el sendero del progreso. No quería quedarme atrás, así que me abalancé sobre todo: lenguas exóticas, como latín, francés y portugués, cuyas oraciones tenían estructuras extrañas que

hablaban de valerosos legionarios devastando va el enemigo y alumnos que escribían con la pluma de sus tías. Durante un buen tiempo me sentí intrigada por estas construcciones tan extrañas, pero después recordé que ya no estaba escribiendo en inglés: descubrí, después de una inspección más minuciosa, que las estructuras eran bastante similares a las nuestras. Aun así, reflexioné, esos extranjeros tenían cosas extrañas en la cabeza: no parecía factible que una pudiera tener conversaciones normales en esas lenguas. También había nuevos juegos en los que participar -basquetbol, tenis y *hockey*-, los cuales tenían reglas interesantes y complicados procedimientos para anotar los tantos que una tenía que aprender. Había monjas que podían ser observadas y clasificadas, si es que eran humanas o no, maestros laicos cuyas idiosincrasias había que identificar, para que una no cayera en sus garras. Era necesario estudiar con sumo cuidado a las estudiantes blancas para ver si eran diferentes o parecidas a mí, si eran o no agradables y cuáles eran sus hábitos. Pero lo más importante, lo más maravilloso, era la biblioteca, grande, iluminada, con ventanales en un lado y equipada con pequeños cubículos privados en donde una podía hacer la tarea o sólo perderse en cualquiera de los cientos de tentadores libros cuyas lustrosas portadas nunca parecían ensuciarse o rasgarse. La inmensa cantidad de libros en esa biblioteca me hacía sentir profundamente avergonzada de mi ignorancia. Resolví leer cada uno de estos volúmenes informativos desde la primera hasta la última página.

Con todos estos nuevos libros, leer ocupó tanto mi tiempo que no me quedaba ni un instante para extrañar a Nyasha o a mis tíos; y si alguna vez había extrañado en verdad mi casa, hacía mucho que había dejado de hacerlo durante mi estancia con Babamukuru. Además, aunque Nyasha no venía de visita, me escribía a menudo. Me escribía largas, extensas y entretenidas cartas, llenas de detalles lúcidos e irreverentes: el último método que mi padre había encontrado para sacarle dinero a Babamukuru; el chisme más reciente que había recogido del albergue de las chicas (Josie y Maidei ya no se hablaban); el progreso de Maiguru en cuanto a su emancipación y la forma en que Babamukuru se las iba arreglando con una esposa ahora más inflexible; que Lucia había pasado tan bien el primer grado que la iban a brincar a tercero; noticias sobre mi madre: estaba bien. Estas eran sus noticias. No escribía mucho sobre ella misma hasta que un día recibí una carta muy seria.

“Te extraño muchísimo -escribió- como sabía que me iba a pasar y te lo dije, pero no quería preocuparte porque conozco tus culpas y no quería que el sentirte culpable por tu suerte te impidiera disfrutarla. Pero el hecho es que te extraño y mucho. En muchas formas me resultas esencial para llenar algunos de los huecos de mi vida, y ahora que estás lejos, los percibo de nuevo. Me es cada vez más difícil hablar con las chicas de la escuela. Lo intento, Tambu, pero no hay mucho que decir entre nosotras. Resienten el hecho de que no leo sus historias románticas y si no las leo pues por supuesto no puedo hablar sobre ellas. Si tan sólo supieran que cuando tenía diez años mi madre solía regañarme muy severamente por sacarlas de modo clandestino del librero. Pero hace seis años tenía diez y eso es mucho tiempo para haber dejado atrás esos hábitos. Debería, supongo, haber adquirido hábitos más útiles. Debería haber aprendido a ser sangre liviana y alegre, pero es difícil ¿sabes? Además, estoy convencida de que tienen otras razones para no aceptarme. No les gusta mi idioma, mi inglés, porque es auténtico, ni mi shona porque no lo es. Creen que soy una esnob, que me creo superior a ellas porque no siento que soy inferior a los hombres (si es que se puede decir que los muchachos de mi clase son hombres). ¡Y todo porque les gano a los chicos en matemáticas! Sé que no debería quejarme, y que me gustaría muchísimo formar parte del grupo pero me doy cuenta de que no puedo. Me paso mucho tiempo leyendo y estudiando ahora que no estás aquí para distraernos, pero debo reconocer que añoro esas distracciones... ¡no es la virtud la que me mantiene tan ocupada! Creo, sin embargo, que a tu tío le agrada el entorno más tranquilo y he descubierto que es más sosegado tenerlo complacido, así que estos días estoy poniendo lo mejor de mí para no contrariarlo. Puedes imaginarte qué difícil es. Imposible, parece. No puedo evitar pensar que lo que lo enfada es el hecho de que yo soy yo... difícilmente, lo reconozco, la hija ideal para un venerado director, un reverenciado patriarca. Le he preguntado varias veces si podemos ir a verte (a través de mi madre, por supuesto, pues siempre es mejor permanecer callada en su presencia), pero cree que eso te echará a perder.”

En efecto, la carta me dio cargo de conciencia. Creía que estaba siendo irresponsable. Doblé las hojas y las guardé en mi escritorio donde podría ver la carta a menudo y recordar que tenía que escribir; decidí responderle en cuanto tuviera un momento libre. Pero el ataque de remordimiento no fue más que un ataque que se desvaneció de inmediato en la corriente de novedad y descubrimiento en la que me había zambullido. No tuve ni un momento libre, ni tampoco encontré tiempo para hacerme de uno antes de recibir la siguiente carta de mi prima. Esta carta era de las usuales. Burbujeante y exuberante, Nyasha me puso al tanto de los chismes de la misión y me anunció que se había embarcado en una dieta “para disciplinar mi cuerpo y ocupar mi mente. Cuando regreses vas a encontrar a una Nyasha esbelta y sensual”.

Esa fue una de las últimas cartas que recibí de ella. Durante la segunda mitad del trimestre sus cartas fueron menos regulares y finalmente se detuvieron por completo. De nuevo, tengo que confesar que casi ni me di cuenta. Las trece semanas del ciclo volaron con tal rapidez que mientras me preguntaba cuándo escribiría de nuevo, Babamukuru llegó a recogerme. Preocupado y tenso, llegó solo y me informó que Nyasha estaba enfrascada en sus libros. No hubo ninguna conversación en el camino a casa, ninguna pregunta por parte de mi tío sobre mis clases, los dormitorios, mis amigas o la comida, y cuando le

pregunté sobre Maiguru y la misión, dio un gruñido tan distraído que no lo intenté de nuevo. Me sentí decepcionada, porque las cartas de Nyasha me habían hecho creer que su disposición había mejorado, pero no me quedé pensando en eso. Si no era Babamukuru, Nyasha sí prestaría un atento oído al torrente de noticias –a punto de explotar– sobre los sucesos del Sagrado Corazón.

Nyasha se veía en verdad esbelta cuando salió corriendo a abrazarme, rodeándome con los brazos incluso antes de bajarme del auto. De hecho, demasiado esbelta. Para mis estándares estaba definitivamente flaca, pero yo sabía que ella prefería los huesos que la lonja así que no dije nada.

No me quedé demasiado tiempo en la misión durante esas vacaciones. Babamukuru me llevó a casa al día siguiente. Ni tampoco pasé por la misión cuando regresé al Sagrado Corazón al comenzar el segundo trimestre, así que no volví a ver a mi prima sino hasta las vacaciones de agosto. Habían pasado tres meses. En esos tres meses se había puesto esquelética. Resultaba patético verla, pero cuando me abrazó para saludarme me sorprendió la fuerza de sus brazos, a pesar de que parecían muy frágiles, como si se fueran a quebrar con sólo levantar una pluma. Me abrazó brevemente, deseando que mi segundo trimestre hubiera sido tan interesante como el primero y desapareció, entrando en la casa con una maleta, mientras yo descargaba el resto del equipaje y la seguía a nuestra recámara. Ahí la encontré absorta en un texto de historia. No habló cuando entré, una efímera sonrisa me informó que estaba ocupada. Trabajó hasta la hora de cenar. Cuando Anna nos llamó, hizo sus libros a un lado y se dirigió a la mesa. Se sentó en silencio y ese fue el comienzo de un drama horriblemente extraño y siniestro. Babamukuru le sirvió a su hija una enorme porción de comida, se la puso enfrente y la observó furtivo mientras él picaba indiferente su propio plato, para persuadirnos de que estaba en calma. Nyasha observó su plato con malevolencia –lanzando angustiadas miradas a su padre–, se empinó dos vasos de agua, después levantó el tenedor y se atascó la comida en la boca, tragando sin masticar y sin detenerse más que a dar sorbitos a un tercer vaso de agua. Maiguru comió con resolución y me atendió sin parar, sirviendo otro pedazo de carne u otra cucharada de verduras en mi plato y haciéndome plática acerca de mis clases, mis amigas y la comida en el Sagrado Corazón. Cuando el platillo de Nyasha quedó vacío, los dos se relajaron y la atmósfera volvió a ser casi normal. Nyasha pidió disculpas de inmediato. Yo pensé que se había regresado al cuarto a leer, pero cuando la seguí, el cuarto estaba vacío. Podía escucharla basqueando y vomitando en el baño.

Regresó en silencio a sus libros, ahora a hacer un ejercicio de matemáticas, y seguía trabajando cuando me acomodé para dormir a las once de la noche. En la madrugada unos codazos me despertaron. Era Nyasha.

—¿Puedes ayudarme? –me preguntó con timidez–. No puedo encontrar la respuesta correcta. Debería ser capaz de hacerlo, pero siempre me sale mal –no era un problema difícil, sólo había cometido un error por descuido–. Qué tonta soy –me dijo cuando encontré lo que estaba mal–. No me estoy concentrando lo suficiente.

Babamukuru quería llevarme a casa al día siguiente, el día después de mi llegada. Le ordenó a Maiguru que me dijera en el desayuno que estuviera lista a la hora de la comida. Yo no quería irme, sentía que no podía irme. No podía dejar a mi prima en ese estado. Ya saben lo que pasa cuando algo que ha sido la piedra angular de su seguridad comienza a desmoronarse. Te empiezas a preocupar por ti misma. Sólo por esa sola razón, incluso si otras fueran menos egoístas, sabía que no podía marcharme. Así que había que informarle a mi tío. Tenía que decirle que no me iba a ir, ¿pero cómo podía hacerlo? Quizás me estaba convirtiendo en una señorita y estaba siendo educada en el convento pero ¿de qué servían las señoritas educadas en el *homestead*? ¿O en la misión? Yo era y seguiría siendo Tambudzai, la hija. Babamukuru era todavía y siempre sería lo más cercano a Dios que pudiera llegar a ser cualquier humano. Entonces, aunque sabía que tenía que hablar con él, no tenía idea de cómo podía hacerlo.

Pensé en llamarlo por teléfono a la oficina, incluso me atreví a marcar el número y a esperar que contestara, pero no estaba. El teléfono sonó y sonó. Con cada timbrado sentía un alivio mayor: después de todo no tendría que hablar con él. Pensé que en cambio le escribiría una carta, pero después volví a pensarlo bien y decidí que puesto que iba a regresar para comer, yo iba a armarme de valor, tomarlo entre mis dos manos, cerrar mis oídos a mi conciencia filial y confrontarlo. Y mientras hacía estos planes sabía todo el tiempo que era algo que no se podía hacer.

Así que no me sorprendí cuando casi me eché para atrás. A la hora de la comida Babamukuru estaba enojado porque Nyasha se rehusó a salir de su recámara. Él estaba decidido a traerla arrastrando a la mesa, pero Maiguru se las arregló para disuadirlo. Su hija estaba tan frágil, le dijo, que el susto podía hacerle mucho daño.

—¿Y matarse de hambre –gritó él–, matarse de hambre no le hace daño? –al final permitió que Maiguru lo calmara–. Quizás tienes razón –le concedió a Maiguru–. Sí come durante la cena cuando tengo tiempo de supervisarla adecuadamente. Sí, creo que tienes razón, Mai. No es tan grave. Lo que necesita es descansar.

Sin embargo, sí era grave. Nyasha estaba perdiendo peso resuelta, constante y rápidamente. Se le salía del cuerpo casi cada hora y lo que quedaba de ella era grotescamente insano debido a los jugos vitales que descargaba en el excusado. ¿No lo sabía él? ¿Qué no lo veía? No podía hacerle estas preguntas. Lo más que podía hacer era pedirle con una voz tímida y diminuta que me permitiera quedarme, con Nyasha, especifiqué, por unos días más. Nadie se sorprendió más por mi audacia que yo misma. Babamukuru no

contestó, pero no me llevó a casa. Sin embargo, no lo tomé como una victoria. Lo tomé como prueba de que Babamukuru era bueno.

Nyasha se debilitó cada día más. Zigzagueaba al caminar y todas las noches era lo mismo. Aunque estábamos de vacaciones estudiaba catorce horas diarias para asegurarse de pasar sus exámenes intermedios, los "O" levels. Trabajaba hasta altas horas de la noche y me despertaba regular y puntualmente a las tres de la mañana con algún problema -había que resolver una ecuación química, calcular el número de amperios en un circuito o conjugar un verbo en latín- aunque yo apenas iba en primero de secundaria y con frecuencia no podía ayudarla.

—Tengo que sacarlo bien -me susurraba con una sonrisa de disculpa. Era en verdad alarmante, pero nadie lo mencionaba, nadie actuaba; todos estábamos muy asustados. Una noche, durante la cena, se desmayó sobre el plato. No duró mucho, sólo un minuto o dos, pero fue suficiente para agotar la precaria paciencia de su padre. Babamukuru, quien pensó que sólo estaba haciendo una escenita, le ordenó que se retirara a su recámara, donde ella permaneció quieta y con los ojos abiertos toda la noche. A las tres de la mañana me despertó.

—¿Me puedo acostar contigo, Tambu? -murmuró, pero cuando me hice a un lado para dejarle espacio, ella sacudió la cabeza y sonrió-. Está bien -me dijo-. Sólo quería saber si me ibas a dejar -entonces se sentó en su cama y se me quedó viendo desde sus ojos hundidos, con las huesudas rodillas apretadas de tal modo que su camisón caía a través del espacio donde habían estado sus muslos, agitada y nerviosa y pellizcándose la piel-. No quiero hacerlo, Tambu, en verdad que no, pero viene llegando, siento que viene llegando -sus ojos se dilataron-. Ellos me lo han hecho -acusó, murmurando todavía-. En verdad, ellos lo han hecho -y después dijo severa-: No es su culpa. También se lo hicieron a ellos. Tú sabes que sí -susurró-. A los dos, pero especialmente a él. Ellos lo hicieron pasar por todo esto. Pero no es su culpa, él es bueno -su voz tomó el acento de Rhodesia-. Es un buen chico, un buen negro, un buen *munt*. Un maldito buen cafre -me dijo en un tono sarcástico y despectivo. Después volvió a susurrar-: ¿Por qué nos lo hacen, Tambu -siseó con amargura, el rostro contorsionándose de rabia- a mí y a ti y a él? ¿Ves lo que han hecho? Nos han separado. A Lucia. A Takesure. A todos nosotros. Te han privado de ti misma, a él de él mismo, a nosotros del resto. Nos la pasamos arrastrándonos. Lucia por un empleo, Jeremiah por dinero. Papá se rebaja ante ellos. Nosotros nos rebajamos ante él -comenzó a balancearse y su cuerpo tembló tensamente-. Yo no me voy a rebajar. Oh no, no lo haré. Yo no soy una buena chica. Soy mala. Yo no soy una buena chica -la toqué para consolarla y eso desató su reacción-. No me doblegaré, no moriré -dijo con rabia y se agazapó como un gato listo para saltar.

El ruido hizo que Babamukuru y Maiguru vinieran corriendo. No podían hacer nada más que observar. Nyasha estaba fuera de sí de rabia. Estaba desquiciada, desgarrando con los dientes su libro de historia (Su historia. Pinches mentirosos. Sus malditas mentiras.), rompiendo espejos, sus ollitas de barro, cualquier cosa que estuviera a su alcance, y enterrándose fieramente los fragmentos en el cuerpo, rasgando la ropa de cama, rompiendo su ropa del ropero y pisoteándola.

—Nos han atrapado, nos han atrapado. Pero a mí no me atraparán. Yo no soy una buena chica. No dejaré que me atrapen -luego, tan súbitamente como había llegado, la rabia desapareció-. No te odio, papito -dijo con suavidad-. Ellos quieren que te odie, pero yo no lo haré -se recostó sobre su cama-. Estoy muy cansada -dijo con una voz que era evidentemente la de ella-. Pero no puedo dormir. Mamita, ¿me abrazas? -se enrolló en el regazo de Maiguru y no parecía tener más de cinco años-. Mira lo que nos han hecho -dijo suavemente-. Yo no soy una de ellos, pero tampoco soy una de ustedes -se quedó dormida.

A la mañana siguiente, estaba tranquila, pero me aseguró que era una ilusión, el ojo de un huracán.

—Hay muchísimo más -dijo-. He intentado tenerlo encerrado, pero es poderoso. Debía serlo. Hay casi un siglo de eso -agregó, con una sombra de su vieja sonrisa-. Pero tengo miedo -me dijo disculpándose-. Molesta a la gente. Así que necesito irme a algún lugar seguro. ¿Sabes lo que quiero decir? A algún lugar en donde a la gente no le importe.

El comportamiento kamikaze de Nyasha sacudió a mis tíos y los obligó a actuar. Incluso mientras ella me hablaba en la recámara, Babamukuru estaba conversando por teléfono con el hermano de Maiguru en Salisbury. Antes de las diez de la mañana ya íbamos camino a la ciudad y llegamos ahí antes de la doce porque Babamukuru manejó como viento de agosto. Durante todo el camino, Maiguru y yo íbamos hablando constantemente con Nyasha, para mantenerla con nosotros, para evitar que su mente vagara demasiado lejos. En la ciudad, el hermano de Maiguru hizo una cita con un psiquiatra de inmediato. Nos sentimos mejor, pues habíamos encontrado ayuda. Pero el psiquiatra dijo que Nyasha no podía estar enferma, que los africanos no padecían lo que nosotros le habíamos descrito. Ella simplemente estaba haciendo una escena. Debíamos llevarla a casa y ser firmes con ella. Ese no fue un comentario muy sensato enfrente de mi tío, quien encontró que estas palabras eran muy reconfortantes y consideró regresar en seguida a Umtali, haciéndose el sordo a las súplicas de Nyasha de ver a un psiquiatra africano. Sin embargo, el tío de Nyasha, con la autoridad que le daban siete años de aprendizaje para reconocer el sufrimiento cuando lo tenía enfrente, pudo persuadir a mi tío que se esperara.

No había psiquiatras negros, pero persuadieron a Nyasha para que consultara a uno blanco. Este hombre era humanitario. Dijo que ella necesitaba reposo. Así que Nyasha fue internada en una clínica, donde

permaneció varias semanas. Lentamente, con la ayuda de enormes dosis de Largactil y la atención práctica de sus tías que vivían en la ciudad, la condición de mi prima mejoró, pero yo no me quedé a ver su mejoría. Babamukuru, que tenía una escuela en donde poner orden, estaba ansioso de regresar a Umtali y en tres semanas yo misma tendría que estar en el convento, así que me tuve que ir con él. Me fui enfadada. Sentía que Nyasha me necesitaba pero era verdad: tenía que regresar a la escuela.

En el trayecto de regreso a Umtali no hablamos, Babamukuru y yo, y así es como debía ser. La pura edad de Babamukuru ameritaba el respeto del silencio. Su educación lo convertía casi en un jerarca. Simplemente, una no podía hablar. No habría importado si ésta hubiera sido la primera vez que viajaba en auto por esa carretera, pero el refinamiento se adquiere con rapidez. Los vastos y ondulantes campos de maíz y tabaco entre Rusapi y Marandellas ya no me impresionaban, ni tampoco el Gomore Mhanda, cuya rocosa desnudez me había intrigado tanto en el camino de ida. No había nada que me distrajera. Aunque habíamos salido a las nueve de la mañana, me obligué a dormir; no había nada que me mantuviera despierta, excepto los pensamientos sobre Nyasha, y estos eran pensamientos que prefería ignorar. Si Nyasha, que tenía todo no podía triunfar, ¿qué podía esperar yo? No toleraba pensar en eso, porque en esa época no estábamos seguros si iba a sobrevivir. Todo lo que yo sabía era que el doctor no se quiso comprometer. El progreso de Nyasha todavía estaba en la balanza y por lo tanto, como consecuencia, también el mío.

Con esta idea perturbando mi mente, no me desagradó que Babamukuru me llevara directo al *homestead*. No quería quedarme en la misión, donde había tantas cosas que me recordaban a Nyasha y dónde estaba ahora. Era difícil aceptar lo que había pasado, particularmente difícil porque yo no tenía ninguna explicación. Si me hubieran preguntado antes de que todo comenzara, yo habría dicho que era imposible. Habría dicho que era imposible que la gente que tenía todo sufriera a tal grado.

Quizás yo no tenía ninguna explicación, pero mi madre sí. Y fue muy definitiva.

—Es la anglicidad —dijo—. Si no se cuidan los va a matar —resopló—. Míralos. Ese niño Chido apenas y puede hablar la lengua de su propia madre, y ya verás, sus hijos van a salir peor. Andar metiéndose con esa blanca, con la hija del misionero. Sus hijos nos van a deshonar. Ya lo verás. Y él mismo, en apariencia está bien, pero no hay modo de saber qué precio está pagando —no quiso decir mucho sobre Nyasha—. Sobre esa ni hablar siquiera. La situación habla por sí sola. Para los dos, es la anglicidad. Es un milagro que no haya afectado también a los padres.

Siguió en este tono un buen rato, hablando de cómo uno no podía esperar que los ancestros digirieran tanta anglicidad. No mencionó a Nhamo, pero yo empecé a seguir su hilo de pensamiento. Sabía que estaba pensando en él y pude percibir que también me consideraba una víctima:

—El problema es la anglicidad, ¡así que cuídate!

Fue una advertencia, una amenaza que habría tenido efectos desastrosos si yo lo hubiera permitido. Cuando le tienes miedo a algo no ayuda en nada tener gente que sabe más y que dice que tú estás muy bien. Mi madre sabía muchas cosas y yo tenía consideración por lo que sabía. Ten cuidado, me había dicho, y pensé en Nyasha, Chido y Nhamo, quienes habían sucumbido, y en mis propios sentimientos de fatalidad, que me agobiaban. ¿Estaba teniendo la suficiente cautela?, me pregunté. Pues estaba comenzando a tener la leve sospecha, no más que el germen de una sospecha, que había estado demasiado ansiosa por dejar el *homestead* para abrazar la “anglicidad” de la misión; y después de eso, la “anglicidad” más concentrada del Sagrado Corazón. La sospecha permaneció varios días, durante los cuales se transformó en culpa, y después tuve pesadillas dos noches seguidas sobre Nhamo, Chido y Nyasha. Eso debe revelarles cuánto me habían perturbado las palabras de mi madre: yo no había tenido ni una sola pesadilla desde la primera vez que me fui a la misión. Pero el trimestre se acercaba con rapidez y la idea de regresar al Sagrado Corazón me llenaba de placer. Los libros, los deportes, las películas, los debates... todas estas cosas eran lo que yo quería. Me convencí a mí misma de que era mucho más sensata que Nyasha, pues sabía lo que podía o no podía hacerse. De este modo, desterré mi sospecha, la enterré en las profundidades de mi subconsciente y felizmente regresé al Sagrado Corazón.

En ese entonces era muy joven y capaz de desterrar ciertas cosas, pero las semillas crecen. Aunque en aquellos tiempos no me daba cuenta, ya no podía aceptar al Sagrado Corazón y lo que representaba como un amanecer en mi horizonte. En silencio, con discreción y con extremada intermitencia, algo comenzó a imponerse en mi mente, a cuestionar las cosas y a rehusarse a que me lavaran el cerebro hasta traerme a este momento en el que puedo poner por escrito este relato. Para mí fue un proceso largo y doloroso, ese proceso de expansión. Fue un proceso en el que los sucesos se extendieron durante muchos años y podrían llenar otro volumen, pero el relato que he contado aquí es mi propia historia, la historia de cuatro mujeres a las que amé, y de nuestros hombres. Esta historia es como todo comenzó.

Contenido

"Prólogo"

"Uno"

"Dos"

"Tres"

"Cuatro"

"Cinco"

"Seis"

"Siete"

"Ocho"

"Nueve"

"Diez"